

C. ROBERT CARGILL



SUEÑOS Y SOMBRAS

RUMAS
Ciencia ficción y fantasía

C. Robert Cargill

Sueños y sombras

Traducción de Dimitri Fernández Bobrovski

Alianza Editorial

Índice

Agradecimientos

Libro primero

- Capítulo 1. La bestia que se oculta en la noche
- Capítulo 2. Sobre Bendith Y Mamau y los impostores que dejan a su paso
- Capítulo 3. El encuentro casual del niño Colby
- Capítulo 4. Las diez mil botellas de la hija del pescadero
- Capítulo 5. Un día grande para Colby Stevens
- Capítulo 6. El genio a la vuelta de la esquina
- Capítulo 7. Colby hace su elección
- Capítulo 8. El velo entre dos mundos
- Capítulo 9. Ewan prepara la caza
- Capítulo 10. El joven impostor Knocks
- Capítulo 11. Cortejando a Mallaidh
- Capítulo 12. El triste y bastante solitario final de Abraham Collins
- Capítulo 13. Sobre la psicología de los tragos del bosque
- Capítulo 14. El telón del Gran Escenario se levanta
- Capítulo 15. La Caza Salvaje
- Capítulo 16. Los atronadores cascos de Tiffany Thatcher
- Capítulo 17. El tributo al Diablo
- Capítulo 18. La llegada de Colby
- Capítulo 19. Coyote el pícaro y el Pájaro del Lago
- Capítulo 20. El Consejo de las Cinco Piedras
- Capítulo 21. Días como una sombra que pasa
- Capítulo 22. Colby Stevens se condena

Capítulo 23. La hora más oscura de la noche más oscura del año

Capítulo 24. Los últimos minutos de la infancia

Libro segundo

Capítulo 25. Comprender la naturaleza de lo sobrenatural

Capítulo 26. El joven Colby Stevens

Capítulo 27. Los depredadores de la calle Segunda

Capítulo 28. El joven Ewan Bradford

Capítulo 29. Malditos y Condenados

Capítulo 30. El susurro del velo o algo parecido

Capítulo 31. Las Leanan Sidhe

Capítulo 32. La tarde de los amantes

Capítulo 33. El desayuno del filósofo

Capítulo 34. Una última parada antes de anochecer

Capítulo 35. Las tres damas del lago Ladybird y las almas que almacenan debajo

Capítulo 36. Sólo esta noche

Capítulo 37. La verdad, por fin

Capítulo 38. El Sabbath de las hadas

Capítulo 39. La herrería de los duendes

Capítulo 40. El genio que se arrastró dentro de una botella

Capítulo 41. La promesa del mañana

Capítulo 42. Una extraordinaria rendición

Capítulo 43. Colby y el Consejo de las Cinco Piedras

Capítulo 44. Espacio y tiempo

Capítulo 45. Todo el infierno

Capítulo 46. Donde, en última instancia, pertenecemos todos

Capítulo 47. De fantasmas y cosas del pasado

Capítulo 48. Dos en la pradera

Epílogo

Créditos

*Para Jessica,
que lo es todo*

Agradecimientos

Este libro jamás hubiera llegado a tus manos sin el esfuerzo y la ayuda de muchas personas increíbles con las que he contraído una deuda que presiento no podré pagar. Todos han sido maravillosos y espero que, con los años, encuentre alguna manera de recompensarles.

Para Harry Knowles, que me lanzó al agua para ver si nadaba o me hundía, que muchas veces me echó a los lobos para curtirme y que me arrojaba un cabo cuando más lo necesitaba. Para Brian Keene, que me preguntó por qué no estaba escribiendo y me aseguró que podría hacerlo.

Para mis lectores de todos estos años, que han buscado mis artículos, me escribieron alguna carta o mandaron un tuit, para bien o para mal (pero sobre todo para bien). Para todos los editores —demasiados para nombrarlos a todos— que, durante tantos años, me contrataron, me echaron jarros de agua fría y me enseñaron. Y para todas las personas que me despidieron de un trabajo o me obligaron a dejarlo para recordarme lo que realmente quería hacer.

Para Paul Gandersman, por el café y por ayudarme a encontrar el ritmo del libro; para Ari Marmell, por el café y por ayudarme a encontrar la estructura del libro; para Jason Murphy, por el whisky y por ayudarme a reunir el coraje; para Patricia Knowles, por abofetear a Harry de vez en cuando y hacerme saber que iba por el buen camino; para Lucas Mullen, por ser el tipo al que se puede llamar para pedirle un favor sin importar la hora y que, sin dudar por un instante, cualquier día me echará una mano para deshacerme de algún cadáver. Todos ellos me ayudaron mucho con sus primeras observaciones.

Para la embaucadora Diana Gill, que, como el señor Miyagi, me hizo escribir un libro mejor del que encontré y para todo el equipo de Voyager: Shawn Nicholls, Dana Trombley, Will Hinton, Adam Johnson, Jesse Edwards y Pam Spengler-Jaffee. Para Simon Spanton, cuyo entusiasmo fue el faro que me guio en las noches más duras y oscuras. Para Peter McGuigan, la

estrella del rock de los agentes literarios, que en una ocasión me mostró en dos semanas más aplomo del que la mayoría de las personas muestran en toda su vida, para Stephanie Abou y el excelente equipo de Foundry. Para mi agente, David McIlvain, cuyos consejos siempre me ayudan a ver las cosas más claras, y para su confidente, Mac Dewey, que fue un primer creyente.

Para Scott Derrickson, mi compañero de escritura, mi amigo y el hombre que me abrió la puerta. Leyó este texto antes que nadie, hizo sugerencias antes que nadie y creyó en él antes que nadie. Y ayudó a mejorarlo. También hacemos películas.

Y para Jessica, que ama a su escritor y ese escritor la quiere más que al aire que respira y que se enamoró tanto de esta historia que exigió que la escribiera. Conoció a un chico, le convirtió en un hombre, y nunca dejó que se rindiera. Por eso este libro es verdaderamente suyo, porque sin ella, ninguna de las personas mencionadas anteriormente lo hubiera visto nunca. Ni tú tampoco.

Y para los incansables esfuerzos del anónimo miembro de la policía local, sin cuya investigación este libro no hubiera sido posible.

LIBRO PRIMERO

Capítulo 1

La bestia que se oculta en la noche

Érase una vez dos personas que estaban muy enamoradas. Se conocieron en la biblioteca del instituto mientras leían el libro de francés de décimo grado, él levantó furtivamente los ojos de un pasaje en francés bastante denso, esperando que ella alzara los suyos, escondidos tras unas gafas de montura de pasta. Él adoraba las monturas de pasta. Sus corazones retumbaron. Sus respiraciones se entrecortaron. Las mariposas llenaron sus estómagos. Ella sonrió y el mundo se detuvo.

Él tartamudeó, farfulló, intentó devolverle la sonrisa, pero sólo logró que sus labios se abriesen un poco, enseñando los dientes. Y cuando volvió a ocultar la cabeza tras el libro, ella se rio, porque sabía que ya era suyo.

Desde que intercambiaron sus primeras palabras, rara vez habían permanecido un solo momento en silencio juntos. Ambos compartían la pasión por la conversación —cosa que sacaba de quicio a los que los rodeaban— y nunca tuvieron problemas para encontrar algo de qué hablar. En su primera cita, regresaron caminando lentamente desde la sala de cine hasta Dairy Queen, comentando con todo lujo de detalles todos los aspectos de la película, desde el maravilloso protagonista escocés —Ewan—, hasta la escena en la que alguien se colaba en un water. Él la tomó de la mano, sintiendo el hormigueo en cada dedo que rozaba su blanca piel de adolescente. Sus miradas se encontraron, el hormigueo se propagó desde las puntas de los dedos, a través de las manos, hasta la nuca, bajando por las columnas vertebrales hasta terminar haciendo un tirabuzón en los dedos de los pies.

Fue entonces cuando él lo sintió. Sus dedos se entrelazaron con los de ella, podía sentir que temblaba como un gatito asustado. Lo había notado antes, pero no le había dado importancia, pensando que se debía al frío, como una frágil hoja temblando en la brisa del HELADOR AIRE ACONDICIONADO

anunciado en letras de molde en el exterior de aquel cine de sala única. No. Ella estaba nerviosa, tenía miedo de estropearlo todo. Él sonrió, porque sabía que ya era suya.

Fue un primer beso perfecto. La atrajo hacia sí con fuerza y la besó todo lo profunda y apasionadamente que sabía. Años más tarde, los dos se reirían de aquellos niños tontorrones ensayando su primer beso a tornillo, pero en aquel momento —entrelazados en un abrazo— era la mismísima felicidad. Con el tiempo lo perfeccionarían. Y años más tarde, en un caluroso y húmedo día de abril, se encontrarían ante un montón de familiares y amigos, proclamando al mundo entero: «Hasta que la muerte nos separe». Y lo sentían de verdad. Todas y cada una de las palabras.

Y después él la tomó entre sus brazos y la besó todo lo profunda y apasionadamente que sabía. Esta vez lo hizo bien. Entonces el sacerdote los presentó al mundo. Jared y Tiffany Thatcher.

Aunque no procedían precisamente de un remoto pueblo perdido, ninguno de los dos esperaba acabar viviendo en el piso diecisiete de un céntrico bloque de apartamentos, construido para aspirantes a yuppies y universitarios de padres ricos, con vistas sobre el lago, en un barrio de moda de la parte sur de la ciudad. Era caro, especialmente si se tenía en cuenta que un bebé estaba en camino, pero valía la pena. Eran casi un cliché, se habían convertido en el cuento que se cuenta a las niñas al acostarse, la prueba palpable de que los sueños se hacen realidad, de que algún día, *aparecería su príncipe* con todo lo que eso conlleva.

No les importaba ser un cliché o un cuento que se cuenta al irse a la cama. Ni lo más mínimo.

Su primer y único hijo nació un domingo. Era fuerte, sano y tenía el número correcto de dedos en las manos y en los pies. «Una muestra perfecta de los genes de los Thatcher», lo había descrito Jared. Se habían superado fabricando un bebé perfecto, su nombre, sin embargo, resultó ser un problema. Se llamaron de tontos para arriba mientras intentaban pensar en algo inteligente, algo encantador, algo que expresara a la perfección el amor que compartían. Pero no se les ocurría nada. Y mientras la enfermera se acercaba, con la partida de nacimiento en la mano, a los padres acurrucados junto a su hermoso bebé envuelto en pañales, Jared agitaba las manos

suplicando que les concediera unos minutos más.

—¿Puedes creerlo? —preguntó a su esposa—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Miraron con asombro a su hijo, recordando los dos aquel primer beso. Aquella noche. Aquella película. La idea les vino de golpe.

—Ewan —dijeron los dos a la vez.

Sus ojos se encontraron, Jared abrazó a su esposa y la besó todo lo profunda y apasionadamente que sabía. Era perfecto. Lo decía todo. *Ewan*. El niño que cambiaría sus vidas para siempre.

Ewan Thatcher nunca lloraba, nunca se quejaba, sólo gorjeaba. Y dependiendo del tono y la intensidad, Tiffany sabía si tenía hambre, si necesitaba que le cambiaran el pañal o si simplemente quería que le cogieran en brazos. Le encantaba que lo cogieran en brazos y a Tiffany le costaba soltarlo luego.

—Vas a echar a perder a ese chico —decía Jared, tratando de ocultar su sonrisa radiante—. Nadie puede estar más tiempo entre tus brazos que yo.

—Eres tú el que está echado a perder —se revolvió juguetona Tiffany—. Tú ya tuviste tu tiempo. Ahora le toca a él.

La tarde que precedió a la noche en la que Tiffany vio por última vez a su hijo fue especialmente hermosa. Todas las ventanas de la casa estaban abiertas, una brisa leve mecía las cortinas al pasar y hacía cosquillas en la piel con sus besos de mariposa. Las ventanas abiertas no preocupaban a Tiffany —estaban en el piso diecisiete y Ewan apenas sabía darse la vuelta por sí mismo.

Acababa de dejar a Ewan en la cuna después de la toma de la tarde y tarareaba desafinando una cancioncilla para que se durmiera.

Si hubiera escuchado, en vez de canturrear, habría oído el débil y lejano sonido de unas garras resbalando sobre el pulido hormigón.

Debajo del balcón, aferrada a la parte inferior de la barandilla, colgaba una retorcida masa de bulbosa carne de color marrón. La bestia, de cabeza deforme y una descomunal frente que se cernía sobre unos minúsculos ojitos amarillentos e inyectados en sangre, gruñía silenciosamente. Su calva conservaba todavía algunas matas de pelo gris, briznas peinadas desesperadamente para ocultar la arrugada carne. Los flácidos músculos se

abultaban en los sitios más extraños.

Se había detenido para agarrarse mejor con sus enormes brazos de mono al borde de la barandilla porque los desafinados ruidos que emitía la boca de Tiffany le hacían retorcerse de dolor.

Para Dithers, un Bendith Y Mamau, la canción de Tiffany era como el último estertor de un animal estrangulado, el triste y estridente sonido de una manada de arpías lanzándose en picado sobre su presa. La intención de la mujer era buena, pero eso no evitaba que Dithers recibiese con una mueca dolorosa cada nota destrozada. Se apretaba contra la pared, rezando por que el velo no fallara y lo dejara expuesto a esa altura. Se agarraba con fuerza, agradecido por tener otro balcón debajo que amortiguaría su caída si la mujer la emprendía con alguna canción conocida.

Había oído a mucha gente cantar mal, pero esta madre carecía de una sola cuerda vocal que pudiera reproducir una nota y mucho menos hilvanar una melodía. Se merecía lo que se le venía encima, se lo merecía por lo que le estaba haciendo a la música. Dithers llevó la mano a la espalda para palpar el saco de cuero que se retorcía colgado de una correa al hombro. Todo lo que necesitaba era que esa bestia amamantadora volviera a la cama para permitirle llevar a cabo la tarea más importante de su vida.

Ewan, metido en su cunita, se estaba sumergiendo en el sueño de los bebés, con las notas de la melodía que tarareaba su madre entrando y saliendo de sus sueños carentes de forma. Tiffany sonrió, sabiendo que tenía sus buenas dos o tres horas antes de que los gorjeos y balbuceos empezasen de nuevo. Se quedó por un momento admirando a la maravilla en la cuna. Su mano acarició la coronilla del bebé y este se revolvió un poco antes de quedarse quieto de nuevo. La canción terminó y la mujer se dirigió apresuradamente a la cama, procurando pisar con cuidado para no despertar a su hijo.

Dithers suspiró y cerró los ojos, mientras recitaba una oración silenciosa. En un fluido movimiento, se balanceó hacia atrás y, tomando impulso con el pie en la parte inferior de la terraza, rodó por encima de la barandilla para aterrizar en el suelo con la gracia de un gato. Miró a su alrededor, esta noche no había nadie que pudiera verle a esa altura, ni siquiera una paloma o un ángel. Le hubiera gustado sonreír, pero no había terminado el trabajo todavía,

aún podrían salir mal muchas cosas.

Los ojos fijos en la cuna.

Se lanzó por la puerta abierta, apartó las cortinas de gasa y echó una rápida mirada para asegurarse de que no le veía nadie. *Nadie debía saberlo. Nadie.* El edificio era nuevo y los habitantes del más allá todavía no habían ejercitado sus derechos sobre los rincones más oscuros. Tanto mejor. No quería peleas. Él sólo quería coger al chico y marcharse. De una zancada llegó a la barandilla de la cuna. Se detuvo durante un breve momento —no más que un instante— para pensar en lo que tenía que hacer, revisando mentalmente la lista una vez más.

Luego metió una mano en el saco y tomó al bebé con la otra.

En un movimiento ensayado, cambió lo que contenía su saco por el niño de la cuna. Al instante ya estaba fuera, saltando por encima de la barandilla del balcón, volando a ciegas en la noche sin detenerse para admirar su propia obra.

Dithers voló hacia abajo los diecisiete pisos, agarró con el brazo extendido el tronco de un árbol y giró alrededor, dejando unos rasguños en forma de espiral en la corteza. Sus pies todavía no habían tocado el suelo cuando ya estaba corriendo a toda velocidad para alcanzar la parte posterior del edificio, que permanecía en la oscuridad. A sus espaldas, metido en el acolchado saco, Ewan sonrió y gorjeó disfrutando del accidentado paseo.

Nunca volvería a ver a su madre.

Diecisiete pisos más arriba las cortinas seguían agitándose. Tras ellas, en la cuna, yacía un bebé prácticamente igual a Ewan y con un pijama idéntico. Sucio de vómito y heces, despidiendo un denso hedor a podredumbre del pantano, el niño se removía incómodo en el acogedor colchón. En el aire no quedaba el menor atisbo de embeleso y la brisa no olía a laurel de montaña. Era el lugar más horrible y aséptico en que había estado. Así que comenzó a llorar.

Tiffany salió disparada de la cama como si el edificio estuviera en llamas, desgarrando las sábanas, corrió a toda velocidad hacia la habitación del bebé. *Algo iba mal. Muy mal.* Tenía que ser cuestión de vida o muerte para que un bebé, que nunca había hecho un ruido más fuerte que una tos, llorase de esa manera. Al doblar la esquina, sus calcetines resbalaron en el suelo de madera

y tuvo que agitar los brazos como un molino de viento para mantener el equilibrio mientras se deslizaba hasta detenerse junto a la cuna de Ewan. El bebé cambiado lloraba, sollozaba y gritaba. Su cabecita parecía a punto de estallar, sus gritos presionaban el oído interno de la madre como si se encontrara a veinte metros bajo el agua.

Tiffany se inclinó para levantar a su hijo, pero se detuvo con las manos extendidas. *Algo ocurre*, pensó.

—¿Qué te pasa, cariño? —preguntó—. Dile a mamá qué es lo que quieres.

Pero el niño cambiado continuó con su llanto infernal. Tiffany se acercó más, sus ojos trataban de distinguir los rasgos del bebé en la oscuridad, se inclinó e intentó de nuevo a coger a su hijo.

Fue entonces cuando la golpeó una ola de hedor, el olor fétido de la descomposición, olía como una bolsa de basura llena de animales muertos y abandonada durante una semana en el húmedo calor de Texas. Se estremeció, cubriéndose la nariz con el dorso de la mano para evitar las náuseas.

Lo miró de nuevo y alcanzó a ver un único y afilado diente. *¿Le están saliendo los dientes? ¿Ya?* Con cuidado metió un dedo en la boca del bebé y recorrió las encías sangrantes. El pequeño demonio cerró la boca, hundiendo el puntiagudo diente cariado en la carne de su nueva madre.

Con un grito Tiffany retiró la mano y llevó el dedo cubierto de sangre a la boca. El llanto cesó y el impostor abrió los ojos, mirando por primera vez a la mujer.

Tiffany gritó aterrorizada al ver los felinos ojos amarillos de la criatura que le devolvía la mirada, unas negras rendijas en lugar de las pupilas brillando desde la oscuridad de la cuna. El impostor sonrió al detectar el suculento miedo en la voz de su madre y gorjeó satisfecho.

No podía explicarlo, le faltaban las palabras. Cada vez que abría la boca, la historia le parecía más inverosímil, increíble incluso para ella. Mientras el bebé lloraba en la habitación contigua, Jared contemplaba a su esposa con una mirada que ella nunca había visto antes. Su marido había entrado en la habitación y examinado a Ewan una docena de veces. El bebé estaba bien. Algo molesto, pero bien. No tenía ningún diente cariado. Ni brillantes ojos amarillos. No había ningún monstruo en esa cuna. Pero algo andaba *mal*.

—No fue un sueño —dijo Tiffany con amargura—. Yo sé lo que vi.

Jared la tomó cariñosamente del brazo para tranquilizarla.

—Ya lo sé, cariño. Te creo —pero no era verdad.

—Quiero llevarlo al médico —apremió Tiffany.

—Lo llevaremos. Pero...

—¿Pero no debo contarle lo que te conté?

—Yo no he dicho eso —se defendió Jared.

—No hacía falta que lo hicieras.

El pediatra se volvió la amabilidad personificada cuando Tiffany se echó a llorar delante de él. Sólo la conocía de un par de visitas y no tenía ni idea de lo raro que resultaba en ella esa reacción histérica. Y cuando, por fin, Tiffany se sintió lo suficientemente confiada para desvelar su secreto, la escuchó imperturbable, incluso con una leve sonrisa en los labios. Ya había oído esas cosas antes, nunca eran buenas y rara vez terminaban bien.

—Ewan está muy bien, señora Thatcher. Es un bebé perfectamente sano —miró al impostor que yacía completamente inmóvil, sonriendo, disfrutando cada vez más con la creciente ansiedad de su madre.

—No lo entiendo —dijo Tiffany temblando—. Por el camino lloraba de una manera que parecía que le iba a estallar la cabeza. Ha estado llorando ocho horas seguidas. No está bien.

—Pero mírelo ahora, señora. Lo que le estuviera molestando parece haber pasado. Es completamente normal. Sucede a menudo. Es el estrés del primer hijo...

—Yo sé lo que vi —espetó Tiffany.

El médico no se inmutó.

—Lo sé. La creo. Por eso me gustaría recetarle algo.

Tiffany se relajó por un momento, ansiosa por creer que, por fin, alguien la entendía, pero su confianza se evaporó en cuanto el médico llamó a Jared a su trabajo para pedirle que se reuniera con ellos. *Posparto*. Esa palabra no daba miedo. *Posparto* estaba bien. *Psicosis* fue la palabra que casi consigue acabar con Tiffany.

El primer día fue, con mucho, el más fácil. Tiffany tomó su medicación, se pasó el día acunando al bebé, sentada en la mecedora artesanal comprada para ella por su orgullosa familia política. El suave crujido de la silla sobre el

suelo transmitía una especie de calma de tiempos mejores.

Ñeeec, ñeeec.

El bebé llevaba tranquilo todo el día. Ni un sonido. Jared quiso decir algo, pero se lo pensó mejor. Al menos Tiffany estaba en paz y completamente abstraída de su mente gracias a algún derivado de litio que le costó casi un día de salario.

De vez en cuando Tiffany se acercaba a examinar al bebé. No había colmillos. Los ojos eran azules. Los adorables deditos lucían sus impecables y diminutas uñas. Perfecto.

Pero con el crepúsculo, el bebé empezó a *cambiar*. La frente perdió su forma, formándose un abultamiento a un lado. La brisa trajo un olor persistente. Y cuando el sol se ocultó tras el horizonte, los entrecerrados ojos del bebé se volvieron amarillos.

Tiffany dio un brinco, y dejó caer al impostor, golpeándose la cabeza del bebé contra el suelo. El niño volvió a llorar. Cuando Jared entró en la habitación, vio a su hijo desgañitándose en el suelo, mientras la madre permanecía de pie mirándolo con asco. Se quedó parado sin saber qué hacer cuando Tiffany levantó la vista y, señalando con el dedo al abominable ser en el suelo, exclamó.

—¡Ese no es mi bebé! ¡Ese *no* es mi bebé!

Cada día era peor que el anterior. Pronto Tiffany fue incapaz de acercarse al bebé, de darle de comer, de tocarlo, de siquiera mirarlo. El llanto no hacía más que empeorar, finalmente Tiffany se encerró en su dormitorio, pasando las horas con una almohada sobre la cabeza, aunque nunca conseguía ahogar por completo el sonido. Después los gritos se convirtieron en susurros y pronto los susurros empezaron a sonar como instrucciones.

Ya no podía hablar con Jared. *¿Qué le iba a decir?* No podía contarle lo que el bebé pretendía que hiciera, la criatura se estaba convirtiendo en algo mucho peor que un simple impostor. Sólo había una cosa que podía satisfacerla, una cosa que detendría su llanto.

Quería golpearle con un ladrillo hasta aplastar su pequeño cráneo, estrujar la vida de su cuellito monstruoso, tirarlo por el balcón desde el piso diecisiete y verlo volar hacia abajo estrellándose contra la fila de árboles. Oh, ella se imaginaba muchas cosas tortuosas y siniestras en la oscuridad de sus noches

de insomnio —atrocidades que no se atrevía a expresar en voz alta para no perder a Jared y a la poca cordura que aún le quedaba. Los medicamentos ayudaban algo, la mantenían confusa, incapaz de hacer daño a su bebé, pero no podían impedir que los susurros la alcanzasen.

Después de una semana y media sin alejarse siquiera unos pasos de la puerta del piso, la nevera se había quedado vacía, los armarios acumulaban polvo. Necesitaban hacer la compra. Jared se sentó al lado de su esposa, le puso una mano en el hombro y preguntó si estaba bien. Sorprendentemente, Tiffany se sentó, le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca. Y por primera vez en más de una semana, sonrió. Luego lo besó de nuevo, todo lo profunda y apasionadamente que ella sabía.

—Me siento mucho mejor —le aseguró—. En serio. Vete. Eso sí, procura no tardar mucho.

Jared sintió como si le hubieran quitado un peso de veinte kilos de encima y se marchó feliz a hacer la compra. Cuando volvió a casa y abrió la puerta, lo primero que escuchó fue el familiar crujido de la mecedora de Tiffany. Por fin la normalidad. Abrió la puerta de golpe y vio al sonriente bebé sentado en la mecedora, tan feliz como siempre.

Ñeeec. Ñeeec. Ñeeec. Una silla volcada. *Ñeeec.* Gafas de concha aplastadas en el suelo. *Ñeeec.* Un hilo de sangre en la comisura de los labios de Tiffany. *Ñeeec.* Imágenes. Flashes. No hay tiempo suficiente para procesarlo. Allí estaba, meciéndose, la mujer más bella del mundo, una basta cuerda rodeando su delicado cuello, el otro extremo atado a una viga del techo. *Ñeeec.* Los dedos de los pies a un metro del suelo. *Ñeeec.* Ojos sin vida todavía abiertos, pidiendo descanso.

Ñeeec. Jared cayó al suelo a los pies de su esposa. Levantó la mano con las mejillas inundadas ya de lágrimas, le acarició suavemente el pie. *Ñeeec.* La cogió y la sostuvo en vilo y cuando miró a su hijo, sin saber qué iba a hacer ahora sin ella, alcanzó a ver una sonrisa malvada y unas pupilas oblicuas. El impostor rio maliciosamente. En ese momento el sol terminó de enterrar su cabeza detrás de las colinas y vio el inconfundible destello amarillo y la sombra de un único diente cariado.

Jared supo en ese instante lo que había hecho su hijo. Supo lo que había hecho Tiffany. Y lo más importante, supo lo que tenía que hacer.

Se puso en pie, se acercó al impostor, lo cogió en brazos y, metódicamente, bajó los dieciséis tramos de escaleras, mientras la criatura no dejaba de chillar. Ambos sabían lo que iba a pasar. Jared vivía a una manzana del lago y se tomó su tiempo, recordando a Tiffany, pero no como la había dejado, colgando de la viga del techo, sino la forma en que ella lo miró cuando la vio por primera vez por encima de aquel libro de francés. Recordaba cómo era durante aquel paseo. Cómo estaba en la boda. El aspecto que tenía la primera vez que tomó al bebé Ewan en sus brazos.

Emprendió su lenta y macabra procesión recordando todas las veces que la había visto, incluyendo la que acababa de ver.

El barrio estaba más tranquilo de lo habitual, no se cruzó con nadie trotando o sacando a pasear a su perro. Mientras se acercaba a las oscuras aguas, se detuvo para contemplar al bebé entre sus brazos, pero los aullidos de la criatura sólo confirmaron su determinación. Se inclinó justo al borde del lago, sobre una losa de hormigón que bajaba hasta el agua y sumergió por completo al impostor. Los gritos cesaron, la tranquilidad se apoderó de la noche. Jared miró hacia abajo y captó un atisbo de algo que acechaba bajo la superficie del agua. Una sombra a la deriva que se acercaba lentamente hacia él.

Pudo verla mejor cuando se acercó más. *Tiffany*. Su mujer levantó la vista y subió lentamente a la superficie, tenía los brazos extendidos y su pelo flotaba en la corriente. Pero cuando se acercó todavía más, Jared vio que su pelo se había oscurecido, la piel era ahora más pálida y sus ojos eran dos agujeros oscuros que flotaban sin vida en las cuencas. Antes de que supiera qué era lo que estaba viendo, dos brazos acuosos le cogieron de las solapas y tiraron de él de cabeza hacia las profundidades. Jared luchó desesperadamente pero no consiguió salir a la superficie.

Sujetándolo fuertemente con los brazos, la mujer lo arrastraba al fondo.

Las frías garras de las profundidades aferraron a Jared, que jadeó en busca de una bocanada de aire, pero sólo consiguió que sus pulmones se llenaran de la sucia y alcalina agua del lago.

El impostor se mantenía a unos metros bajo la superficie, incapaz de hacer nada. De la oscuridad surgió una segunda mujer, nadando como un delfín, se lanzó hacia el niño que flotaba por encima de ella. Agarró al bebé y lo llevó

hasta la superficie, hacia el aire de la noche.

—Ahora es nuestro —susurró la mujer al oído de Jared en apenas un murmullo. Y luego vino la oscuridad, vacía, asfixiante, agotadora. Y Jared Thatcher se ahogó y descendió lentamente hacia el fondo del lago.

Mientras tanto, en la superficie, la pálida mujer salió del agua con el impostor en sus brazos. El bebé estaba destrozando el silencio con sus atormentados chillidos.

—No, no —le calmaba la mujer, acariciando la grotesca cabeza mientras sus ojos recorrían la orilla para detectar cualquier posible testigo. Luego sonrió—. Estás en casa, hijo. Estás en casa.

Los gritos cesaron y el impostor empezó a gorjear sonriendo a su nueva madre. *Estaba* en casa. Su hogar. Y nunca más volvió a tener hambre.

Capítulo 2

Sobre Bendith Y Mamau y los impostores que dejan a su paso

Un fragmento del libro del Dr. Thaddeus Ray, Ph.D., *Crónica de los habitantes de los sueños*

Los Bendith Y Mamau pueden oler el amor como si fuera algo tangible. Lo detestan porque no lo entienden. Si bien se sabe que los miembros de la misma familia sienten cierto apego los unos por los otros, los Bendith Y Mamau no pueden reproducirse, por lo que no se aparean y nunca han necesitado nada parecido al amor. Tampoco ayuda que sean unas de las criaturas más feas que Dios ha creado. Sin embargo, eso no quiere decir que no posean ningún tipo de belleza.

Los Bendith Y Mamau son los mejores músicos del mundo. No pueden cantar ni una sola nota, pues su voz de barítono se parece más al bramido de una morsa que a cualquier otra cosa, pero con un instrumento entre las manos pueden crear las melodías más sensuales jamás escuchadas. Es una música tan compleja, con estructuras tan extraordinariamente complicadas, que trascienden la composición habitual y emplean unas notas hasta ahora desconocidas para los mortales y que sólo se pueden entrever en las canciones de los aborígenes australianos. Cada nota contiene la esencia de la magia y teje poderosos hechizos que actúan sobre las emociones y la memoria. Es la música que las hadas suelen utilizar para retener a sus cautivos, sin necesidad de cadenas o cuerdas, lo que nos lleva a la función principal de los Bendith Y Mamau en el mundo de las hadas.

Su nombre se pronuncia «ben-dith eh mo-may», que en gaélico significa «bendición de la madre». Son los mejores ladrones de niños de cualquier reino de hadas y los primeros a los que estas se dirigen cuando quieren conseguir bebés. Cada pueblo tiene necesidades diferentes, pero un reino próspero y saludable recurre a menudo a sus Bendith Y Mamau para conseguir nuevos mortales vivos. Su fuerza, velocidad y agilidad los convierten en unos cazadores increíbles, mientras que su tosca naturaleza les ayuda a centrarse en su objetivo y conseguir su propósito, cosa que no es frecuente entre las razas más reflexivas del mundo de los seres mágicos.

Muchos mitos aseguran que los Bendith Y Mamau sustituyen a los bebés robados con sus propios hijos deformes, pero no es cierto. Un Bendith Y Mamau nace estéril, porque es el resultado del apareamiento impío de un hada con un duende. Lo que impulsa a las hadas y los duendes a juntarse de esa manera sigue siendo un secreto que solo conocen las hadas y los duendes que han procreado de esa manera tan desafortunada, pero hasta ahora es la única manera conocida de obtener un Bendith Y Mamau.

Los niños que dejan en lugar de los bebés robados son conocidos como los impostores. Son bebés que han nacido muertos, fruto de las uniones malogradas de las hadas. Cuando las

condiciones no son las adecuadas para la reproducción, ya sea porque el niño va a nacer fuera de la temporada o la madre se encuentra en un lugar maldito, poco adecuado para el parto, el embarazo puede interrumpirse de forma espontánea. En tal caso, el feto muerto puede convertirse en un impostor. Si la madre siente mucha pena o derrama demasiadas lágrimas sobre el cadáver, el bebé puede volver a la vida, obteniendo la energía del dolor y el sufrimiento de su madre. Los impostores son muy peligrosos para sus padres y deben ser eliminados cuanto antes.

Sin embargo, ninguna madre hada, por muy oscura que sea, podría abandonar a su suerte al fruto de su vientre. Por eso las madres recurren a los Bendith Y Mamau para deshacerse de los impostores y conseguir un bebé al que podrían criar como propio. Obviamente las hadas prefieren a los bebés, pero ha habido casos en los que los estúpidos Bendith trajeron a un niño que ya sabía hablar.

Un impostor sólo necesita ver al bebé por el que le van a cambiar durante un instante para parecerse al mismo. En ese momento, una impronta ata al impostor al bebé original. Para todos, salvo para su nueva madre, el impostor tiene el mismo aspecto, produce los mismos sonidos y actúa igual que el niño al que ha reemplazado. Algún detalle puede resultar extraño o impropio del bebé original, pero raramente alguien llega a sospechar que se trata de un doble. Sin embargo, la madre siempre es consciente de las diferencias. A la luz del día sólo es un presentimiento pero, tras la puesta del sol, cuando la noche se apodera del mundo, la verdadera naturaleza del impostor se revela. Esa súbita revelación y el miedo que provoca, es lo que permite a la criatura alimentarse con tanta facilidad.

Un impostor sólo puede existir mientras se alimenta del dolor físico, mental y emocional de su madre. Mientras sienta la agonía, el tormento o la angustia, estará bien alimentado. Pero cuando la madre está tranquila, el niño empieza a sentir hambre y se echa a llorar. Chillará, se quejará y atacará a su madre con la esperanza de volverla medio loca. Una madre especialmente preocupada por su hijo o la que ya padecía alguna depresión son las más adecuadas para alimentar a una criatura así, pero bastaría con una madre que sufre. Incapaz de digerir la comida de los humanos, un impostor puede morder los pechos de su madre o vomitar cualquier alimento que se le obligara a tomar, aumentando aún más la confusión y la angustia. La mayoría de los impostores a cargo de unos padres humanos acaban asfixiados, ahogados o exorcizados, en las raras ocasiones en las que no se les abandona para que mueran en soledad.

Muy raras veces los impostores llegan a la edad adulta, ya que son seres muy difíciles de criar, su necesidad de alimentarse sólo puede ser saciada de una vez por todas con la muerte violenta y repentina de su nueva madre. La energía liberada durante la agonía, especialmente si es el impostor el que la provoca, parece ser lo único capaz de mantener con vida a ese niño hasta que tenga la edad suficiente para atormentar conscientemente a otras víctimas.

Los impostores tienen la capacidad de cambiar su apariencia a voluntad, pueden involucrarse en el embeleso para hacerse pasar por una persona que habían visto al menos una vez, o revelar su verdadera identidad a alguien que no sea su madre. En su estado natural parecen una copia grotesca de la persona a la que sustituyeron. Un impostor adulto se ve como una versión más fea y físicamente inferior del original a su misma edad. Sin embargo, sus personalidades se mantienen intactas y los impostores se acaban convirtiendo en unas criaturas inadaptadas e inusualmente crueles, llenas de odio, que sólo buscan hacer sufrir a los demás.

Por último, los impostores parecen tener algún tipo de memoria eidética o fotográfica. Desde el momento en que el cuerpo muerto de un recién nacido vuelve a la vida, empiezan a atesorar sus recuerdos. No es raro que los impostores adultos hablen largo y tendido sobre la

madre adoptiva y lamenten que su verdadera madre los arrojara a la basura. La mayoría de los estudiosos creen que es la razón principal del odio y el gusto por el sufrimiento de un impostor, la encarnación de la psique de un niño al que su madre amó tanto como para arrancarlo de los brazos de la muerte, sólo para rechazarlo y reemplazarlo por otro hijo mejor después.

Capítulo 3

El encuentro casual del niño Colby

Colby Stevens no tenía nada de especial. No era atractivo ni tampoco desagradable, su vida había pasado relativamente desapercibida incluso para sus allegados. No carecía de talento ni de inteligencia —sólo de la oportunidad— y parecía, incluso a su corta edad, que estaba predestinado a vivir una vida mediocre en la urbanización de adosados en la que había nacido.

Pero a la edad de ocho años y tres meses, Colby Stevens tomó la decisión más importante de su existencia, una opción que no sólo cambiaría para siempre su vida, sino que alteraría el destino de muchas otras personas durante los años siguientes. Era el tipo más peligroso de criatura, un niño astuto y precoz, demasiado listo para su edad, que tropieza con el hombre equivocado. Pero en el octavo año, segundo mes y vigésimo noveno día de su vida, seguía siendo una carga que pasaba relativamente desapercibida, aparentemente destinado a no ser nadie, algo que le convertía en un candidato especialmente apropiado para lo que el forastero tenía en mente.

Colby no tenía amigos ni perspectivas de tener alguno. Era un niño bajito con el pelo de color zanahoria, una mezclanza de mechones revueltos y pecas, que lo que más deseaba era aventurarse en el *bosque*, un descampado poblado de maleza de no más de medio kilómetro de ancho, que parecía un auténtico bosque a un niño de ocho años. Los montones de maleza enmarañada, troncos caídos y algún neumático abandonado rodeaban unos pocos árboles entre los que Colby imaginaba que habitaban toda clase de seres mágicos, dragones e innumbrables aventuras —y no el centro comercial de piedra blancuzca que todos los demás pensaban que se construiría allí.

Pero todavía era un bosque mágico y Colby estaba impaciente por explorar una vez más sus maravillas. Así que bajó corriendo las escaleras desde su dormitorio. Tud-tud-tud-tud-tud-tud-tud, retumbaron sus pisadas en

los escalones. Agarró con la mano la columna que remataba la barandilla y giró sobre sí mismo resbalando con los pies enfundados en calcetines sobre el suelo de madera. Por un momento le pareció que estaba volando.

—¿Qué demonios estás haciendo? —gritó su madre desde el sofá—. ¿No ves que mamá tiene migraña?

Colby hundió la cabeza hasta que las orejas casi rozaron los hombros y susurró:

—Lo siento, mamá.

Su madre lo miró mientras entraba en la sala de estar arrastrando cautelosamente los pies. Estaba tumbada boca abajo en el sofá, envuelta de cualquier manera en su bata. Sylvia Stevens no era una mujer mayor, pero se comportaba como si lo fuera. Por las mañanas siempre estaba enferma y acompañaba cualquier movimiento con un quejido. A sus veintisiete años se sentía como si ya lo hubiera visto todo. Se casó muy joven y poco después nació su hijo. Odiaba cada minuto de su vida, lo que se manifestaba en las prematuras patas de gallo que afeaban sus jóvenes ojos. Alargó la mano para coger sin mirar su copa y llevársela a los labios. Estaba seca como el Sahara. Lanzó un profundo suspiro, frustrada por esta última tragedia y trató de alcanzar el zumo de naranja que tenía a mano.

—¿Y dónde se supone que vas tan temprano? —preguntó Sylvia, apenas prestando atención.

—Mami, son las dos.

—Es posible —admitió la madre llenando el vaso de zumo hasta la mitad—, pero ¿adónde vas?

—Voy a jugar al bosque.

—Muy bien. ¿Llevas el reloj?

Colby sonrió con orgullo, como si fuera a mostrar a su madre un boletín de notas lleno de sobresalientes. Extendió el brazo orgulloso para enseñar su reloj —un barato reloj de plástico inyectado hecho en Taiwán, con la cara de un personaje de una serie de dibujos animados que hacía tiempo que habían dejado de emitir. Se lo trajeron con un pedido de comida basura para niños y lo consideraba su posesión más valiosa. Después de todo, mamá siempre se aseguraba de que lo llevara puesto. Lo cual quería decir que *debía* tener algo especial. La madre sonrió, asintió y dejó el vaso con el zumo de naranja.

—Ahora bien, no quiero que vuelvas hasta después de las cinco, ¿me oyes? Mamá necesita estar a solas un tiempo —Sylvia cogió la botella de vodka que había junto al zumo y llenó el vaso hasta arriba. Colby asintió.

—Y ten cuidado en la calle. No quiero que vuelvas temprano y con la cabeza ensangrentada, ¿de acuerdo? Ve con cuidado.

—Lo sé, mamá. No me pasará nada.

—Lárgate ahora. Mamá tiene que ducharse.

Colby giró sobre sus talones y echó a correr hacia la puerta principal.

—Adiós, mamá —gritó sin mirar atrás. La puerta se abrió, luego se cerró a sus espaldas con un portazo y allí estaba él, corriendo hacia el bosque, atravesando la calle a toda velocidad. Pasó por delante de un gran letrero de madera en el que ponía CARRETERA CORTADA y que impedía que los coches se metieran por el camino de tierra que dividía el bosque en dos partes muy diferentes y se detuvo.

Se volvió justo a tiempo para ver que un coche se detenía ante la entrada de su casa. Del coche salió un hombre vestido con un buen traje sastre y se dirigió hacia la entrada mientras se aflojaba la corbata. Su forma de caminar denotaba cierta urgencia, como si no pudiera esperar a ver lo que le aguardaba tras la puerta. Echó una mirada a su alrededor y llamó a la puerta. Esta se abrió inmediatamente. Sylvia se asomó y también echó una mirada alrededor, luego arrastró al hombre al interior agarrándolo por las solapas. La puerta se cerró tras ellos con un portazo. Sin pararse a pensar en lo ocurrido, Colby siguió su camino hacia el bosque.

No existe otro lugar en el universo como la mente de un niño de ocho años. Es casi imposible explicar cómo juega un niño a alguien que nunca ha jugado de pequeño. Uno puede detallar cada movimiento y cada cosa que encuentra, pero no tendrá ni pizca de sentido para nadie más que para el propio niño. Es como si un ser etéreo aburrido estuviera jugando con el mando a distancia de la imaginación del niño, cambiando canal tras canal sin encontrar nada que cautivase su interés durante el tiempo suficiente. En un momento está a bordo de un barco pirata, disparando los cañones a un dragón por la amura de estribor, antes de ser abordado por Darth Vader y su comando de Jedi asesinos, entrenados por ninjas. Y sólo el niño, el Spiderman y un trirreme lleno de vikingos podrán mantenerlos a raya el

tiempo suficiente para que Billy el Niño desactive la bomba que va a explotar en su escuela. Todo ello mientras Darth Vader retiene como rehén a la chica más guapa de la clase. Y, por si las cosas se van un poco de las manos, se puede repetir la jugada.

Es algo así, sólo que sin tomar aliento y sin espacios entre las palabras. A ciento sesenta kilómetros por hora.

Y ese era exactamente el juego al que Colby estaba jugando mientras corría de un árbol a otro con un palo en la mano, luchando contra una manada de elfos destructores y viejos malvados, encabezados por un monstruo manco que podía cambiar de forma. Colby apuntó al cielo y ordenó a los hombres-gavilán que cayesen en picado sobre los elfos y los entretuviesen el tiempo necesario mientras llegaba la caballería. Movía su espada mientras lanzaba hechizos y luchaba contra toda clase de criaturas.

Colby giró como un derviche en pantalones vaqueros y camiseta, soltando golpes mortales a cualquier criatura que pasara por su cabeza en ese momento. De repente, en vez de seguir cortando el aire con un silbido, el palo se detuvo a media carrera, golpeando con un ruido sordo un vientre muy real cubierto por un fajín de seda y perteneciente a una figura grande y siniestra que no estaba allí hacía un instante. Los ojos de Colby se abrieron de par en par. Se acababa de meter en un lío.

El desconocido, con las manos apoyadas en las caderas, miró hacia abajo sin saber cómo reaccionar ante ese golpe involuntario.

Era alto. Pero no como un adulto alto. Extraordinariamente alto. Dos metros diez de duro músculo sobre el que descansaba una mandíbula esculpida en hormigón, con las cicatrices dejadas por el cincel todavía visibles. Su cabello, largo y negro y tan sedoso como las ropas que llevaba, estaba recogido en un moño situado casi en la coronilla. Alrededor de la cintura llevaba enrollado un fajín de brillantes colores, una serie de adornos ornamentales, campanillas y botones completaban el estrafalario, casi caricaturesco, atuendo. El hombre miró el palito que descansaba sobre su estómago y que Colby, demasiado asustado, ni siquiera había considerado retirar y gruñó suavemente.

—Ejem... —murmuró.

Colby se quedó paralizado.

—Eh... eh... Lo siento. Lo siento mucho. Yo... eh.

El hombre sonrió, poniéndose de buen humor en un abrir y cerrar de ojos.

—No tiene nada de que disculparse —dijo, haciendo una reverencia—. No me ha hecho ningún daño. En verdad, soy yo el que debería pedirle disculpas. Le ruego me disculpe, mi señor, no debería haber aparecido de forma tan inesperada.

Hablaba con la energía y la confianza de un actor en el escenario, su voz, potente y atronadora, casi rebotaba en los árboles vecinos aunque no parecía llegar demasiado lejos. Hablaba con una elocuencia a la que Colby no estaba acostumbrado, esa en la que hasta las palabras y gestos más simples parecen transmitir un importante significado.

—Lo siento —repitió Colby, la respuesta del hombre le sonaba más al sarcasmo que empleaba su madre que a una disculpa sincera.

—No —tronó el hombre, negando con la cabeza—. Soy yo el que lo siento. Me llamo Yashar. ¿Cuál es su deseo?

Colby no tenía ni idea de qué hacer con aquel hombre tan extraño, pero lo encontraba fascinante. Al principio pensó que podía tratarse de una especie de pirata, pero ahora que había pronunciado la palabra deseo, estaba empezando a dudar.

—Mi mamá dice que no debo hablar con extraños —dijo—. Ella dice que a los hombres malos les gustan los niños pequeños de pelo rojo y ojos azules, pero yo le dije que mi pelo no era muy rojo y ella dijo que no importaba lo rojo que fuera, bastaba que fuese rojo. ¿Es eso cierto?

—Hay hombres a los que les gustan muchas cosas. Pero no soy uno de ellos.

—¿No le gustan los niños pequeños pelirrojos?

El hombre soltó una carcajada, verdaderamente divertido.

—No, yo no soy un hombre.

—Bueno, pero sigue siendo un extraño y no puedo hablar con usted.

—Pero ya le dije mi nombre. Soy Yashar.

Colby se cruzó de brazos.

—Esto no funciona así.

—Bueno, ¿cómo puedo dejar de ser un extraño si no quiere hablar conmigo? —preguntó Yashar.

—Supongo que nos tendrían que presentar mamá o papá.

—¿Y si le dijera que no soy un hombre, sino un djinn?

—¿Como el juego de cartas? —preguntó Colby.

Yashar se acercó, inclinándose como para susurrarle un secreto bien guardado.

—No, como un genio —y sonrió con una amplia sonrisa y la mejor expresión tranquilizadora que pudo lograr.

Colby, con los brazos cruzados, le miró con escepticismo.

—Si usted es un genio, ¿dónde está la lámpara?

Yashar arqueó una ceja y miró a Colby disgustado, pero no sorprendido.

—Mira, chico, si me dieran un centavo cada vez que me hacen esta pregunta...

—Usted sería rico —le interrumpió Colby—. Es lo que dice mi papá. Bueno, si es usted realmente un genio, demuéstremelo. ¿No tengo tres deseos?

Yashar volvió la cabeza, haciéndose el misterioso.

—No exactamente.

—Sabía que no era un genio de verdad.

—Usted ve demasiada televisión —dijo Yashar—. Los tres deseos y esa tontería sobre la lámpara. Las cosas no funcionan de esa manera. Nunca funcionaron de esa manera.

—Bueno, ¿cómo funcionan entonces? —preguntó Colby con ojos inquisitivos.

—Mira por donde, hace un minuto yo era un forastero y no se podía hablar conmigo, pero en cuanto se ha dado cuenta de que podía sacarme algo, es todo oídos. No sé si es el chico adecuado después de todo —Yashar se dio la vuelta como si estuviera a punto de marcharse. *Uno, dos, tr...*

—¿Chico adecuado para qué? —preguntó Colby.

—Para acordarse de mí.

—¡Me acordaré de usted! ¡Lo prometo!

Yashar asintió.

—Bueno, vamos a tener que superar una pequeña prueba. Nos vemos aquí mañana a la misma hora. Si todavía se acuerda de mí, es posible que sea el chico adecuado.

Colby levantó la tapa de plástico de su reloj para ver la hora. Ponía 03:45.

—¿Qué me va a dar?

—Lo que quieras, hijo mío —dijo Yashar riendo—. Lo que tú quieras.

Y empezó a girar sobre sí mismo. Sus ropas pasaron de un torbellino caleidoscópico a una mancha multicolor antes de esfumarse por completo, solo su fajín siguió aleteando en el viento un ratito, hasta desaparecer finalmente. Ya no se encontraba en el lugar en el que había estado, se había ido sin dejar ninguna huella que pudiera demostrar que había estado alguna vez allí. Transportada suavemente por una brisa, una voz susurró en la oreja izquierda de Colby.

—No se lo cuentes a nadie. A nadie.

Colby miró estupefacto el lugar vacío dejado por Yashar. No podía creerlo, ahora podía tener todo lo que quisiera. *Cualquier cosa*. Lo había dicho Yashar. Aquello era tan emocionante. Se dio la vuelta y, olvidándose de todo, corrió de regreso a casa. Se agachaba y hacía requiebros esquivando los árboles, mientras pensaba en todos los tesoros que podría pedir. *¿Le concedería un único deseo? ¿Es eso lo que quiso decir? ¿O podría tener cualquier cosa?* Colby confiaba en que quiso decir cualquier cosa. Todo. Todo y todo. Había tantas cosas que quería pedirle.

Colby se detuvo en seco al llegar a la señal de CARRETERA CORTADA. El coche del hombre todavía estaba en el camino de entrada. El reloj de Colby marcaba las 3:47. *Mierda*. Deseó que el hombre se diera prisa y terminara de ayudar a mamá con su dolor de cabeza y así poder volver a casa. Pero no obtendría su deseo hasta el día siguiente y, cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de que sería desaprovechar tontamente un deseo. Esperaría, sin importarle que esa hora y trece minutos fuesen una eternidad.

Esperaría, porque si mamá decía a las cinco, lo decía muy en serio.

Capítulo 4

Las diez mil botellas de la hija del pescadero

Traducido de los fragmentos descubiertos a mediados del siglo XX, el cuento «Las diez mil botellas de la hija del pescadero» parece haber formado parte en algún momento de los cuentos de Sherezade recopilados por Burton en el *Libro de las mil y una noches*. Sin embargo, en algún momento, este cuento se pierde y no vuelve a aparecer en ninguna de las ediciones completas posteriores. Algunos estudiosos opinan que no era más que un cuento local añadido por un copista sin escrúpulos que pretendía incluir su propio trabajo en un manuscrito tan venerado, una práctica común de la época y uno de los problemas que Gutenberg trataba de erradicar con la invención de la imprenta. Otros sostienen, sin embargo, que se trata de un cuento perdido que desapareció de la recopilación al no ajustarse a las creencias del islam, como pasa con muchos cuentos de las *Noches*. Quizás el mejor argumento en contra de considerarlo como una verdadera historia de las *Noches* es que el sultán no sale demasiado bien parado, algo que iría en contra del objetivo último de Sherezade: el de apaciguar a su marido, el sultán asesino. Se incluye aquí en aras de la exhaustividad y en realidad no debería ser considerado como perteneciente a las *Noches*.

Un fragmento de *Los Cuentos Perdidos de Timm: Las fábulas árabes*, por Stephen Timm.

Había una vez un genio muy egoísta. Aunque era uno de los más poderosos e inteligentes de su especie, se había encaprichado con el estilo de vida de los hombres. Buscaba a los hombres de este mundo y les concedía deseos, ya fuera la gran riqueza, el poder o el amor de las mujeres, pero, a cambio, les pedía un sencillo favor: que uno de los deseos no les beneficiase directamente. A menudo a los hombres se les ocurrían unos deseos maravillosos y desinteresados como dar de comer a los pobres, proporcionarles un albergue o curar a los enfermos. Pero al mismo tiempo el genio les daba a entender que él estaba prisionero o era pobre o sufría. Contaba a cada hombre una historia diferente y, a menudo, los hombres, con la esperanza de seguir disfrutando de su favor, concedían al genio algún beneficio con el

deseo extra. De esta manera el genio acumuló tanta riqueza que esta comenzó a eclipsar a la del propio sultán. Su riqueza le permitía tener muchas mujeres, a las que él adoraba, cada una mimada y consentida como en ningún otro harén. El genio vivía muy bien y consideraba que se lo merecía con creces.

Pero en aquella época, en el mismo reino vivía un sultán muy egoísta. Era el hombre más poderoso y respetado del reino y se había acostumbrado a su posición y a todas sus pertenencias mundanas. Cuando el sultán se enteró de la creciente riqueza del genio, se puso muy nervioso. Pronto esa riqueza eclipsaría a la suya propia y un día el genio podría reclamar para sí el título de sultán y gobernar todo lo que le pertenecía. El sultán estaba convencido de que al genio sólo le faltaba un deseo para robarle todo lo que legítimamente era suyo, todo lo que le fue legado por Alá al nacer. Y como ningún genio le iba a quitar lo que por derecho de nacimiento le había concedido Alá, el sultán reunió a sus visires más sabios para preparar un plan para poner a este genio en su lugar.

Los visires hablaron y hablaron durante días pero no pudieron llegar a ningún acuerdo. Algunos pensaban que debían pasar a cuchillo a las mujeres del genio y apoderarse de sus bienes. Otros, temiendo las represalias, pensaban que sólo debían *amenazar* al genio con pasar a cuchillo a sus mujeres y apoderarse de sus bienes. Y otros pensaban que el sultán debía apropiarse de las tierras y bienes por la voluntad de Alá. Pero ninguna de estas opciones protegía realmente al sultán y a su reino de las posibles represalias, ya que, aunque el ejército del sultán era poderoso, los genios eran muchos y no había forma de saber cuántos acudirían en ayuda de uno de los suyos.

Por fin habló el visir más sabio del sultán, un hombre cuyo nombre no llegó a nosotros y que había permanecido en silencio durante tres días y tres noches, dejando que los otros visires se quedasen sin voz antes de empezar a hablar. Y cuando lo hizo, ya no quedaba nadie con voz en la sala para llevarle la contraria.

—Pierde su tiempo con esas charlas sobre la fuerza y las amenazas —dijo, condenando a sus compañeros visires—. Si quiere vencer a un hombre, ya sea en una guerra o en una discusión, no se enfrente a su fuerza. Aproveche sus debilidades.

Y con eso expuso su plan para humillar al genio y hacer que dejara de ser una amenaza para el sultán. Pero el visir exigió una recompensa al sultán —aunque insignificante—, ya que se dice que un genio puede sentir el deseo en el corazón de un hombre y que era esencial para el plan que el visir tuviera su recompensa.

Humildemente pidió que le fuera concedida en matrimonio la virginal hija muda de un pescadero, de la que se decía que era la muchacha más bella del reino. El sultán incluso había considerado añadirla a sus muchas esposas —¿qué hombre no desearía una esposa silenciosa, especialmente si era tan hermosa? Pero finalmente concedió al visir su deseo, ya que la astucia del visir era legendaria y el sultán no quería encontrarse un día enfrentándose a la misma.

La noche siguiente, a la residencia del genio llegó un pobre mendigo. El genio le dio la bienvenida y le invitó a comer. El mendigo se lo agradeció y aceptó con mucho gusto la invitación.

—Tienes una bonita casa —alabó la propiedad el mendigo.

El genio sonrió, porque estaba orgulloso de la casa que se había construido.

—No es tan bonita como el palacio del sultán, pero es una buena casa —continuó el mendigo. La sonrisa del genio menguó un poco.

—¿Cómo está la comida? —preguntó el genio al mendigo.

—Oh, gracias, señor. Estupenda. Es un excelente manjar. Me recuerda la vez que cené con un jefe de estado extranjero. Tenía a los mejores cocineros. Habían preparado una cabra

como nunca habrá probado, perfectamente asada con las mejores hierbas importadas.

El genio miró con recelo al mendigo.

—¿Cómo es que un mendigo como tú ha cenado con reyes y ha visitado al sultán?

—Oh, señor. No quiero aburrirle con mi historia.

—Pero tienes que hacerlo —insistió el genio.

—Hace ya muchos veranos el hombre sentado humildemente ante usted era visir del sultán —el genio miraba ahora al hombre con gran interés—. Pero el sultán es el príncipe más impío y egoísta del mundo. Le serví durante muchos años y sólo le pedí una cosa, la mano de una bella joven que vivía en un pueblo cercano. Pero cuando el sultán vio a la muchacha, decidió que él mismo se casaría con ella y la privaría de su más preciada inocencia. Cuando me atreví a protestar, me expulsó, perdonándome la vida por los años de servicio que le había prestado, pero despojándome de mi título y de mis bienes. He vivido de la caridad de los extraños desde entonces. ¡Oh, si hubiera alguna manera de corregir estos males!

Impresionado por la trágica historia, pero aún más enfurecido por el egoísmo de un hombre mejor situado que él, el genio decidió que ayudaría a aquel mendigo. Podía sentir el amor por la joven doncella en el corazón del hombre y le reveló su verdadera naturaleza al mendigo. Asombrado por la figura dorada del genio que tenía ante él, el mendigo cayó de rodillas mientras la voz del genio retumbaba en los pasillos de mármol.

—¡Señor, esta noche te voy a dar la oportunidad de vengarte y de enmendar los errores!

—¿Lo jura? —preguntó el mendigo.

—Sí —juró el genio—. Te concederé tres deseos. Los dos primeros serán para ti. El tercero debe beneficiar a alguien que no seas tú. ¿Prometes que lo harás?

—Oh, sí. Sí, lo prometo.

—Entonces, ¿cuál es tu primer deseo?

—Quiero que el sultán me conceda la mano de la mujer que más quiero.

El genio asintió con la cabeza, dio una palmada y así se hizo.

—¿Cuál es tu segundo deseo?

—Que, ocurra lo que ocurra, no perjudicarás de ninguna manera al sultán o a sus visires por lo que hayan hecho, ni podrás quitarles nada de lo que les pertenece por derecho sin su conocimiento.

—¿Por qué no? —preguntó el genio, desconcertado por este deseo.

—Porque si te dejo que hagas daño a estos hombres, me convertiré en alguien que no es mejor que ellos.

El genio sonrió y asintió con la cabeza. Verdaderamente se trataba de un hombre de carácter. Volvió a asentir con la cabeza, dio dos palmadas y así se hizo.

—¿Y tu tercer deseo?

—Que todas tus posesiones, tus tierras y tus esposas inmediatamente pasen a ser propiedad del sultán.

El genio se sintió avergonzado. Había sido engañado. Rabioso, echó hacia atrás el brazo para golpear al hombre, pero no pudo, porque se trataba de un visir del sultán y no le podía hacer daño por lo que había hecho. Fue sólo entonces cuando realmente se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

—Prestaste un juramento, genio. Concédeme mi tercer deseo.

Las lágrimas se asomaron a los ojos del genio. Sus tierras, todas sus posesiones, y las esposas a las que tanto había amado, en un instante pasarían a pertenecer al sultán. Lamentándose asintió con la cabeza, dio tres palmadas y así se hizo.

—Ahora, te ordeno que te marches de la propiedad del sultán, genio.

Sonriente, el visir ordenó a los sirvientes que cuidaran de la residencia en su ausencia y regresó al palacio del sultán para reclamar a su novia.

El avergonzado genio salió de la propiedad que ahora era del sultán y durante tres días y tres noches caminó sin parar, tratando de alejarse lo más posible de su antigua vida. Cuando ya no pudo caminar más, se subió a una buena y cómoda rama en una gran higuera y cayó en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, un joven campesino que estaba recogiendo higos tropezó por casualidad con el genio. El genio se despertó tan furioso y molesto por que alguien osara interrumpir su sueño, que perdió el equilibrio y cayó del árbol. El campesino se arrojó inmediatamente de rodillas y suplicó al genio que le perdonara. Entonces el genio miró a su alrededor y, al verse rodeado de higueras, se dio cuenta de que había confundido la huerta de un sencillo agricultor con un bosque. Pidió perdón al campesino, pero este no quería ni oír hablar de ello.

—Este árbol es suyo ahora —imploraba el campesino—, usted lo escogió.

—Pero es un árbol de tu huerto.

—Tengo muchos más árboles aquí. Éste es suyo durante el tiempo que lo desee. Por favor, perdóneme por haberle despertado. ¿Hay alguna manera de que pudiera recompensarle por ello?

Fue entonces cuando el genio se dio cuenta de lo hambriento que estaba.

—Si pudieras darme algo de comida, siempre que te sobre, claro.

El granjero asintió.

—Pero que no esté salada o me ofenderé diez veces más.

El campesino se marchó y regresó al cabo de una hora con un guiso que había preparado aquel día. El genio se sentó junto al árbol y devoró con avidez la comida. Invitó con un gesto a que el joven se sentara a su lado.

—Gracias por tu amabilidad. Me has dado de comer cuando tenía hambre y un árbol cuando no tenía nada más en el mundo. ¿Cómo puedo pagarte tu bondad?

—Lo único que pido es que me perdone por haberme enojado antes —dijo el campesino.

—No guardo ningún rencor contra ti —le aseguró el genio.

—Entonces tengo todo lo que necesito.

—Pero ¿hay algo que *quieras*? ¿Tienes algún *deseo*?

—¿Deseo? —se sonrojó el campesino—. Hay una chica en un pueblo cercano que me gusta mucho.

—¿Y te gustaría que también te amara? —preguntó el genio.

—No —respondió el joven—. Ella ya me ama. Pero su padre la ha prometido a otro hombre.

—¿Entonces tu deseo es que se comprometa contigo en su lugar?

—Sí —contestó el campesino.

—¿Qué más deseas?

—Me gustaría que pudiera hablar, así yo sabría lo que está pensando en todo momento.

—¿La muchacha no puede hablar?

—Es muda de nacimiento.

—¿Y cuál sería tu tercer deseo?

—¿El tercer deseo? —preguntó el campesino—. ¿Qué más podría desear un hombre? Una casa, una mujer y la tierra que trabajar es todo lo que un hombre necesita. El resto se lo tiene que ganar por sí mismo o, de lo contrario, no tendría ningún valor.

—¿No tendría valor? —preguntó sorprendido el genio.

—No. El oro que un hombre no ha ganado es sólo un montón de algo brillante que no

significa nada para él. Nosotros no somos la suma de esos motones sin valor. El valor de las cosas está en el trabajo que encierran.

El genio sonrió, impresionado por la sabiduría del campesino.

—¿Cuál es tu deseo?

—Me gustaría que la hija del pescadero fuese mi prometida.

El genio asintió con la cabeza, dio una palmada y así se hizo.

—¿Cuál es tu segundo deseo?

—Me gustaría que la hija del pescadero pudiera hablar.

El genio asintió con la cabeza, dio dos palmadas y así se hizo.

—No sólo es la mujer más hermosa de la tierra, sino que su voz es la más dulce también.

¿Cuál es tu tercer deseo?

—Deseo que haga igual de felices a todos con los que se encuentre como me ha hecho a mí.

El genio se detuvo asombrado.

—¿Qué? —preguntó.

—Acaba de hacer mucho por mí. Mi último deseo es que pueda seguir obsequiando a otros con regalos tan maravillosos como los míos.

Ante esto, el genio sonrió, asintió, dio tres palmadas y así se hizo.

En aquel mismo instante, a kilómetros de distancia, el visir estaba furioso, se había enterado de lo que el genio acababa de hacer y juró que se lo haría pagar. Enojado, reunió al resto de los visires y a los magos más sabios del reino y juntos se pusieron a consultar minuciosamente las tablillas y los textos antiguos en busca de una solución definitiva al problema del genio.

A la mañana siguiente, el pescadero llegó en su caballo a la casa del campesino trayendo consigo a su hija. Nada sorprendido, el joven salió a recibirle.

—Es la cosa más extraña que me ha pasado nunca —dijo el pescadero—. Anoche mi hija vino a mí y con la voz de una docena de ruiseñores, dijo: «Padre, quiero a un hombre y quisiera casarme con él». Y a una voz tan dulce no se le puede negar nada, sobre todo cuando me explicó que estaba enamorada de un hombre tan bueno y noble como tú. Por eso vengo a ti con la dote en la mano para preguntarte si quieres casarte con mi hija y convertirme en el padre más feliz de la tierra.

El campesino sonrió, asintió con la cabeza y prometió al pescadero que amaría a su hija con todo el corazón. Y así los dos se casaron en seguida y vivieron felices comiendo higos y pescado hasta el fin de sus días.

Pero el visir seguía furioso. Después de haber pasado semanas revisando los rollos de pergamino y las escrituras, aún no había podido encontrar la manera de matar al genio de forma definitiva. Sin embargo, encontró dos fragmentos de un arcano texto que hablaban de dos puntos muy importantes. El primero decía que cada genio tiene la edad de la memoria y muere cuando ya nadie puede recordar su nombre. El segundo describía un método para meter a un genio en un recipiente en el que se le guarda para siempre. Incluso por separado, cualquiera de estas ideas era muy peligrosa para un genio, pero juntas resultaban ser el camino de su perdición.

El visir encargó inmediatamente a los artesanos del reino fabricar botellas y lámparas empleando los mejores materiales cuidadosamente seleccionados. Luego ordenó a sus guardias que hicieran una visita al campesino de las higueras y a su nueva esposa. Los guardias regresaron a la mañana siguiente, portando las cabezas recién cortadas de los dos jóvenes. Luego mandó a los jinetes que cabalgasen en todas las direcciones buscando genios dondequiera que estuviesen. Cada jinete recibió una docena de botellas y lámparas y se le

dijo que no osara regresar hasta llenar todos los recipientes.

El visir se tomó su tiempo para llevar a cabo su venganza. Fue un proceso lento y meticuloso. Las noticias no se propagaban con la rapidez suficiente y, al cabo de un año, los jinetes regresaron con diez mil botellas, cada una conteniendo su genio. Pero ninguno era el genio que el visir estaba buscando. Cada botella se guardó en un cofre que fue enterrado en la arena a seis metros de profundidad. Sin haber conseguido capturar al genio y sin la novia, el visir se consolaba con su victoria a medias.

Pero no pudo disfrutar de esa victoria por mucho tiempo, los genios eran una multitud — más de diez mil— y todos se sintieron agraviados con la noticia del encarcelamiento de sus hermanos. Aunque la magia de las botellas impedía a los pocos genios que todavía quedaban libres abrirlas o siquiera encontrarlas, los jinetes que las habían portado no eran tan buenos guardando secretos, sobre todo cuando ya no les quedaban botellas. Sólo tuvieron que volver del revés a unos cuantos jinetes para aflojar sus lenguas y así los genios supieron quién era el villano que había encarcelado a sus hermanos.

Una noche, una pesadilla despertó al visir, quien se encontró en un páramo desolado, lejos de su reino. Vagó durante tres días hasta que el sol y la arena lo volvieran casi loco. Justo antes de sucumbir por completo a la locura, los genios azuzaron a perros salvajes contra el visir y estos le arrancaron todos sus miembros y saciaron su sed con la sangre del visir. Su linaje fue maldito para siempre y su familia condenada a estrangular a los hijos recién nacidos hasta que no quedara un solo descendiente. Por último, los genios borraron el nombre del visir de la memoria del tiempo, algunos dicen que incluso desterraron sus sílabas de todas las lenguas de los hombres.

Después los genios arrasaron el reino, volviendo yermas todas sus tierras y convirtieron en polvo el palacio del sultán. El genio egoísta, que fue el causante de esa guerra corta y terrible, se unió al éxodo masivo y se marchó —taciturno, silencioso y lleno de vergüenza. Nadie supo más de él.

Capítulo 5

Un día grande para Colby Stevens

Es imposible conseguir que, por muy agotado que esté, un niño siga durmiendo después de las seis de la mañana el día de Navidad. Colby se despertó a las 4:35. Hoy era el día en que le habían prometido que tendría todo lo que quisiera. Cualquier cosa que deseara. Y aunque nos hubiera gustado decir que Colby había pensado, aunque sólo durante un instante, en los niños hambrientos de África, en todos los que padecían alguna enfermedad en el mundo o incluso en el indigente que dormía la mona después de haberse bebido doce latas de cualquier porquería barata detrás de la tienda, la verdad es que no lo hizo. Colby había pensado en juguetes. Montones y montones de juguetes.

Después de haber reunido todos los catálogos y folletos publicitarios que llegaban a su casa, Colby marcó las fotos de los juguetes más caros y extravagantes con el rotulador negro, rodeándolas con alegre descuido, sabiendo perfectamente que ninguno de ellos, probablemente, pasaría el corte. Ahora, por fin tenía su oportunidad de pedir *una cosa perfecta*, ese reluciente y brillante objeto que lo convertiría en la envidia de todo el mundo. Su cabeza empezó a dar vueltas cuando se puso a pensar en los extrañísimos aparatos —juguetes que casi parecían las creaciones del Dr. Seuss— que eran lo mejor de lo mejor fusionado con artilugios electrónicos, televisores con videoconsolas integradas y con compartimentos para espadas de luz y la mesa de billar plegable. Su capacidad para percibir lo absurdo casi superó su deseo de tener algo realmente espectacular.

Había empezado su búsqueda la tarde anterior y continuado bajo el amparo de la oscuridad y unas mantas, iluminándose con la linterna de San Francisco que su padre le había regalado, hasta que la batería tosió y se murió. Poco después, tras un breve descanso y mucho antes de que saliera el sol, ya estaba despierto otra vez, listo para afrontar de nuevo el problema con

la perseverancia de un científico tratando de resolver los enigmas de la antigüedad.

Horas más tarde, cuando su paciencia estaba ya en el límite, se levantó para vestirse e ir a conocer a su nuevo mejor amigo. Se puso los pantalones de domingo y la camisa blanca de botones, que se ponía siempre que su abuela lo llevaba a la iglesia para que rezara por su madre y por una mujer llamada Jezabel. Se peinó el pelo mojado a un lado dejándolo a unos centímetros por encima de la oreja. A continuación vino la guinda del pastel, su corbata de Navidad provista de una goma y los calcetines más blancos que pudo encontrar. Estaba perfecto. Absolutamente perfecto.

Tud-tud-tud-tud-tud-tud. Por las escaleras y alrededor de la barandilla, el deslizamiento perfecto hasta la puerta. *Libre por fin.*

La voz de Sylvia acabó con la perfección de la mañana.

—¿Dónde crees que vas tan temprano, jovencito? —se escuchó su voz desde la otra habitación.

—Voy a jugar al bosque.

—Ven aquí y déjame que te eche un vistazo —exigió la voz.

Colby asomó la cabeza por la puerta del salón. Su madre yacía en el sofá, como si no hubiera movido un músculo desde el día anterior. Lo miró de arriba abajo con los ojos entrecerrados.

—No-no. No puede ser. Vuelve arriba y cámbiate. No vas a llevar tu ropa de la iglesia para ir a ese bosque. Te pondrás perdido. Sube ahora mismo y no salgas de la casa hasta que te vea vestido como es debido. ¿Lo has entendido?

—Está bien, mamá —suspiró derrotado el niño.

Colby volvió a subir las escaleras, sus pisadas lentas y deliberadamente ruidosas sonaron como petardos dentro de una lata de café, que era a lo que más se parecía en ese momento la cabeza de Sylvia. La mujer gruñó agotada, pero el niño estaba demasiado lejos para oírla. Colby regresó momentos después, esta vez vestido de manera mucho más conservadora: pantalones vaqueros, una camiseta y unas tenis. Sylvia asintió con aprobación, habiendo agotado todas las muestras de afecto maternal que tocaba aquel día en su queja sobre la forma de vestir.

—Está bien. Eso está mejor. ¿Qué locura te ha dado por querer vestirte de domingo? ¿Alguna niña ha conseguido que te emperifolles así?

Colby no sabía qué responder, así que farfulló algo, flanqueado por largas pausas a ambos lados.

—Bueno, no dejes que te rompa el corazón, querido. Siempre habrá alguien que te romperá el corazón.

—Está bien, mamá —asintió de mala gana.

—Ahora, vete y sé bueno. ¿Dónde está tu reloj?

Colby sonrió, extendiendo el brazo todo lo que podía.

Sylvia asintió.

—Muy bien. Recuerda que debes volver después de las cinco, pero no después de las seis.

—Está bien —dijo Colby sonriendo.

Luego cruzó la puerta, dobló la esquina y corrió hacia el reino mágico al otro lado de la señal de CARRETERA CORTADA. *Mierda, 10:53. Cuatro horas.*

Las horas pasaban a un ritmo glacial, como si la impaciencia hiciera cada segundo el doble de largo. Cuando el tiempo entró por fin en la recta final, a eso de las cuatro menos cuarto, el estómago de Colby estaba tenso, sentía un hormigueo en la vejiga y una sensación nerviosa, casi enfermiza, lo llenaba y hacía que sus pies golpearan el suelo fuera de control. Pasó los últimos siete minutos mirando fijamente el reloj, cada minuto parecía más largo que el anterior. Cuando el cuatro se transformó en cinco, se puso de pie, mirando a su alrededor con ojos salvajes y excitados. Pero no había nada que ver. Nadie salía de entre los arbustos o de detrás de un árbol. Esperó un poco más.

—¿Hola? —gritó—. ¿Yashar?

Nada.

03:47.

—¡Qué timo!

—¿Eso también lo has aprendido de la televisión? —preguntó Yashar, saliendo sonriente de detrás del árbol en el que Colby llevaba apoyado una hora.

—¡Has venido!

—Claro que sí. Y tú te acordaste. Además has sido muy puntual. Justo a tiempo.

Colby sonrió.

—Mamá dice que siempre hay que ser puntual. ¿Usted no irá a romper mi

corazón?, ¿verdad?

—¿Cómo? —preguntó Yashar.

—Bueno, antes de salir de casa, mi mamá me dijo que alguien siempre me romperá el corazón.

—Sí, tu mamá es un lince.

—Yo la quiero —dijo Colby con orgullo.

Yashar miró a Colby con una mezcla de tristeza y admiración.

—Por eso te elegí.

—¿Y qué hay de mi deseo? —espetó el niño.

—Vaya, tú sí que vas al grano —se rio Yashar—. Primero un poco de charla y luego ¡ZAS! Directo al grano. Apuesto a que serías un buen hombre de negocios.

—Mi padre es un hombre de negocios. Vende ordenadores. Viaja mucho y no suele parar en casa, pero me cuida. Me trae cosas de todos los sitios. Tengo bolas de nieve de cristal, camisetas y postales. ¿Quieres verlas?

—No, gracias —declinó Yashar cortésmente—. Probablemente habré estado en todos los sitios en los que estuvo tu padre y las bolas de nieve de cristal no son tan bonitas como las cosas reales.

—Sí, pero ¿sabías que en El Álamo nieva?

—Sí, pero no tan a menudo como para justificar una bola de nieve de cristal.

—Bueno, tengo un montón de cosas interesantes. Podrías venir a jugar un día.

—¿Por qué no jugamos aquí?

—¿A qué podríamos jugar aquí?

—A todo lo que desees —dijo Yashar de una manera algo sentimental, como si hubiera pronunciado esa frase miles de veces antes. Incluso agitó alegremente el brazo en el aire, como si estuviera conjurando la felicidad mientras hablaba.

—¡Oooh! ¿Cuándo tendré mi deseo?

—Esa impaciencia.

—Sí, sí. Lo sé. La paciencia es una virtud. Vosotros, los adultos, siempre decís eso. Pero ¿cómo sé que es un genio de verdad? Ni siquiera tienes una botella.

—¿Quieres dejar de una vez lo de la botella, muchacho? Es ofensivo.

—¿Qué? —preguntó Colby, sin entender.

Yashar volvió a recuperar el control de sí mismo.

—Me duele.

—¿Por qué?

—Deja que te cuente una historia.

Yashar miró a su alrededor y vio un tronco caído, cubierto de musgo, pero lo suficientemente sólido como para soportar su peso. Se sentó y palmeó la madera junto a él. Colby se encaramó al tronco de un salto y se sentó a su lado, dispuesto a escuchar atentamente.

—Había una vez un hombre malo —comenzó el genio.

—¿Era un mago? —preguntó Colby.

—No, era un visir.

—¿Qué es eso?

—El consejero más fiel del rey. Si el rey quiere preguntar u ordenar algo, el visir le dice si es una buena idea o no. A veces, el visir le dice al rey lo que debe hacer, pero lo hace de tal manera que el rey piensa que ha sido su propia idea.

—¿Así que eran hombres malos?

—Algunos sí, pero la mayoría eran sabios y benevolentes. Éste, sin embargo, era malo, un hombre verdaderamente malvado. Sentía celos por algo que yo hice. Verás, había otro hombre que era muy bueno, que trabajó duro y lo hacía todo lo mejor que sabía. Lo único que deseaba era que la muchacha más bella del reino fuera su esposa. Ahora bien, esto no era malo, ya que la chica lo amaba también —y mucho—, pero ese visir también la quería y no precisamente para una causa tan noble como el amor.

—¿Para qué la quería?

Yashar se detuvo por un instante.

—Pensaba que la gente lo miraría y diría: «Tiene que ser un gran hombre para tener una mujer tan hermosa».

—Oh. Pensé que la quería para el sexo —dijo Colby, decepcionado.

Yashar miró a Colby.

—¿Dónde aprendiste esas cosas?

—De un niño de mi clase que se llama Rubén. Una vez, cuando estábamos

en el sótano de su casa, me enseñó algunas revistas de su papá y había mujeres sin ropa y Rubén dijo que era para que uno pudiera tener sexo con ellas. ¡Pero las fotos no me gustaron, lo juro!

—¿Quieres oír mi historia o no? —preguntó Yashar.

Colby asintió entusiasmado, moviendo la cabeza como un pájaro carpintero contra un árbol invisible.

—Muy bien entonces. Yo hice que aquella hermosa mujer se casara con el hombre bueno en lugar del malvado visir. Por eso el visir se enojó mucho y mandó a muchos magos...

—¡Mola! ¡Sabía que habría magos! Los magos siempre salen en las buenas historias.

—Bueno, esto no es una historia muy *buena*.

—¿Entonces para qué la cuentas?

—Porque tiene una moraleja.

—¿Como una fábula?

—Exactamente —dijo Yashar—. Sólo que esta historia es verdadera. Y muy triste.

—Oh. ¿Qué ocurrió?

—Bueno, el visir estaba tan enojado con lo que yo había hecho, que mandó a sus magos a que elaborasen un hechizo para atrapar a los genios en las botellas.

—¿Igual que en la televisión?

—¡Mucho peor! En esas historias, el genio podía permanecer en la botella durante diez mil años y seguir perfectamente siempre y cuando alguien finalmente lo encontrase y abriese la botella. Pero en la realidad, si todo el mundo se olvida de nosotros, nos desvanecemos.

—Pero todo el mundo conoce las historias de los genios.

—Sí, pero no de cada genio en concreto. Si todo el mundo se olvida de mí, Yashar, o todas las personas que me recuerdan se mueren, yo también me muero. Mi esencia se desvanecerá a la puesta del sol.

—¿Así que murió un montón de genios?

—Casi todos. Contaban que había tantos genios como granos de arena. Ahora su número es menor que el de los árboles en este campo.

—¿Y todo fue por tu culpa?

Yashar hizo una mueca, pero era una pregunta justa.

—Sí.

—Bueno, yo no te olvidaré. Te lo prometo.

—Eso espero, Colby. Eso espero. Eres, en gran medida, la clase de niño que estaba buscando.

—¿Qué clase es esa? —preguntó Colby.

—La clase que no tiene miedo a soñar. La clase que no tiene prisa por crecer.

—¿Por qué iba yo a querer crecer? Los adultos están tristes y tienen dolores de cabeza y algunos huelen raro.

Yashar sonrió.

—¿Quieres jugar a caballeros de la mesa redonda?

—¿Cómo se juega a eso?

—Bueno, te doy una espada y luego convocó a un dragón malo y asqueroso y tú lo matas por tu rey.

La cara de Colby se iluminó.

—¿Podré salvar a alguna chica bonita?

—Colby, tienes ocho años.

—Sí, pero las chicas son muy guapas.

—¿Así es como atraes a las chicas, con ese tipo de conversación?

—No. Por lo general, las llamo cosas y se dejan perseguir —Colby se quedó callado un momento—. Yashar, ¿cómo es el sexo?

Yashar sonrió.

—Se parece bastante a perseguir a las chicas por el patio del colegio. Salvo que tienes que llamarlas con nombres dulces. ¿Estás listo para jugar o prefieres estar charlando todo el día?

—No, no, no. Quiero jugar a los caballeros.

—Que así sea.

Capítulo 6

El genio a la vuelta de la esquina

Un fragmento del libro de Dr. Thaddeus Ray, Ph.D., *Crónica de los habitantes de los sueños*

Hay pocas criaturas sobrenaturales tan incomprendidas y tan poco representadas en los mitos modernos como los genios. Al igual que ocurre con otras muchas criaturas sobrenaturales bien conocidas (por ejemplo los ángeles, los demonios y las hadas), no se trata tanto de un *tipo* específico de criatura, sino de una *clase* de criaturas. No todos los genios son iguales. De hecho, parece que en el universo existen tantas variedades y especies diferentes de genios como de seres mágicos, pero nadie se ha tomado el tiempo o la molestia de catalogarlos. Algunos afirman que los genios son simplemente un tipo de ser mágico, mientras que otros creen que se trata de ángeles expulsados del cielo, muchos de los cuales sirven al malvado Shaitan (pronunciado Satán), que dio la espalda a Dios al negarse a servir al hombre. Lo que sí se sabe con certeza es que cada genio es muy diferente de los demás, y sólo tienen en común un conjunto de rasgos específicos.

Los genios poseen el libre albedrío y, a diferencia de otras criaturas sobrenaturales, no están totalmente vinculados a una región, a una forma de alimentarse o a un comportamiento concretos. En ese aspecto se parecen mucho a nosotros. No existe un hábitat único en el que se les puede encontrar o una actividad a la que uno puede esperar que estén dedicados al encontrarse con ellos. Son individuos sin demasiados problemas y cada uno logra su propósito, afición o disfrute en sus propios términos.

Sin embargo, hay una cosa que no pueden hacer: romper cualquier tipo de juramento. Una vez que un genio promete, jura, o incluso infiere que ha prometido algo de forma indirecta, se ve obligado por todas las fibras de su ser a mantener esa promesa, aun a costa de su vida. Por supuesto que nada impide a un genio astuto buscar y explotar las lagunas de su juramento. La mayoría de las historias en las que aparecen los genios tienden a centrarse en esa manipulación del juramento, pero en la práctica no suele ocurrir muy a menudo.

A los genios les encanta el calor y les gusta mucho dormir. Nadie sabe por qué, y los genios nunca hablan de ello, pero se sabe que, en un desierto y sin nadie que les perturbe, pueden dormir durante años. También les encanta comer, pero sufren fuertes dolores y se ponen enfermos si prueban siquiera un grano de sal y la manera más segura de provocar su ira es ofrecerles una comida salada. El acero y el hierro repelen a los genios por igual, pero no parecen afectarles como a las hadas. A pesar de esas debilidades, los genios son criaturas enérgicas, sujetas a sus propias leyes y no se les puede matar de una manera convencional. Solo se conoce una forma en que puede morir un genio: desvaneciéndose cuando todo el mundo se olvida de él.

Los genios se alimentan de la memoria y están misteriosamente vinculados a la misma. Mientras alguien se acuerda de un genio concreto como individuo (y, más importante, como

genio), este sigue con vida. Pero si se mueren todos los que le habían conocido, el genio comienza a pasar hambre y perece en quince días —su energía se disipa en la atmósfera, creando una de las puestas de sol más espectaculares que jamás se han visto. Lo cual implica que, mientras no se meta en líos, un genio teóricamente podría vivir eternamente. Sin embargo, aunque es imposible matarlos directamente, pueden ser encarcelados y a menudo son retenidos por aquellos que desean emplear su poder en provecho propio.

Hubo un tiempo en el que los genios eran bastante numerosos y recorrían el mundo en busca de placer, aventura o conocimiento. No era raro que una casa fuera «encantada» por un genio, lo que acabaría dando lugar a numerosas supersticiones. Por ejemplo, la costumbre de no pisar el umbral de una casa, tiene su origen en los casos en que la gente tropezaba y despertaba al genio que se había quedado dormido en sus puertas.

La palabra *genio* procede de la palabra *janna*, que significa «ocultar» o «esconder», dado que los genios pueden volverse invisibles a voluntad. Cada uno posee además un conjunto de habilidades. Unos pocos pueden cambiar de forma, adoptando a menudo la forma de un animal o de un ser humano, aunque algunos no pueden evitar aparecer con pezuñas o patas de camello. Curiosamente, cualquier intento de transformarse en una bella mujer, dejará el genio con los ojos girados noventa grados, entre la frente y las mejillas. Otros genios pueden volar, atravesar las paredes o están dotados de una fuerza sobrehumana. Sin embargo, los genios más poderosos son los que poseen el don de conceder deseos.

Los genios que conceden deseos en realidad son mucho más raros y poderosos, capaces de alterar por completo la suerte y el destino de los hombres. Pero ni siquiera ellos pueden alterar la realidad por su propia y libre voluntad. Un genio sólo puede cumplir el deseo de la mente de otra persona, generalmente un mortal, y sólo si se reúnen ciertas condiciones. Primero el genio debe establecer una relación con ese mortal, prometiendo concederle uno o más deseos. En segundo lugar, el mortal debe pronunciar ese deseo en voz alta. Por último, el genio debe dar su consentimiento y luego conceder el deseo. Sin embargo, en este punto el genio puede realizar las modificaciones que desee, incluyendo cambios en cualquier condición (cómo y cuándo, dónde, etc.) que no ha sido especificada explícitamente al formular el deseo, aunque siempre permanecen obligados por el juramento inicial.

El principal factor que limita estos deseos está en que los genios no pueden cambiar el pasado, sólo el presente. Incluso el futuro está realmente fuera de su alcance, con excepción de la transmisión de las bendiciones o la eliminación de las maldiciones, las cuales parecen obedecer reglas propias. En cambio, estos genios pueden hacer alteraciones tan sutiles como cambiar la propiedad de un objeto o la sustancia de la que está hecho o tan enormes como convencer al mundo de una verdad que nunca antes existió, como la identidad del gobernante de una nación. Por esta razón los hombres poderosos (y hambrientos de poder) siempre han buscado a los genios y muchos genios han tenido que ocultarse como consecuencia de ello.

Encontrar a un genio hoy en día puede resultar, sin duda, muy provechoso, pero ¡ay de aquel hombre al que un genio encuentra primero! Uno nunca puede saber lo que piensan realmente.

Capítulo 7

Colby hace su elección

—¿Las hadas existen de verdad? —gritó Colby a pleno pulmón—. ¡Guay!

Su rostro se iluminó ante esa idea. A pesar de haberse encontrado con un genio de verdad que le dio la oportunidad de pedir un deseo, no se le había ocurrido hacerse una pregunta muy importante: *si el genio era real, ¿qué más cosas habría por ahí?* Pero ahora era la única idea que ocupaba su mente.

—¿De verdad? —respondió Yashar dubitativo—. Bueno, eso depende de tu punto de vista.

—¿Qué otras cosas son de verdad?

—Muchas cosas son de verdad. Los árboles son de verdad, la gente es de verdad...

—No, ¿qué otras cosas *guay* son de verdad?

—Guay es un término relativo, Colby. Pero supongo que me estás preguntando por las cosas que podríamos llamar... ¿sobrenaturales?

Colby se quedó perplejo. No conocía esa palabra.

—Bueno, ya sabes, las hadas y los genios existen de verdad. Pero los ángeles también, los magos...

—¿Los fantasmas?

—Ahí es donde las cosas se complican un poco. Pero sí. En cierto sentido.

—¿Dragones?

—No.

—¿Monstruos?

Yashar se detuvo y asintió lentamente con la cabeza, perdido en sus pensamientos, como si se acordara de algo terrible. Su mirada era a la vez paternal y aterradora.

—Mira, Colby —dijo—. Los monstruos son reales. Muy reales. Pero no sólo entre las criaturas sobrenaturales. Los monstruos están en todas partes. Son personas, pesadillas, visires envidiosos. Son las cosas que albergamos en

nuestro interior. Si hay algo de lo que debes acordarte siempre, incluso si te olvidas de mí, *recuerda que no se puede imaginar un monstruo que no haya caminado alguna vez en el alma de un hombre.*

Yashar se acercó más, apuntando con el dedo acusador el pecho de Colby.

—Un día puede que haya un monstruo aquí. Un sueño que tenga los dientes de un tiburón, la fuerza de un león y la crueldad que solo un hombre puede imaginar.

Luego se relajó, se echó hacia atrás y sonrió.

—Pero ¿existen monstruos de carne y hueso? ¿Monstruos alados con fauces abiertas que pueden tragar a un niño entero, que huelen a basura podrida y profieren unos sonidos tan terribles que hacen temblar tus rodillas? ¿De verdad existen?

Juguetonamente metió el dedo en las costillas de Colby, haciéndole cosquillas.

—Oh sí, Colby. De verdad existen.

—¡Guay! Quiero verlos. No sólo a los monstruos, todo. A las hadas, a los ángeles, a los magos. Quiero verlos a todos. Ese es mi deseo.

—¿Qué? —se rio Yashar.

—Ese es mi deseo. Ojalá pudiera ver todo lo supranacional... tral...

Yashar se puso serio al instante.

—¿Sobrenatural?

—Sobrenatural —gritó Colby orgulloso—. Mi deseo es que me muestres todo lo sobrenatural.

—No —dijo Yashar—, eso es muy peligroso. Lo prohíbo.

—Pero ese es mi deseo. Tú me protegerás, ¿verdad? Deseo que me los muestres y me protejas. Ese es mi deseo.

—¿No quieres nada más? —preguntó Yashar, deteniéndose un momento para que Colby pudiera recapacitar—. ¿Un cinturón de herramientas? —ahora parecía desesperado—. ¿Una bicicleta? ¿Una novia?

—No. Mi deseo es ese. Y tú me prometiste que podía pedir todo lo que quisiera. Y los genios siempre mantienen sus promesas, ¿no?

El corazón de Yashar se había roto: lo *había* prometido. Daba igual lo mucho que aquello podría perjudicar a Colby, tenía que cumplir su promesa. Era consciente de que no era el peor error que jamás había cometido, pero

estaba empezando a pensar que se le parecía mucho. Con un profundo suspiro, meneó la cabeza. *Bueno, esto es nuevo.*

—¿Así que es ese tu deseo entonces? ¿Seguro que no quieres nada más?
¿Cualquier cosa?

—No. Quiero verlo todo.

—Entonces tu deseo es una orden para mí —dijo el genio con tristeza.

Colby sonrió. Yashar, no. Se inclinó, colocó las manos sobre la frente de Colby e inmovilizó los párpados del niño con el pulgar y el dedo índice para que no pudiera parpadear. Luego escupió ligeramente en cada ojo.

—¡Oye! —gritó Colby mientras intentaba zafarse.

—Límpiate los ojos y verás un mundo diferente —dijo Yashar.

Colby abrió los ojos, pero no vio nada diferente. No había hadas revoloteando alrededor, ni ángeles posados en las ramas de los árboles, sólo la grave mirada de Yashar.

—Disfruta ahora, chico —dijo el genio—. No creo que sigas sonriendo por la mañana. Vamos, que tienes que hacer las maletas.

Arriba, en el dormitorio de Colby, Yashar contempló los banderines y pósteres que adornaban la pared, obviamente habían sido colocados allí por un padre deseoso de que su hijo tuviera sus mismas aficiones. Nada de lo que había en las paredes decía nada sobre Colby —salvo, quizá, que sus padres no lo conocían muy bien. Colby recorrió de puntillas el chirriante suelo de madera, tratando de no despertar a su madre, que seguía dormida en el sofá de la sala de estar. Yashar dio unos pasos hacia la ventana.

—Shhh —le detuvo Colby—. Mamá dice que no debo volver antes de las cinco, y si se despierta, tendremos problemas.

Yashar miró por encima del hombro a Colby.

—La media botella de Stoli en su estómago me dice que no se despertará hasta las *siete y media*.

Colby asintió.

—Está bien, pero si se despierta, hablas tú con ella.

Yashar sonrió disimuladamente. Al menos el chico tenía estilo. Claro que, probablemente, se debía a que veía demasiada televisión y tenía una imaginación hiperactiva, pero al menos era interesante. Colby rebuscaba

entre sus cosas, llenando la mochila de cosas inútiles y juguetes. Toda clase de libros, videojuegos y animales de peluche asomaban por las aberturas en alguna peculiar forma de geometría no euclidiana, impidiendo que la cremallera se moviera y mucho menos que se cerrara correctamente.

Yashar meneó la cabeza y decidió acabar con aquella locura.

—Déjalo.

—¿Qué? —preguntó Colby, aterrorizado.

—Todo.

Colby miró de abajo arriba al genio con los ojos grandes como platos, como si le acabara de ordenar matar a un cachorro con un cuchillo sin filo.

—Pero... pero estos son mis juguetes.

—No los vas a necesitar. No, en el lugar al que vamos.

—¿No vamos a necesitar los juguetes?

Yashar meneó la cabeza.

—No, en una aventura, no. Y cualquier cosa que necesites te la puedo conseguir.

—¿Así que no puedo llevarme nada?

—No —dijo Yashar con gravedad. Luego cerró los ojos y suspiró profundamente: *sólo tiene ocho años*—. Un juguete, sólo uno. ¿Cuál es tu favorito?

—Eso es fácil —dijo Colby. Se acercó a la mesilla de noche y cogió lo que quedaba de un maltrecho y desgastado oso de peluche. Tenía el pelo enmarañado y sucio, pero la intacta sonrisa cosida se asomaba como un rayo de la infancia destilada a través de ocho años de suciedad y sudor—. Señor Bearston. Es mi favorito.

—Bueno, puedes llevarte al Señor Bearston contigo. Mételo en la mochila y vámonos.

—Creo que lo llevaré en la mano un rato —Colby dejó al Señor Bearston y dio la vuelta a la mochila, vaciando su contenido sobre la cama. Luego cerró la cremallera de la mochila, se la echó al hombro, cogió al Señor Bearston de una pata y tendió la mano libre a Yashar.

—Listo.

—Dile adiós a tu hogar, Colby. La próxima vez que lo veas, serás una persona muy diferente —así lo creía Yashar, pero no era cierto. El genio no

tenía forma de saber que Colby contemplaría su habitación, diría adiós a todos sus juguetes, se quitaría el llamativo reloj de colorines y lo dejaría en la mesita de noche camino de la puerta, bajaría despacio las escaleras, besaría a su madre en la frente y se dirigiría de puntillas hacia la puerta para no volver jamás. Pero era exactamente lo que iba a suceder. Colby, como Ewan antes que él, no tenía ni idea de que esta sería la última vez que vería su casa.

Y los dos se adentraron en la tarde —Colby sujetando al Señor Bearston en una mano y la palma carnosa de Yashar en la otra— hacia la aventura.

Capítulo 8

El velo entre dos mundos

Un fragmento del libro de Dr. Thaddeus Ray, Ph.D., *Todo lo que no se puede ver*

Entre el mundo real y el sobrenatural existe un velo, una tela de gasa fina que enturbia la visión del hombre mortal y le impide ver lo que está sucediendo a su alrededor. Es una especie de espejo unidireccional, una energía que permite a los seres del otro lado ver y aprovecharse de un recurso renovable que es el hombre y, al mismo tiempo, evita que el hombre sepa realmente lo que le acecha desde el otro lado. No todo lo que se encuentra al otro lado de ese velo nos es hostil. Para la mayoría de las criaturas somos indiferentes y no les importamos más de lo que a usted le importan las ardillas que viven en el árbol de enfrente. Gracias a ese velo, permanecen protegidos de nuestras miradas indiscretas, pese a que muchas veces están a sólo unos pasos, si no centímetros de nosotros.

Ya sea porque están bendecidos con la habilidad de sentir ciertas energías o tocados por la locura que ignora por completo el velo, algunas personas son inmunes a los filamentos etéreos que separan a *nosotros* de *ellos*. A los que pueden ver, a menudo se les diagnostica esquizofrenia o algún tipo de psicosis, aunque no está claro qué es lo que va primero: la percepción de lo sobrenatural o la enfermedad psíquica. Tal vez algunas personas llegan tan lejos que aceptan la existencia de las cosas que los demás filtran en su subconsciente. Tal vez la visión de estas cosas hace añicos la frágil mente humana, ya que, una vez aceptada la existencia de lo que *claramente no está ahí*, no hay nada imposible.

Cualquier persona provista de una mente abierta puede ver más allá, aunque sólo sea por un momento. Cuando bajamos la guardia y las energías del otro lado son poderosas, casi podemos ver ese otro lado. Por otra parte, se sabe que ciertas sustancias, como algunas plantas, hongos y alucinógenos sintéticos, debilitan el contacto de la mente con la realidad y aumentan la posibilidad de ver algo más allá. Aunque no se sabe a ciencia cierta, se cree que ayudan a que determinados seres del otro lado puedan divertirse a costa de los que están bajo la influencia de esas sustancias.

Además, los seres del otro lado pueden cruzar a nuestro mundo y tomar la forma que permita a nuestras mentes percibirlos, ya sea con su aspecto real o como quieren hacernos creer que son. Otros prefieren hechizar a sus víctimas con su propia energía, como las hadas que atraen con su encanto a los hombres mortales hacia su reino de pesadilla quijotesca. Se sabe que las hadas suelen robar a los niños durante la noche, bañarlos en el encanto de un lago virginal alimentado por manantiales y mantenerlos con vida al otro lado del velo hasta que tengan la edad suficiente para correr su suerte.

Nadie está muy seguro de por qué existe el velo, si se trata de un subproducto de las energías de las que están hechos los seres sobrenaturales o una barrera impuesta que podría romperse un día. Tal vez está allí por nuestro propio bien. El hombre teme lo que no

comprende y todo lo demás primero lo subvierte, luego lo controla o, en última instancia, lo destruye.

Capítulo 9

Ewan prepara la caza

En los casi siete años que habían pasado desde el secuestro de Ewan Thatcher, la vida no había sido especialmente amable con él. Porque nadie en su sano juicio consideraría la tutela de Dithers Bendith Y Mamau como *cuidado*. Flaco, demacrado y cubierto de pies a cabeza de suciedad, estaba algo desnutrido, apenas se lavaba y por las noches dormía sobre un montón de heno tirado en el frío suelo de piedra.

Aun así, Ewan —como siempre tranquilo y poco propenso a quejarse— se las apañaba para encontrar que su vida valía la pena. Hoy, por ejemplo, era el día en que acompañaría a Dithers a cazar. Sería un gran día —Ewan lo presentía en el fondo de su corazón. No había brisa que pudiera delatar su olor y, debido a la estación del año en que se encontraban, el sol de Texas no recalentaría el aire hasta los 40 grados de sofocante calor. Ewan caminaba a cuatro patas y en silencio entre la alta hierba, tan cerca del suelo que lo único que separaba su cuerpo de la tierra era su túnica de piel de venado.

La cabeza de Dithers surgió de la hierba a sus espaldas —claramente los Bendith sabían ocultarse mucho mejor que Ewan. Dithers olfateó el aire. Luego llegó arrastrándose hasta Ewan y le hizo un gesto. Colocó dos dedos por encima de la cabeza imitando las orejas de un conejo. Imitó un salto con el puño. Un dedo en la boca. Dos dedos en los ojos. Luego apuntó con el dedo a un árbol cercano. *Conejo*.

Ewan asintió.

¡BANG!

Un estruendo resonó sobre la colina, despertando el eco en el bosque. Ewan miró hacia arriba.

¡Bang! Put-put-put-cof.

Los dos escucharon con atención, esperando a que el viento trajera algún sonido más. Dithers parecía animarse. *Grava aplastada y sonidos mecánicos.*

Sus labios se abrieron en una sonrisa diabólica, mostrando una hilera de dientes retorcidos, cubiertos de sarro de color amarillo y con restos incrustados de carne de animal podrida. Los ojos de Ewan se agrandaron con la emoción. El sonido era inconfundible ahora.

—¿Campistas? —preguntó Ewan emocionado.

Dithers asintió, llevando el dedo a la boca.

—Campistas —susurró. Hizo una pausa, tratando de preparar un plan mientras luchaba contra la alegría desenfrenada. *Piensa, piensa, piensa. ¿Qué hacer? ¿A quién llamar?*—. ¡Rápido! —ordenó—. Sube a mis espaldas.

Ewan se puso en pie de un salto pegándose a Dithers, quien lo agarró con el brazo por la cintura y lo arrojó como un saco sobre su espalda. Ewan abrazó el grueso y fornido cuello del Bendith como si le fuera la vida en ello. Y los dos salieron disparados como un cohete, saltando sobre las rocas y troncos caídos, manteniéndose en el aire el mayor tiempo posible. Las manos provistas de garras de Dithers se aferraban a las ramas, propulsándolos cada vez más alto, corriendo hacia arriba, subiendo los dos de rama en rama hasta llegar a unos diez metros del suelo.

Y allí estaba, en el viejo y abandonado camino: un antiguo Volkswagen color verde aguacate. Era anguloso, con forma de caja, el convertible monstruoso de la posguerra con el techo descapotable. Dos veinteañeras, ligeras de ropa y llenas de tatuajes, tomaban el sol arqueando sus espaldas sobre el techo de lona plegado, mientras sus compañeros masculinos fumaban en los asientos delanteros. El coche estaba repleto de equipo de acampada, lo que no dejaba ninguna duda de hacia dónde se dirigían. Los campistas lo llamaban la Roca de los Susurros del Diablo. Los seres mágicos locales lo llamaban de otra manera.

El gran escenario.

Esto era Hill Country, plagado de árboles y de densa maleza. Casi todo era terreno salvaje esperando ser explorado. La tierra era casi virginal y rica en energía. Gran parte de esa energía se acumulaba y fluía a través de un valle ubicado entre dos grandes colinas, formando una especie de efímero río, un arroyo burbujeante de magia que se remansaba en un afloramiento rocoso donde el velo se hacía más delgado. Era más fácil aparecerse allí a los mortales en las noches empapadas de luna que en cualquier otro lugar de la

región. Las historias, transmitidas de boca en boca, fueron evolucionando con el tiempo hasta convertirse en una leyenda moderna sobre las cosas que se podían ver y oír en la Roca de los Susurros del Diablo —contada a veces en voz baja por alguien que no quiere que lo tomen por loco, otras en una pandilla de borrachos bulliciosos, cuando alguien grita:

—¡No os vais a creer lo que vi una vez!

Era una noche como esta... así comenzaban la mayoría de esas historias. Casi siempre se trataba de fragmentos de pesadillas que el narrador juraba que eran reales. Pero también había otros momentos.

Momentos como los de esta noche. Y Dithers se iba a encargar de ello.

Su sonrisa se hizo lo suficientemente amplia como para tragarse a Ewan entero. Se detuvo bruscamente sobre una descomunal rama desde la que se podía ver todo el valle.

—¿Hueles eso, muchacho?

Ewan olfateó el aire, pero solo olía el sofocante aliento podrido de Dithers. Meneó la cabeza, a pesar de que Dithers no podía verle.

—No.

—En seguida lo olerás. Es algo fuerte. Picante —Dithers olió los sutiles rastros del humo en la brisa.

—¿Qué es? —preguntó Ewan.

—Es el olor de una mente débil. Lenta. Letárgica. Fácil de asustar. Así les será más fácil vernos.

—¿Para qué queremos que nos vean? Pensé que nos íbamos a quedar escondidos. Sobre todo yo.

—Normalmente, sí. Tú más que nadie. Pero esta noche no. Esta noche nos vamos de caza —Dithers se paró a pensar un instante—. Esto es lo que quiero que hagas. Quiero que te vayas corriendo y reúnas a algunos amigos. ¿Crees que podrás hacerlo?

—¡Claro! —gritó Ewan impaciente.

Dithers se deslizó lentamente por el tronco.

—Está bien —dijo Dithers por encima del hombro, la poesía de sus palabras se convirtió en melodía y la melodía en magia—. Cuatro amigos te ordeno que me traigas y cuatro amigos deberás encontrar. No te demores, no pronuncies palabra alguna y cada orden debes memorizar. Primero corre por

la pradera, luego por las colinas de piedra caliza, hasta encontrar a mi mejor amigo, el Buber, Nibbling Nils. Cuéntale los detalles y sigue tu camino en busca de otros tres amigos a los que seguro, antes de que se acabe el día, encontrarás. Luego baja la colina y atraviesa el patio, para encontrar a mi otro mejor amigo, Aufhocker Eberhard. Luego a por Dragana, esa chica que baila y que te gusta y dile que su canción favorita deberá volver a bailar esta noche. Pero todavía no has dado con todos mis amigos, porque queda el último aún, encuentra para mí al más esquivo de todos, a la Sombra que llamamos Bill. Y una vez que a los cuatro les cuentes lo que vamos a hacer esta noche, los seis nos divertiremos y cazaremos a la luz de la luna. Dithers sonreía y asentía con la cabeza, mirando a Ewan. Estaba empapado en la magia, lo podía notar por la expresión de los ojos del muchacho.

—Ahora bien, ¿a quién me vas a traer?

Ewan miró hacia arriba, en busca de los nombres.

—Nibbling Nils, Bill la Sombra, Dragana y Eberhard.

—¿Y si te encuentras con alguien más?

—Seguiré corriendo.

—Bien. Y si alguien te hace una pregunta, ¿qué le dirás?

—Nada.

—Bien. Ahora, a por ellos, muchacho.

Ewan saltó de la espalda de Dithers y se lanzó a la carrera. Conocía el camino, había estado en las guaridas de los cuatro tantas veces que podría encontrarlas con los ojos vendados. Dithers no tenían la más mínima duda de que Ewan volvería a tiempo. Era un buen chico, ansioso por demostrar su valía. Pero ahora era el momento estelar de Dithers, necesitaba cobrar esta pieza y mantener alejados a los demás seres mágicos hasta el anochecer. Esta noche iba a demostrar su valía a los amigos, esta noche conseguiría unas buenas presas. *Esta noche.*

¡Esta noche iban a cazar campistas! Y Dithers tenía tanta confianza en él como para encomendarle una misión especial a él solito. Era la cosa más emocionante que le había pasado nunca a Ewan. Y no iba a meter la pata. Ni siquiera un poquito.

Senderos trazados por los animales marcaban el bosque como un panal. Y

él los conocía a todos, como un buen taxista conoce las callejuelas más pequeñas. El problema no era cómo llegar hasta las cuatro guaridas que buscaba, el problema era cómo hacerlo sin cruzarse con nadie. Algunos seres mágicos eran aterradores, otros encantadores. Algunos incluso eran bastante tramposos. Lo que más miedo le daba era encontrarse con el Viejo. El Viejo era un anciano, el Viejo era sabio y, lo peor de todo, al Viejo le encantaba humillar a los demás. Nada le encantaría más al Viejo que arruinar la caza. Ewan no podía permitir que eso pasara. Así que no podía ni acercarse a los cotos de caza del Viejo.

Viejo estúpido. Lo arruinaría todo.

Bueno, deja de pensar en él, pensó Ewan. Sabía que no debía enfocar sus pensamientos en un espíritu tan poderoso como ese. Algunos espíritus pueden ser convocados con sólo decir su nombre en voz alta, otros con sólo pensar en ellos. Resoplando subió la colina y nada más empezar el descenso, casi se dio de bruces con alguien. ¡OH MIERDA! ¡El Viejo! Ewan estaba perdido. Lo sabía.

El Viejo sonrió con una expresión pícaro en su rostro arrugado. Su piel era de un color marrón cobrizo, su cabello, largo y enmarañado, era de color negro azabache, con vetas grises entreveradas y, pese a la edad que aparentaba, sus músculos eran firmes y tensos. Vestía una túnica de piel de venado muy parecida a la que llevaba Ewan —sólo que con más pelambre y más sucia debido a los años de vida a la intemperie.

—Hola, Ewan. No te preocupes, no le contaré a nadie tu secreto.

—¿Qué secreto?

El Viejo levantó un brazo y señaló con ironía más allá de la colina.

—Creo que encontrarás a Nils en esa dirección —y con una pícaro sonrisa se transformó en un coyote. Era treinta centímetros más alto que un coyote normal, su crin, de color sal y pimienta, era espesa, abundante y brillaba bajo los rayos del sol. El coyote se alejó trotando y desapareció tras un árbol, para no volver a salir por el otro lado.

Ewan estaba ansioso por alcanzar la edad suficiente para aprender ese truco.

Nibbling Nils. Ewan recuperó la concentración y volvió a los senderos, ansioso por encontrar al viejo cascarrabias de Buber antes de que el viejo

cascarrabias de Buber le encontrara a él.

Capítulo 10

El joven impostor Knocks

Knocks el impostor nació una lluviosa noche bajo un negro cielo sin estrellas. Cuando abrió los ojos por primera vez, allí estaba ella. *Su madre. Caitlin.* Era hermosa, tenía grandes ojos castaños y su cabello era de color rojo henna. Su primer recuerdo consistía en unas gotas de lluvia impactando en su cara. La lluvia era fría, mientras que las lágrimas de su madre estaban calientes y así podía diferenciarlas. Después de llorar durante tres días sobre el cuerpo del hijo muerto, meciéndolo y acunándolo, rezando para que se moviera, el bebé se despertó. Levantó la vista por primera vez y la vio, estaba hambriento y enojado, empezó a llorar para que su madre le diera de comer. La amaba tanto que hasta le dolía, la amaba tanto que se abrió el camino hasta el mundo de los vivos. Y cuando ella le ofreció su pecho desnudo para darle de mamar, lo mordió con todas sus fuerzas.

Caitlin gritó. En aquel momento supo exactamente lo que era. Y lo odió, lo odió con cada fibra de su ser. Knocks conocía el sabor del odio mejor que nadie. Podía alimentarse del dolor, podía vivir indefinidamente del miedo, pero no podía digerir el odio. Su estómago no podía soportarlo.

La madre lo tiró al suelo, gritando:

—¡Aodhan!

Entonces fue cuando Knocks conoció a su padre. Alto, musculoso, guapo. Corrió hacia su esposa, colocando una mano cariñosa en el delicado hombro desnudo.

—¿Qué ocurre, mi amor?

Caitlin señaló a Knocks, negándose a mirarlo.

—Llama a Bendith.

—Pero, Caitlin...

—Búscalos —ordenó la mujer con un sollozo ahogado—. Ese no es tu hijo. Knocks se retorció en el suelo, bebiendo el dolor de su madre. Fue lo

único que le dio.

Dithers no perdió el tiempo. Echó una mirada, asintió con la cabeza para confirmar que lo había entendido y lo colocó sobre el hombro.

—¿Qué quiere que le traiga? —preguntó a Caitlin.

—Tráeme un hijo. Uno fuerte y noble, que valga la pena. Un bebé digno de unos padres Sidhe.

Dithers asintió silenciosamente y desapareció en la noche llevándose a Knocks. Pero cuando se dirigía hacia la linde del bosque, un enorme hombre de piedra se interpuso en su camino: Meinrad el Rey de Piedra Caliza, Hombre Verde y Leshii de Balcones Canyonlands.

No tenía pelo ni carne, su cuerpo estaba cubierto de la cabeza a los pies de la piedra caliza marrón y amarilla, plagada de incrustaciones grises y translúcidas de cuarzo, en los lugares en los que un hombre normal tendría pelo y barba le brotaban verdes arbustos floridos. Medía más de dos metros, pero caminaba con la espalda encorvada por culpa de los años que acabaron erosionando la piedra. Los ojos y la boca eran grietas en la roca, la nariz una rama nudosa de nogal con hojas verdes entreveradas con la maleza de su barba. Meinrad levantó un dedo y meneó la cabeza.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A buscar un nuevo hijo para Caitlin —respondió Dithers.

—Ese no es el hijo de Caitlin. Su hijo fue envenenado por la vanidad de su madre y murió en su vientre. Se trata de un impostor. Este niño pertenece a la corte. Pertenece al Reino de Piedra Caliza. ¿Y sabes lo que hay que hacer con él?

Dithers meneó la cabeza.

—No lo sé, majestad.

—Es hora ya de que cumplas con tu deber ante la corte, como hicieron muchos Bendith antes que tú. Debes ir a buscar a un niño para nosotros. Un niño que se criará como *uno de los nuestros*. ¿Entiendes?

Dithers asintió.

—¿Entiendes lo que se te está pidiendo?

—Lo entiendo.

—¿Y sabes lo que te va a pasar si no lo haces?

Dithers tragó saliva silenciosamente.

—Sí.

—Nadie debe saberlo. Nadie.

Las náyades carecen de escritura. Nunca han tenido necesidad de escribir nada. Así que cuando las otras hadas las oyen hablar del impostor —*Nox*, que quiere decir «noche» y al que llamaron así porque era de noche cuando lo encontraron— les suena como *Knocks*. El impostor, que no se daba cuenta de ello, no empezó a protestar hasta que se hizo mayor. A veces los nombres simplemente surgen. Ese fue el caso de *Knocks* el impostor.

—Mamá, tengo hambre —dijo *Knocks*, que ya tenía cuatro años.

—Lo sé, cariño —le contestó Laila—. Mamá va a buscar la cena para ti.

—Pero tengo hambre.

—Mamá ya lo sabe. Quédate aquí y no dejes que nadie te vea.

Laila era la mayor de cuatro hermanas. Y aunque ella y sus hermanas menores Annalise, Elke y Rebekka habían decidido adoptar a *Knocks* entre todas, Laila era la única a la que el impostor llamaba Mamá. Para él todas eran sus madres, pero sólo había una Mamá. Y Laila se tomaba muy en serio ese honor. Así que fue ella quien se hizo cargo de su alimentación. Aunque no solía tener hambre a menudo, *Knocks* se convertía en un problema cuando estaba hambriento. Peligroso incluso.

Las náyades no son como las mujeres comunes. Su suave y escamosa piel es de color verde pálido, sus sonrisas muestran unos afilados dientes en forma de aguja con los que desgarran el pescado fresco del que se alimentan. En lugar de piernas tienen grandes y poderosas colas, que las propulsan a través del agua a una velocidad increíble. Y, al igual que *Knocks*, poseen la habilidad de envolverse en el embeleso y caminar entre los habitantes de la ciudad sin ser vistas.

Laila se apartó de la hierba alta de la orilla y se llevó un dedo a los labios para recordar a *Knocks* que guardara silencio y permaneciera oculto, luego se deslizó silenciosamente en el agua. Su piel se volvió primero pálida y luego rosada, su pelo brilló como el oro rubio, sus pechos se hincharon, los pezones se pusieron duros y levantaron la delgada tela rosa de su bañador. Los ojos se agrandaron, crecieron las pestañas. Laila exhibió una gran sonrisa y se tumbó en el agua justo al lado de una pista de ciclismo.

En cuestión de segundos surgió un ciclista. Su cuerpo era atlético y estaba lleno de tatuajes, montaba una flamante bicicleta de montaña. Frenó derrapando hasta detenerse al borde del agua y dedicó a Laila una sonrisa provocadora.

—¿Nadando solita?

—Desgraciadamente —contestó Laila con un deje de decepción.

—¿El novio no apareció?

—No —se rio Laila—. No tengo novio. Había quedado con unos amigos. Pero no pudieron venir.

—Es un fastidio. Una chica tan guapa como tú no debería nadar sola. Me gustaría unirte a ti, pero no llevo bañador.

Laila sonrió. Con un movimiento fluido se llevó una mano a la espalda y desató el lazo que sujetaba la parte superior de su bikini quitándosela. Sin perder el ritmo, se llevó la mano hacia abajo y lanzó las dos arrugadas piezas del bikini a la orilla. La tela cayó al suelo con un húmedo PLOFF.

—Ya está. Tampoco yo.

El ciclista consiguió un beso e incluso trató de meter la mano entre los muslos de Laila, antes de encontrarse atrapado bajo la superficie del agua. Agazapado en la orilla y con los puños apretados con tal fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos, Knocks saboreaba cada agónico jadeo en busca de una bocanada de aire. El hombre luchó bajo el agua. Era fuerte y un buen nadador, pero Laila le superaba en fuerza.

El miedo. El dolor. La desesperación. Knocks estaba saciando su hambre.

Cuando, finalmente, el hombre se dio por vencido y el lago lo reclamó para sí, Laila dejó atado el cuerpo en el fondo con la ayuda de unas algas enmarañadas y ascendió nadando hasta la orilla. Empapada y sonriente, se acercó a Knocks y le acarició la mejilla.

—Bueno, bueno. ¿Estás mejor?

Knocks asintió.

—Bien. Ahora, cogeremos su cartera y nos iremos de compras. Mamá quiere un vestido nuevo.

Cuando Knocks cumplió seis años, las náyades se dieron cuenta de que ya no podían seguir teniendo a su hijo adoptivo en el lago. En la ciudad empezaron

a circular historias sobre un niño fantasma que nadaba en los lugares en los que se había ahogado alguien. Otros hablaban por lo bajo de una etérea e incorpórea risa que se escuchaba mientras se ahogaban hombres adultos. Y aunque las autoridades no tomaban ninguno de estos rumores en serio, las náyades habían notado un aumento en el número de curiosos que venían buscando al Niño Fantasma del Lago Ladybird, punto este que ya no podían ignorar. Así que, por tres votos contra uno, las náyades decidieron llevar a Knocks al Reino de Piedra Caliza —y era allí donde vivía ahora. Laila, la única hermana que había votado en contra de la expulsión, lo siguió hasta el Reino, para criarlo entre los seres mágicos de Hill Country.

Pero Knocks odiaba vivir allí.

El Reino de Piedra Caliza estaba lejos del ajetreo y el bullicio de la gran ciudad, lejos de los ruidos de tráfico, de los descomunales edificios de piedra, de los excesos de las noches de fines de semana. No había tiroteos, ni apuñalamientos, ni violaciones perpetradas por borrachos. Tampoco estaban los sin techo mendigando en las esquinas, ni los adolescentes deprimidos, cortándose las venas por culpa de unos egocéntricos amores adolescentes. Estaba totalmente prohibido pegar, maltratar o humillar a los niños. Apenas lo habitaba nadie. Uno podía caminar durante kilómetros antes de cruzarse con un ser humano, pero incluso estos sólo aspiraban a vivir tranquilamente, tan lejos del hermoso caos de la gran ciudad como les fuera posible.

Por ninguna parte se podía encontrar ni una gota de delicioso terror. Era como vivir en un mundo sin oxígeno y Knocks estaba desesperado por conseguir aunque fuesen unas migajas de la miseria humana. Sabía lo que se sentía cuando uno se estaba ahogando, probablemente lo sabía mejor que nadie. Y eso es lo que le estaba pasando ahora. Poco a poco le iban ahogando en un lago de vacuidad.

Su único alivio era su baño nocturno con Laila. Juntos se tumbaban en medio del lago alimentado por los manantiales, mirando hacia arriba para contemplar el cielo estrellado tan vasto que cansaba los ojos. Cuando las estrellas se reflejaban en el brillante cristal del lago, tenían la sensación de flotar en el profundo y oscuro vacío espacial —con estrellas rodeándolos por todas partes, tragándolos enteros, un negro vacío sin aire en el que Laila era el único consuelo que aplazaba la asfixia. Sólo el hilillo de árboles en el

horizonte podía, de alguna manera, acabar con esa ilusión.

—Mamá, hoy los he visto —dijo Knocks una noche.

—¿Viste a quién, cariño?

—A Aodhan y Caitlin. Mis padres.

—No podemos estar seguros de que fueran ellos.

Knocks frunció el ceño y le dedicó a su madre una mirada de reprobación, como si ella tuviera que saberlo.

—Eran ellos —Laila asintió y le acarició la cabeza admitiendo su error—. Los odio. Los odio tanto.

—Oh, cariño, no debes odiarlos.

—Me tiraron como si fuera basura y pidieron que les trajeran a *él* en mi lugar.

—Ya conoces las reglas. No podemos hablar de él.

—Pero mamá...

—Ni pero ni nada —dijo Leila y lo abrazó con fuerza—. Tú no eres *él*. Tú eres Knocks. Y si esos estúpidos egoístas no hubieran tratado de cambiarte, yo nunca tendría al hijo que siempre quise.

—Todavía los odio.

—Hay que controlar eso, Knocks. No sobreviviríamos si dejáramos que nuestros instintos mandasen sobre nosotros. Sólo sobrevivimos porque somos inteligentes. Él no es tan inteligente como tú. Tiene su propia cruz. ¿Lo recuerdas? Un día mirarás hacia atrás y estarás agradecido de no ser él.

—Vale, mamá.

—¡No me digas *vale, mamá!* Debes decir sí, mamá.

—Sí, mamá.

—Eso está mejor. Deberíamos irnos ya. El sol está a punto de salir.

Los dos nadaron hacia la orilla del lago. Iluminado por la primera luz de la mañana, Knocks bajó la mirada para vislumbrar su propio reflejo. A pesar de saber perfectamente que era él mismo, lo que vio fue una imagen distorsionada, rota, de Ewan. Sus ojos eran disparejos, uno claramente más grande e inclinado cuarenta y cinco grados respecto al otro. El pelo crecía por parches, del mismo color castaño que el de Ewan, pero desgredado y muerto, con las puntas abiertas y que apenas tapaba las calvas cubiertas de costras. La frente era más grande que la de Ewan, con un bulto de forma elíptica a un

lado. Las orejas parecían dos roídas hojas de col, como las de un gato que se había metido en demasiadas peleas. Pero lo peor de todo eran sus torcidos dientes, podridos y desgastados, con los incisivos inclinados en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto a sus ojos, creando una discordante simetría.

El pequeño Ewan, perfecto y especial. Con su perfecta mata de pelo castaño y sus ojos perfectamente alineados y su perfecta, perfecta, sonrisa perfecta. Knocks estaba a punto de empezar a echar humo por las orejas, pero Laila, feliz, puso su cariñosa mano en el hombro de Knocks.

—¿Ves lo que quiero decir? Eres muy guapo. No te pareces en nada a él.

Al principio su apariencia no preocupaba demasiado a Knocks, después de todo, siempre estaba rodeado de sus madres, acariciando su cabello y diciéndole lo hermoso que era. Pero los seres mágicos del Reino de Piedra Caliza eran criaturas muy diferentes. Le saludaban y sonreían desde lejos gritando «Hola, Ewan», pero cuando se acercaban lo suficiente, se daban cuenta de su error. Durante unos instantes Knocks podía saborear su confusión, la angustia que les revolvía el estómago cuando reconocían el rostro del niño impostor. Pero cuando la repulsión dio paso a la compasión, su odio hacia estas criaturas no hizo más que aumentar.

No necesitaba su lástima, él no era un monstruo. Y si hubiera nacido del vientre de Laila, en lugar del vientre vacío de amor de la engreída Sidhe, nunca habría tenido que pasar por esto. En cambio, tenía que convivir con el andante reflejo de lo que hubiera podido ser su vida, *tendría que haber sido su vida*. En cualquier otro reino del mundo su vida habría sido diferente. Pero Laila quería estar cerca de sus hermanas. Y casi la detestaba también por eso.

El sol ya estaba alto en el cielo. Hacía un tiempo espléndido y no importaban las veces que le había dicho su madre que no debía alejarse. Knocks no podía evitarlo. Acechaba a la pareja que estaba cazando conejos cerca de la frontera del reino. Cuando escuchó sus planes para la noche, Knocks se rio en silencio, entusiasmado ante lo que se presentaba. Ewan tendría la oportunidad de probarse a sí mismo ante un grupo de adultos que le observarían. Y Knocks no iba a dejar que esto pasara sin incidentes.

Sería glorioso. Le humillaría, acecharía el momento justo para hacer saltar

la trampa que demostraría, de una vez por todas, que, aunque Ewan era más guapo, Knocks era mucho más astuto, más tenaz y más digno de admiración. Puede que Ewan fuese la estrella más brillante de día, pero la noche pertenecía a Knocks. Y mientras pensaba en su oportunidad, un familiar fuego prendía, tomaba fuerza y, finalmente, ardía en su estómago. Esta noche dejaría satisfecho ese incendio, esta noche Knocks notaría por última vez esa constante lástima que le hacía sentirse menospreciado por los demás. *Esta noche.*

Sólo había una manera de mejorarlo todavía más.

Mallaidh.

Capítulo 11

Cortejando a Mallaidh

A los ocho años, Mallaidh (se pronuncia Molly) había conquistado a todos los seres mágicos del reino con su encanto de niña traviesa y su extraordinaria gracia. Sus ojos eran como dos charcos llenos de infancia, los mechones dorados de su cabello estaban siempre en movimiento, siempre agitados por alguna brisa ligera, incluso cuando no había viento alguno, brillando, hasta cuando no había sol, además, cuando arrugaba la nariz, las pecas que cubrían el puente se ponían a bailar. Era una delicia. Si no existiera su madre, el título de «la más bella del mundo» habría sido suyo.

No es que a ella le importara, no tendría ni la mitad de su atractivo si se preocupara por esa clase de cosas. En su cabeza no cabía la preocupación por su aspecto o por ir a la moda, más bien parecía estar absolutamente enamorada de su forma de ser y de lo que ella era en aquel momento. Su estado de ánimo era contagioso. Jovial y salvaje, era un espíritu libre, sin ataduras de la rutina o las convenciones. La suya era una esencia que se moría por correr aventuras y anhelaba una vida llena de magia.

Una vida como la de su madre.

Cassidy Crane (un apellido que había conseguido en algún tugurio de Austin) era una especie de leyenda. Una delgada diosa del punk, de cabello negro, una recatada belleza que calzaba botas y pateaba traseros con tatuajes especiales que, si mirabas con suficiente atención, podías ver cómo se movían y cambiaban de color según su estado de ánimo. No toleraba a los enamorados estúpidos y siempre estaba rodeada por los prometedores y brillantes futuros talentos. Artistas, músicos y escritores, para todos encontraba tiempo Cassidy, siempre que tuviesen el don. Y cuando su novio más constante —un actor de enorme talento— se murió en sus brazos por culpa de una sobredosis, Cassidy decidió asegurar su inmortalidad: Mallaidh. Ese nombre fue lo último que Cassidy dejó a su hija, antes de desaparecer de

nuevo en el éter de los escenarios del rock.

Mientras Cassidy recorría las colinas y los senderos del Reino de Piedra Caliza, era ella la que llevaba la voz cantante en todo, así que, cuando dejó a Mallaidh envuelta en pañales a la entrada de la cueva de Meinrad, todo el mundo dio por seguro que la hija seguiría los pasos de su madre. Y, hasta ahora, lo estaba haciendo. Mallaidh era lo más brillante de las colinas y tenía la conversación más amena para cualquiera a quien se dignara dedicar un poco de su tiempo.

Y para Knocks el impostor era el centro del universo.

Mallaidh no era especialmente cruel ni maleducada, así que, cuando se encontraba con Knocks, no tenía razón alguna para ser grosera con él. Se limitaba a coquetear, porque esa era su naturaleza. Lo miraba con sus ojos grandes y castaños y sonreía de tal manera que el estómago de Knocks se contraía y sus pies se doblaban. Así que no tuvo más remedio que enamorarse loca y profundamente de ella. A pesar de que Mallaidh no sentía nada por él, disfrutaba de su admiración y la saboreaba siempre que —una vez tras otra— Knocks la visitaba con la vana esperanza de que algún día le viera de manera diferente.

—Hola, Mallaidh —dijo, evitando mirarla a los ojos, mientras su pie dibujaba nerviosamente semicírculos en la tierra. Unas flores silvestres recién arrancadas se marchitaban entre los pequeños dedos mugrientos de la mano que intentaba ocultar a la espalda. Estaba ansioso, nervioso, inseguro de sí mismo. Por lo que Mallaidh sabía, ese era su estado natural. Su ojo, bizco y desviado hacia arriba, parpadeaba de una manera completamente independiente del otro y Mallaidh trató de fingir que esto no la molestaba en absoluto.

—Hola, Knocks —dijo la niña dulcemente, casi en un arrullo. Hoy estaba de un estado de ánimo radiante, en sintonía con los cielos resplandecientes y las suaves y ondulantes nubes que flotaban adormiladas a lo lejos—. ¿Qué pasa, tronco?

—¿Tronco? —preguntó Knocks, confundido.

—Oh, ¿lo estoy diciendo mal? —la muchacha se inclinó coquetamente, intentando disimular tímidamente su error—. Has vivido en Austin. Eso es lo que dicen allí, ¿no? *¿Qué pasa, tronco?*

—No lo sé. Yo... Nunca lo he escuchado antes.

—¡Oh, qué tonta soy! —dijo Mallaidh, salvando a los dos—. Debo haberme equivocado. Tú conoces a los humanos mejor que yo.

—No, yo... Yo... —tartamudeó el impostor.

—No seas modesto. Eres inteligente. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Knocks se puso a escarbar el suelo de nuevo sin darse cuenta de que, inconscientemente, estaba dibujando un corazón.

—Mallaidh.

—¿Sí?

—¿Qué haces esta noche?

—No lo sé todavía —contestó la niña con curiosidad—. ¿Por qué?

Knocks se inclinó acercándose demasiado y susurró.

—Tengo un secreto.

—Ooooh —Mallaidh amaba los secretos—. ¿Qué es? —susurró la niña imitando la voz de un agente secreto.

Knocks sonrió y miró a ambos lados.

—Esta noche va a haber cacería.

—¿De veras? —exclamó la niña con entusiasmo—. ¿Y por qué nadie me ha dicho nada?

—Porque es un secreto. Sólo lo saben unos pocos espíritus del bosque.

Mallaidh hizo una mueca juguetona, dándose cuenta de que el niño estaba intentando imitar a un hombre adulto.

—¿Desde cuándo eres tú un espíritu del bosque? —preguntó.

—B... b... bien... —tartamudeó Knocks—. No lo soy. Pero les escuché. Y voy a participar.

—Oh —dijo Mallaidh, decepcionada como una bella muchacha a la que acaban de decir que no está invitada al baile—. Bueno, yo soy muy pequeña todavía para una cacería. Y me temo que no hay nada que yo pueda hacer —claramente estaba perdiendo todo el interés por la conversación—. Mira, yo...

—Bueno, Ewan y yo somos...

—¿Ewan también va a estar ahí? —interrumpió la niña. Sus ojos se iluminaron como si alguien hubiera lanzado fuegos artificiales.

Los ojos de Knocks, en cambio, se convirtieron en dos rendijas llenas de

rencor. Se esforzó por aparentar indiferencia, sus párpados luchaban por mantenerse abiertos venciendo el peso de los celos. Habló muy lentamente con los dientes apretados.

—Sí. Ewan también estará allí.

—¿Y puedo ir contigo? —preguntó Mallaidh, aplaudiendo y saltando entusiasmada.

Knocks aguardó un instante antes de contestar.

—Sí. Por supuesto que puedes venir conmigo —acabó diciendo con una amplia sonrisa. Sus amarillos dientes cubiertos de sarro brotaban como al azar de las grises encías, como lo harían los árboles de la tierra, su repugnante sonrisa revolvió el estómago de Mallaidh. La niña se sobrepuso sin mostrar ni por un segundo su malestar.

—¿Dónde quedamos? —preguntó.

Knocks contestó con un staccato que intentaba parecer teatral.

—En el gran escenario. A la puesta del sol. Debes venir sola.

Mallaidh sonrió, tocando ligeramente a Knocks en el brazo por encima de su codo.

—¡Oh, estoy tan emocionada! —dijo—. ¡No puedo esperar! Nos vemos esta noche.

Y le guiñó un ojo antes de desaparecer rápidamente en el bosque.

Knocks no era consciente de que no era su comportamiento o la apariencia lo que acababa con sus posibilidades. Un impostor para Mallaidh no era más que otro elfo, repugnante y misántropo, a decir verdad, pero un elfo al fin y al cabo. Y por eso Knocks no tenía nada que hacer. No con una Leanan Sidhe. Las vidas de los seres mágicos solían ser largas y sinuosas, su fuerza vital era como una vela artesanal, destinada a arder lentamente y durante mucho tiempo. Pero los mortales se quemaban rápida y espectacularmente, como la gasolina. Eran emocionantes, frescos y siempre al borde de la muerte. Y a una Leanan Sidhe sólo la atraía la compañía de un mortal.

Esa era la vida que había escogido su madre, lo que significaba que era lo bastante buena también para Mallaidh. Pero intente explicarle esto a un impostor.

Knocks llenó los pulmones. El aire, todavía perfumado por la respiración de

la niña, olía a una mezcla de lilas con melocotones en almíbar. Estaba sonriendo, impresionado por el roce de la mano de Mallaidh, olvidando por un momento las flores marchitas que sujetaba a la espalda.

Se quedó mirando estupefacto el bosque en el que acababa de desaparecer la niña. Su sonrisa se desvaneció lentamente mientras regresaba a la realidad. Las flores le quemaban las manos, un doloroso recordatorio de su humillación. Se llevó la otra mano a la espalda y, sin darse cuenta, empezó a retorcerlas hasta arrancar los pétalos y convertir los tallos en una masa que le manchó las manos con su jugo color verde olivo. Tenía mucho trabajo por delante.

Capítulo 12

El triste y bastante solitario final de Abraham Collins

Abraham Collins no era guay, cosa que él sabía, y ningún tatuaje, entrada para un concierto o la ropa inconformista podrían cambiar ese hecho. Lo había intentado todo. Pero sólo logró parecer un imitador, al que únicamente le faltaban unos bolígrafos en el bolsillo de la camisa y una calculadora científica para completar el cliché. Para empeorar las cosas, tampoco era lo suficientemente brillante para ser aceptado entre la élite intelectual de los empollones de la empresa. Era el tipo de persona que pasa todas las noches de la semana tumbado en el sofá de su casa viendo la televisión, rodeado de muebles de diseño de apariencia cara pero comprados en las rebajas y preguntándose por qué no puede él tener una chica como todo el mundo. Cualquier chica.

Así que, cuando su compañero de trabajo y único amigo, Dallas Wise, lo invitó de acampada de fin de semana en compañía de dos secretarias veinteañeras con tatuajes ocultos, no dudó ni un instante. Abraham no supo lo que esto significaba hasta que se encontró viajando en un destartalado y feo como el pecado Volkswagen de color verde caqui.

Dallas había reclamado por adelantado a Stacy para sí, dejando para Abraham a Carly, una zorra esbelta y ágil, todo piel bronceada y dientes, que llevaba puesta la parte superior del bikini y una falda vaquera. Estaba completamente fuera del alcance de Abraham. Él lo sabía y, cuando ella levantó la vista de su bolso y sus miradas se cruzaron por primera vez, ella también lo supo.

Cuando por fin se acomodaron alrededor de la hoguera, todo el mundo tenía ya una borrachera considerable y el aire, teñido de rosa y púrpura por el poniente sol de Tejas, vibraba. Dallas y Stacy estaban sentados abrazados cerca del fuego, cada uno con una cerveza en la mano y una placentera sonrisa en sus rostros abstraídos. Abe se movía nerviosamente sobre la roca

en la que estaba sentado, tratando de pensar en alguna forma inteligente de acercarse a Carly mientras la veía alejarse cada vez más.

Dallas metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsita llena de hongos secos. Los hongos tenían un largo tallo rematado por un sombrerito alargado, moteado de marrón y blanco por arriba y de un azul profundo en la base, color que se iba desvaneciendo a medida que bajaba a lo largo del tallo. Evocaban los relatos de Lewis Carroll con sus orugas y las pipas de agua. Los ojos de los congregados alrededor del fuego se encendieron con excitación. Las chicas se intercambiaron miradas —Stacy estaba orgullosa de su conquista y Carly impresionada de que él lo hubiera conseguido.

—Para mí sólo un par de setas —dijo Carly—. Yo soy un peso ligero.

—Yo también —la acompañó Stacy—. Con cinco o seis estaré en la luna toda la noche.

Dallas sacó unas cuantas setas de la bolsa y se las dio de comer a Stacy, una por una, mirándose de hito en hito mientras la chica tragaba las setas con avidez. Después de la quinta, Dallas tomó un puñado para él y arrojó la bolsita a Carly. Se metió todo el puñado en la boca, masticó un poco, y tragó a toda prisa mientras hacía esfuerzos por no vomitar. Carly recogió la bolsa, sacó unas setas y pasó la bolsita educadamente a Abe.

Abe miraba lánguidamente a Carly, que le devolvió una mirada superficial en el momento de pasarle las setas. La había perdido. No había mucho tiempo para volver a atraer su atención antes de que cabalgasen sobre las olas adentrándose en la noche. Lo último que quería era restregar sus partes como un perrito contra la pierna de una chica más interesada en contemplar las estrellas que en meterse en una tienda de campaña con él. Necesitaba atraer su atención. Y rápido.

—¿Cinco setas? —preguntó sin pensar—. ¿Eso es todo?

Todos le miraron. Abe sonrió bravuconamente, echó la cabeza hacia atrás y vertió en sus fauces hasta el último sombrero, tallo y resto de seta que quedaba en la bolsita. Masticó furiosamente los hongos secos hasta que su boca se llenó de una espesa y repugnante pasta. Era como masticar masa cruda. Intentó tragar pero no pudo. Venciendo la náusea, obligó al bulto lacerante a bajar hasta el estómago, que se estremeció ante su llegada.

Dallas dejó escapar una risita. Carly escondió la cara entre las manos.

Abraham sonrió luchando con las náuseas, tratando de convertir su metedura de pata de novato en algo más masculino.

Dallas reconoció la mirada perdida de los ojos de Abe.

—Oye, Abe... —empezó.

—¿Sí?

Abe hizo acopio de valor mientras trataba de mantener el bolo de setas en la boca del estómago.

—¿Por qué no vas a buscar un poco de leña antes de que te hagan efecto las setas? Así no tendremos que ir a buscarla después.

Abe sonrió.

—Sí. Buena idea. Señoras, si me disculpan...

Se puso en pie y desapareció disimuladamente entre la maleza, deseoso de poner tierra de por medio entre él y el campamento para poder vomitar lejos del alcance de los oídos de sus amigos. Su boca ya se había llenado de saliva y las arcadas no tardarían en llegar. *Maldita sea, maldita sea, maldita sea. Que no lo oiga Carly.* El revuelto estómago comenzó a hincharse, amenazando con arrojar en cualquier momento su contenido. Abe siguió adentrándose en el bosque hasta que, finalmente, lo echó todo como una ola furiosa.

Se limpió la boca de los restos del vómito con la manga y miró a su alrededor en busca de leña seca para la hoguera. No quería quedarse demasiado tiempo fuera. Después de todo, en menos de una hora, todo el mundo se sentiría maravillosamente y tenía muchas ganas de estar sentado al lado de Carly cuando esto ocurriera. Así que cargó con tantas ramas como le permitieron sus brazos y se dio la vuelta para regresar al campamento.

Sólo que no podía recordar por dónde había venido. *¡Maldita sea!* Sabía que no podía estar muy lejos, pero todos los árboles le parecían iguales. *¿Qué diablos estoy haciendo en el bosque?*

Se echó a andar sin rumbo, mientras la noche caía lentamente sobre el bosque. Los árboles se recortaban ahora amenazadores contra el cielo, las sombras se deslizaban sigilosamente a sus espaldas. Fue una mala idea, una espectacular mala idea y, mientras una caminata de unos pocos minutos parecía durar horas, Abraham Collins se iba dando cuenta de que pasaría el resto del fin de semana vagando sin rumbo por el bosque, mientras su mejor

amigo puntuaba. Pero entonces vio la hoguera.

Abe volvió dando tumbos al campamento, dejó caer la brazada de leña y se secó el sudor frío de la frente. Tenía la cabeza latiendo como un bombo y el estómago no dejaba de hincharse. Aunque el fuego seguía crepitando entre las tiendas, no había nadie sentado a su alrededor.

—¿Chicos? ¿Dallas? —llamó Abe.

Escuchó un ruido a su izquierda proveniente de una de las tiendas de campaña, seguido de una risita y un SSSHHH. La cremallera de la tienda se abrió y por la pequeña abertura se asomó la cabeza de Dallas, creando la extraña impresión de que no quedaba nada de él, sólo una cabeza flotante.

—Hola —susurró Dallas—. ¿Trajiste la leña?

—Sí —contestó Abe.

—Bien. Bien —Dallas buscaba las palabras, las veía pasar por delante de sus ojos pero se daba cuenta de que nunca podría atrapar ninguna. En su lugar, dirigió una mirada llena de significado a Abe.

—¿Dónde está Carly?

—Amigo... —comenzó Dallas.

—¿Dónde está? —volvió a preguntar Abraham, poniendo esta vez más expresividad en su voz.

—Amigo —repitió Dallas—, la cagaste.

La mandíbula de Abraham cayó impotente.

—Tuviste tu oportunidad, tronco —susurró Dallas aún más bajito—. Las tengo a las dos aquí. Y ya las has visto. No puedo dejar pasar esta oportunidad.

—No... No me lo puedo creer.

—No, de verdad. Están las dos...

—No, no. *Eso* sí me lo creo. Sólo que... No me puedo creer que...

—Mira, amigo... ¿Qué puedo decir?

—Nada. Mejor no digas nada. Me quedaré sentado aquí toda la noche. En soledad.

—Bueno, respecto a eso —Dallas le dedicó una mirada preocupada y al mismo tiempo suplicante—. ¿Puedes hacerme un favor y no asomarte a la tienda? Quiero decir, sería un poco raro, ¿sabes?

Abe trató de hablar, su mente intentaba escoger entre los cientos de cosas

que hubiera querido decir si fuera un hombre de verdad. Luego suspiró e hizo lo que hacía siempre: se dio la vuelta y se marchó, envidiaba a su mejor amigo por lo que sabía que estaba pasando y soñaba con el día en que él se encontraría en esa tienda. Al alejarse, pisó una rama enorme. El eco del golpe rebotó por todo el campamento. Sorprendido miró a su alrededor, dándose cuenta de lo que acababa de pasar.

Genial, pensó. Ahora los objetos me atacan. Escuchó por un momento el crepitar del fuego que sonaba como la Orquesta de Black Cats metida en una lata de refresco. Estaba cubierto de sudor frío y su dolor de cabeza iba en aumento. Ahora estaban apareciendo las alucinaciones auditivas, lo que significaba que enseguida descubriría lo mal que le iban a sentar las setas. Miró hacia arriba para contemplar la enorme luna brillando en el cielo y decidió que, ya que iba a tener un colocón de narices, al menos lo tendría en un lugar desde el que pudiera ver las estrellas.

No tardó mucho en encontrar una gran piedra caliza que parecía casi cómoda y que se mantenía en equilibrio precario en el borde de un acantilado desde el que se abría una espectacular vista sobre el sereno valle. La luz de la luna le bañaba como una ducha de sangre. Los colores eran más nítidos y vibrantes que antes —casi brillantes—, los fantasmales árboles despertaban de su letargo diurno, sacando sus muñones para caminar dando tumbos entre los vivos. Abraham se quedó mirando los árboles preguntándose si tendrían hambre, si pretendían asustar a alguien o si, como ocurría con los fantasmas, sólo querían volver a sentir un poco de luz del sol. Mientras contemplaba la sensual danza lunar de los árboles fantasmas, sintió que el tiempo se movía a paso de tortuga, el torbellino del mundo se convertía en un tartamudeo a cámara lenta y él se salía por completo del flujo del tiempo, capaz de observar el momento capturado, esperando, detenido para él, al otro lado del tenue velo de la realidad.

Sí. Por fin las setas habían hecho su efecto.

Si no iba a follar esta noche, al menos conseguiría el colocón de su vida. Así que, una vez más, levantó los ojos y se empapó del esplendor de la luna. Se iba haciendo cada vez más y más grande, hasta que ya no podía acercarse más, entonces comenzó a parpadear, temblar, hasta perder la tensión que la mantenía entera. La luna se derretía poco a poco ante sus ojos, primero en

pequeñas gotas que se formaban en su arrugada superficie antes de desprenderse, luego en oleadas, cuando fragmentos enteros se separaban y desaparecían en el cielo. Sorprendidas por la repentina desaparición de la luna, las estrellas empezaron a tomar fotos, lanzando destellos mientras capturaban las imágenes del extraño acontecimiento.

Con la luna desaparecida, las estrellas se volvieron completamente locas, se movían en espiral a través de la noche, gritando, suplicando ayuda en un carrusel de pánico, hasta que miles de estrellas chocaron entre sí, provocando una gran explosión y formando una nueva luna, para que la tierra no estuviera tan sola. Todo el mundo necesita un compañero. Cualquier cosa necesita un amigo. Ningún objeto del universo querría estar sentado solo en una roca, en medio de la nada, preguntándose por qué no se le permite entrar en la tienda. Todo el mundo debe poder entrar en la tienda. Después de todo, eso es lo que era el mundo: una gran carpa para que todos puedan follarse dentro. Pero no Abe. Abe no podía entrar en esa tienda tampoco. No, Abe estaba destinado a pasar el resto de su vida fuera de la tienda, fuera del tiempo, fuera de sí mismo, mirando hacia atrás al momento en que se quedaría solo para siempre.

Dallas, Carly y Stacy no habían tomado tantas setas. No eran capaces de salir del tiempo como él. Así se quedaban en el campamento, atrapados en el interior de las finas paredes de la realidad, incapaces de ver lo que Abe veía. Y eso lo hacía sentirse aún más solo. Solo.

Solo.

—*Psss... Por aquí.*

—¿Qué? —masculló Abe. O al menos pensó que lo había mascullado. ¿Lo hizo? ¿Había dicho algo? Lo intentó de nuevo.

—¿Qué? —esta vez funcionó. La palabra salió. ¿Realmente?—. ¿Qué? —repitió una vez más. O tal vez no lo había repetido en absoluto.

—*Ven aquí.*

OK. Eso no era una voz de verdad. Todo estaba en su cabeza. En realidad no había escuchado nada.

—*Ven aquí, tonto.*

Abraham alzó la vista y vio una sombra entre los árboles ante él. La voz sonaba familiar. Femenina. Sexy. Carly.

—¿Carly? —preguntó en un susurro a gritos—. ¿Eres tú?

—Sí, cariño. Soy yo.

—¿Cómo conseguiste salir del tiempo?

—¿Qué?

—El tiempo. ¿Cómo escapaste de él? No tomaste tantos hongos como yo. La chica se rio.

—No es tan difícil escapar del tiempo. Al igual que de ti.

Abraham trató de darse la vuelta en su roca. No estaba funcionando. Su cabeza se limitaba a caerse hacia atrás y hacia delante, balanceándose en el cuello.

—¿Qué quieres decir?

—Tú no te darías cuenta cuando una chica se está haciendo *la estrecha* aunque te golpeará con un ladrillo.

—¿Hacerse la estrecha?

—Sí.

—¿Estabas haciéndote la estrecha? —preguntó.

—Sí.

—Eres buena en eso.

—Una tiene que serlo —dijo la chica con una sonrisa irónica.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Quería asegurarme de que no eras un gilipollas.

—Oh. ¿Soy un gilipollas?

—No, pero tu amigo lo es. ¿Sabes qué quería que hiciera?

Abe recordó las decenas de historias que Dallas le había contado acerca de todas las cosas que había conseguido que hicieran las mujeres.

—Probablemente —no era difícil imaginar cómo había acosado a Carly—. Puedo adivinarlo, quiero decir.

—Bueno, ¿tienes idea de lo que *tú* podrías conseguir de mí?

Abe soltó una risita.

—Se me ocurriría algo, supongo.

—Bueno, entonces, ¿por qué sigues en esa roca?

—En realidad no puedo moverme.

—Sí, sí que puedes.

—No, quiero decir que me he fusionado con ella o algo así.

—No, no lo has hecho. No pienso subir hasta allí. Vas a tener que bajar. Así que convoca a las fuerzas de la tierra o de tus ancestros o lo que sea que tengas que hacer, pero despega tu culo de la roca y ven aquí. Quiero mostrarte algo.

Había conseguido despertar su curiosidad. Abe se sentó notando cómo la energía del universo fluía a través de él, sentía las estrellas y el viento en su espalda y levitó sobre la roca como si su voluntad fuese una fuerza poderosa. Se produjo una descarga eléctrica en el aire de la noche y Abe la pudo sentir. Se originó en la boca de su estómago, dirigiéndose hacia la oscura y desnuda silueta de Carly, escondida detrás de los matorrales. Estaba siendo atraído por ella. Se suponía que tenía que hacerlo. Flotaba sobre el suelo, con las piernas que ya no respondían a las órdenes de su cerebro, con el torso a la deriva, apenas sostenido por las piernas. *Espera, ¿estaba flotando o caminando?* Ahora no podría decirlo.

Su deriva se detuvo a unos metros de la chica, su centro de gravedad se movía mientras se tambaleaba sobre sus piernas de goma. Ahora la descarga eléctrica era más fuerte, el zumbido sordo del mundo parecía proceder justo del lugar en el que estaba Carly, como si fuera el centro del universo. *¿Era ella, se preguntó Abe, el centro del universo?* No lo sabía. Había tantas cosas que no sabía, ahora estaba empezando a darse cuenta de eso. El universo era una vasta extensión, mucho mayor de lo que jamás podría concebir y sólo había visto una minúscula fracción del mismo. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas cuando entendió finalmente lo que el universo estaba tratando de decirle.

—¿Eran unas setas muy buenas, no? —preguntó la chica.

—Sí —espetó Abe. Por un instante deseó que su boca pudiera dar forma a la poesía que latía en su mente. Le dejó asombrado que su boca pudiera pronunciar palabras.

—¿Quieres bailar conmigo?

Abe se rio incómodo.

—Sí.

—Baila conmigo —susurró la chica. Brillaba como si estuviera hecha de piedras preciosas y la luz de la luna se reflejaba en sus curvas al moverse. Los ojos de la chica se encontraron con los de Abe, sus movimientos se

volvían contorsiones sensuales mientras la muchacha daba unos lentos pasos hacia él. Un giro, una ola, una llamada. Ahora estaba bailando, absorta totalmente en la agonía de la morbosa seducción.

—*Baila conmigo.*

Esta vez no la cagaría. Y Abe se puso a bailar. En sus movimientos no había ritmo, ni fluidez, ni poesía. Eran movimientos absurdos, un pato lo hubiera hecho mejor haciendo cabriolas en medio de elegantes cisnes para atraer a la hembra. Carly sonrió, ya habían bailado lo suficiente. Cada molécula del cuerpo de Abraham explotó, inundada por el hormigueo de excitación, rociada con un resplandor trascendente. Aquellos veinte segundos fueron los mejores instantes de la vida de Abraham Collins.

Fue entonces cuando Abraham Collins se dio cuenta de que no sólo estaba bailando bastante mal, sino que no podía dejar de bailar así de mal o simplemente dejar de bailar. Algo se había apoderado de él, haciendo que sus piernas se levantaran y volvieran a bajar golpeándose en las afiladas piedras y espinosos cardos. Y mientras intentaba mirar hacia abajo para ver el estado de sus pies, se dio cuenta de algo extraño: no podía mirar hacia abajo. Sólo entonces se percató de que Carly no se parecía a Carly en absoluto.

Los efectos de las drogas no habían desaparecido, pero estaba empezando a ver a través de ellos. Esta no era Carly, ni siquiera se parecía a Carly. Era esbelta y hermosa, pero no era Carly.

No, esta chica era diferente. Una diosa delgada como una criatura desamparada, con el cuerpo de una bailarina y un virginal e inocente rostro. Brillaba a la luz de la luna como un ángel fantasmal y jirones de bruma mágica se desprendían de ella al moverse. Sus movimientos se habían vuelto borrosos: una generosa mezcla de la velocidad, las sombras y la psilocibina que corría por las venas de Abe. No podía apartar los ojos de la muchacha ni por un momento. Ni siquiera para ver dónde estaba pisando. La niebla se estaba levantando muy lentamente, pero, por alguna razón, él ya no controlaba sus pies.

—¿Me amas? —susurró la muchacha.

—Sí —respondió Abe sin pensar. No estaba seguro de por qué.

—¿Me amarás siempre?

—Sí —respondió sin dudar—. Te amaré siempre.

—Entonces te veré abajo.

Fue entonces y sólo entonces cuando Abe vio que sus pies ya no tocaban el suelo. Estaba flotando con la tierra a una treintena de metros por debajo. No es que hubiera volado o se hubiera elevado, sino que había bailado más allá de la roca en la que se había recostado camino del acantilado. Abraham estaba cayendo, su velocidad superaba con creces la lentitud con la que podía percibir las cosas. En su cabeza podía haber pasado una hora antes de que llegara al suelo. Pero para los elfos que le estaban observando, para la luna y las estrellas que seguían girando a su alrededor, tan sólo fueron unos segundos lo que tardó Abraham Collins en estrellarse contra las rocas del fondo y menos tiempo todavía tardaron en fracturarse sus piernas y astillarse sus huesos a causa del impacto contra el suelo.

Hubiera sido mejor si hubiera perdido el conocimiento, no hubiera sentido cada doloroso y demoledor instante. Por desgracia, ni siquiera al final de su vida Abraham Collins pudo tomarse un descanso.

Capítulo 13

Sobre la psicología de los trastos del bosque

Un fragmento del libro del Dr. Thaddeus Ray, Ph.D., *Crónica de los Habitantes de los Sueños*

El principal problema a la hora de tratar a los trastos del bosque es su total y absoluta falta de conciencia de sí mismos. Aunque inconscientemente se ven impulsados a comportarse de cierta manera, no entienden por qué lo hacen y ni siquiera anhelan el resultado que, inevitablemente, consiguen. Ese es el lamentable enigma de la existencia de muchos trastos. No todas sus acciones malignas buscan causar daño. A veces sus motivos son mucho más profundos o elevados.

Todo ello, en modo alguno, debe considerarse una defensa de los trastos. Si bien no todos los trastos son malvados por naturaleza, ni hacen daño intencionadamente, muchos sí lo son. Tomemos por ejemplo al Buber. Un Buber es una bestia viciosa y mezquina que puede adoptar diferentes formas (a menudo se presenta bajo la apariencia de una anciana o un anciano de larga barba blanca) carente de una sola gota de humanidad. Suelen besar a las personas mientras estas duermen para consumir su fuerza vital y deslizarse después en su cuerpo para poseerlo. Una vez que han consumido hasta la última gota de una persona y han hecho todo el mal que han podido, dejan una cáscara vacía, sin vida y con los ojos en blanco, que es la única señal de la posesión. Los Bubers sólo saben hacer el mal.

Por otra parte, según todos los testimonios, los Aufhockers son unos espíritus amables y traviosos, famosos por su afición a saltar por sorpresa sobre una persona y montarla como si fuera un caballo. En la antigüedad, muchos duendecillos y duendes solían saltar a horcajadas sobre los caballos en medio de la noche y cabalgar hasta dejarlos agotados, devolviéndolos poco antes del amanecer, exhaustos e inútiles para trabajar al día siguiente. No lo hacían con mala intención sino, más bien, como una gracia. No causaban mucho daño ya bastaba que un caballo cansado descansase para recuperarse. Los Aufhocker actúan por los mismos motivos, pero, en lugar de montar un caballo, saltan sobre las espaldas de los caminantes y los dirigen al bosque. Al igual que a los duendes y los duendecillos, lo hacen por diversión, sólo buscan asustar al viajero, cabalgando sobre sus espaldas hasta que se agote y no pueda dar un paso más. De lo que no se dan cuenta los Aufhockers, sin embargo, es que obligan a las personas a galopar hasta caer muertos.

Por eso uno nunca debe confiar en un trasto, por muy buenas que sean sus intenciones. Son como los perros salvajes, que al principio pueden parecer amigables, pero si uno se acerca demasiado, muestran su verdadera naturaleza. Hay que procurar evitar a estas criaturas y conocer las tácticas que emplean. Si un día se encuentra en el bosque con una joven que le pide que baile con ella, seguro que se trata de un trasto. Tal vez le ofrezca oro, acostarse con ella o entretenerse de alguna otra manera a cambio del baile, pero el resultado final siempre será el mismo.

O tomemos, por ejemplo, a las infames Erlking (las hijas del Rey de los Elfos que dieron origen a los cuentos sobre los Erlking) que le harán enfermar si las rechaza. Si uno baila con ellas, está perdido, pero también lo estará si no lo hace. En estos casos no hay nada que uno pueda hacer. La actitud más sabia es ignorar a cualquiera que uno pueda encontrar mientras vaga por el bosque. Existen bastantes probabilidades de que sea algo maligno.

Podría parecer que las emociones sólo tienen un objetivo para estas criaturas: el de alimentarse. Al igual que un ser humano siente los ruidos que hace su estómago para alertarlo de la necesidad de comer, un espíritu del bosque siente el amor, los celos o la ira. Así, sienten atracción por su alimento y tienen los medios para llevarlo a la perdición. Es posible que una náyade ame de verdad a los hombres que atrae con engaños a sus tumbas acuáticas y tiene la esperanza de que vayan a vivir para siempre bajo las aguas. Aunque nunca debemos confundir esta emoción con los sentimientos verdaderos, ni creer que uno podría convertirse en la excepción a la regla. Los bosques están sembrados de huesos de gente que creyó serlo.

Capítulo 14

El telón del Gran Escenario se levanta

Ewan y Dithers se inclinaron sobre la pequeña roca procurando no pisar ninguno de los charcos de sangre que se habían formado alrededor. Sobre la roca yacía Abraham Collins, con las piernas destrozadas y la columna vertebral partida por la mitad, a través de las espeluznantes heridas se podían ver trozos de hueso asomando entre la carne desgarrada. Las piernas temblaban y se sacudían intentando seguir el baile, los astillados huesos cortaban los músculos y la piel.

Dithers lo contemplaba con lástima. *Esto ya no era deportivo.* Prácticamente partido por la mitad, Abraham Collins miraba con los ojos nublados por la sangre a Ewan.

—¿Un ángel? —jadeó Abraham entre toses. Ewan retrocedió deliberadamente un paso, dejando que la mano de Abraham palpase desesperadamente el vacío entre ellos. Dithers y Ewan intercambiaron miradas.

Dragana la Ninfa se asomó por el borde del acantilado, a una treintena de metros sobre sus cabezas, con el corazón tan roto y destrozado como el cuerpo de Abraham. Se arrojó al vacío, bailando lentamente mientras bajaba la pared vertical del acantilado, apartando elegantemente con los pies las rocas sueltas y los salientes, estirando perfectamente la punta del pie en cada paso. Al llegar abajo, corrió hacia Abraham para colocar una mano sobre su pecho y contemplar la sangre saliendo a borbotones de las heridas perforadas por las astilladas costillas. Levantó la mirada con dramatismo.

—¿Por qué tuviste que dejarme? —susurró con la voz quebrada por el llanto.

Dithers hizo una señal a Ewan y señaló a Abraham.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Qué? —preguntó Ewan, sin estar seguro de lo que tenía que hacer.

—Lo que te enseñé, como si fuera un conejo —dijo Dithers e hizo una pausa, esperando a que Ewan lo entendiera—. No podemos dejar que sufra así.

Ewan asintió.

—No puedo ver esto —dijo Dragana. Dio un paso hacia Abraham, tomó su cara entre las manos y lo besó profundamente en la boca. Luego se apartó, limpiando los labios manchados de sangre con el dorso de la mano, y se dio la vuelta para contemplar la noche.

Ewan agarró la cabeza ensangrentada de Abe con las dos manos, como si fuera una calabaza grande, y miró a Dithers buscando su aprobación. Luego la balanceó un poco atrás y adelante para calcular la resistencia, como si estuviera sopesando un martillo o ensayando el swing del golf. Después, con un ensayado y rápido movimiento, rompió el cuello de Abraham. Se escuchó un breve y ligero crujido apenas audible. Aún así, un estremecimiento recorrió el cuerpo de Dragana.

El espasmódico baile se detuvo y la sangre dejó de borbotear.

Ewan sonrió tímidamente.

—¿Lo he hecho bien?

Dithers le devolvió la sonrisa y revolvió el cabello del chico con la mano en un gesto de padre orgulloso.

—Exactamente como hay que hacerlo. Vamos, todavía nos quedan otros tres.

De espaldas, con las manos apretadas contra el pecho, Dragana lloraba en silencio la muerte de su amante. Dithers y Ewan se alejaron del cadáver. Ewan se inclinó hacia su tutor y preguntó casi en un susurro.

—Si tanto le amaba, ¿por qué le hizo esto?

Dithers pasó la mano por encima del hombro de Ewan y meneó la cabeza.

—Porque no sabe hacerlo de otra manera.

En el otro extremo del bosque, la cabeza sin cuerpo de Dallas volvió a asomarse por la abertura de la tienda de campaña.

—¿Habéis oído eso? —preguntó a la pareja que se vestía apresuradamente a sus espaldas. Las chicas asintieron.

—Sí —dijo Carly—. Tu espantoso y larguirucho amiguito se ha debido de

despeñar por un acantilado o algo así.

—Estoy hablando en serio —cortó Dallas—. Si realmente ha sido Abe, podría estar herido.

Stacy hizo una mueca.

—Bueno, ¿por qué no vas a ver qué ha pasado?

Dallas meneó la cabeza.

—No pienso ir por ahí yo solo.

—Sí —insistió Stacy—. Tendrás que hacerlo.

—Es de noche y estoy colocado.

Carly sacó una linterna de camping de su recién estrenada mochila.

—Entonces será mejor que vayas con cuidado.

—Sí —se rio Stacy—. Procura no bajar muchos acantilados por allí, semental.

—Vale —Dallas miró la linterna y la dio vueltas entre las manos durante unos segundos, tratando de averiguar cómo se encendía aquel chisme. Finalmente lo consiguió. Tenía la cabeza abotargada. Lo veía todo confuso, desenfocado. La luz de la linterna le pareció, de pronto, *tan hermosa*. Unos colores que no había visto nunca antes centelleaban dentro de la bombilla, proyectando perversas sombras sobre las caras de las dos hermosas mujeres que tenía delante. Sus ojos brillaban, capturando los dispersos rayos luminosos y reflejándolos de nuevo...

¡*Crack!* Stacy chasqueó los dedos a unos centímetros de la nariz de Dallas.

—¡Enfoca! —gritó, agitando la mano ante la cara del joven.

Dallas sacudió los vagos y distraídos pensamientos y recordó, por un momento, que su amigo se hallaba en alguna parte de esa oscuridad. Caminando en cuclillas, atravesó la abertura delantera de la tienda y se dirigió tambaleándose hacia el bosque en busca de Abe.

—¡Y trae una pizza! —bromeó Carly.

—¡Sí! Una pepperoni —siguió la broma Stacy. La risa de Carly la acompañó. Luego, para no seguir viendo la espeluznante y brumosa oscuridad que rodeaba la tienda, Stacy se apresuró a cerrar la cremallera de la abertura.

—Estos chicos son unos infelices —susurró Carly entre dientes.

—Calla —sonrió Stacy—. Dallas es mono.

—Sí, pero su amigo es *una pesadilla*.

—Lo sé. Pero todavía me debes lo de la cabaña. Me quedé atrapada allí con tu hermano durante toda la semana. No te pasará nada por aguantar dos días las miraditas de ese estúpido cretino.

Dallas caminaba dando tumbos a través de los zarzales, con pasos pesados e irregulares. Tenía la cabeza completamente confusa, sus sentidos se iban alejando cada vez más de la realidad. *¿Adónde voy?* farfullaba incoherentemente. No tenía ni idea de hacia dónde se había ido su amigo y empezaba a darse cuenta de que, en algún momento desde que Abe se asomó a la tienda hasta que se escuchó su grito, una espesa y pegajosa niebla había cubierto el bosque. Se arremolinaba entre los troncos oscuros, bajaba en elegantes ríos por las laderas de las colinas en forma de rápidas y tenues cascadas que vertían en un mar de miasmas, espeso como una sopa de guisantes, que cubría la tierra hasta las rodillas, impidiendo ver por donde pisaba. El aire estaba cargado de sudor de la húmeda noche primaveral de Texas, algunos zarcillos de la bruma llegaban hasta la cintura, haciendo desaparecer grandes fragmentos del bosque.

Ha sido una idea muy, muy mala, pensó Dallas, convencido ya de que su amigo se había despeñado por algún precipicio.

—¡ABE! —gritó—. ¡AAAAAAAABRAHAAAAAAM!

No obtuvo respuesta —ni de los grillos, ni de las cigarras, ni del maltrecho Abe. Entonces lo sintió. A pesar del calor, se notaba algo frío en el aire, el frío húmedo de la muerte. No era un olor, era más bien un sentimiento, una fatalidad, un vacío sombrío, estéril, sin alma que la luz de la luna no podía atravesar.

Toda la luz había desaparecido del mundo, únicamente la niebla seguía iluminada. Incluso las estrellas tenían que luchar contra la negrura, sólo consiguiendo que unos levísimos destellos atravesasen la oscuridad que estaba a la vez por todas y por ninguna parte. No se trataba de la oscuridad de la noche, era la sombra tenebrosa de los malos augurios. En el pasado Dallas habría hecho muchas cosas para apuntarse el tanto de pasar una noche con una chica como Stacy y seguramente hubiera hecho mucho más para pasar

una noche con Stacy y Carly a la vez. Pero, de repente, le pareció que nada de eso merecía la pena de atiborrarse de setas alucinógenas y deambular tropezando *en medio de esa nada de mierda*.

Había estado caminando durante al menos diez minutos, las piernas le pesaban cada vez más, la cabeza se tambaleaba un poco sobre el cuello. Era el momento de dar la vuelta, había cumplido con Abe. Giró sobre sus talones y distinguió a través de la niebla la parpadeante luz de una fogata y la tienda de campaña a menos de cincuenta pasos de distancia. *¿Qué? ¿Pero...?*

—Mierda.

No habían pasado diez minutos. No habían pasado ni cinco. El tiempo le tomaba el pelo. Y por muy poco que le importasen los problemas de Abe comparados con los suyos, no conseguiría que las chicas le dejaran entrar en la tienda nada más salir. Así que volvió a adentrarse en la noche buscando a Abe.

Las dos chicas estaban profundamente dormidas. Carly, agotada por el sexo, se sumergió al instante en un sueño de colores mezclados con el olor almizclado de Dallas. Stacy no tuvo tanta suerte, había caído en un vacío oscuro y triste, carente siquiera de paz que le permitiera descansar. Allí había algo lóbrego y solitario, algo antinatural. No estaba sola en su sueño sin sueños, pero no sabía qué era lo que vagaba en el negro vacío de su subconsciente, husmeando en sus pensamientos, revolviendo sus recuerdos con sus dedos sucios y viciosos.

Sobre ella, a la vista de todos, se cernía un esqueleto humano, un viejo y babeante Matusalén, con negras y vacías cuencas sin vida en vez de ojos, una barba enmarañada llena de astillas de madera y agujas de cedro enredadas y una mata salvaje de indomable pelo blanco brotando del cráneo como un diente de león moribundo. *Nibbling Nils. El Buber.*

Stacy era como un festín de la vergüenza, rebosante de inseguridad, unido todo ello con las cuerdas deshilachadas de la ilusión. Nibbling Nils pasó su babeante lengua por los agrietados y arrugados labios. Acarició la mejilla de Stacy con su esquelética mano, estrujó su cara entre las manos hasta que los labios de la muchacha dibujaron un puchero. Luego se inclinó y la besó, explorando con su ávida lengua el interior de la boca de la muchacha. Sabía a

frambuesa verde, un fruto amargo, agrio, mezclado con arrepentimiento pero lleno de promesas.

Delicioso. El alma de la muchacha le invadió como un géiser, una erupción de la desesperación y del odio a sí misma, sazonados con la dicha vacía y ebria diversión. Le molestó un poco el sabor de la infancia, demasiado dulce para su gusto, pero era el caldo en el que se cocía su millar de decepciones.

Todo lo que había sido Stacy Long se desvaneció, tragado por el sucio viejo. Podría beberla de golpe, hasta vaciarla, deslizarse dentro y llevarla esta noche como un vestido de seda. Pero todavía quedaban varios años de absoluta mediocridad por tragar, y Buber no tenía ninguna prisa.

En algún lugar del bosque, Dallas seguía caminando a ciegas llamando a gritos a Abe. La oscuridad era completa y la pegajosa niebla había adquirido personalidad propia, a veces barría como una tempestad, otras le alejaba silenciosamente del sendero. Poco a poco, Dallas se estaba perdiendo. Le parecía que era igual de imposible encontrar el camino de vuelta al campamento que a Abe. Trató de convencerse de que no había pasado nada, que Abe estaba durmiendo la mona bajo un árbol en alguna parte, soñando con todas las cosas que nunca iba a hacer con Carly, pero las setas estaban haciendo su efecto y el pánico crecía en su interior.

¡Zas! DOLOR. Con una mueca de dolor, Dallas miró su brazo. Sin darse cuenta se acababa de clavar la punta de una rama, su sonrosada piel se estaba poniendo de color carmesí. Tapó la herida con la otra mano, intentando detener la sangre.

Entonces Dallas empezó a maldecir. Maldijo el árbol, se maldijo a sí mismo, incluso maldijo la forma en que la niebla adquiría color escarlata mientras la sangre que goteaba se mezclaba con la bruma, formando un espeso torbellino espumoso antes de disolverse en la niebla. La bruma se volvió roja de sangre, luego el color se convirtió en un suave rubor, que acabó transformándose en negro. *Espera, esto no es posible.*

A Dallas le daba igual que fuera el efecto de las drogas o no. Ya había tenido suficiente. Se dio la vuelta sin pensar y corrió a ciegas en la oscuridad, con las piernas golpeando furiosamente la tierra. Había logrado recorrer unos

quince metros antes de que una raíz, surgida de la nada, se apoderase de su tobillo, se lo retorciere y le hiciese caer golpeándose la cara contra el suelo rocoso. Jadeando intentó recuperar el aliento que el golpe le había arrebatado limpiamente y arrojado al suelo entre remolinos de niebla impenetrable. Dallas intentó alcanzarlo y tomarlo. Sus pulmones necesitaban desesperadamente el aire.

Fue entonces cuando escuchó unos pies arrastrándose entre la maleza. Luego las tintineantes notas de una voz suave llenaron el aire nocturno.

—¿Dallas? —llamó Stacy—. Dallas, ¿dónde estás?

—Estoy aquí —tosió, tratando de convertir los jadeos en palabras—. Aquí.

—¿Dallas?

—¡Aquí! —esta vez la palabra salió, sin impedimentos. Dallas consiguió ponerse primero de rodillas, luego de pie, procurando no apoyarse en el tobillo, que dolía demasiado para ser una simple torcedura. Prefería no mirarlo, no quería saber cómo estaba—. ¿Stacy?

Stacy se abrió paso con precaución a través de la espesa oscuridad. Había algo extraño en su forma de caminar, como si estuviera incómoda con sus propios pies y midiera cada zancada, pero Dallas sólo empezó a darse cuenta de ello cuando ya estaba a unos pocos pasos. Al mirarla a la cara, vio dos ojos de color blanco lechoso con el iris cubierto por una nube, carente de color alguno. Tampoco tenía expresión, no mostraba ninguna emoción, como un saco de carne que se mantenía en pie colgado de los hilos y poleas de un titiritero invisible.

—¿Stacy?

Sin mediar palabra, la chica le abrió la garganta con su cuchillo de acampada. La tráquea cortada gorgoteó con sorpresa mientras Dallas estiraba inútilmente los brazos en un intento de protegerse. Stacy le acuchilló con saña, metiendo una puñalada en cada uno de sus órganos por orden alfabético y reservándose dos para los pulmones. Dallas se dobló por la cintura en un espasmo doloroso, su cuerpo convulsionaba luchando desesperadamente por seguir unos segundos más en este mundo. Extendió la mano y perdió dos dedos, volvió a extenderla y perdió tres más. La fuerza de Stacy era descomunal y Dallas no consiguió asestar ni un solo golpe antes de caer al

suelo sangrando, hundiéndose en la espesa niebla.

Los árboles siguieron susurrando en la oscuridad.

—Este era mío —dijo una voz en la oscuridad.

—Yo lo cogí primero —contestó Stacy con una voz áspera y fría.

Bill la Sombra salió de detrás de un árbol. Era como una mancha de tinta con forma de hombre, un andrajoso abrigo negro y un viejo sombrero tirolés eran los únicos detalles lo suficientemente nítidos como para poder ser vistos. Salvo sus ojos. Era imposible no ver sus ojos. Dio una profunda calada a su cigarrillo y una luz de color anaranjado iluminó la oscuridad que rodeaba su rostro sin rasgos.

—Oh. Ya veo.

Obedeciendo a un gesto de Bill, los árboles cayeron sobre Stacy, sus ramas parecían tener garras y dientes, ansiosos por hundirse en la carne tersa. Stacy intentó retroceder, pero el bosque era mucho más rápido.

Las ramas arrancaron primero sus ropas, luego la piel, dejando desnuda la carne. Seguían moviéndose con furiosa rabia, arrancando sangrientos pedazos que arrojaban lejos, buscando con avidez el premio que había debajo. Lo alcanzaron al mismo tiempo, chocando con el ruido de madera nudosa, hundiéndose en lo que quedaba del cuerpo de Stacy que, con un atroz movimiento, rasgaron en pedazos en una explosión de heces, bilis y huesos. Donde antes había una mujer, ahora sólo quedaba Nibbling Nils.

—Que te den —dijo Nils.

—Yo diría que estamos en paz, viejo —contestó Bill la Sombra entrecerrando los ojos—. No vamos a darle a esto más importancia de la que tiene.

Nils reculó. No le apetecía provocar la ira de Bill más de lo que Bill quería provocar la suya.

—Sí. Lo que tú digas. A la mierda.

—Ha sido divertido, ¿no? —sonrió Bill.

Los labios de Nils se torcieron en una mueca de desprecio, era lo más parecido a una sonrisa que podía lograr.

—Sí. Verdaderamente lo ha sido.

—Vamos a ver qué hace el Aufhocker.

Carly se despertó bruscamente, sorprendida por algo que no estaba allí. No había oído nada, no podía ver nada y, al parecer, Dallas y Stacy se habían largado para otra acometida. Pensó por un momento en lo que estarían haciendo los dos afuera, en la oscuridad, luchando apasionadamente, arañándose el uno al otro y lanzó un profundo suspiro, estaba resignada a quedarse con el patético. Pero ni siquiera él estaba a mano. Carly Gineró siempre había sido una segundona, cumplía la función del premio de consolación para un pretendiente rechazado. A veces odiaba a Stacy.

¡CRACK! Una rama se quebró fuera. Ni por un momento se le pasó por la cabeza que podría tratarse de un animal o de un extraño, se levantó y salió disparada de la tienda, enfadada porque la habían dejado sola. Una vez fuera, gritó dirigiéndose a la noche:

—¿Dónde demonios *habéis* estado? —pero se interrumpió, escudriñando con los ojos desenfocados el extraño silencio. No había nadie. Nadie en absoluto. Miró a su alrededor, inquieta, preguntándose quién o qué podría estar acechando en el bosque fuera del círculo iluminado por la hoguera.

Vio un conato de movimiento, escuchó cómo se partía otra rama. Volvió la cabeza y vio, detrás de los arbustos, al niño más espeluznante, más demacrado que jamás había visto. El chico le devolvió la mirada a través de la oscuridad, tenía los ojos huecos, vacíos. El corazón de Carly se hundió en el estómago, la muchacha quedó pegada al suelo. Con un aleteo de las pestañas y una leve contracción de las cejas, el niño se volvió y corrió hacia el bosque, desafiándola a que lo siguiera.

Fue entonces cuando la cosa saltó de la oscuridad, agarrándola por detrás.

—Corre —sopló una voz ronca en el oído con el aliento tan abrasador que le quemó el pelo. Carly se lanzó a correr, alcanzando enseguida la máxima velocidad. El terreno escarpado lastimaba sus pies descalzos, las piedras se clavaban en la carne y rasgaban la piel de los talones. Carly corrió como nunca lo había hecho en su vida. Ahora sólo podía sentir miedo y una terrible certeza de que así es como sería su fin —sola y llorando entre la oscura maleza.

Eberhard —un trasgo de un metro de altura— estaba montado a horcajadas en la espalda de la muchacha, su sonrisa, que enseñaba unos dientes dispares debajo de la nariz ganchuda y torcida, no expresaba ninguna

maldad. Sólo diversión. Agarrado firmemente en la postura de un jockey ganador, gritaba:

—¡Corre, preciosa, corre! —se reía—. Corre hasta que se te caigan los pies.

El bosque resonaba con los latidos del corazón de Carly como un tambor. ¡BA-DUM! ¡BA-DUM! ¡BA-DUM! ¡BA-DUM! El ruido era tan fuerte que no se podía oír ni el susurro de las hojas, ni las ramitas partiéndose, ni siquiera el crujir de las ramas bajo los delicados pies de Carly que el voraz bosque iba mordisqueando poco a poco. Tampoco se oía el rumor lejano de un trueno ni se veían las estrellas ocultas por las negras y oscuras nubes iluminadas por los fuegos lejanos. Y para cuando el rumor se había convertido en un rugido desenfrenado, ya era demasiado tarde.

Eberhard y Carly levantaron la vista y vieron a un jinete sombrío sobre una masa oscura de pelo enmarañado que salía de entre los árboles delante de ellos. En sus manos llevaba una espantosa hacha con la cuchilla del tamaño de la mitad de un hombre adulto. Para cuando se dieron cuenta de que corrían peligro, el hacha ya estaba descendiendo para partir primero a Carly en dos mitades perfectamente iguales, y continuar partiendo después a Aufhocker junto con ella.

Carly dejó de correr, cada pierna siguió avanzando mientras sus dos mitades se caían cada una a un lado. Sus entrañas se derramaron sobre la tierra con un sonido húmedo, gelatinoso, el último sonido que jamás emitiría. Y si la campiña no estuviera resonando con un profundo y brutal trueno infernal, alguien podría haberse fijado en su solitaria tristeza y lo que tenía que decir acerca de su problemática e inconsistente vida insatisfecha. Pero Carly Gineró —la hija de un trabajador de la industria del automóvil y de una enfermera, que había soñado hasta los últimos momentos de su vida con convertirse en una princesa— no sería la última historia triste que llegaría a su fin esa noche. Tampoco sería la más espectacular. En la muerte, al igual que en la vida, no pasaría de ser una nota a pie de página, perdida en medio de una historia mucho más importante —ni siquiera se acercaría a un segundo puesto en su intento por destacar—, esa noche sería la gran noche de otra mujer y esa mujer había estado esperando en el infierno siete largos años hasta conseguirlo.

Capítulo 15

La Caza Salvaje

Un fragmento del libro del Dr. Thaddeus Ray, Ph.D., *Crónica de los Habitantes de los Sueños*

Hay pocos sonidos en este mundo más aterradores que la llegada atronadora de la Caza Salvaje. Los negros jinetes asesinos llegan precedidos únicamente por la espantosa cacofonía de sus cabalgaduras que se escucha a kilómetros de distancia. El ruido de los cascos se convierte en un rugido ensordecedor que hace zumbar los oídos de una persona a medio kilómetro. Es el sonido de los condenados, aunque algunos creen que es el eco del infierno recordando a los jinetes la brevedad de su estancia en nuestro mundo. También es una manera brutal de advertir sobre una calamidad que se aproxima, gracias a sus terribles visiones, los jinetes pueden predecir los futuros aciagos.

Al que *escuche* el ruido de los cascos, el toque del cuerno de caza y los aullidos de los jinetes, pronto le ocurrirá alguna desgracia. Sin embargo, al que *vea* a los jinetes, le espera en breve una muerte casi segura.

Nadie sabe cuándo tuvo lugar la primera cacería, aunque la historia está plagada de relatos sobre estos sucesos. De la antigüedad nos llegan las historias de monstruos galopando por el desierto, montados en unos corceles negros cuyas fosas nasales escupen humo y cuyos cascos provocan incendios al atravesar las aldeas, matando a docenas de sus habitantes, antes de desaparecer para no volver a ser vistos nunca más.

El primer registro histórico de una aparición la encontramos en la *Crónica de Peterborough* —una copia de la *Crónica anglosajona*—, llamada así por el monasterio de Peterborough en el que se conserva. Esto es lo que la *Crónica anglosajona*, un registro literario de los acontecimientos cotidianos actualizado anualmente, cuenta sobre la llegada en 1127 de Enrique de Poitou, tras ser nombrado abad de Peterborough:

«Que nadie dude de la veracidad de lo que contamos, pues es bien sabido en todo el país que el día en que vino a Peterborough, es decir, el domingo en que se canta ‘Exurge, quare obdormis, Domine’, inmediatamente después de su llegada, muchos hombres vieron y oyeron a numerosos jinetes cazadores. Eran negros y grandes y feos, y todos sus perros eran negros y feos, con los ojos muy abiertos y cabalgaban sobre caballos negros y cabras negras. Fueron vistos en el parque de los ciervos en la misma ciudad de Peterborough y en todos los bosques entre Peterborough y Stamford. Y los monjes escucharon los cuernos de caza tocar toda la noche. Testigos fiables los vieron aquella noche. Dijeron que parecía que había por lo menos veinte o treinta cuernos tocando. Todo ello fue visto y oído desde el día que llegó, durante toda la Cuaresma hasta la Pascua. Así fue su llegada. De su partida aún no se puede hablar. ¡Que Dios nos proteja!»

No existe un testimonio de qué calamidad este acontecimiento estaba destinado a predecir, si una dolorosa derrota en las cruzadas o alguna conjura local que la historia ha ocultado,

pero la descripción es inconfundible. Estos jinetes aparecen en todas las crónicas persiguiendo a los malvados, pecadores, a los no bautizados, los que infringen la ley, los herejes y a aquellos que fomentan la inmoralidad y que ofenden al maestro cazador.

El que dirige la caza suele hacerlo sólo durante breves períodos de la historia. A veces el mismo siniestro cazador reaparece durante décadas, mientras que otras sólo se le ve una vez. Se desconoce la razón o el motivo por el que un hombre se convierte en el maestro cazador. Lo que sí se sabe, sin embargo, es que quien lidera la Caza Salvaje tiene el dominio total sobre los perros y los jinetes. La crueldad de esas cacerías parece depender totalmente de la maldad del maestro cazador. En algunas ocasiones, como la descrita en Peterborough, la caza no se convierte en una carnicería. Sin embargo, en otras incursiones más sedientas de sangre, los cazadores no muestran ninguna misericordia, ni siquiera hacia el más venial de los pecadores.

Algunos relatos, aunque no todos, que describen estas cacerías mencionan a los perros. Las descripciones van desde los terroríficos perros negros del tamaño de un ternero, que aparecen en el folclore inglés, hasta los casi indescriptibles perros del infierno que aúllan una incomprendible jergonza mezclada con agudos ladridos. La mayoría de los relatos, sin embargo, hablan de barguest (o barghest), un perro peludo y grande dotado de poderosas mandíbulas que pueden partir limpiamente una extremidad y de dientes tan afilados que son capaces de desgarrar la carne hasta los huesos de un mordisco. Estos perros desprenden el olor acre del azufre, sus ojos arden como las brasas y son capaces de desaparecer con un destello de fuego del infierno. Al que se atreva a cruzarse en el camino de un Barguest, le saldrá una herida que irá a peor, se llenará de ampollas y no sanará nunca. Su cualidad más notable, sin embargo, es su aullido, que sólo puede escucharse en las noches en las que va a morir alguien muy importante. A diferencia de los Banshee, la víctima no tiene por qué haber oído el aullido, ya que éste no va dirigido a ella. Es una señal para todos los demás, que indica que algún poderoso quedará atrapado esa misma noche en las garras del infierno.

No se conoce remedio o manera de protegerse de la Caza Salvaje. Inevitablemente seguirá su curso. Si tiene la mala suerte de escuchar el estruendo de los cascos, busque un refugio donde ocultarse y rece para que no le encuentren. El campo abierto, el bosque o cualquier otro lugar carente de refugios, es el último sitio en el que querrá estar cuando comience la cacería —porque esos cascos y esos cuernos pueden ser la última cosa que oiga y, sin duda alguna, será la última cosa que vea.

Capítulo 16

Los atronadores cascos de Tiffany Thatcher

Tiffany Thatcher había pasado siete años llevando una soga al cuello, con el corazón lleno de pena y los pies quemados por los fuegos que ardían debajo de ella. Tenía desde la primera campanada de la hora de las brujas hasta sus últimos y persistentes segundos para encontrar a su enemiga y acabar con ella.

El diablo concedía pocos indultos, Tiffany no tenía ni idea de por qué la había elegido a ella, pero si eso significaba pasar una hora lejos de la soga, lo aceptaría sin dudar, sobre todo si eso significaba traer al infierno a aquella *cosa*. Revivía aquella noche a cada instante, ni por un segundo se podía librar de la quemazón de la soga ni de las lágrimas. La diferencia era que en el infierno no perdía el conocimiento, su cuerpo giraba lentamente frente a la ventana, por la que veía a su esposo ahogarse, una y otra vez, en las olas del lago mientras ella se quemaba.

Y la asesina de Jared seguía allí, chorreando agua, vagando por el bosque. Tiffany podía oler el agua del lago sobre su cuerpo, podía oler la sangre y la carne debajo de sus uñas, podía oler sus pecados. Esta noche iba a arrastrar a esa criatura al infierno con ella, destrozando a cualquiera que se interpusiera en su camino.

La acompañaba una monstruosa jauría formada por doce espíritus enloquecidos, cada uno con su agravio a cuestas, dispuestos a hacer cualquier cosa con tal de escapar de los abismos del infierno, aunque sólo fuese por una minúscula fracción de la eternidad. Cabalgarían juntos sobre unas cabras del tamaño de un mastín y tan negras como una noche sin estrellas, recorriendo a galope las colinas del mundo material en busca de almas que ocuparían su lugar. El ruido, por muy ensordecedor que fuera, resultaba un alivio reconfortante después de los interminables lamentos, quejidos y gritos que acompañan cada doloroso momento en el más allá. Para ellos era casi una

aventura, como si volvieran a la vida de nuevo. Y aunque la venganza era el principal objetivo de su cruzada, la emoción de la galopada, la exaltación de sentirse vivos de nuevo, hacía que valiera la pena el sufrimiento añadido con que les castigarían si no volvían con un alma en la mano.

Las puertas del infierno se abrieron anunciando el comienzo de la Caza Salvaje. Portaban un mensaje para el mundo y si el mundo era inteligente, lo escucharía.

Ya no existía la hermosa mujer que alguna vez fue Tiffany Thatcher. Toda su delicada belleza había sido aniquilada, dejando sólo una pálida cáscara macabra, con el pelo sucio de años de sudor y de grasa. La que montaba aquel corcel infernal no era la madre que una vez había acunado a su hijo, sino una flaca, cadavérica pesadilla cubierta de llagas que supuraban pus de color ocre y que ladraba órdenes a los perros que corrían graznando tras ella. El mal. Tiffany Thatcher era la imagen misma del mal. Y estaba dispuesta a vengarse, aunque tuviese que arrasarlo todo con el fuego del infierno para conseguirlo.

Así que dirigía la partida y hacía sonar los cuernos de caza, mientras prendía fuego al bosque con las chispas que despedían los cascos de ébano de su cabra. Tiffany Thatcher era la Maestra de Caza y esta noche no iba a hacer prisioneros.

Al otro lado del bosque, a tan sólo unos pocos kilómetros de distancia, dos jóvenes habitantes del mundo de los sueños se abrían paso entre la maleza mientras se iban acercando al lugar en el que se desarrollaba la Caza Salvaje.

—Date prisa —apremió Mallaidh al muchacho que la seguía—. Nos lo vamos a perder.

—No creo que hayan comenzado todavía —la tranquilizó Knocks—. Además, una buena caza dura toda la noche. Es lo que he oído.

—Lo sé, lo sé. Pero no quiero perdérmela. Nunca he estado en una cacería. ¿Qué crees que va a hacer Ewan?

Knocks se detuvo en seco y soltó un gruñido furioso. Mallaidh, que ya le había adelantado, siguió caminando sin mirar atrás. El muchacho, tratando de mantener la calma, se puso en marcha de nuevo.

—Probablemente nada.

—¿Cómo que nada? —protestó Mallaidh.

—Bueno, es su primera cacería. Probablemente sólo le dejarán mirar. Tal vez Eberhard lo utilice como un señuelo o algo así, pero dudo que tenga la oportunidad de hacer nada. No es como si fuera uno de nosotros, ya sabes.

Mallaidh se detuvo y se volvió, colocando sus delicadas manos en las caderas.

—*Ya lo sé.* Y es lo que le convierte en especial.

Por fin Knocks pudo alcanzarla. Se colocó frente a ella, cara a cara.

—¿Qué? *No* ser capaz de hacer nada especial es lo que le hace especial?

Mallaidh reflexionó un segundo, luego meneó la cabeza.

—No. ¡El que fuera elegido para ser uno de nosotros es lo que le hace especial!

—Ah, tontunas —Knocks agitó las manos, como espantando la sola idea.

Mallaidh se rio.

—¿Tontunas? A veces hablas como una vieja.

Knocks frunció el ceño.

—Cállate.

Mallaidh, sin saber si estaba bromeando, le dedicó una amplia sonrisa, derritiendo a Knocks hasta sus componentes más básicos.

—No, cállate tú —contestó la niña extendiendo la mano y poniéndosela en el hombro, luego, jugando, le dio un empujón.

Incluso a su corta edad Knocks se daba cuenta de lo especial que era Mallaidh. Carecía de defensas contra sus encantos, e intentó mirar hacia otro lado, mientras su flácida mejilla se ponía de un rojo violáceo.

—Vamos —dijo la niña—. Nos lo estamos perdiendo.

—Espera —Knocks levantó la vista—. ¿Oyes eso?

—¿La tormenta?

—Sí.

—Llevo oyéndola unos minutos, más o menos, sí. ¿Qué pasa con ella?

—No lo sé —contestó el chico—. No suena bien.

—Bueno, vamos a verlo.

Mallaidh tomó a Knocks de la mano. El muchacho sonrió, como si se sintiera realizado de alguna manera y los dos corrieron por el oscuro bosque hacia los lejanos sonidos del trueno.

—¿Knocks? —preguntó la niña.

—¿Sí?

—¿Qué es un señuelo?

El sonido se estaba volviendo ensordecedor. Los Cazadores Salvajes galopaban a través del valle y parecía que nada pudiera pararlos. Dithers, llevando a Ewan colgado sobre el hombro, cruzaba el bosque a saltos. Era ágil y rápido, pero no tan rápido como para escapar de los abominables corceles, así que procuraba permanecer en las copas de los árboles, fuera de la vista de los jinetes. Saltó de rama en rama hasta que encontró un lugar en el que la vegetación era especialmente espesa y donde podían esconderse en la copa de uno de los árboles más altos. Desde allí contemplaron el valle oscuro, la luna se había escondido tras una columna de nubes negras. Sin su luz apenas podían ver nada. Unas brasas anaranjadas descendían lentamente sobre la tierra como una tormenta de ceniza. Podían seguir el movimiento de los jinetes por las trazas luminosas que provocaban los cascos de sus cabras al golpear el suelo.

—Dithers, ¿qué son esas nubes? —preguntó Ewan, con la voz quebrada por los diez minutos del terrible miedo que estaban pasando.

—Ewan, detrás de esas nubes está el infierno. Están ahí para evitar que veamos lo horrible que es.

—Pero ¿por qué está el infierno aquí?

—Seguramente el diablo tiene asuntos pendientes aquí en la tierra.

—¿Viene a por nosotros?

—No, no —lo tranquilizó Dithers—. No hay razón alguna para que el diablo venga a por ti. Está aquí por otra persona.

—¿Un hada?

—Tal vez.

—Y si no viene a por nosotros, ¿por qué nos estamos escondiendo?

—Porque se lleva a cualquiera que se cruce en su camino. Y esta noche, estamos en su camino.

—¿Como Eberhard? —Dithers y Ewan se miraron unidos en su desgracia.

—Sí. Exactamente como Eberhard.

—Me gustaba Eberhard.

—A mí también —Dithers levantó la vista y rezó en silencio por el Aufhocker, con la esperanza de que Eberhard no sufriera demasiado en el infierno.

Los jinetes superaron la colina, reuniéndose tres de ellos con Tiffany Thatcher en la bajada. Un fantasma grande y de aspecto siniestro se colocó a su lado. Tenía recogido el enmarañado pelo en un moño y sobre el hombro llevaba una gigantesca hacha manchada de sangre que ya había entrado en acción aquella noche. Tras él arrastraba a dos almas cuyos atormentados aullidos apenas se podían escuchar a causa del ruido de los cascos. Tiffany pudo ver sus pecados. El diminuto ser mágico estaba cubierto por una capa de suciedad de varios centímetros de espesor, sus manos estaban manchadas con enormes cantidades de sangre y la chica, aunque no había cometido ningún asesinato, tampoco era una santa. Eran unas muertes perfectamente aprovechables. Con eso había pagado la deuda.

Pero el tiempo se estaba acabando. Tiffany gritó y se llevó el cuerno de caza a los labios. El sonido de la llamada era como un estridente gorjeo. Los jinetes, sin perder el paso, se abrieron en abanico. Sólo dos perros de caza se quedaron acompañándola, sus ojos brillaban tanto que se podía ver la silueta de sus enormes cráneos.

Y fue entonces cuando Tiffany olió a su presa.

No huía. Más bien, se dirigía directamente hacia ella. *Y no iba sola. No, había algo más... familiar. Un segundo premio. Un bono para redondear su venganza.* Si la parte de su cerebro capaz de sentir satisfacción no se hubiera destruido hacía mucho tiempo podría incluso haberse sentido eufórica. Tiffany se agarró con fuerza a los cuernos curvados de la cabra que montaba, apretó con las piernas sus costados y la envió sin piedad a galopar en la noche, dejando un rastro de cenizas revoloteando a su paso.

El miedo no era una sensación a la que Nibbling Nils estuviera precisamente acostumbrado. Aunque estaba bastante familiarizado con su sabor y el cosquilleo que producía en el fondo de la garganta mientras saboreaba los pensamientos y los sueños de sus víctimas, era algo que nunca había experimentado por sí mismo. Enfado. Amargura. Asco. Esas eran las

emociones a las que Nils estaba acostumbrado, pero nunca el miedo. Así que hubiera sido comprensible que estuviera enojado corriendo a cuatro patas por los senderos de grava del bosque, saltando por encima de las rocas para ganar los preciosos segundos que le alejaran de las tres sombras que galopaban tras él hediendo a azufre. Pero el miedo le cogió por sorpresa.

Nils poblaba las pesadillas de los demás habitantes del valle, era un maestro en el arte de meter miedo y no un conejo al que persiguen los perros campo a través. No era así como los Bubers encontraban su fin. Y, sin embargo, tenía tras él a una jauría de babeantes perros infernales con las fauces abiertas, que iban dejando una estela de humeantes cráteres bajo sus pisadas. Nils se dio cuenta de que los perros, siguiendo las órdenes de los tres jinetes, le iban llevando hacia algún lugar y, por primera vez en su vida, tuvo miedo.

No importaba lo mucho que corriera, siempre se mantenían a la misma distancia. No importaba lo abrupto del terreno, se abrían camino igual. No importaba lo que él hiciera, acabarían alcanzándole, o al menos eso parecía. Pero Nils guardaba un último as en la manga, una última oportunidad de salvar su vida. Estaba acorralado, se le estaba acabando el terreno, se dirigía directamente hacia la pared del acantilado. Nils confiaba en que, por muy rápido que pudiesen galopar, probablemente no serían unos escaladores demasiado buenos.

Y él sí que lo era.

El camino era horrible, plagado de troncos caídos, piedras y arbustos, pero Nibbling Nils atravesó los espinos y los cardos, pasó junto al estanque y el nogal y tan sólo le quedaban unos pasos para llegar a la pared del acantilado de piedra caliza. Sin siquiera echar un vistazo hacia atrás para medir la distancia que le separaba de los jinetes, se lanzó sobre la pared vertical, buscó asideros para las manos y empezó a escalar. Tardó sólo unos segundos en subir los veintitantos metros y, en un último esfuerzo, se lanzó hacia arriba describiendo un arco por encima del borde del precipicio para caer sobre sus pies.

Pero para su sorpresa y la inmediata alarma, descubrió que no estaba solo. Se las había arreglado para aterrizar, casi perfectamente, junto a Dragana. La ninfa tenía los ojos llenos de lágrimas. Los dos se asomaron por el borde.

Debajo de ellos, los jinetes y los perros miraban hacia arriba, esperando pacientemente. Nils les hizo una peineta con el dedo medio y, con una sonrisa torcida, se dirigió a Dragana.

—¿Qué coño te pasa?

La ninfa miró por encima del hombro y señaló con la cabeza el bosque a sus espaldas. No estaban solos. Otros tres jinetes descansaban montados relajadamente sobre sus inquietos corceles de medianoche. Sólo el viento agitaba las crines de las cabras. De repente, obedeciendo a una señal, los jinetes se lanzaron al ataque con las espadas en alto, emitiendo un rugido infernal por sus cadavéricas mandíbulas podridas.

La expresión de la cara de Nils cambió.

—Demonios —murmuró. Miró de nuevo por encima del borde del acantilado y comprobó que los jinetes de abajo no se habían movido. Dragana tomó la mano de Nils y se secó las lágrimas con la mano libre.

A regañadientes, Nils dejó que la cogiera dedicándole un conato de sonrisa a la ninfa.

—Bueno. Supongo que esto es todo.

La palabra salió lentamente de los labios de Dithers, como el aire que se escapa de un globo.

—Mierda.

El jinete que avanzaba hacia ellos, sin aminorar el paso, partió un árbol con su hacha con la misma facilidad con que cortaría un trozo de carne. La llama lamió el tronco, esparciendo sobre el suelo una lluvia de brasas humeantes. Sólo quedaba tiempo para dejarse llevar por los instintos. Con un movimiento, Dithers volvió a subir a Ewan a sus espaldas y se tiró hacia abajo desde la rama en la que se habían ocultado. Durante la caída iba agarrándose a las ramas para frenar un poco su descenso, aún así, el golpe que se dieron contra el suelo fue tan fuerte que dejó a Ewan sin respiración.

Una vez abajo, Dithers se echó a correr. Casi enseguida tuvo a los jinetes encima, pero se elevó en el aire con un salto de casi siete metros, volando de nuevo de rama en rama, fuera del alcance de los jinetes, corriendo a su misma velocidad e incluso ganando terreno en ocasiones.

Jadeante, Ewan se agarraba con todas sus fuerzas, tratando de recuperarse

del duro aterrizaje. Le dolía el estómago, pero cuando, finalmente, logró que los pulmones empezasen a funcionar de nuevo, el dolor remitió y el aire volvió de golpe. Miró a su alrededor, solo podía ver una borrosa imagen del follaje y algún destello de fuego.

—Dithers —se atrevió a preguntar—. ¿Qué está pasando?

—La Caza Salvaje —contestó Dithers.

—Pensé que habías dicho que no venían a por nosotros.

Dithers se quedó callado durante un instante.

—Me equivoqué —se limitó a contestar finalmente.

Ewan apretó aún más su abrazo, era lo único que se le ocurría en ese momento.

¡ZAS! La negra flecha golpeó a Dithers en el pecho con la fuerza de un puño cerrado. Era de tres centímetros de grosor, tallada en negra madera infernal, con la punta reforzada con pesadillas forjadas. Dithers se dobló en el aire, echándose hacia atrás, tratando desesperadamente de aferrarse a una rama para recuperar el impulso. Ewan perdió el equilibrio y cayó al suelo mientras Dithers se estrellaba contra el tronco de un árbol y quedaba colgado, doblado por la mitad sobre una gran rama. Ewan se levantó y corrió hacia la espesa maleza. Se zambulló de cabeza en un zarzal para ocultarse mientras Dithers se recuperaba.

Al levantar la vista, vio a Dithers colgando del árbol y con una flecha atravesando de lado a lado su caja torácica, la punta, que asomaba por un orificio en la espalda, ardía con una llama azul verdosa. Dithers se movió ligeramente. Ewan cerró los ojos con fuerza, apretó los puños y empezó a mecerse suavemente hacia adelante y hacia atrás, sin saber qué hacer.

—¿Qué es ese sonido? —gritó Mallaidh.

Knocks temblaba, se había quedado paralizado, el miedo le impedía moverse.

—Yo... No sé.

Lo que al principio les había parecido un trueno lejano se había convertido en un estruendo ensordecedor. Estaba claro que, aunque no podían verlo, algo corría por el bosque arrasándolo todo a su paso y montando un terrible alboroto. La tierra temblaba como un timbal; al otro lado de los árboles, el

mundo se estaba desintegrando.

Del bosque surgió una figura siniestra, tenía la piel cubierta de manchas de verdín, chorreaba agua y enseñaba los dientes amenazadoramente.

—¡Mamá! —gritó Knocks al reconocerla.

La mujer le abrazó.

Laila, la náyade, miró al niño que tenía entre sus brazos.

—Hijo, estoy tan feliz de verte.

Knocks la miró preocupado.

—Mamá, ¿qué estás haciendo aquí?

—Hijo, es la Caza Salvaje. Esto es muy peligroso. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

Knocks tartamudeó por un instante. Sabía que no debía estar fuera a estas horas. Es más, sabía que no debía ni acercarse a una cacería. Se había metido en un lío. Un gran lío.

—Mamá, yo...

—Estaba conmigo —le interrumpió Mallaidh, desplegando todo el abanico de sus encantos para echarle una mano a Knocks—. Yo quería asistir a la cacería.

Laila miró de reojo a la acompañante de su hijo adoptivo.

—Causas los mismos problemas que tu madre, ¿lo sabías? Mi hijo podía haber muerto por tu culpa.

Mallaidh meneó la cabeza.

—No. Justo estábamos...

—Tú justo te estás marchando ahora mismo —la interrumpió Laila—. No vas a seducir a mi hijo con tus malas artes, fresca. ¡Fuera de mi vista!

Laila acariciaba la calva y llena de bultos cabeza de Knocks con una mano, mientras señalaba airadamente en dirección opuesta con la otra.

Humillada, con la expresión amarga en el rostro, Mallaidh no sabía qué hacer. Los truenos resonaban en sus oídos, ya ni siquiera era capaz de decir de dónde provenían. No se daba cuenta de que había un jinete galopando directamente hacia ella. Laila miró con los ojos abiertos de par en par la figura ecuestre que había detrás de la niña, se puso en pie, apretó fuertemente a su hijo entre los brazos y echó a correr tan rápido como podía. Por encima del hombro de su madre, Knocks estiró el brazo, tratando de agarrar a

Mallaidh, que ya estaba fuera de su alcance, y gritó a todo pulmón:

—¡Mallaidh!

Solo entonces Mallaidh se dio la vuelta y descubrió al jinete que estaba a punto de llevársela por delante. Trató de gritar, pero de su delicada boquita sólo se escapó un pequeño y asustado hipido. Se había quedado petrificada, completamente agarrotada por el miedo. Alguien se lanzó sobre ella, derribándola al suelo y apartándola por escasos centímetros de los cascos. La niña levantó la vista para ver cómo la tierra explotaba a su alrededor y para encontrarse con los dulces ojos del niño que acababa de salvarle la vida.

Knocks observó impotente cómo Ewan se abalanzaba desde un zarzal cercano sobre Mallaidh para salvarla. El humano había ocupado el lugar que tenía que haber sido suyo. A pesar del miedo que le dominaba, sintió que el odio que tenía a Ewan se hacía aún más fuerte.

Detrás, en el bosque, Ewan y Mallaidh seguían aferrados el uno al otro con todas sus fuerzas mientras escuchaban el sonido de los cascos que se acercaba cada vez más. Al aproximarse, el jinete cambió a trote lento, su cabra protestó ruidosamente, quejándose de que las riendas la impedían acercarse lo suficiente como para pisotear a las criaturas en el suelo. Iba flanqueada por dos espantosos perros parecidos a dos montañas de músculos que babeaban y gruñían, tenían los colmillos afilados como cuchillas y el pelaje hirsuto estaba manchado de sangre y bilis.

Los niños levantaron la vista hacia la montura y su jinete, las fosas nasales de la bestia llenaban el aire de asfixiante hedor a azufre. El jinete se inclinó hacia adelante, su rostro emergió de las sombras hacia la tenue luz. Pálida, enfermiza, pudriéndose desde dentro hacia fuera, Tiffany Thatcher no se parecía en nada a como era la última vez que se vieron. Afortunadamente, Ewan no tenía ni idea de que estaba contemplando a su propia madre.

A Tiffany le costaba encontrar las palabras. Podía sentir cómo latían los minutos, el tiempo en la tierra tocaba a su fin. Tenía una deuda que cobrar, y no era esta. Sus ojos se oscurecieron y señaló con el dedo a Mallaidh.

—¡Ella será la causa de tu muerte! —gritó a Ewan—. ¡Ella y los de su especie te matarán para salvarse! ¡Lo he visto!

Ewan la miró temblando y meneó la cabeza.

—¡Vete!

Su madre lo contemplaba desde arriba, sintiendo sólo una leve punzada del dolor maternal. Luego asintió.

—Vas a morir por culpa de ella —gruñó con amargura y tiró de las riendas, dirigiendo a su montura hacia el bosque. Lanzó un agudo silbido que hizo salir disparados tras ella a sus dos perros. Mallaidh y Ewan vieron cómo los monstruos se adentraban en el bosque siguiendo a su ama, dejándolos solos.

—Me salvaste —susurró Mallaidh al oído del muchacho.

Ewan la soltó y se puso en pie, sacudiéndose la tierra nerviosamente.

—No, yo... Lo siento... Me refiero... yo... estaba al otro lado de los arbustos.

En el momento no se había dado cuenta de lo fuerte que la había abrazado o, más importante aún, de la fuerza con que lo abrazaba Mallaidh. De la forma más elegante posible, la niña también se puso en pie, tomó a Ewan de la mano y lo besó suavemente en la mejilla.

—Mi héroe —dijo en voz baja. Luego miró su manita dentro de la de Ewan y, en un susurró, le suplicó—, no te vayas. No me dejes nunca.

—No lo haré —contestó el muchacho.

—Lo sé.

En un pequeño claro del bosque Tiffany encontró por fin lo que estaba buscando. Frenó a su bestia haciéndola derrapar, los perros saltaron por encima de los setos flanqueando a su presa y cortándole las vías de escape.

Habían pasado casi siete años, pero Knocks reconoció inmediatamente al demonio sobre la montura. Nunca pudo olvidar el rostro de su primera madre adoptiva. Estaba seguro de que había muerto. Vio cómo colocaba la soga alrededor del cuello, disfrutó viéndola balancearse tras derribar la silla bajo sus pies. A juzgar por la mirada de Tiffany, ella tampoco había olvidado el tiempo que pasaron juntos.

—Knocks —susurró Laila al oído de su hijo—, te voy a dejar en el suelo y quiero que corras tan rápido como puedas. ¿Vas a hacerlo por mamá?

—No, mamá —contestó el niño con un gemido—. No puedo.

—Sí. Sí que puedes. Y lo harás —dijo severamente—. Mamá tiene cosas que hacer.

Lentamente, dejó a Knocks en el suelo y le dio un empujón. Pero el muchacho sólo pudo dar unos pasos antes de que los dos perros infernales soltaran un grave gruñido que lo detuvo en seco. Él no iba a ninguna parte. Laila avanzó unos pasos, situándose directamente entre Tiffany y Knocks.

Tiffany Thatcher, sentada sobre su inquieto animal, miraba con ojos acerados a Laila. Desnuda, chorreando la sucia agua del lago, Laila no quería que su desnudez o estatura se convirtieran en una desventaja. Se mantenía firme, dispuesta a no ceder ni un centímetro de su terreno.

La cabra de Tiffany avanzaba y retrocedía, sus poderosos músculos estaban impacientes por atacar y acabar con la criatura que tenía delante. Volvió a balar con impaciencia. Pero Tiffany Thatcher la detuvo. Miró a Laila con su mirada fría e implacable, luego abrió la boca y dejó escapar una aguda queja de dolor en alguna lengua que sólo se utiliza en las partes más oscuras y profundas del infierno. La queja se transformó en palabras que salieron en un gorjeo mortal, su extraño sonido recordaba a la grabación de un coro reproducida hacia atrás.

—No tenías que habértelo llevado, él no era tuyo.

Laila miró a su alrededor, un poco confundida.

—Para empezar tampoco era tuyo —contestó.

—¡No! —gritó Tiffany. Su furia se expresó en forma de un viento ardiente que chamuscó los árboles y levantó una nube de polvo—. No. Podías. Llévartelo. Él. No era. Tuyo.

La cabra estaba a punto de perder el control. Con un tirón de las riendas y una mano firme sobre sus cuernos, Tiffany clavó las afiladas espuelas en los costados de la bestia, logrando mantenerse en la silla.

—Él era mío —dijo entre dientes.

—Yo no cogí a tu hijo. Sólo tomé lo que quedaba para el lago. Tu lucha *no* es conmigo. *Ni* con mi hijo.

—¡Te lo llevaste! ¡Lo cogiste y lo ahogaste! ¡Y te guardaste su alma! ¡Él era mío!

—Tu hijo no está muerto. Es... —Laila se quedó en silencio, su corazón se contrajo. Tiffany Thatcher no había traspasado el velo del Infierno y montado a través del tiempo para matar al niño impostor que la había empujado al suicidio. En absoluto se trataba de eso. Se trataba de Laila y del hombre que

se había ahogado entre las olas del lago Ladybird hace una media docena de años más o menos. Hasta ese momento, Laila estaba dispuesta a morir, tenía algo por qué morir, *algo* que realmente significaba *algo*. Pero ahora no se trataba de un sacrificio, era pura venganza. Laila no iba a morir por su hijo, iba a morir por sus propios pecados. Por su naturaleza. Y eso no es un motivo suficientemente bueno para morir.

—Yo lo amaba. Lo amo todavía —dijo Tiffany recordando a su esposo.

Luego soltó a su bestia infernal, que se lanzó al galope contra la náyade que permanecía de pie con los ojos clavados en los de Tiffany.

Lo único que le quedaba a Laila por hacer en este mundo era ofrecer una última lección a su hijo. Se dio la vuelta para mirar a Knocks —que lloraba escondido detrás de ella y le dijo moviendo sólo los labios:

—Te quiero —y se volvió para encarar la humeante negrura de su propia muerte.

La enorme cabra infernal la arrolló como una figura de cartón, arrancando los miembros con sus cascos al pasar. Knocks se levantó de un salto, gritando a todo pulmón:

—¡Mamá!

Se quedó petrificado, con el brazo extendido, como si fuera capaz de detener el tiempo. Pero la cabra seguía embistiendo llevándose trozos de carne del cuerpo de Laila enredadas en su largo pelo negro.

Tiffany encabritó su montura, pasando a escasos centímetros de Knocks, luego se dio la vuelta y trotó hacia el muchacho. Se detuvo, mirando de frente al chico, mientras sujetaba con firmeza el cuello del alma agonizante de Laila.

El labio de Tiffany se alzó dejando ver los dientes desgastados y rotos en los intentos de abrirse royendo una salida del infierno. Sus ojos se volvieron totalmente negros y el poco color que quedaba en su piel desapareció por completo. Levantó el brazo para señalar con el torcido dedo la abominación que tenía ante sí.

—Ese no es mi bebé —aulló al viento—. ¡Ese *no* es mi bebé!

Tiffany espoleó su montura haciéndola avanzar unos pasos más, cerniéndose el musculoso cuerpo de su cabra sobre el impostor. Pero en el momento en que su herradura tocó la tierra, la pezuña se convirtió en ceniza,

desintegrándose como la brasa de un cigarrillo encendido. La inmolación se propagó por la pierna hasta el torso y, en una fracción de segundo, tanto la cabra como su jinete estallaron en una nube de cenizas. Su hora había pasado.

Las cenizas y las brasas cayeron lentamente al suelo, los restos de Tiffany Thatcher cubrieron a Knocks con una fina capa de color gris y negro. Sin saber qué hacer ni qué era lo que acababa de suceder, el niño se acercó con andares vacilantes al lugar donde había visto a su madre por última vez, pero ya no quedaba nada, la Caza Salvaje se había llevado hasta el último pedacito.

Cogidos de la mano, Mallaidh y Ewan salieron del bosque, tenían algunos arañazos y magulladuras pero ninguna herida seria. Knocks los miró lleno de ira. De repente, Mallaidh soltó a Ewan y corrió hacia Knocks. Puso una mano sobre su hombro para consolarlo, pero él la apartó de golpe. Luego miró a Ewan.

—Tú. ¡Tú lo hiciste! ¡Ha sido culpa tuya!

Ewan no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Mientras Knocks conservaba en su memoria cada detalle de los acontecimientos ocurridos hace más de siete años, Ewan no tenía ni idea de quién era la amazona, qué le quiso decir o por qué había matado a la madre de Knocks. Pero Knocks sí lo sabía perfectamente y odiaba a Ewan por ello.

—¡Nanay! —se defendió Ewan—. No es *mi* culpa.

—¡Te odio! —gritó Knocks, con las mejillas empapadas en lágrimas.

Mallaidh volvió a intentar consolarlo.

—Knocks, Ewan no tuvo nada que ver con esto.

—¡Sí que tuvo! —gritó Knocks—. ¡Sí que tuvo! ¡Sí que tuvo! ¡Sí que tuvo! —luego, mirando directamente a Ewan, espetó— ¡Te odio! —y, con la voz fría y desapasionada, añadió— *Te veré muerto* —y, tieso como una tabla, se adentró corriendo en el bosque. Por unos instantes, sus sollozos ahogados fueron el único recuerdo de su presencia, pero pronto se desvanecieron también.

Dithers se despertó sintiendo un agudo dolor en el pecho. Reinaba una tranquilidad fantasmal. Intentó aclararse las ideas, preguntándose cómo había dado con sus huesos en aquella rama a punto de partirse. De repente los

recuerdos volvieron con un aullido: ¡LA CAZA SALVAJE!

Miró al suelo buscando desesperadamente a su joven pupilo. Si regresaba a la corte sin Ewan, le arrancarían la piel a tiras. Sólo tenía que hacer una cosa, su única obligación consistía en proteger a ese muchacho. Pero ahora lo había perdido, lo había entregado a una partida de criaturas infernales que, sin duda alguna, se lo habían llevado con ellos hasta los mismísimos abismos del infierno.

Olfateó el aire. El hedor a azufre ya no estaba. Tampoco las nubes que habían estado ocultando la luna, todo el valle se bañaba ahora en su luz azulada. Aparte de los árboles derribados y de las huellas humeantes, quedaban pocos vestigios de que por allí había pasado una cacería. La flecha que había atravesado su pecho había desaparecido, la punta ardiente cauterizó la herida dejando sólo una dolorosa quemadura. El valle estaba vacío, tranquilo, abandonado incluso por los muertos.

Dithers bajó del árbol. Levantó la mirada, contuvo la respiración y esperó.
Me van a matar.

Ewan surgió de los arbustos de repente, rápido como un tiro. Dithers abrió los brazos de par en par, dibujándose en su cara una enorme sonrisa estúpida.

—No vuelvas a salir corriendo de esa manera —reprendió al muchacho haciéndolo girar en el aire.

—Pero tuve que hacerlo. Tú me soltaste.

Dithers se detuvo durante un instante, tratando de recordar lo sucedido. No había soltado al muchacho, que permanecía colgado a unos centímetros del suelo.

—Yo, ¿de veras? —preguntó, mientras los recuerdos volvían a ubicarse en su sitio—. Lo siento. No volveré a hacerlo. ¿Hacia dónde corriste?

Mallaidh surgió del bosque a sus espaldas.

—Fui con ella —señaló Ewan.

Ahora Dithers sonreía tímidamente.

—Ya veo. Había que salvar a la chica bonita, ¿verdad?

Avergonzado, Ewan apartó la mirada.

—Nooooo.

—Sí que lo hizo —intervino Mallaidh—. Me ha salvado muy bien.

Ewan se encogió de hombros, no encontraba palabras.

La sonrisa de Dithers se desvaneció lentamente.

—¿Y los otros? —preguntó—. ¿Se salvó alguien más?

—Náyade Knocks —respondió Ewan—, no vi a nadie más.

Dithers dejó a Ewan en el suelo y soltó un silbido.

—¿HAY ALGUIEN? —gritó en la noche—. ¿ALGUIEN?

Durante unos instantes nadie le respondió, hasta que...

—¡Mierda! —de la oscuridad surgió la forma brumosa de Bill la Sombra—. Eso fue una pesadilla —miró a Dithers de arriba abajo y se quitó el sombrero—. Se te ve bastante magullado, viejo amigo. ¿Cómo lo llevas?

—Me pondré bien —murmuró Dithers—. Duele como si me clavasen mil agujas a la vez, pero sobreviviré. ¿Has visto lo que ha pasado con los demás?

Bill asintió con tristeza, se quitó el sombrero y lo apretó contra el pecho.

—Dragana y Nils.

Dithers tragó saliva y sacudió la cabeza, mientras unas lágrimas asomaban a sus ojos vidriosos.

—Eran buenos amigos.

—Lo mejor que se podía encontrar en el Reino de Piedra Caliza —coincidió Bill.

—Bueno —dijo Dithers—, creo que deberíamos recoger a Náyade Knocks y regresar a la corte.

—¡Bah! —exclamó Bill—. Que ese espeluznante mierdecilla vuelva con su preciosa *mamá* al lago. Que se ocupe *ella*.

Mallaidh dijo con tristeza.

—Han matado a su madre. Lo hizo la señora que montaba la cabra.

—¿Lo has visto? —preguntó Dithers.

Los niños asintieron lentamente. Entonces, Dithers miró a Bill.

—¿Qué es lo que querían? ¿Habéis escuchado algo?

Bill meneó la cabeza, pero Mallaidh asintió con entusiasmo. Ewan la miró como intentando detenerla, pero ya era demasiado tarde. Mallaidh habló, su voz sonaba un poco rota, tratando de encontrar sentido a las palabras que salían de su boca.

—Dijo que yo iba a matar a Ewan —Bill y Dithers intercambiaron miradas de confusión—. Ella dijo que me vio matar a Ewan.

Bill sacudió la cabeza y escupió en el suelo.

—Diablos. Ahora tendremos que hablar con Meinrad.

—Vamos a tener que hablar con él de todos modos —dijo Dithers.

—Sí, pero ahora todo se ha complicado —Bill señaló con un gesto a Ewan—. Puede tratarse de él.

—No sabemos de *qué* se trata.

—No —contestó la Sombra con el rostro oculto por el ala de su sombrero

—. Pero se me ocurre alguna respuesta.

Dithers miró desconsolado a los niños y luego de nuevo a Bill.

—Vamos a llevarlos a casa.

Cuando llegaron al campamento estaba a punto de amanecer, el sol se preparaba para salir y arrancar del cielo nocturno las estrellas una a una, su gloriosa corona rosada estaba asomando ya por el horizonte, el húmedo rocío de la mañana lo empapaba todo, como si hubiera estado lloviendo toda la noche. Ewan sólo quería beber un cuenco de leche y caer rendido en su lecho. Pero a Dithers le esperaba un día muy largo. Acompañó a Ewan hasta su cueva, una pequeña cavidad excavada en la pared rocosa al abrigo de un gran almez. En el suelo de piedra de la madriguera había un montón de paja que hacía las veces de colchón. Junto a él, un cuenco con leche, que los duendecillos habían dejado por la noche.

Dithers señaló su improvisado lecho.

—Tómate tu desayuno y vete a dormir.

—De acuerdo —Ewan se puso de rodillas junto al montón de paja, cogió el pesado cuenco de piedra con las dos manos y se bebió la leche procurando no derramar nada. Le tenían prohibido desperdiciar siquiera una gota. Después de beberse toda la leche, relamió el cuenco hasta dejarlo limpio, lo puso en el suelo y se derrumbó sobre el montón de paja, tapándose hasta la barbilla con un trozo de estera marrón que utilizaba de manta.

—¿Dithers?

—¿Sí?

—¿Hicimos algo malo esta noche?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Bueno, el infierno se presentó para castigarnos por las cosas malas que les estábamos haciendo a esa gente.

—No, no, no —dijo Dithers, agitando los brazos frenéticamente, como para alejar esa idea por completo—. El infierno se abrió por una razón muy diferente.

—¿Por qué razón?

—No lo sé. Eso es lo que vamos a averiguar.

—¿No estaban enfadados porque maté a ese tipo?

—Ah. Así que de eso se trata —Dithers se puso sobre una rodilla y colocó las manos sobre los hombros de Ewan—. Lo que tú hiciste no tenía nada de malo, Ewan. Ese chico estaba sufriendo.

—Pero lo maté como a un conejo.

—Sí, pero ya se estaba muriendo. Sólo lo mataste para evitar que sufriera más.

—Pero eso significa que Dragana lo mató.

—Bueno, sí. Lo hizo. Eso es lo único que sabe hacer... —Dithers miró hacia otro lado con una expresión triste en la cara—, sabía, quiero decir.

—Pero ¿por qué mata a los humanos? ¿No es eso malo?

—No —contestó Dithers, sacudiendo la cabeza—. Los humanos no son más que comida.

Ewan se recostó apoyándose en los codos, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Los humanos son comida? ¡Pero yo soy humano!

—No, Ewan. Eres una... persona especial. No eres como ellos.

—¿Por qué no?

—Porque fuiste elegido para ser un ser mágico, como yo. ¿Bebes leche mágica?

Ewan miró el cuenco como si fuera algo obvio.

—Sí.

—¿Y juegas con otros niños mágicos?

—Sí.

—Entonces, en tu mayor parte ya eres mágico. Y un día, muy pronto, tu transformación será completa y lo celebraremos una noche de luna llena y serás un miembro del reino para siempre.

—¿Voy a tener que matar a los humanos?

Dithers se rio.

—No. Serás un ser mágico especial.

—¿Qué es eso?

—Uno con un destino muy importante —sonrió, señalando con el dedo al niño—. Cada ser mágico tiene una misión, una razón de ser. Todos servimos a un propósito. Algunos son gobernantes, como el Rey de Piedra Caliza, otros son cazadores, como los gorros rojos o las náyades, algunos seres mágicos bailan, otros, como yo, componen músicas maravillosas para sus amigos. Cada uno de nosotros tiene algo que aportar, algo que estamos llamados a hacer. Y a veces eso implica matar.

—¿Pero eso no está mal?

—No, lo que está mal es *matarnos entre nosotros*. Pero cada ser mágico tiene su propia manera especial de alimentarse y, a veces, eso implica tener que quitarles la vida a los humanos.

Ewan miró a Dithers con escepticismo.

—Dime una cosa, Ewan. ¿Te sentirías mal por cazar un conejo para la cena?

—No —dijo, mirando con aire de culpabilidad su regazo.

—¿Por qué no?

—Iba a ser cena.

—Bueno, pues para algunos seres mágicos los humanos son eso. Cena.

Ewan lo miró con lágrimas en los ojos.

—Pero no me van a comer a mí, ¿verdad?

Dithers se rio de nuevo.

—Nanay. No permitiré que lo hagan. Ese es mi trabajo. Meinrad me lo encomendó hace casi siete años y no lo voy a defraudar.

—¿Ese es tu trabajo? ¿Cuidar de mí?

—Por supuesto. Y soy bueno haciéndolo, ¿no te parece?

Ewan sonrió, asintiendo con la cabeza mientras se secaba los ojos con la manga.

—Mucho.

—Pues dame un abrazo —Ewan envolvió con sus brazos el cuello del Bendith, Dithers también lo abrazó con fuerza—. Ahora duerme un poco.

Dithers se puso en pie y salió al exterior. Miró al sol que asomaba por encima de las colinas.

—Meinrad quiere hablarte —dijo una voz familiar por encima de su hombro. Dithers se volvió. *El Coyote*. Los tristes ojos del viejo tramposo le miraban fijamente, con hosquedad. Dithers sintió un vacío en el estómago; sólo había una cosa peor que el Coyote te sonriera: que no te sonriera.

—Mierda.

—Yo no me preocuparía demasiado —dijo el Coyote—, todo irá bien. Siempre y cuando le advirtieras a alguien de que ibas a llevar al *Niño Tributo* a cazar.

Aunque parecía imposible, la expresión de Dithers se volvió aún más preocupada. Bendith ocultó su cara entre las manos.

Coyote sonrió.

—Como he dicho, yo no me preocuparía. Yo lo sabía.

Dithers lo miró.

—¿Cómo es posible...?

El Coyote señaló con un movimiento de la cabeza la cueva de Dithers.

—Ayer me encontré con el chico. Y nadie puede ocultarme nada si yo no quiero que lo haga —el Coyote dio una palmada en el carnosos hombro de Dithers—. Vamos. Te sacaremos de esta.

Salieron juntos del campamento, dirigiéndose hacia el bosque.

—Entonces, ¿qué crees que estaban tratando de decirnos? —preguntó Dithers—. ¿Crees que era algo relacionado con el Niño Tributo?

Coyote sonrió.

—Por tu bien, amigo mío, esperemos que no.

Capítulo 17

El tributo al Diablo

Un fragmento del libro del Dr. Thaddeus Ray, Ph.D., *Crónica de los Habitantes de los Sueños*

Pocas cosas hay en este mundo más abyectas que la tradición del Tributo al Diablo. La verdad es que entre las costumbres de los seres mágicos existen actos más violentos y repugnantes que este, pero ninguno es tan premeditado y fríamente pensado y ejecutado como el Tributo al Diablo.

Si bien se cuentan muchas historias sobre su origen, la mayoría coinciden en que, en algún momento anterior a la Era Cristiana, los seres mágicos hicieron un trato con el diablo. Los cuentos populares nos dicen que las vidas de los seres mágicos eran muy cortas, la mayoría no llegaba ni a la adolescencia. No dejaban tras de sí ni obras de arte, ni de literatura, ni ninguna otra señal tangible de su paso por la vida. Generación tras generación, los seres mágicos nacían, vivían y morían, sin que el mundo apenas se percatara de su presencia. Los seres mágicos buscaron maneras de alargar sus vidas, pero no tuvieron éxito hasta que el propio diablo les ofreció un trato.

Si cada siete años, a la hora más oscura de la noche más oscura del año, le ofrecían en sacrificio a uno de ellos, les concedería una vida tan larga que haría parecer breve incluso la de los seres humanos. Serían prácticamente inmortales, sobreviviendo a generaciones enteras de humanos. A ese sacrificio se le llamó el Tributo.

Los seres mágicos aceptaron el trato. Cada siete años echaban a suertes a quién le correspondía ser sacrificado y los desafortunados solían aceptar resignadamente su destino. Pero, al cabo del tiempo, cuando habían alcanzado ya la edad de cuarenta o cincuenta años, decidieron seleccionar a los seres mágicos más viejos para ser sacrificados por el bien de los demás. Sin embargo, si no conseguían llegar a un acuerdo para el día señalado, la elección la hacía el propio diablo, llevándose casi siempre al más puro de ellos.

Pero los años siguieron pasando y cuando los seres mágicos descubrieron que tenían una vida muy larga y que eran prácticamente inmortales, empezaron a sentir cada vez más apego a la vida. Se preguntaban por qué tenían que entregar sus vidas por un trato que firmaron hace mucho tiempo unos seres mágicos que ya no estaban entre ellos. Se cree que fueron los Tuatha De Danann quienes emplearon por primera vez la práctica del niño tributo, cosa que les produjo tal vergüenza que se marcharon más allá de las colinas que más tarde les prestarían su nombre: *Sidhe*. Lo que sí se sabe a ciencia cierta es que el primer Niño Tributo cambió el trato para siempre y que, sin que los descendientes de los firmantes del primer pacto lo supieran, el Diablo había incluido una cláusula que establecía que, si alguna vez le fuera ofrecido un ser no nacido de sangre mágica, los seres mágicos pasarían la eternidad fuera del tiempo, ajenos a su flujo. Así surgió el país de los seres mágicos, y con él, el tiempo mágico.

Aunque los múltiples cuentos difieren a la hora de describir algunos aspectos de la historia, lo que sí se conoce con certeza son las reglas y la forma en que se aplican actualmente. Los niños son secuestrados cuando todavía son bebés y, a menudo, reemplazados por impostores para ocultar el hecho. Su vida transcurre entre los seres mágicos, son criados con leche de hadas y comen los mismos alimentos que los demás seres mágicos. Con ello se consigue un doble propósito. El primero es que, con el tiempo, la magia empapa la esencia de los niños, lo que les permite, si así lo desean, convertirse en un ser mágico al alcanzar la edad apropiada, por lo general alrededor de nueve o diez años. El segundo es que la comida de los seres mágicos les impide abandonar el país sin el consentimiento del gobernante del mismo (por lo general un rey).

El ritual de la conversión del niño en un ser mágico se celebra, a menudo, la misma noche en que es entregado como tributo. Las razones de por qué se hace así no están claras y se dice que varían de una corte a otra. De todos modos, una vez que el niño se convierte en ser mágico, es sacrificado y su alma ofrecida al Diablo.

Dado que cada corte es responsable de su propio tributo, los seres mágicos tienden a juntarse geográficamente en grupos grandes, para limitar tanto su responsabilidad como las probabilidades de ser elegidos para el sacrificio si el tributo no sale según lo planeado. En este principio se basa cualquier órgano de gobierno de los seres mágicos y es la razón por la que muchos seres mágicos de diferentes naturalezas se dejan gobernar por una figura o consejo únicos. Los seres mágicos que van por libre son rápidamente apresados y arrastrados al infierno contra su voluntad.

Los niños que se crían para ser sacrificados raramente son conscientes de su papel en la comunidad y, a menudo, creen que van a vivir una larga vida entre los seres mágicos con los que se han criado. Sólo en los últimos momentos de su vida tienen una visión de la verdadera naturaleza e intenciones del reino de los seres mágicos en el que vivieron.

Capítulo 18

La llegada de Colby

Colby Stevens y su amigo Yashar llevaban caminando un montón de kilómetros antes de llegar al lugar en el que se encontraban ahora. Hacía varias semanas que habían dejado la ciudad. Y, aunque el camino resultaba en ocasiones tedioso, sin apenas nada interesante a la vista, la promesa de lo que tenían casi a su alcance hacía que la emoción de Colby aumentase con cada paso que daba. Yashar, fiel a su palabra, tenía provisiones inagotables de protector solar, refrescos y golosinas de todo tipo. Si no hubieran estado caminando todo el día aquello podría parecerse a unas vacaciones. Pero *tenían* que caminar.

Se encontraban ahora en un tramo abandonado de la carretera estatal — una definición bastante pomposa para unos retales de asfalto deteriorado, con las rayas blancas apenas visibles y una descontrolada vegetación a ambos lados entre la que se asomaban dos hileras de árboles. Parecía la perfecta descripción de hallarse en medio de ninguna parte de Texas, una región relativamente despoblada del mundo, llena de belleza, vida silvestre y con la total ausencia de signos reconocibles de civilización. El camino tenía suficiente tráfico como para estar limpio de ramas y escombros, pero no tanto como para ver pasar a más de uno o dos coches a la hora.

—Mamá dice que mi papá es un hada —soltó de repente Colby.

—¿Qué? —preguntó Yashar, al que la noticia había pillado por sorpresa.

—Mi mamá dice que papá es un hada. Por eso nunca la lleva con él en sus viajes de trabajo.

Yashar meneó la cabeza.

—No creo que quisiese decir precisamente eso —se rio el genio.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... —*suspiro*—. Probablemente se refería... a que revolotea a su alrededor. Como un hada.

—Oh —Colby se detuvo, digiriendo la nueva información—. ¿Así que los seres mágicos vuelan?

—Algunos lo hacen.

—¿No todos?

—No, las hadas y las quimeras vuelan todo el rato. Algunas criaturas nadan. Pero la mayoría anda por el suelo, como nosotros.

—Pero entonces, ¿por qué pensará mamá que papá vuela como un hada?

—Porque la gente lo ha olvidado casi todo sobre los seres mágicos. Piensan que son unas pequeñas y lindas criaturas, divertidas como *Campanilla*, y no se acuerdan de todas las cosas malas que pueden hacer, lo malvados que son algunos de ellos.

—¿Malvados? ¿Te refieres a que hacen cosas malas? Pero yo pensaba que íbamos a ver a las *hadas*. Las hadas no hacen cosas malas.

—Oh, me temo que pueden hacerlas y las hacen. Es lo que te estoy diciendo. No todos los seres mágicos son buenos, algunos te pueden hacer daño antes de que termines de pronunciar su nombre. Algunos te guiarán por mal camino en la noche, otros te tragarán entero y escupirán tus huesos. Son unos maestros del disfraz, ya sea camuflándose en el bosque o vistiéndose con harapos de mendigos. Es posible que hayas conocido a docenas de ellos en tu vida sin darte cuenta jamás. Mujeres hermosas, hombres apuestos, rudos moteros y perros callejeros: he visto cómo los seres mágicos adoptaban cualquier forma y tamaño para conseguir lo que querían.

—¿Así que son malos? —preguntó Colby, un poco asustado.

—No todos. Sólo los oscuros —Yashar se inclinó un poco, sin aminorar el paso—. *Oscuros* significa seres mágicos malos —luego sonrió—. Otros, por el contrario, sólo quieren hacer el bien en este mundo, llenarte de atenciones y regalarte comida o el amor o el trabajo duro. A veces son pequeñas criaturas agradables como la luz del día y los narcisos, llenos de buena voluntad y desean hacer que el mundo sea un poco más mágico de como lo encontraron. A esos los llamamos luminosos.

—¿Cómo sabes cuál es cuál?

—Lo acabas averiguando. Los seres mágicos son como las personas, cada uno tiene un trabajo, un propósito en la vida y, después de un tiempo, acabas sabiendo quién es quién. En unos lo ves enseguida. Otros son mucho más

disimulados.

—Oh. Y tú, ¿sabes diferenciarlos? —preguntó Colby.

Yashar le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Sí.

—¿Cómo?

—Tengo años de práctica.

—¿Me vas a enseñar a diferenciarlos?

—Lo haré —prometió Yashar.

—¿Cómo los encontraremos?

Yashar señaló a un lado de la carretera.

—¿Ves esos árboles y la maleza que los rodea?

Colby asintió.

—Bueno, si miras con atención, te darás cuenta de que de vez en cuando hay unos pequeños claros en el bosque en los que no crece absolutamente nada. Son senderos que están flanqueados a ambos lados por lirios y lilas, lupinos y girasoles. Comienzan y se interrumpen sin ton ni son, como si alguien surgiera de la nada para caminar por ellos y luego desapareciera de nuevo en la nada. Se llaman senderos de hadas y nos llevarán hasta los seres mágicos. Hay magia en ellos y cuando aprendas a leer lo mágico en el mundo, aprenderás a sentirlos y escucharlos, además de verlos. Un sendero de hadas es la primera señal que nos indica que están cerca, pequeños baches del espacio que hacen de puente entre nuestro mundo y el suyo.

—¿Viven en otro planeta?

—No. Viven en el nuestro. Pero viven en sitios que la gente normal no puede ver, en los recovecos de la mente, en los lugares en que a la mayoría de las personas no se les ocurriría mirar.

—Pero tú sabes dónde buscarlos, ¿no?

Yashar asintió.

—Y tú también.

—¿Yo? —preguntó Colby.

—Te di la vista para verlos y el instinto para saber dónde buscarlos. Muy pronto sabrás lo que quiero decir. Puedo oír el tintineo de ese camino.

Colby estalló como un grano de maíz en una sartén con aceite caliente.

—¿Ya queda poco?

—Poco —dijo Yashar.

—¿Vamos a ver a los seres mágicos?

—Así es.

—¿Cuánto nos queda?

—Muy poco.

—NopuedoesperarNopuedoesperarNopuedoesperar.

—Sí que puedes esperar.

—No puedo esperar.

—Vas a tener que hacerlo. Todavía debemos caminar un poco. Pero puedo sentirlos cerca.

—¿Cómo puedes sentirlos?

Yashar se detuvo y se volvió hacia Colby, reclinándose sobre una rodilla y colocando las manos en los hombros de Colby.

—Cálmate un segundo.

—Lo intentaré.

—Respira profundamente.

Colby tomó una cantidad exagerada de aire, exhalándolo después con fuerza.

—Ahora, repítelo.

Colby volvió a tomar el aire.

—¿Lo sientes ahora?

—¿Sentir qué? —preguntó Colby, un poco inseguro de lo que estaban buscando.

—Ese cosquilleo. A tu izquierda.

Colby puso cara de concentración, con la mente explorando cada músculo de la parte izquierda de su cuerpo. Luego meneó la cabeza.

—No.

—Se siente como un pequeño tirón, como si una cadenita estuviera tirando de una pequeña parte de ti en otra dirección.

Colby lo pensó con calma, mientras sus ojos se hacían cada vez más grandes.

—¡SÍ! Se siente como... como...

—Hay algo allí, detrás de los árboles, ¿verdad?

—¡SÍ!

—Eso es que tus sentidos nos están diciendo que estamos cerca de algo. Tu mente se ha abierto a un mundo que la mayoría de las personas no saben que existe. Pronto serás capaz de distinguir entre el cosquilleo *en general* y el cosquilleo de *algo concreto*.

—¿Cómo qué?

—Como la diferencia entre alguien a quien conoces y un desconocido.

—¿Y tú sabes qué es lo que estamos sintiendo en este momento? — preguntó Colby.

—Lo que estás sintiendo es un camino de hadas. Y si seguimos por este camino, nos encontraremos con algunos seres mágicos.

—¡Mola!

—Sí, y mucho.

Los dos reanudaron la marcha, Colby estaba exultante como un torbellino de cálido sol. Pronto se encontraron a tan solo unos pasos del camino de hadas, los dos se adentraron en la maleza siguiendo el tirón que los estaba guiando, pronto la carretera desapareció entre el espeso follaje a sus espaldas.

Sentían que el camino estaba vivo, que les estaba produciendo una especie de hormigueo eléctrico, que llegaba como las olas que rompen en la playa. Dulces aromas flotaban en el aire, la lavanda, mezclada con algodoncillo, hacía cosquillas en la nariz de Colby mientras se adentraba cada vez más entre los árboles. La línea de árboles se convirtió en un bosque, el oscuro follaje sobre sus cabezas atenuaba el inclemente sol, convirtiendo su luz en un brillo suave y cálido.

El camino seguía adentrándose en el bosque, sinuoso y errático, como si lo hubieran trazado unos duendecillos borrachos persiguiendo a un gato desorientado. Ondulaba a través de pequeñas grutas y praderas cubiertas de hierba alta y nudosos árboles. Colby avanzaba brincando, siempre por delante de Yashar, con los ojos clavados en el suelo a sus pies. Podría haberse cruzado con un elefante sin darse cuenta, pero no pasaría por alto un centavo cubierto de barro si estuviera en su camino.

No tenía ni idea de lo que le esperaba tras cada curva del camino —podría tratarse de un duende o una náyade, un Spriggan o un Sprite. Yashar le había hablado de todos y, aunque los cuentos suelen entrar por un oído y salir por el otro, algunos fragmentos permanecen, así que había un montón de cosas que

esperaba encontrar tras cada curva o árbol, pero lo último con lo que esperaba toparse era un niño de su misma edad. Pero eso fue exactamente lo que sucedió.

Fue a las dos de la tarde de un cálido y agradable martes —situado perfectamente en la mitad de la primavera— cuando Colby y Ewan se vieron por primera vez. No hubo ningún preámbulo de su encuentro, ninguna advertencia o alarma. Los dos chicos se encontraron al rodear un árbol, deteniéndose en seco con las miradas clavadas el uno en el otro.

—No puedes verme —afirmó Ewan.

—Sí que puedo —respondió Colby, perfectamente capaz de ver al niño que tenía justo en frente.

—No, no puedes. Soy invisible.

Colby meneó la cabeza.

—Para mí no lo eres.

—Sí que lo soy. Soy un ser mágico y tú sólo eres un niño. Se supone que no debes verme.

—Tú no eres un ser mágico —dijo Colby.

—Soy casi, casi un ser mágico? —afirmó Ewan—. Y eso es lo único que importa.

—¿Qué es *casi, casi* un ser mágico —preguntó Colby.

—Significa que todavía soy un poco muchacho.

—Bueno, yo soy un muchacho.

—Lo sé —dijo Ewan.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque Dithers me enseñó todas las clases de seres mágicos y tú no te pareces a ninguno de ellos. Pareces exactamente un niño.

—¿Qué es Dithers?

—Es el ser mágico que cuida de mí.

—¡Jo! ¿Tienes un ser mágico?

—Sí. Él me da de comer y me lleva a cazar y esas cosas.

—Yo tengo un genio —dijo Colby con orgullo.

—¿Qué es un genio? —preguntó Ewan.

—Ya sabes —dijo Colby—, los hombres humeantes que salen de las lámparas. Te conceden deseos.

Ewan meneó la cabeza, seguro de que le estaban tomando el pelo.

—¿Nunca has oído hablar de *Aladino*?

Ewan volvió a negar con la cabeza.

—No.

—¿Alí Baba y los cuarenta ladrones?

—No.

—¿No sabes nada?

—¡Sí! —se enfadó Ewan, apoyando las manos en las caderas—. ¡Sé un montón de cosas!

—¿Como qué?

—Como dónde viven los duendes y qué es un Buber y dónde encontrar a Bill la Sombra y por qué nunca se debe bailar con un hada cuando te lo pide.

—¿Pero nunca has visto a Aladino? —preguntó Colby.

—No.

—Bien, entonces no sabes nada.

Los dos estuvieron haciéndose muecas durante un rato.

—Soy Ewan —dijo por fin el muchacho.

Colby le extendió la mano.

—Me llamo Colby.

Ewan se le quedó mirando, desconfiando del brazo extendido.

—¿No sabes cómo dar la mano?

—No.

Colby dio una patada en el suelo con el pie, abriendo exageradamente los brazos.

—¡Bah! ¡Tú no sabes nada!

—¿Qué pasa aquí? —llegó la voz de Yashar desde atrás.

Colby se volvió para mirar a Yashar y meneó la cabeza.

—He encontrado a un niño que no sabe nada.

Yashar se acercaba por el sendero. Al principio no estaba seguro de qué hacer con Ewan. Delgado, sucio, bastante descuidado, el muchacho parecía ser totalmente salvaje. Pero cuando lo miró de cerca, pudo ver el titilante halo que desprendía, resplandeciente, brillante bajo la superficie. Este muchacho vivía entre las hadas y probablemente era un niño robado y adoptado por una madre enferma de amor. Por muy protectoras que fuesen con sus criaturas,

Yashar no veía ningún motivo por el que los dos muchachos no pudieran hablar, sobre todo teniendo en cuenta que el joven Ewan probablemente formaba parte del reino que estaban visitando.

—Su nombre es Ewan y nunca ha visto a *Aladino* —explicó Colby.

—¿Y cómo iba a hacerlo, viviendo aquí, en el país de las hadas?

—Bueno...

—Bueno, ¿qué? Estoy seguro de que hay un montón de cosas que este joven nos puede contar. ¿Verdad?

Ewan asintió.

—Creo que sí.

—Por ejemplo, estoy seguro de que nos podrá decir si Meinrad sigue siendo el Rey de la Corte de Piedra Caliza.

—¡Sí, lo sigue siendo! —exclamó Ewan con entusiasmo.

—Y estoy seguro de que también nos podrá decir lo lejos que estamos del centro del reino.

Ewan se dio la vuelta señalando con la mano.

—Por ese camino, pasadas tres colinas.

—¿Y quién es tu mamá?

—Yo no tengo una mamá —dijo Ewan—. Tengo un Bendith.

—¿Un Bendith Y Mamau? —preguntó Yashar, intrigado.

—Ajá. Se llama Dithers y lo quiero mucho.

—Estoy seguro de que sí —dijo Yashar, asintiendo con la cabeza—. ¿Y dónde está Dithers?

—Está en el campamento. Tiene que organizar un funeral por sus amigos.

—Oh, siento escuchar eso.

—Sí, él no me ha dicho nada, pero sus mejores amigos fueron asesinados ayer por la noche y creo que está triste. Parece muy preocupado.

La muerte de un ser mágico era un hecho poco habitual, la muerte de varios no podía ser un accidente.

—¿Cómo murieron? —preguntó Yashar.

—Los mataron los de la Caza Salvaje —contestó Ewan.

—¿Estás seguro?

Ewan asintió con tristeza.

—Sí, yo lo vi.

Yashar sólo se permitió mostrar una leve sorpresa.

—¿Viste la Caza Salvaje?

—Ajá.

—¿Qué es una Caza Salvaje? —preguntó Colby.

—¿Pero es que tú no sabes *nada*? —se burló Ewan.

—¡Por lo menos yo he visto a *Aladino*!

—Está bien, ya basta, vosotros dos —les interrumpió Yashar—. ¿Quién dirigía la partida de caza? ¿Lo sabes?

—Una mujer. No sé quién era.

—Bueno, ¿por qué no nos llevas ahora al campamento y nos presentas a tu Bendith?

—¡Vale! —entusiasmado Ewan corrió hacia el campamento.

—¡Vamos! —les apremió con un gesto.

Colby se volvió hacia Yashar.

—¿Qué es un Bendith?

—Un ladrón de niños.

—¿En serio?

—Sí —dijo Yashar.

—Así que, ¿robaron a ese niño y le convirtieron en un ser mágico?

—Sí, Colby. Ahora escúchame con mucha atención. ¿Recuerdas qué te dije acerca de la comida de las hadas?

Colby recitó las instrucciones con voz monótona, como si le hubieran obligado a repetirlo un centenar de veces.

—No comas ni bebas nada que un ser mágico te ofrezca, no importa lo rico que parezca, o si no, te quedarás con las hadas para siempre.

—Así es. Y no debes olvidar que te mueves en el tiempo mágico, las cosas no suceden como parece. El tiempo no se adhiere a los seres mágicos de la misma manera que lo hace contigo o conmigo, se les resbala y se desliza como un pato por el agua. A veces, el tiempo mágico es lento, un día aquí equivale a una semana en nuestro mundo. Sin embargo, una semana suya también podría durar nada más que un día de los nuestros. Es el enigma del embeleso. Recuérdalo. Ahora, corre para alcanzar a tu amigo. Estaré justo detrás de ti.

Colby sonrió, fingiendo que había entendido una sola palabra de lo que

acababa de escuchar y corrió tras Ewan.

—Sigo sin creer que puedas verme —dijo Ewan, decepcionado—. He estado trabajando muy duro para que no se me viera.

Colby asintió.

—Bueno, yo soy especial. Pedí un deseo.

—¿Un deseo para qué?

—El deseo de poder ver las cosas que no se ven normalmente, como las hadas, los ángeles y esas cosas.

—¡Eso no es justo! —se enfadó Ewan.

—¿Qué quieres decir con que eso no es justo? —preguntó Colby.

—Algunos de nosotros hemos tenido que trabajar muy duro para volvernos invisibles. Pero tú vas y nos ves.

—Sí, pero es lo único que puedo hacer. No puedo volverme invisible o algo así.

—Oh —Ewan reflexionó por un momento—. Bueno, entonces podría ser justo.

—¿Qué más puedes hacer?

—Todavía nada, pero un día seré capaz de hacer otras cosas.

—¿Así que vas a ser un ser mágico?

—Sí, después de mi conversión.

—¿Que es la conversión? —preguntó Colby.

—Es un día especial en el que dejas de ser un chico y empiezas a ser un ser mágico todo el rato.

—Oh, yo también quiero una conversión. ¿Cómo puedo convertirme en un ser mágico?

—Es muy duro. Tienes que pasar años aprendiendo y bebiendo mucha, mucha leche de hadas.

—Oh —dijo Colby—. Yo no debo comer ni beber nada de lo que me den las hadas. Uno ya no podría salir nunca de aquí si lo hace.

—¿Por qué quieres irte? —preguntó Ewan.

—¿Qué quieres decir?

—¿Que por qué quieres irte? Allí fuera no hay más que seres humanos y son como el ganado para nosotros.

—Hay más cosas además de seres humanos —dijo Colby.

—¿Qué más hay?

—Bueno, hay un montón de cosas. Yashar me ha hablado de ángeles y fantasmas y monstruos y magos, y... hum... hay otras cosas, creo. ¿Tenéis tele aquí?

—¿Qué es la tele? —preguntó Ewan.

—¿No tenéis televisión? ¿Tenéis videojuegos?

—No, ¿qué es eso?

—Oh, bueno, allí tenemos la televisión y también los videojuegos. Esa es una razón muy buena para querer salir. Es una caja que cuenta historias y en un videojuego puedes controlar la historia y saltar por encima de las cosas y disparar contra las cosas y todo eso.

—¿Disparar?

—Ya sabes, con un arma de fuego —contestó Colby. Formó un par de pistolas con los dedos e hizo como si disparara a Ewan—. Bang, bang —gritó, pero Ewan, que no tenía ni idea de qué se trataba, no sabía qué hacer, se limitó a menear la cabeza.

Colby le miró fijamente, con los ojos de par en par y la boca abierta.

—Hombre, parece que realmente no sabes nada...

Colby se quedó a la mitad de la frase, al sumergirse bruscamente en una repentina niebla de embriaguez. Sentía todo su cuerpo caliente, borroso, su cabeza nadando en un mar aturdidor. Todo se había vuelto nebuloso, como de ensueño, los colores estallaban en destellos, revelando una capa sobre otra, danzando en un movimiento perpetuo, como si cada sombra fuera una gota en un océano caleidoscópico.

La percepción de la profundidad de Colby cambió radicalmente, al acercarse a un objeto, este parecía aplastarse o deformarse, produciendo la extraña sensación de que el mundo había sido deformado para volver después a su forma original de la mejor manera que supo el que lo doblara —dejando millones de pequeños pliegues e imperfecciones que Colby ahora veía por primera vez. Flotaba, aunque sus pies todavía tocaban el suelo, se sentía optimista, a la deriva en un océano de júbilo extático. Todo estaba amortiguado, como si estuviera a veinte metros bajo el agua, sentía un hormigueo en su cuerpo, mil pececillos le hacían cosquillas.

Durante unos minutos permaneció inmóvil, atrapado en una visión de mil

metros, la mirada perdida en un mundo quimérico con el que siempre había soñado. Los mismos árboles, el mismo suelo, el mismo aire. Y, sin embargo, todo era muy diferente. El mismo color, pero diferente, la misma textura, pero diferente, el mismo mundo, pero diferente. Colby se detuvo al borde de la eternidad y dejó que la sensación le inundara, no sólo quería dejarla entrar, sino emborracharse por completo de ella.

Así era el tiempo mágico y ahora estaba completamente sumergido en él.

—Vamos. ¿A qué estás esperando? —apremió Ewan a su nuevo amigo.

Colby sonrió, estaba aturdido, contemplando estupefacto el bosque. Miró a Ewan y trató de controlar su euforia, pero no lo consiguió. Tendría que experimentar esa sensación durante un tiempo.

—Lo siento —se disculpó—. Ya voy.

Los dos siguieron subiendo la colina, venciendo con cada paso una fuerza que se oponía a su avance, como si estuvieran hechos de metal y caminaran por un campo magnético. Los árboles zumbaban con la electricidad estática como mil cigarras.

Siguieron andando durante lo que pareció una eternidad. El tiempo era irrelevante ahora. Un día no era más que el recorrido del sol por el cielo, nada más. Todo comenzaba a tener sentido. La interconexión entre todos los seres vivos se volvió transparente, clara —aunque Colby no sabía lo que significaban esas palabras, lo entendió ahora. El universo era un hermoso lugar mágico, erizado de energía, lleno de vida, rebosante de alegría.

Subieron hasta la cima de la colina. Descendieron por la cara opuesta. Los campos de flores agitados por el viento despedían una explosión de olores. Unas notas de las melodías de las hadas flotaban en el aire de la tarde. Había tanto que percibir y tan poca capacidad de procesarlo que Colby no se dio cuenta de que unas duendecillas estaban revoloteando a su alrededor, acercándose y rodeando a los chicos. Eran cuatro, medían unos quince centímetros de alto, eran hermosas y desprendían un halo de embeleso.

—¡Un niño! —exclamó Caja, la más pequeña y estridente de las cuatro.

—¡Sí, es un niño! Un niño —repitió Broennen, la más bonita.

—Oh, no es gran cosa —dijo Melwyn, encogiendo los hombros con indiferencia y entrecerrando los ojos para mirar al intruso.

Sólo la cuarta duendecilla, Talwyn, mostró cierta reserva. Flotaba a unos

tres metros de distancia, escondida tras un gran roble, asomándose de vez en cuando desde un lado u otro, para obtener visiones fugaces del niño, que luego juntaba en su cabeza hasta formar una imagen completa. Una vez que se convenció de que el enjambre de sus hermanas que rodeaba al chico, estaba revoloteando a un palmo de él, sin que les propinara ni siquiera un manotazo maquinal, lo contempló durante un buen rato desde su escondite detrás del árbol, cruzando los brazos y entrecerrando los ojos.

—No me fío de él —formuló finalmente su juicio—. No debería poder vernos.

—¡Exactamente lo que yo dije! —exclamó Ewan, feliz porque alguien por fin estaba de acuerdo con él.

Colby miraba a su alrededor sonriendo nerviosamente.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó.

—Duendecillas de campo —sonrió Ewan.

—Oh, sois las hadas iluminadas —dijo Colby.

—Luminosas —susurró Ewan al oído.

—Eso es lo que dije. Iluminadas —respondió Colby, también en susurros. Ewan volvió a insistir, tratando de evitar que las duendecillas les oyesen.

—No —dijo—, luminosas. No iluminadas.

—Ah, luminosas —susurró Colby.

—Sí. Luminosas —dijo Caja flotando a unos centímetros de sus cabezas con las manos apoyadas en la cintura. Luego ladeó la cabeza con expresión de desaprobación en la cara, se estaba preguntando si sería una buena idea tener a otro niño dando vueltas por aquí. El nuevo parecía más bien estúpido.

—¿Y tú, quién eres?

—Soy Colby.

Caja miró a sus hermanas.

—¡Adelante! ¡Adelante! —dijeron al unísono las dos duendecillas que revoloteaban a su alrededor, estaban cambiando de lugar constantemente sin permanecer nunca en el mismo sitio por más de tres segundos.

Caja asintió.

—Y, ¿a qué te dedicas?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Colby.

—¿Qué haces? ¿Qué eres? ¿A qué te dedicas? —volvió a repetir como si

le considerase demasiado estúpido para entenderla.

—Soy un niño —respondió Colby.

No parecía demasiado impresionada.

—¿Y?

—Y puedo ver cosas —añadió el muchacho.

—¿Ver cosas? —siguió insistiendo Caja.

—Cosas que la gente no puede ver.

—¡OH! —exclamó Caja—. ¡Bueno, eso es *realmente* especial! ¿Y cómo es que puedes verlas?

—Un genio me escupió en los ojos —respondió Colby.

Las cuatro duendecillas se quedaron quietas en el aire, desconcertadas, boquiabiertas, batiendo sus alas furiosamente.

—¡Buaj! —dijo Talwyn—. ¡Qué asco!

—Sí, ¡buaj!, ¿no? —se mostró de acuerdo Broennen.

—No creo que debiéramos dejarlo pasar —dijo Melwyn—. ¿Todas a favor?

Las cuatro manitas se alzaron a la vez. La decisión era unánime.

Ewan parecía preocupado, angustiado por no poder llevar a su nuevo amigo al campamento. Luego sonrió y le susurró algo al oído a Colby. Colby frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Nanay.

—Hazlo —instó Ewan.

Colby siguió moviendo la cabeza rápidamente de un lado al otro.

—De ninguna manera. Hazlo tú.

—Yo no puedo —contestó Ewan.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Caja.

—No voy a hacer eso delante de unas chicas —dijo Colby.

—Si no lo haces, nunca llegarás a la aldea. Ellas no te dejarán.

Caja los miraba con preocupación, conocedora de las artimañas de Ewan.

—¿Ewan?

Colby agachó la cabeza y suspiró profundamente. Luego se quitó la camisa, la volvió del revés y se la puso de nuevo. Sorprendidas, las duendecillas le miraban con ojos como platos y, por un momento, pareció que todo el bosque se había quedado en silencio.

Talwyn se tapó la boca, señalando al niño.

—¡Su camisa! Es... está...

—¡Está al revés! —gritó Broennen. Las duendecillas estallaron en carcajadas y salieron disparadas, volando en espiral, fuera de control, revolucionando el bosque, riéndose con una risa irreprimible y grosera. Volaban sobre los árboles como si estuvieran atadas al extremo de una cuerda que giraba sobre las cabezas de los muchachos.

—¡Está del revés! —repetía Broennen—. ¡Del revés!

—¡Qué tontería! ¡Qué tonto es! —gritaba Melwyn.

Ewan agarró a Colby del brazo.

—¡Rápido! Vámonos.

Y los dos corrieron hasta la siguiente colina. Corrían tan rápido como podían, sus pequeñas piernas los llevaron primero hasta la cima de la colina y después hacia el pequeño valle al otro lado. A sus espaldas aún se podía oír la risa salvaje de las duendecillas, un sonido que parecía perseguirles, empujándolos como al ganado en estampida cuesta abajo.

—¡No mires atrás! —gritó Ewan a su nuevo amigo—. ¡Y, pase lo que pase, no vuelvas a ponerte la camisa bien!

—¡Vale! —gritó Colby mientras se quedaba cada vez más atrás. No era tan atlético como Ewan, que saltaba con gracia sobre las rocas y esquivaba los árboles. Corría lo mejor que podía, pero pronto el agudo dolor de un calambre a un lado del estómago le obligó a parar. Agotado, Colby se tuvo que apoyar en un árbol, boqueando, a la espera de que el dolor aflojase.

Ewan echó una mirada por encima del hombro y descubrió que había perdido a su amigo. Sin disminuir su velocidad, dio la vuelta alrededor del tronco de un árbol y regresó.

—Oh, Dios mío, oh Dios mío, oh Dios mío —jadeaba Colby—. ¿Quiénes eran esas chicas?

Ewan se paró en seco. Ni siquiera tenía la respiración acelerada.

—Esas eran las hermanas duendecillas. Talwyn, Melwyn, Caja y Broennen.

—¡Son malas!

—Creo que sólo estaban jugando.

Colby lo miró, confundido.

—Entonces, ¿por qué corrimos?

Ewan sonrió.

—Porque sus bromas son bastante desagradables y no me apetecía ver lo que nos tenían preparado...

De repente la sonrisa de Ewan se apagó.

—Jo.

Colby se contagió de la preocupación de Ewan.

—¿Qué quiere decir, jo?

—No te vuelvas.

Colby se dio la vuelta. Detrás de él, a menos de dos metros de donde se encontraban, había un pony marrón ricamente ensillado. El animal le estaba mirando directamente a los ojos. Su crin estaba peinada en largas trenzas rojas que cubrían el pelo muy bien cepillado. Evidentemente no se trataba de un caballo salvaje, sino más bien de un animal doméstico que vagaba solo por el bosque. El pony echó la cabeza hacia atrás, como invitándole a subirse a la silla.

Colby sonrió, con los ojos abiertos de par en par.

—¡Un pony! —Colby alargó la mano e intentó acariciar la crin del caballo.

—¡No! —gritó Ewan—. ¡No lo hagas! ¡Es un truco!

Colby retrocedió dos lentos pasos. Ahora el pony le daba miedo.

—Te dije que no miraras atrás.

—Lo siento —se disculpó Colby.

El pony sacudió la cabeza con furia y relinchó golpeando el suelo con los cascos. De repente se sacudió como un perro cuando sale del agua y empezó a reducirse, como si estuviera desinflándose. La piel se volvió lisa, la silla de montar se convirtió en un cinturón y la crin en un mechón de pelo sobre una cabeza humana. Ya no era un pony, sino una niña.

Parecía tener unos trece años, tenía la cara cubierta de pecas de oreja a oreja, su pelo, de un rojo más profundo que el de Colby, estaba peinado en dos largas trenzas que le llegaban hasta la cintura. Las manos, cerradas en dos furiosos puños, se apoyaban en las caderas. Con el ceño fruncido miraba fijamente a Ewan.

—¿Cómo se atreve usted, señor? —le espetó—. Era un viejo truco

totalmente legal y usted no tenía derecho a estropearlo.

Ewan meneó la cabeza.

—Es mi amigo. Lo encontré. Y si alguien le va a hacer un truco, seré yo —Ewan dedicó una amplia sonrisa a Colby—. Y he decidido *no* hacerle trucos.

Desde lo profundo del bosque llegó el apagado ruido de un galope, se trataba de otro pony del mismo tamaño que el primero. Corría a toda velocidad hacia los tres niños levantando polvo con sus cascos. Su silla estaba tan prolijamente adornada como la del primero, pero este pony parecía más poderoso, mucho menos acicalado. Rodeó un gran roble con los ojos fijos en los niños y, sin perder un paso, se sacudió y se convirtió en un muchacho cuyos pies descalzos lo seguían llevando directamente hacia ellos.

Se detuvo a escasos centímetros de la que sólo podía ser su hermana. Hombro con hombro, con el rostro tan pecoso como el de ella, su pelo del mismo color rojo profundo.

—Mierda. ¿Me lo he perdido?

—No —respondió su hermana, suspirando profundamente—, lo estropeó Ewan, pero bueno.

—¡Ewan! —protestó el chico—. Sólo queríamos darle un pequeño paseo al chico.

Ewan meneó la cabeza.

—Lo siento. Hoy no hay paseo. Lo voy a llevar al campamento. Trae a un genio con él.

—¿Qué es un genio? —preguntaron los dos niños excitados, tenían los ojos muy abiertos y reventaban de curiosidad.

—No tengo ni idea —respondió Ewan—. Pero suena a importante.

Ewan se volvió hacia Colby.

—Este es mi amigo Colby. Sólo es un niño —sonrió, señalando a los dos bromistas que tenían delante—. Son Acadia y Otis. Son Lutinós. Tienes que tener cuidado con ellos o te llevarán a cuestras por todas partes hasta que te quedes agotado. Luego te tirarán a un estanque o algo así.

Acadia sonrió maliciosamente.

—No siempre.

—Sí —dijo Otis, sonriendo—. Es justo lo que hubiéramos hecho *contigo*.

Sin decir una palabra, Acadia intercambió la mirada con su hermano, ahora los dos parecían más animados.

—Así que, ahora que ya no estamos intentando engañarte —dijo—, ¿quieres que te llevemos hasta el campamento?

Colby asintió con entusiasmo y miró a Ewan. Ewan meneó la cabeza con desaprobación.

—¿No has aprendido nada?

Colby miró al suelo removiendo la tierra con la punta del pie.

—Caminaremos. Gracias.

Los dos hermanos se intercambiaron muecas burlonas y se alejaron, transformándose de nuevo en ponys. Juntos galoparon hacia el bosque.

—Debes tener mucho cuidado aquí, Colby —dijo Ewan—. Luminosos o no, algunos de estos seres mágicos son muy embusteros.

—¿Quieres decir tramposos?

—Pícaros. Así es como se supone que hay que decirlo —Ewan señaló la colina—. Vamos. Ya casi hemos llegado.

De nuevo, los dos caminaban por el bosque animado, el sonido de los cascos galopando y las risas lejanas eran como el latido del corazón de la vida a su alrededor. Los olores eran más fuertes aquí, las flores silvestres producían un aroma delirantemente embriagador, unos toques de jazmín y madreselva con leves notas de laurel de montaña. Mientras tanto, el tiempo seguía ondulando, los momentos se aceleraban ante ellos, los árboles temblaban y oscilaban en un aleteo de movimiento de avance rápido, hasta que las ramas y hojas se desaceleraban, agitándose de nuevo a velocidades más apropiadas. Las nubes se congregaban y se dispersaban por encima de sus cabezas. La temporalidad no tenía ninguna importancia aquí. Eran dos burbujas de jabón atravesando el vórtice del tiempo, a veces girando muy rápidamente —a punto de ser succionados por la oscuridad— antes de ser arrojados de nuevo a una órbita más lenta y más cercana al borde exterior.

Al acercarse a la cima de la colina vieron cómo una sombra surgía por un instante junto a un árbol, como si, de algún modo, estuviera fuera del tiempo, entrando y saliendo de la singularidad que los retenía con tanta fuerza. Ewan miró con nerviosismo a Colby.

—Oh no —susurró—. Es el Viejo.

—¿Quién es el Viejo? —preguntó Colby.

—El más pícaro de todos.

El Coyote se echó a reír, dedicándoles una sonrisa tan brillante y tan poco fiable como siempre.

—No le llenes la cabeza al muchacho con esos cuentos sobre mí. Deja que lo descubra por sí mismo.

Los dos chicos se movían inquietos en sus sitios, mirando asustados al Coyote. Colby estaba asustado porque no sabía qué iba a pasar, Ewan lo estaba porque sí lo sabía. La gran sonrisa del Coyote hacía que su piel cobriza se cubriera de arrugas y patas de gallo.

—¿Y quién eres tú, jovencito?

—Soy Colby Stevens, señor.

—Colby Stevens, ¿eh? Nunca he oído hablar de ti —el Coyote meneó la cabeza y miró al suelo chasqueando la lengua, sin dejar de ocultar una sonrisa juguetona. Luego, con un brillo en sus ojos, levantó la vista y dijo—: Pero creo que podremos averiguar quién eres. Vamos, te mostraremos esto.

De repente, de la niebla que cubría el bosque surgió Yashar, había permanecido lo suficientemente cerca para tener a Colby vigilado, pero lo bastante lejos para que no lo pareciera. Sonreía, divertido por lo que acababa de ver.

—¿Es esto tuyo? —preguntó el Coyote a Colby señalando a Yashar.

—Sí, señor. Es mi genio.

El Coyote miró a Yashar de arriba abajo, acariciándose la barbilla.

—¿Nos conocemos, forastero?

—Hemos *oído* hablar el uno del otro —sonrió Yashar—. Tú eres el tramposo Coyote.

La sonrisa del Coyote aumentó todavía más, lo cual parecía increíble dada la amplitud con que había estado sonriendo antes.

—Eso significa que eres el Maldito.

Yashar asintió con la cabeza, sin parecer molesto por el apodo.

—Yashar —dijo, ofreciendo su mano en señal de amistad.

—Coyote —los dos se dieron la mano—. Ven, deja que os enseñe el campamento.

Y el Coyote se puso en marcha bruscamente, dejando a los demás atrás.

Yashar echó a andar tras él, apremiando con un gesto de la mano a los chicos. Luego miró a Colby.

—Así que, ¿has aprendido algo en tu paseo?

Colby asintió con entusiasmo.

—Sí, ¡resulta que Ewan sí que sabe cosas!

—¿En serio? ¿Así que no es tan tonto como pensabas?

—¡No! Bueno, todavía no ha visto a Aladino y no sabe lo que es un videojuego, pero yo le puedo enseñar.

—¿Puedes? —preguntó Yashar.

—Sí, pero sólo si sigue enseñándome cómo vencer a las hadas.

—¡Eso te lo puedo enseñar! —sonrió Ewan.

Colby asintió sonriendo.

—Guay.

Capítulo 19

Coyote el pícaro y el Pájaro del Lago

De Doce docenas de cuentos sobre los pícaros, de Randolph
Wagner

Érase que se era que el Coyote caminaba por el bosque cantando con toda la fuerza de sus pulmones. El Coyote era un pésimo cantante, pero eso no le impedía gritar a todo pulmón una nota desafinada tras otra. Cantaba a todas horas, desde el amanecer hasta el anochecer, sin que ningún animal del bosque se quejara nunca, sobre todo porque nadie quería que el Coyote lo convirtiera en su comida. Pero aquel día, mientras caminaba por el bosque, el Coyote se encontró con una montaña maravillosa, cubierta de arriba abajo de pinos y con un hermoso lago en la cima, con aguas tan quietas que se podía ver en ellas el reflejo del paisaje kilómetros a la redonda.

Pero mientras el Coyote subía la montaña, cantando como era habitual en el, escuchó algunas preciosas notas de la melodía más maravillosa que había oído en su vida. Interpretaban la canción dos voces, que, mediante unos trinos armoniosos, creaban juntos una melodía tan hermosa que el Coyote quiso saber inmediatamente de dónde procedía. Así que subió la montaña, rodeó el lago y se encontró ante un gran árbol en el que estaban los cantantes: el Arrendajo Azul y el Pájaro Cardenal.

Eran dos aves grandes, fuertes y orgullosas, con elegantes y bien cuidados plumajes. Sus canciones eran tan hermosas que habían dejado al Coyote sin palabras, incapaz de concentrarse en otra cosa mientras los escuchaba. Cuando los pájaros terminaron de cantar, el Coyote prorrumpió en aplausos.

—¡Qué música tan maravillosa! —exclamó el Coyote—. ¿Cómo es que cantan tan bien?

—Práctica —dijo el Arrendajo Azul.

—Una cuna noble —dijo el Pájaro Cardenal.

—Oh, sí —asintió el Arrendajo Azul—. Tienes que nacer con ese talento.

—Yo también soy cantante —proclamó Coyote—. Llevo cantando desde los principios de los tiempos y jamás se ha quejado criatura alguna.

—Nos encantaría escucharte —dijo el Arrendajo Azul.

—Oh, sí, sin duda alguna —dijo el Pájaro Cardenal.

Así que el Coyote empezó a cantar con tales ladridos y aullidos que lastimó los delicados oídos de los pájaros. Las aves agitaban sus alas tratando de ahuyentar el sonido, pero las notas eran demasiado fuertes y afiladas. Cuando el Coyote terminó su canción, ambas aves empezaron a reírse hasta caerse del árbol. Nunca habían oído a nadie cantar tan mal. Rodaban por el suelo, golpeándose con las alas, muertos de risa por lo ridículo del aspecto y la voz del Coyote.

—Es el peor cantante que he escuchado nunca —dijo el Pájaro Cardenal.

—Sí —asintió el Arrendajo Azul—. Prefiero escuchar a las ranas y los cuervos una noche

entera que escuchar esto un instante más.

—Bueno, tal vez ustedes podrían enseñarme a cantar —dijo el Coyote.

—Oh, no —se rio el Arrendajo Azul—. ¡Sería más fácil enseñar a bailar a una roca que cantar a un coyote!

—Bueno —dijo el Coyote, encogiéndose de hombros—. Supongo que tendré que pedírselo al Pájaro del Lago. Además, es mucho mejor cantante que vosotros.

Los dos pájaros dejaron de reír y miraron al Coyote.

—¿Quién es el Pájaro del Lago?

—Oh, yo no me preocuparía si fuera vosotros. Por favor, volved a cantar. El bosque parece vacío sin vuestro canto.

Los dos pájaros se pusieron en pie.

—No —dijo el Arrendajo Azul—. Cuéntanos. ¿Quién es el Pájaro del Lago?

—Sí —dijo el Pájaro Cardenal—. ¡Cuéntanos!

El Coyote se acercó un poco más a los dos pájaros.

—Bueno, es un cantor consumado, tan bueno que nadie puede llegar a alcanzar las notas a las que llega él. Vive bajo las aguas del lago y ataca en cuanto ve que alguien lo está mirando. Al principio pone cara de sorpresa, pero enseguida embiste al que le está mirando, a menos que este lo ataque antes.

—Nunca he escuchado su canto —dijo el Pájaro Cardenal.

—Yo tampoco —dijo el Arrendajo Azul.

—No canta muy alto porque no quiere herir los sentimientos de los demás —se encogió de hombros el Coyote—. El que quiere ser considerado el mejor cantante en la montaña, primero tendría que matar al Pájaro del Lago.

—Yo soy el mejor cantante de la montaña —dijo el Arrendajo Azul. Y se echó a volar dispuesto a matar al Pájaro del Lago.

El Arrendajo Azul voló hacia el lago y se posó sobre la rama de un árbol cercano. Miró a su alrededor, pero no vio al Pájaro del Lago por ninguna parte.

—Este sucio Coyote me ha mentido —se dijo. Pero, por si acaso, quiso sobrevolar el lago para ver si el Pájaro del Lago *realmente* vivía allí. Mientras volaba, vio su propio reflejo en el agua. El reflejo parecía mirarle con sorpresa y el Arrendajo Azul, recordando lo que le había contado el Coyote, atacó al instante al pájaro del lago.

El Arrendajo Azul cayó al agua y se ahogó.

Mientras tanto, en la montaña, el Coyote y el Pájaro Cardenal seguían esperando su regreso. Al cabo de un rato, el Pájaro Cardenal empezó a preocuparse por la suerte del Arrendajo Azul, pero desconfiaba del Coyote.

—No creo que deba ir a ese lago —dijo.

—Por supuesto que no —se mostró de acuerdo el Coyote—. Estoy seguro de que el Arrendajo Azul regresará enseguida.

—No —decidió finalmente el Pájaro Cardenal—. Algo le ha sucedido. Estoy seguro.

—Bueno, si algo le ha sucedido al Arrendajo Azul, no deberías acercarte a ese lago.

—¿Por qué no? —preguntó el Pájaro Cardenal.

—Tal vez el Arrendajo Azul no era un cantante tan bueno como tú, pero creo que peleando era mucho mejor. Si él no pudo acabar con el Pájaro del Lago, entonces te recomendaría que no lo intentases.

Pero el Pájaro Cardenal no confiaba en el Coyote, si este quería que se quedara con él, algo estaría tramando. Así que el Pájaro Cardenal se fue volando a buscar al Arrendajo Azul. Se posó en un árbol cercano al lago y miró a su alrededor, pero no vio ni al Arrendajo Azul ni al Pájaro del Lago. Así que decidió sobrevolar las aguas para ver si descubría a alguna de las

aves debajo de la superficie.

Pero cuando sobrevolaba el agua, el Pájaro Cardenal vio su propio reflejo que, como le había dicho el Coyote, parecía sorprendido. Así que el Pájaro Cardenal se lanzó en picado sobre el Pájaro del Lago, cayó al agua e, incapaz de nadar, también se ahogó.

Después de escuchar la segunda zambullida el Coyote se dirigió hacia el lago, sacó a los dos pájaros y los asó sobre una hoguera. Sabían aún mejor que cantaban. Y así fue como el Coyote se convirtió en el mejor cantante de la montaña.

Capítulo 20

El Consejo de las Cinco Piedras

Llegó la noche. Después de la cena, Ewan y Colby se acomodaron en el suelo de piedra de la cueva de Dithers, Yashar había creado dos sacos de dormir y un montón de libros de historietas para que pudieran leer alumbrándose con una linternita.

Sin embargo, los adultos tenían preocupaciones más importantes.

El Coyote había pasado toda la noche observando a los intrusos y sabía muy bien lo que iba a pasar. Así que, cuando los árboles lanzaron su mensaje al viento y los insectos iniciaron su desafinado zumbido, supo que, en cuanto saliese la luna, tendría que estar en el Círculo de las Cinco Piedras esperando a Meinrad, si es que Meinrad no estaba ya esperándole allí. Así que abandonó a Yashar a la hospitalidad de las hadas nocturnas y se dirigió al Círculo, para descubrir que era el último en llegar.

Cinco piedras de pizarra gris estaban clavadas en el suelo formando un círculo de unos diez metros de diámetro. En el centro había una piedra plana cubierta por guirnaldas de flores. Como exigía el ceremonial, había cuatro ancianos atados a otras tantas piedras clavadas en el suelo. La piedra central albergaba a Meinrad, el Rey de Piedra Caliza, quien saludó con un gesto al Coyote y le señaló la quinta y última piedra. El Coyote ocupó solemnemente su lugar.

—La luna está ya sobre el horizonte —dijo el rey Ruadhri, el jefe de los Sidhe locales—. Apura usted mucho, viejo amigo.

Con sus ropas de seda y joyas exquisitas, el pelo canoso adornado con flores cayendo en una elegante cascada por la espalda y su corona de plata, Ruadhri era la personificación de la regia belleza élfica.

—Todavía roza el borde del mundo —dijo Coyote—. Llegar casi tarde y justo a tiempo parece lo mismo.

Ruadhri frunció el ceño.

—Pudiera parecer así.

Meinrad miró a los ancianos que le rodeaban. Giró lentamente la cabeza haciendo el ruido de dos piedras rozándose.

—El Consejo sabe por qué ha sido reunido. Ahora me gustaría saber lo que piensa.

—Creo que es delicioso —gruñó Shafer, el Gorro Rojo—. Prepararemos un desayuno estupendo con él.

Schafer, un Gorro Rojo bajito y corpulento, estaba inmediatamente a la derecha del Coyote. En toda la existencia del reino nunca existió una criatura más desagradable, hedionda y vil que él. Iba vestido con unas horripilantes y sucias ropas, su rala barba colgaba desde su enorme mandíbula hasta casi tocar el suelo a unos pocos centímetros de sus botas de hierro fundido reforzadas con remaches oxidados. Sus largos y esqueléticos dedos, terminados en amarillentas garras afiladas, sujetaban con fuerza una lanza de hierro macizo. El único elemento de su atuendo que parecía haber sido cuidado alguna vez era la gorra de lana cuidadosamente teñida de rojo. Todavía húmedo por el baño que había recibido aquella misma mañana en la sangre de un cadáver reciente, el gorro dejaba caer lágrimas sangrientas por las mejillas y teñía la barba de color marrón rojizo, que se convertía en gris y, finalmente, en blanco, en su camino hacia las rodillas.

Meinrad asintió con la cabeza, señalando con el dedo al Gorro Rojo.

—Ya, pero ¿qué hay de su compañero, el genio cuya historia, estoy seguro, les resulta familiar a todos? ¿Qué pensará si la sangre de su protegido tiñe tu gorro?

Schafer cruzó los brazos sobre el pecho y dedicó a Meinrad una mirada que agriaría la leche a veinte pasos de distancia.

—Tendría que vérselas conmigo.

Gwyllion Rhiamon, la voz de las cosas oscuras, se echó a reír. Era una bruja vieja y decrepita que en tiempos fue una hermosa doncella. Un solitario cuerno de cabra crecía a un lado de su cabeza, enroscado en espiral. Aunque torcida y encorvada, una cierta gracia todavía se dejaba ver a través de años de arrugas y manchas de vejez, ocultas por un vaporoso vestido de color ceniza tejido con volutas de humo.

—Te evaporaría con sólo pensarlo, si su protegido lo deseara.

—No pienso avisarle con anticipación —dijo Schafer.

El rey Ruadhri meneó la cabeza con desprecio.

—No puedo creer que estemos discutiendo en serio.

Schafer escupió en el suelo.

—¿Tienes una idea mejor, estrellitas?

—O muestra respeto por el consejo o será expulsado, Gorro Rojo —tronó la voz de Meinrad.

—Pido disculpas, mi señor —Schafer estaba disfrutando de lo lejos que había conseguido llegar antes de recibir la reprimenda.

—¿No podemos limitarnos a decir lo que todos pensamos? —preguntó Ruadhri.

Rhiamon estiró la mano para rascarse la base de su único cuerno.

—¿Que la llegada del muchacho Colby y la visita de la Caza Salvaje de anoche están relacionadas de alguna manera?

—Sí —dijo Ruadhri—, sin duda alguna, era de esto de lo que nos habían advertido. Ese niño nos trajo problemas, problemas que seguramente son causados por alguna *maldición*.

—Precisamente por eso debemos matarlo —insistió Schafer.

Rhiamon meneó la cabeza:

—No estoy tan segura de que esa sea la solución.

—Es mejor expulsarlo y no arriesgarse a provocar la ira de su acompañante —se mostró de acuerdo Meinrad.

—Bueno, si no podemos matarlo... —concedió Schafer, acompañando el final de la frase con un movimiento de la muñeca.

—Schafer y yo rara vez estamos de acuerdo —asintió el rey Ruadhri y volvió la mirada hacia el Coyote—. ¿Qué dices tú? Has estado sorprendentemente callado.

—No me gusta cuando está callado —dijo Schafer—. Siempre creo que está tramando algo.

—Puedo hablar si quieren —dijo el Coyote.

—Me gustas todavía menos cuando hablas. Entonces sé que estás tramando algo.

—Creo que lo estáis haciendo todo al revés, pero nada más lejos de mi intención que disentir. Expulsarlo si lo creéis necesario.

Las caras de los miembros del consejo expresaban desánimo. Había dos situaciones en las que ninguno quería encontrarse nunca: una era estar de acuerdo con el Coyote, y la otra no estar de acuerdo con él.

Ruadhri apoyó firmemente la barbilla en la palma de su mano.

—Sé que me voy a arrepentir de esto, pero ¿qué quieres decir?

El Coyote hizo un gesto como si quisiera decir que *se alegraba de que le hiciesen esa pregunta*.

—Según mi experiencia, la profecía nunca habla de lo que *podría suceder*, es más bien una advertencia de lo que *sucedará*. Expulsen a ese niño ahora y, tal vez, estarán allanando el camino hacia vuestra propia destrucción. Por supuesto, corren el mismo riesgo si le ignoran. Aún más preocupante es el hecho de que este niño y su acompañante, a pesar de haber llegado en el momento oportuno, no vieron la Caza Salvaje. De los que la han visto sólo quedan Dithers y los niños. Todos los demás están muertos. Entonces, ¿a quién iba dirigida realmente la advertencia? ¿A los miembros del consejo que estamos aquí? ¿O al chico con quien nuestro tribunal tendrá que contar muy pronto? —hizo una pausa—. Al fin y al cabo, era *su* madre la que vino.

Los consejeros se quedaron en silencio. El viento también se había calmado. Toda la noche parecía vacía, carente de respuestas. Schafer fue el primero en hablar.

—Te odio tanto —gruñó.

—Esto no cambia nada —dijo Ruadhri—. Si no se trata del niño, entonces no debería haber nada que nos impidiera hacer que se marche.

Coyote sacudió la cabeza.

—No, no lo hay —todo el mundo le estaba mirando fijamente—. Te dije que no tenía ningún motivo para discrepar. Ustedes simplemente lo han entendido al revés. A menos que —hizo una pausa con una sonrisa torcida en los labios— el hecho de que yo haya hablado sea lo que provoque la cacería.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en el Coyote, Schafer se movía nerviosamente, maldiciendo entre dientes.

El Coyote se inclinó cortésmente.

—Mi trabajo aquí ha terminado. Así que, si no hay nada más, tengo asuntos pendientes.

Schafer escupió en el suelo.

—Tramposo, si estás tramando algo...

Coyote dejó de sonreír y el aire a su alrededor se congeló.

—Gorro Rojo. ¿Cuándo aprenderás? Siempre estoy tramando algo.

Caitlin se quitó el vestido junto con el camisón en un solo movimiento fluido. Tenía tanto sueño que apenas conseguía mantener abiertos los ojos, la cama parecía demasiado tentadora para seguir resistiéndose. Aodhan la siguió de cerca. Los dos amantes se metieron debajo de las mantas y sus cuerpos se entrelazaron.

Sobre sus cabezas, agazapado silenciosamente encima de las vigas del techo de la casa subterránea, se escondía Knocks, aferrando con fuerza un gorro de lana blanca en una mano y una pequeña daga curva en la otra. Contemplaba en la oscuridad a sus padres.

—Hoy lo he visto —dijo Caitlin.

—¿A quién, mi amor? —preguntó Aodhan.

—A nuestro hijo.

—¿Cómo estaba?

—Se le ve bien —contestó—. Fuerte. Sano. Me da tanta rabia.

Aodhan la abrazó con fuerza.

—Lo sé.

—¿Por qué no puede vivir aquí, donde pertenece? Con nosotros.

Knocks ya no apretaba la daga con tanta fuerza, la conversación hizo que su boca y sus ojos se abrieran de par en par.

—Lo sé. Lo sé. Pero Meinrad lo dejó bien claro. No es nuestro.

—Pero tenía que haberlo sido. Nosotros pedimos que lo trajeran. Le dije a Dithers que nos trajera un hijo. Entonces Dithers salió y nos consiguió un hijo. Y lo llevó a la corte. Y Meinrad se lo quedó.

—Es lo mejor.

—Ya, pero echo tanto de menos a nuestro Ewan.

—Algún día tendremos un hijo nuestro. Uno como es debido. Te lo prometo.

Knocks cerró la boca y apretó de nuevo la daga.

Ewan y Colby dormían profundamente en sus respectivos sacos de dormir,

entre ellos, iluminados por la luz moribunda de la linterna, estaban esparcidos los libros de historietas a medio abrir. Su sueño parecía tan profundo que al Coyote casi le dio pena despertarlos. Pero sabía lo que se avecinaba y sólo quedaba una cosa por hacer. Se agachó y sacudió a Ewan por el hombro, luego —mientras Ewan bostezaba y se frotaba los legañosos ojos— hizo lo mismo con Colby. Los dos pensaron durante unos instantes que todavía seguían en un sueño.

—Siento tener que despertaros —dijo el Coyote—. Pero me temo que ha sucedido algo.

Los dos niños bostezaron a la vez.

—¿Qué? —preguntó Colby.

—El Consejo de las Cinco Piedras ha decidido que debes abandonar el reino en cuanto salga el sol.

—¿Qué? —exclamó Ewan en voz alta.

—Sssshhh... —le mandó callar el Coyote y continuó en voz baja—. No tan alto, no queremos que se entere todo el campamento. No tenemos mucho tiempo. Si queréis jugar, es la última ocasión que tendréis para hacerlo.

Los chicos se miraron ansiosos.

—No sé cuándo os volveréis a ver de nuevo, pero por el momento, tenéis sólo unas pocas horas antes de que salga el sol.

Ewan y Colby intercambiaron miradas. No sabían qué hacer.

—Pero, ¿por qué tiene que irse? —preguntó Ewan.

—Porque los niños pequeños no pueden estar en el Reino de Piedra Caliza —contestó el Coyote.

Ewan frunció el ceño.

—Pero yo soy un niño.

—Has sido algo más que un niño desde hace algún tiempo.

—Pero yo no quiero que se vaya.

—Entonces disfruta del poco tiempo que os queda.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Colby.

—Estoy seguro de que se te ocurrirá algo —dijo el Coyote con una amplia sonrisa.

—Vamos —gritó Ewan—. Tengo algunas cosas que quiero enseñarte.

—Espera —Colby se puso en pie, sacó al Señor Bearston de debajo del

saco de dormir y lo apoyó contra la pared—. Vigila nuestras cosas —ordenó al oso. Y los chicos se perdieron en la oscuridad.

En alguna otra parte, lejos del campamento, en un claro del bosque bañado por la luna, se habían reunido siete Gorros Rojos. Llevaban sus gorros encasquetados hasta las orejas, calzaban botas de hierro y portaban unas lanzas recién afiladas. Sus deformes bocas esbozaban unas siniestras sonrisas, algunos se acariciaban la barba, otros se daban golpes en el pecho. Mientras que a la luz del día era casi imposible distinguir entre Otto, Reinhardt, Karl, Axel, Dietrich y Heinrich, por la noche eran completamente idénticos. Juntos formaban una masa deforme que rasgaba la noche en busca de la carne de los dos niños que vagaban solos por el bosque.

El aire rebotaba de excitación. Schafer miró sonriendo a su pandilla.

—Tengo un regalo para vosotros —dijo—. Además de poder teñir vuestros gorros de sangre de niño, esta noche estaremos acompañados de un amigo.

Los Gorros Rojos lo olieron antes siquiera de que entrara en el círculo iluminado. Todo el mundo reconocía su olor a la primera bocanada, la combinación inconfundible de agua del lago, mierda y orina. Se trataba de Knocks. En su mano llevaba un gorro de lana de color rojo del que goteaba algo.

—¿Qué, lo teñiste con la sangre de un ciervo muerto, muchacho? —se rio uno de los Gorros Rojos.

Los demás celebraron su broma.

Los ojos de Knocks los miraban impasibles debajo del gorro, mientras el muchacho levantaba la pequeña daga cubierta de sangre todavía fresca.

—No, con la de mis padres.

—¿Alguien tiene algún problema con eso? —preguntó Schafer. Los Gorros Rojos menearon silenciosamente las cabezas.

Knocks limpió la daga en la gorra y miró a su alrededor.

—La noche pasada perdí a mi madre. Mi *verdadera* madre. No me queda nadie. ¿Me dejaréis matar con vosotros esta noche?

—Sí —gruñeron al unísono los Gorros Rojos alzando las lanzas.

—Gracias —dijo Knocks.

Luego se puso el gorro encasquetándoselo con fuerza hasta cubrir las orejas. Los Gorros Rojos volvieron a vitorearle.

—No puedo ir con vosotros y sabéis por qué. Pero ya saben lo que tienen que hacer —escupió Schafer. Luego entrecerró los ojos y señaló con el dedo huesudo a los congregados—. Traerlos cortados en pedazos.

Capítulo 21

Días como una sombra que pasa

Aunque el bosque estaba oscuro, la brillante luna proporcionaba la suficiente luz azulada para que los muchachos pudieran ver por donde pisaban. Colby y Ewan caminaban rápidamente, preocupados por las pocas horas que estarían juntos antes de la separación que nadie podía saber cuánto duraría. Ya se habían adentrado en las profundidades del bosque, pero Ewan conocía el camino de memoria.

—Entonces, ¿cómo crees que va a ser esto? —preguntó Colby.

—¿Cómo va a ser el qué?

—Pues ya sabes, lo de convertirse en un ser mágico.

—No lo sé —dijo Ewan—. Dithers dice que será como hacerme mayor, que voy a tener responsabilidades de un chico mayor y tendré que hacer un trabajo muy importante que algún día me explicarán.

—Vaya, eso suena bien.

—Pero si ni siquiera sé en qué clase de ser mágico me convertiré.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, me voy a convertir en un ser mágico.

—¿Y?

—Y nadie me dice en qué me convertiré. No te dan a elegir.

—Oh —dijo Colby. Parecía decepcionado, como si convertirse en un ser mágico no fuera tan divertido como había pensado inicialmente—. ¿Qué te gustaría ser?

—Bueno, no me importaría ser un Bendith. Dithers es genial y me encantaría ser capaz de correr igual de rápido y saltar de árbol en árbol. También me gusta la música y él toca la música más bella del mundo.

—¿En serio?

—Oh, sí. Cuando toca, vienen las hadas desde muy lejos y bailan toda la noche. Había un hada que se llamaba Dragana y era muy bonita. Solía bailar

sin parar. Pero ahora está muerta.

—¿Cómo murió?

—Se la llevó la Caza Salvaje.

—¿Qué es la Caza Salvaje?

—Es un montón de gente montando unas cabras realmente horribles que odia a los seres mágicos y los mata para arrastrarlos después al infierno. Una de ellos me dijo que iba a morir. Era realmente aterradora.

Caminaron durante unos instantes en silencio, Ewan poniéndose de repente triste y Colby sin saber qué decir.

—¿Qué más quieres ser? —preguntó Colby, intentando cambiar de tema.

—No sé, un Sidhe supongo —dijo Ewan.

—¿Qué es un Sidhe?

—Son unos seres mágicos muy bellos que visten unas ropas muy bonitas. Hablan muy divertido y utilizan muchas palabras muy largas y luego está esa chica que es una *especie* de Sidhe.

—¿Qué quieres decir con *una especie* de Sidhe?

—Bueno, hay diferentes tipos. Pero yo no sé en qué se diferencian.

—Oh —dijo Colby.

—Sea lo que sea, espero que no me convierta en un Gorro Rojo.

—¿Qué es un Gorro Rojo?

—Son unos enanos viejos realmente feos con cuchillos en vez de dedos, botas metálicas y unos espantosos dientes amarillos. Y unos húmedos gorros rojos mágicos.

—¿Gorros húmedos?

—Sí, están rojos porque los empapan en la sangre. Si su gorro se seca, se mueren. Así que tienen que seguir matando. A veces sólo se trata de venados y conejos, pero siempre están buscando a personas, porque, al parecer, la sangre de las personas tarda más tiempo en secarse que la sangre animal. Pero si consigues robarle el gorro de su cabeza, te llevas toda su fuerza. Son muy malos y estúpidos y, además, apestan.

—Sí que parecen malos. Espero que no te conviertas en uno de esos —dijo Colby.

—¿Perdón? —se escuchó una voz en el bosque seguida de un crujido de arbustos y el ruido de unos pasos sobre terreno irregular. Los muchachos se

miraron el uno al otro con los rostros blancos por el pánico, tratando de pensar qué hacer. Algo saltó desde los arbustos sobre Ewan y lo tiró al suelo. El muchacho chilló. Miró a los ojos de la que lo había inmovilizado, dándose cuenta de que los conocía bien.

—¿Y luego está esa chica? —preguntó Mallaidh con coquetería.

—Eh..., no —respondió nervioso Ewan, desviando la mirada para evitar el contacto visual.

Ewan intentó incorporarse, pero Mallaidh lo volvió a tumbar con un suave empujón. La muchacha se puso en pie y comenzó a sacudirse el polvo mientras echaba miradas de interés a Colby.

—Y tú debes de ser el *chico* del que tanto he oído hablar.

Colby se lamió la mano, como había visto en la televisión, y trató de echar el pelo hacia atrás. Pero lo único que consiguió fue dejarlo hecho un remolino. Sin ser consciente del aspecto que tenía, continuó con su tranquila pose de hombre mayor.

—El nombre es Colby.

Mallaidh se rio. Los chicos *eran tontos*.

—Soy Mallaidh.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Ewan levantándose del suelo.

—Siguiéndote —respondió la muchacha con total naturalidad.

—Oh —dijo Ewan. Era incapaz de imaginar por qué querría seguirle Mallaidh.

—¿Adónde vais? —preguntó la niña.

—Al Gran Escenario.

Mallaidh se quedó boquiabierta.

—¿Estás loco?

—No —dijo Ewan, sacudiendo la cabeza—. Sabes que ya había estado allí antes.

—¡Sí, pero no por este camino! —Mallaidh señaló la oscuridad del bosque ante ellos.

—¿Qué tiene de malo este camino? —preguntó Ewan.

—Sí —le secundó Colby—. ¿Qué tiene de malo este camino?

—¡Este camino lleva a lo más profundo del bosque, donde está la cabaña de la Negra Annie!

Ewan parecía consternado, casi avergonzado. Una tímida sonrisa se asomó lentamente a su rostro, tratando de permanecer oculta, pero las comisuras levantadas de los labios la traicionaron.

Colby inclinó la cabeza hacia un lado y volvió a mirar a Ewan.

—¿Quién es la Negra Annie?

—Sólo es la criatura más malvada, más espantosa y vil de todo el Reino de la Piedra Caliza —proclamó Mallaidh—. Os atraparé en la oscuridad de la noche y os despellejaré vivos. ¡Luego pondrá vuestras pieles sobre las ramas de un árbol hasta que se sequen y se las pondrá de cinturón para manteneros cerca de ella para siempre! Dispersará vuestros huesos para que nunca tengáis reposo, pero antes de hacerlo se comerá todo lo que quede de vosotros. Y este camino atraviesa sus terrenos de caza.

—Nunca la he visto —dijo Ewan a Colby, como sugiriendo que podría no existir.

—Eso es porque Dithers nunca te deja ir por la noche a los lugares en los que los trasgos del bosque pueden comerte —le corrigió Mallaidh. Luego se cruzó de brazos y, tras dedicarle de soslayo una mirada fulminante, volvió la cabeza hacia otro lado.

—Tal vez no haya sido una buena idea —dudó Ewan.

—No lo sé —dijo Colby—. Creo que me gustaría ver a la Negra Annie. Suena aterrador —pronunció la última palabra como si quisiera convencer a los demás de lo divertido que era estar aterrado. Pero no parecían compartir su entusiasmo.

—No vamos a ir —dijo Mallaidh zanjando la cuestión y acompañando la negativa con un movimiento de la cabeza.

—Tú no tienes por qué venir con nosotros —dijo Ewan.

—Sí —le apoyó Colby—. De todos modos, nadie te ha invitado.

Mallaidh resopló, mientras acribillaba a los muchachos con una mirada gélida.

—¿Qué quieres decir con que nadie me ha invitado?

Los chicos retrocedieron un paso. Ewan nunca había visto a Mallaidh tan amenazadora, pero estaba claro que no era una cosa que pudieran ignorar.

—Está bien, está bien —dijo—. No vamos a ir al Gran Escenario.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Colby.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Mallaidh—. ¿Conoces juegos de la gente normal?

—¡Jo! Claro que conozco juegos de la gente normal —se ofendió Colby, elevando los ojos. Estúpidas chicas.

—¡Bien! ¿Nos los puedes enseñar? —preguntó Ewan.

Colby se encogió de hombros.

—¿Sabéis jugar al pilla-pilla?

—¿Cómo se juega al pilla-pilla? —preguntaron Mallaidh y Ewan a la vez.

—¡Chispas! —gritó Colby. Los niños lo miraron, atónitos.

—No lo entiendo —dijo Mallaidh.

Colby la miró como si estuviera hablando en ruso.

—¿Entender qué?

—Acabas de gritar *Chispas* —explicó la niña.

—¡Nooooo! —dijo Colby con fingida exasperación—. Habéis dicho lo mismo al mismo tiempo y yo fui el primero en decir Chispas, así que no podéis hablar hasta que diga vuestros nombres.

—Es un juego estúpido —dijo Mallaidh—. ¿Por qué se llama pilla-pilla?

—¡Eso no es el pilla-pilla!

—Bueno, ¿y cómo es el *pilla-pilla*? —preguntó la niña.

—Pilla-pilla es cuando yo toco a uno de vosotros —Colby se acercó a Ewan y le dio un golpecito en el hombro—, y digo ‘*la ligas*’ y entonces él la liga.

—¿Qué es *ligar*? —preguntó Ewan.

—La persona que la *liga* tiene que pillar a los demás.

—Así que nos quedaremos aquí tocándonos —preguntó Mallaidh, sin entender qué tenía de divertido aquel juego.

—No, se supone que tenemos que correr y perseguirnos. Y debes evitar que te pillen.

—¡Ooooooooooh! —dijeron Ewan y Mallaidh al mismo tiempo.

—¡Chispas! —dijo Colby.

—No entiendo ese juego —dijo Ewan.

—Yo tampoco —le apoyó Mallaidh.

—Está bien —se rindió Colby—, vamos a jugar a un juego cada vez. ¡La ligas! —gritó señalando a Ewan.

Colby se echó a correr. Ewan miró a Mallaidh e intentó alcanzarla. La niña arqueó la espalda para esquivar la mano de Ewan, que pasó a unas pulgadas por encima de su hombro, y también se echó a correr. Ewan sonrió, le gustaba este juego. Sabía que Mallaidh conocía el bosque bastante bien y que él tenía ventaja sobre Colby en un terreno tan irregular, así que se puso a escudriñar el suelo en busca de las huellas que le permitiesen averiguar en qué dirección se había escapado.

—¡Uuuuh! —dijo la voz de Colby en la oscuridad.

El grito fue seguido inmediatamente por un golpe sordo y el ruido del roce de un cuerpo arrastrado por la tierra. Probablemente se habría tropezado con la raíz de un árbol o con una piedra semienterrada. *Este juego era demasiado fácil*, pensó Ewan.

Rodeó un árbol esperando encontrar a Colby intentando ponerse de pie, pero estaba tumbado en el suelo. Knocks, sentado sobre su pecho, sostenía en lo alto con las dos manos una gran piedra, pretendiendo aplastar de un golpe el cráneo de Colby. Ewan —que sólo tenía un segundo para reaccionar— se lanzó en plancha sobre Knocks alcanzándole en la sien. Desequilibrado por la piedra, el muchacho rodó por el suelo. Ewan agarró a Colby por el brazo y le ayudó a ponerse de pie.

—¡Vamos! —le apremió—. Nos tenemos que ir.

De repente, en la oscuridad del bosque se escuchó un suave murmullo, un gruñido gutural que fue subiendo de intensidad hasta convertirse en un rugido bestial que anunciaba la llegada de los Gorros Rojos. Primero aparecieron unos ojos brillando en la oscuridad, como las chispas que desprende una llama moribunda, luego las sombras, a continuación destellos de metal a la luz de la luna y, finalmente, el caos. Los Gorros Rojos salieron aullando en estampida del bosque, con las lanzas en alto y las babeantes bocas desmesuradamente abiertas.

La caza había comenzado.

Los niños se echaron a correr.

—¡Mierda! —gritó Colby, moviendo sus pequeñas piernas todo lo rápido que podía.

—¡Gorros Rojos! —chilló Ewan—. ¡Mallaidh!

En alguna otra parte, Yashar y Dithers regresaban dando traspiés al campamento, ambos un poco afectados por unas cuantas botellas de vino de más. Dithers tocaba su laúd, estaba lo suficientemente borracho para que le entraran ganas de cantar, pero no tanto como para echar a perder su talento. Yashar sonreía, recordando por primera vez en muchos años por qué solía pasar tanto tiempo con las hadas. El fuego era cálido, la compañía aún más calida y la noche se estaba convirtiendo en una mancha borrosa llena de estrellas fugaces.

Sin embargo, cuando por fin llegaron a la cueva de Dithers, descubrieron dos cosas que hicieron que su borrachera desapareciera inmediatamente. En primer lugar, los niños no estaban en sus camas, ni tampoco se veían por parte alguna. En segundo lugar, sobre los sacos de dormir de los niños estaba sentado el Coyote con las piernas cruzadas. Su rostro reflejaba la preocupación de forma bastante convincente.

—¿Dónde están? —preguntó Yashar.

—Los chicos están en el bosque —dijo el Coyote señalando la oscuridad.

—¿Por qué no están aquí, dormidos?

—Querían pasar un rato juntos antes de que tú y el muchacho fueseis desterrados al amanecer —el Coyote levantó una ceja como preguntándose: *¿Es que no lo sabías?*

Yashar miró a Dithers.

—¿Por qué nos van a desterrar?

Dithers se encogió de hombros, su maltrecha cabeza hervía confundida.

—Es la primera noticia que tengo.

—El consejo —explicó el Coyote— consideró que el muchacho era una amenaza para el Niño Tributo.

—¿El Niño Tributo? No dijiste que tenías un... —comenzó Yashar. De repente se dio cuenta de lo que estaba diciendo—. Oh —miró a Dithers de frente—. *Tienes que estar bromeando.*

Dithers le devolvió la mirada a Yashar sin inmutarse.

—Si sabes lo que es, también sabes que yo no puedo decir nada.

—Lo sé —asintió Yashar. Miró el oscuro bosque—. Vamos a buscarles antes de que esto se ponga peor.

Colby y Ewan corrían con todas sus fuerzas, el bosque a sus espaldas se había convertido en un muro de arbustos que crujían, como si los propios árboles se hubieran lanzado en estampida.

—No podremos huir de ellos —dijo Ewan sin aliento.

—Sí, podremos —resopló Colby—. Sigue corriendo.

—No. Son más rápidos. No se puede escapar de un Gorro Rojo.

—Entonces, ¿cómo podemos matarles? —preguntó Colby.

—No podemos —contestó Ewan, como si fuera la pregunta más estúpida que jamás hubiera escuchado. Miró por encima del hombro y vio que Colby se estaba quedando atrás—. ¡Corre más rápido!

—Entonces, ¿cómo podemos *detenerlos*?

Ewan meneó la cabeza.

—Lo único que puede detener a un Gorro Rojo son las Escrituras.

—¿Qué son las Escrituras?

—No lo sé.

Mallaidh surgió del bosque, corriendo todo lo rápido que podía para alcanzar a los chicos. Respiraba bien y hablaba como si estuviera tomando el té en lugar de correr.

—Son palabras sagradas. De un libro.

De la oscuridad frente a ellos emergieron más Gorros Rojos. A sus espaldas se seguía escuchando el ruido de sus pasos. Estaban rodeados. Los niños se detuvieron mirando a su alrededor en busca de alguna manera de salir de la trampa. Pero no había ninguna.

—¿Qué clase de libro? —preguntó Colby.

—¿Qué? —se asombró Mallaidh.

—¿En qué clase de libro están las Escrituras?

—Como una Biblia o una Torah —contestó.

—¿O sea que son palabras de la Biblia? —insistió Colby, como si la solución le pareciera demasiado simple.

—Sí —contestó la niña, preocupada más por el enjambre de los Gorros Rojos que por contestar preguntas estúpidas.

Las garras de los Gorros Rojos resonaban al unísono. *Clack. Clack. Clack. Clack.*

—Oh —dijo Colby, mientras los Gorros Rojos los cercaban lentamente.

Durante unos segundos el muchacho cuchicheó para sí mismo, mientras recuperaba el aliento—. Inclínate. Relámpago. Lo... Yo, eh... —trataba desesperadamente de encontrar algo profundamente enterrado en su memoria, quitarle el polvo y pronunciarlo en voz alta. Y entonces, como el agua que desborda una presa, llegó—. Inclina tu cielo, Señor, y desciende. Toca las montañas para que arrojen humo —hablaba con mucha confianza, como si estuviera leyendo un texto—. Lanza un rayo y dispersa a tus enemigos. Dispara tus flechas y confúndelos. Extiende tu mano desde lo alto y líbrame de las aguas caudalosas, sálvame del poder de los extranjeros... algo, algo...

Los Gorros Rojos retrocedían con horror. Se tapaban los oídos para no escuchar las palabras, pero sólo conseguían clavar profundamente sus garras en las mejillas, destrozándose las caras sin poder silenciar los versos. Retorciéndose cayeron al suelo, presas de terribles convulsiones. Pero cuando Colby llegó al final de lo que podía recordar, su dolor amainó y ahora le miraban furiosos, dispuestos a desmembrarle extremidad por extremidad. Colby se concentró y empezó de nuevo desde el principio.

—Inclina tu cielo, Señor, y desciende. Toca las montañas para que arrojen humo. Lanza un rayo y dispersa a tus enemigos. Dispara tus flechas y confúndelos. ¡Extiende tu mano desde lo alto y líbrame de las aguas caudalosas, sálvame del poder de los extranjeros!

Ahora estaba gritando, haciendo retroceder a los Gorros Rojos que trataban de alejarse de las palabras, dejando profundas huellas en la tierra con sus botas de hierro mientras huían.

—¡Inclina tu cielo, Señor, y desciende! ¡Toca las montañas para que arrojen humo! ¡Lanza un rayo y dispersa a tus enemigos! ¡Dispara tus flechas y confúndelos! ¡Extiende tu mano desde lo alto y líbrame de las aguas caudalosas! ¡Sálvame del poder de los extranjeros!

Los Gorros Rojos ya no podían soportar más. Estaban hirviendo por dentro, unas burbujeantes ampollas se iban formando en su piel. Algunos arrancaban de sus barbas mechones de pelos, duros como alambres, blancos, con las raíces ensangrentadas y restos de carne pegados. Otros golpeaban sus cráneos con los puños apretados, tratando de hacer enmudecer un dolor con otro. Uno por uno, salían corriendo, tropezando y gritando para no oír nada, arderían si se quedaran por más tiempo escuchando estas palabras, dejando

sólo un montón de cenizas dentro de sus botas de hierro. Preferían huir aterrorizados a un final como aquel.

Dietrich fue el que aguantó durante más tiempo, de rodillas, enfrentándose estoicamente a los gritos de Colby, confiando en que se hiciera un lío con las palabras de las Escrituras o se echara a correr o se quedase, finalmente, sin aliento. Pero nada de eso ocurrió. Colby se mantuvo firme, repitiendo los versos una y otra vez como un disco rayado, las palabras estaban empezando a perder sentido, convirtiéndose en un montón de sílabas de tanto repetirlas.

Dietrich se levantó sobre las piernas temblorosas, tambaleándose como un diente de león moribundo ondeando al viento, a punto de desintegrarse con una sola ráfaga fuerte. Su piel estaba burbujeando, las ampollas reventaban, las llagas supuraban pus. Profirió un sordo y airado gruñido, un lamento de dolor. Era como un perro con la correa tirante, tensando, estirando, confiando desesperadamente en que se rompiese. Nada ansiaba más que matar a Colby allí mismo, pero incluso él tenía sus límites.

Con los ojos inyectados en sangre y el rostro medio derretido, chilló todo lo que sus pulmones le permitieron y se echó a correr en pos de sus compañeros. Colby se quedó solo, mientras sus amigos lo miraban con admiración, asombrados por lo que acababan de presenciar.

—¡Jo! —Gritó Ewan—. Eso fue... eso fue...

—Eso fue increíble, Colby —terminó por él Mallaidh. Luego se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Nuestro héroe.

—¡Oye! —protestó Ewan.

—Oh, cállate —la niña se encogió de hombros, frunció el ceño y espetó con coquetería a Ewan—. Tú siempre serás *mi* héroe.

—Bueno, yo...

En ese momento, una sombra brutalmente rápida saltó de la oscuridad del bosque y se abalanzó sobre Ewan. Llevaba algo que despedía reflejos metálicos en una mano mientras con la otra agarraba al muchacho por el cuello y le tiraba al suelo.

—¡Ewan! —gritó Mallaidh.

Se trataba de Knocks. Se sentó rápidamente sobre Ewan y blandió la daga. Ewan se retorció, apartando su hombro justo a tiempo para que el arma se hundiera en la tierra a escasos centímetros. Ewan intentó librarse

retorciéndose, pero su enemigo era más fuerte.

Knocks volvió a levantar la daga.

—¡Tú mataste a mi madre! —gritó.

Y, en aquel momento, recibió una patada en el codo que le hizo caer al suelo.

—¡Déjale en paz! —gritó Colby volviendo a patearle.

Knocks agarró la daga, pero Colby pisó su mano, aplastándola. El impostor gritó. Ahora era Colby quien estaba sentado sobre Knocks, golpeándolo en la cara.

—¡Tú! ¡No! ¡Le harás! ¡Daño! ¡A mi! ¡Amigo!

Era como una bestia desenfrenada, atacando con implacable furia al niño que tenía debajo. La sangre manaba de la nariz de Knocks, el ojo torcido se estaba hinchando.

Una mano grande agarró a Colby por el cuello y le levantó en vilo. Colby, todavía lleno de rabia, pateaba furiosamente el aire ante él.

—Colby —dijo Yashar. No hubo respuesta—. Colby —repitió—. Colby.

Colby lanzó el último golpe inútil, con los dos pies en el aire, haciendo muecas a Yashar, atrapado todavía en su mano. Poco a poco su ira se fue aplacando, ahora rehuía la mirada reprobadora de Yashar.

—Lo siento —maulló. Luego señaló con el dedo acusador a Knocks—. Le estaba haciendo daño a Ewan.

Knocks se levantó de un salto, dejando la daga en el suelo y, sin decir palabra, desapareció en el bosque.

Colby corrió tras él, gritando:

—¡Oye!

—Déjalo —le detuvo Yashar—. Tenemos preocupaciones más importantes que él —Yashar dejó a Colby de nuevo en el suelo—. No sé en qué estabas pensando.

—Te lo dije. Estaba intentando matar a Ewan.

—No, me refiero a en qué estabais pensando vosotros dos cuando abandonasteis el campamento.

Los ojos de Colby se llenaron de lágrimas. Estaba asustado.

—Yo... yo... Sólo quería jugar con Ewan antes de que tuviéramos que marcharnos.

—¿Y quién te dijo que tenías que marcharte? —Colby miró al Coyote, que estaba de pie detrás de Yashar, iluminado por la luz de la luna lo suficiente como para ser visto. Yashar volvió ligeramente la cabeza para mirar por encima del hombro.

—El Consejo no quiere que interfiera con el Niño Tributo. ¿A quién si no iban a enviar? —se excusó el Coyote.

Yashar se encogió de hombros. Conocía al Coyote lo suficientemente bien como para no fiarse de él.

—¿Qué es un Niño Tributo? —preguntó Colby.

—Soy yo —contestó Ewan—. Así es como me llaman cuando creen que no les estoy oyendo.

Yashar lanzó una mirada de preocupación al Coyote, quien se limitó a devolverle una sonrisa. Las cosas iban de mal en peor.

—Tenemos que irnos —dijo Yashar en un tono apremiante.

—¡Pero yo no quiero que nos vayamos! —protestó Colby.

—Nos *tenemos* que ir.

—¡Pero yo no quiero!

—Colby. Deja de ser tan infantil.

—¡Pero soy un niño!

—Debes ser un niño grande —le reprendió Yashar—, necesito que seas un niño grande por mí. ¿Puedes hacerlo?

Colby se echó a llorar. No quería dejar a su nuevo amigo. Cogió la mano de Ewan entre las suyas y la sostuvo.

—Quiero quedarme. Comeré un poco de comida de hadas y entonces tendrán que dejar que me quede.

—¡Colby! —Yashar apoyó una rodilla en el suelo y puso las manos sobre los hombros del muchacho, mirándole directamente a los ojos—. No somos bienvenidos aquí y algo malo sucederá si nos quedamos. Se nos ha pedido que nos marchemos y están siendo muy educados con nosotros. Pero si todavía seguimos aquí después de la salida del sol se comportarán de forma muy diferente con nosotros. ¿Entiendes?

—Pero me quiero quedar con Ewan —dijo Colby con los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas—. Me salvó la vida cuando nos atacaron el Ewan malvado y los Gorros Rojos.

—¿Quieres otro deseo? —preguntó Yashar.

—¿Qué? —preguntó Colby, secándose las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano. Soltó un hipido y una burbuja de mocos explotó en uno de los agujeros de su nariz.

—Si te vienes conmigo ahora, te concederé otro deseo. Todo lo que desees, siempre y cuando no se trate de quedarnos aquí —Yashar se estaba desesperando. No había exagerado, estaba realmente aterrado por lo que podría suceder si el Consejo soltaba a los seres oscuros contra ellos.

—¿En serio? —preguntó Colby—. ¿Otro deseo?

—Sí, de verdad —asintió Yashar.

—¿Cualquier cosa?

Yashar entrecerró los ojos.

—Cualquier cosa menos quedarnos aquí o llevarnos a Ewan con nosotros.

—¿Me lo prometes?

Yashar vaciló, pero el tiempo se les estaba agotando.

—Sí. Lo prometo.

—Tengo que recoger mis cosas —dijo Colby. Sin decir una palabra Yashar metió la mano debajo de la túnica y sacó la mochila de Colby. Luego lanzó una mirada al niño como diciendo: *Ya es hora de irse*.

—Está bien —dijo el muchacho volviéndose hacia Ewan y extendiéndole la mano—. Fue un placer conocerte.

Ewan miró a la mano sin estar muy seguro de lo que tenía qué hacer con ella. Torpemente Colby agitó la mano extendida en una especie de adiós y dijo:

—Esto lo trabajaremos la próxima vez.

Ewan asintió con una sonrisa confusa.

—¿Vendrás a visitarme?

—¡Sí! —dijo Colby—. Por supuesto que lo haré.

Colby se inclinó para abrazar a Ewan. Esta vez Ewan lo entendió y le abrazó a su vez. Su abrazo era firme, como si estuvieran sellando un pacto de hermandad.

—Bien, porque yo nunca he tenido un amigo humano antes.

Colby reflexionó un instante.

—Yo tampoco.

—La próxima vez te voy a llevar al Gran Escenario y vamos a cazar juntos.

—¡Guay! —dijo Colby, sin saber exactamente en qué consistiría esa caza—. Me muero de ganas —se secó la última lágrima de las mejillas. Delante de su amigo tenía que ser un niño grande.

Yashar puso su mano sobre el hombro de Colby.

—Es el momento.

—Adiós, Ewan.

—Adiós, Colby.

Colby y Yashar se dieron la vuelta y echaron a andar por el camino de salida del Reino de Piedra Caliza. Al verlo, el Coyote sonrió, retrocedió lentamente y desapareció entre los árboles. En el bosque sólo quedaron Ewan y Mallaidh. Juntos observaron a Colby y Yashar alejarse rápidamente.

—Tienes que volver, Colby —gritó Ewan, agitando un brazo en el aire—. ¡Tienes que jugar con nosotros!

—Sí, Colby —dijo Mallaidh—. ¡Vuelve!

Colby se dio la vuelta y gritó.

—¡Adiós, muchachos!

—¡Adiós, Colby! —le contestaron los dos al unísono.

Ninguno de los dos estaba seguro de lo que había que hacer o decir. Así que Mallaidh hizo lo único sensato. Se inclinó, besó a Ewan en la mejilla y dijo:

—Eres maravilloso.

Luego echó a correr por el prado de hierba alta que brillaba con una mezcla de rocío de la mañana y luz de la luna.

Ewan vaciló un instante, miró con nostalgia en la dirección en la que se había ido su amigo, se volvió y corrió por la hierba, haciendo cosquillas al prado con las pisadas de sus pequeños pies y su risa.

Capítulo 22

Colby Stevens se condena

Yashar y Colby caminaban prácticamente en silencio. Si Colby intentaba decir algo, Yashar inmediatamente le mandaba callar, consciente de que estaban todavía al alcance de los indiscretos ojos y oídos de Meinrad. Le preocupaba lo que Colby podría preguntarle y pensaba que era mejor esperar a que abandonasen del todo el Bosque Salvaje. Pero tan pronto atravesaron el umbral y los sentidos de Colby volvieron a la normalidad, Yashar miró hacia abajo, puso su mano sobre el hombro de Colby y dejó escapar un suspiro.

—No estuvo bien lo que hiciste.

Colby miró asustado a Yashar.

—¿A qué parte te refieres?

—A todo. Pero sobre todo cuando le diste la tunda al chico ese.

—Pero...

—*Nada de peros*. Habías perdido los estribos. ¿Recuerdas la charla que tuvimos sobre los monstruos?

—¿Los que llevamos dentro?

—Sí —dijo Yashar, señalando el pecho de Colby—. Los monstruos que están aquí. Aquello era tu monstruo. Y no quiero volver a verlo otra vez.

—Lo siento.

Yashar sonrió.

—Está bien. Siempre y cuando lo sientas *de verdad*.

—¡De verdad lo siento!

—Bueno. Ahora, ¿de dónde sacaste ese versículo de la Biblia?

—La escuela dominical —contestó Colby—. Nos hicieron aprender de memoria uno, así que elegí uno guay en el que Dios hace estallar los volcanes y los niños extraños lanzan rayos y flechas a la gente.

Yashar se rio.

—Eso fue lo que hiciste —meneó la cabeza y sonrió—. Eres un niño

increíble, ¿sabes, Colby Stevens?

Colby sonrió con orgullo.

—¿Crees que soy más especial que el Niño Tributo?

La sonrisa de Yashar se desvaneció. Temía a lo que vendría después.

—Yashar, ¿qué es un tributo?

El genio lanzó un hondo suspiro. *Iba a ser un día muy largo.*

Yashar se sentó sobre un grande y redondo tronco de un árbol caído. Palmeó la madera a su lado, invitando a Colby a sentarse.

—Hay cosas verdaderamente horribles en este mundo —comenzó su explicación sobre lo que significaba el tributo.

Colby escuchaba la historia de Yashar, intentando memorizarla, cuando la terrible revelación superó la capacidad de asombro infantil.

—¿Van a matar a Ewan?

Yashar tragó saliva y asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra.

—¡NO!

—Sí, me temo que sí.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Colby, mientras saltaba del tronco y pateaba airado el suelo—. ¡Tenemos que volver!

—No, eso es completamente imposible.

—*¡Tenemos que volver!* No voy a dejar que se muera.

—Me temo que para eso lo criaron, Colby. Es su propósito.

—¡Pueden sacrificar a cualquier otro! Pueden matar a uno de esos malolientes Gorros Rojos. Pueden escoger a cualquiera de ellos, pero no a Ewan. Me salvó la vida. Va a ser un mago bueno. No malo. Eso me dijo.

—Colby.

—¡Eso me dijo! Me dijo que iba a convertirse en un ser mágico y que sería responsable como un chico grande. ¡Así que no puede morir! Un día iré a verlo. Me lo prometió. Vamos a cazar juntos.

—No. No podrás hacerlo.

—¡Sí, lo haré!

Volvió a romper a llorar. Las lágrimas brotaban ahora de sus ojos hinchados con más fuerza que antes. Sus mejillas se estaban volviendo aún más coloradas, los mocos se acumularon en una especie de bigote bajo su nariz. Estaba triste y confundido. Le habían destrozado el corazón. Pero lo

peor de todo, todavía le quedaba un deseo.

—Tenemos que salvar a Ewan.

—No puedo. Me está prohibido interferir.

—Mi deseo es que salvemos a Ewan.

—No funciona así, Colby. No tengo ese tipo de poder.

—Eres un genio.

—Sí, lo soy. Y como tal, mi poder sólo proviene de lo que la gente quiere de mí. Puedes desear que salve a Ewan todo lo que quieras, pero la magia y los pactos de los seres mágicos me impiden hacerlo. Son igual de poderosos que yo, tal vez más, cuando se unen. Yo estoy solo y ellos son muchos. Me matarán. Nos matarán a los dos.

—Entonces lo haré yo.

—Tú no puedes.

—Sí que puedo. Iré allí y me lo llevaré conmigo,

—Colby, te *matarán*. ¿Lo entiendes? No son criaturas benignas. Pueden ser amables y gentiles y divertidas cuando quieren serlo, pero ahora se trata de su supervivencia. Y no hay nadie en este mundo que esté dispuesto a dejarse matar por otra criatura. Lucharán contra ti y tú no tienes defensas contra ellos.

—Las tendría si fuera un mago —dijo Colby con toda la intención.

—Sí —se rio Yashar—. Pero no lo eres.

—Tú puedes convertirme en mago —la fría lógica en la voz de Colby no presagiaba nada bueno. Más bien daba miedo. Y no estaba bromeando.

—No, no lo haré —protestó Yashar—. Eso no es negociable.

—Sí que lo harás. Me lo prometiste.

—Yo no hice eso. Nunca prometí convertirte en un mago.

—*Cualquier cosa, menos quedarse aquí* —repitió Colby—. Te pregunté si me lo prometías y me dijiste que cualquier cosa que desease menos quedarnos allí o llevarnos a Ewan con nosotros.

—Pero es justo lo que me estás pidiendo. Para poder llevarnos a Ewan con nosotros.

—Pero ese no es mi deseo. Mi deseo es que me conviertas en un mago.

—No puedo convertirte en mago.

Colby se secó con decisión las lágrimas de sus mejillas.

—Deseo ser un mago.

—No.

Colby sacudió la cabeza, la determinación había endurecido su mirada. No iba a ceder.

—*Deseo. Ser. Un Mago* —dijo con rotundidad—. *Me lo prometiste.*

Yashar trató de protestar, pero se dio cuenta de que no podía. Sabía que era un error, sabía que tras esta decisión la vida nunca volvería a ser la misma para Colby Stevens. Pero no podía hacer nada, estaba fuera de su alcance impedirlo. Lo *había* prometido.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres?

Colby asintió. En su vida había estado más seguro de algo.

Yashar se levantó del tronco y se arrodilló junto a Colby. Colocó su carnosa mano en la frente de Colby y empezó a palmear su cabeza como si fuera una pelota de baloncesto mientras susurraba encantamientos en lenguas olvidadas. Se inclinó, acercó su boca al oído de Colby y comenzó a desvelarle los secretos del universo. En aquel momento, desapareció todo lo que Colby todavía conservaba de infantil e inocente, siendo reemplazado por la confianza y la comprensión. Colby escuchaba atentamente con la frente arrugada, sin entender algunas palabras.

—¿De verdad? —preguntó Colby—. ¿Eso es todo lo que se necesita para ser un mago?

Yashar asintió.

—Más o menos, sí.

—¡Es fácil!

—Es fácil cuando lo deseas, cuando ya crees en ello. Pero muchos hombres adultos han acabado destruyéndose tratando de entender lo que tú entiendes ahora. Trata de no matarte a ti mismo.

—Vamos a buscarlo.

Yashar meneó la cabeza.

—No.

—Yo voy a por él.

—Lo harás. Y yo estaré contigo cuando eso ocurra, pero lo primero es lo primero. ¿Cómo vas a convencerlo de que se vaya contigo?

Colby se encogió de hombros.

—Le voy a explicar que quieren matarle.

—¿Y qué te hace pensar que te va a creer?

—Eh... —Colby tartamudeó por un instante—. Porque somos amigos.

—¿Y Dithers no es su amigo? ¿O Mallaidh?

Colby no había pensado en eso. Con todo este poder, no tenía la respuesta a una pregunta simple.

—Puedo hacer que venga con nosotros.

—La magia no funciona así. No se puede obligar a las personas a hacer lo que no quieren, no sin robarles lo que son. Además, Ewan no puede salir de allí. Ha comido comida de hadas. Tienen que liberarle, no puede simplemente marcharse.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Cómo podemos salvarle?

—Para conseguirlo, tenemos que hacerle saber exactamente lo que piensan hacer con él. Para ello tendremos que esperar. Aguardaremos a la hora más oscura de la noche más oscura del año y dejaremos que muestren sus intenciones. Entonces podrás dejarte matar por tu amigo.

Colby sonrió.

—Es un buen plan. Pero no voy a morir. Te lo prometo.

Capítulo 23

La hora más oscura de la noche más oscura del año

La procesión era larga y hermosa, iluminada por un resplandor sobrenatural, como si cada participante se hubiera bañado en la luz destilada de la luna. Allí estaba todo el mundo, desde la más miserable de las hadas oscuras hasta el miembro más noble del alto tribunal. Era la única noche en siete años en la que el pacto prohibía que se derramase una sola gota de sangre, salvo la del *voluntario*. El Rey Meinrad encabezaba el desfile, tenía la barba llena de flores y sus ramas estaban adornadas con alegres guirnaldas. Tras él desfilaban Ewan y Dithers, orgullosos y sonrientes, cada uno por razones diferentes. Dithers había cumplido con su deber y había criado bien al muchacho, y lo celebraba animando la procesión con una melodía que tocaba en su flauta de madera toscamente tallada. Ewan, por su parte, iba a convertirse finalmente en un ser mágico.

Detrás de ellos caminaban las hadas —con Mallaidh a remolque. Seguían al Rey Ruardhi y a la Reina Muirne, ambos vestidos con lujosos trajes de seda blancos y rosas, con el pelo impecablemente peinado y cubierto por unas fabulosas coronas de laurel. Más atrás desfilaban los duendes, seguidos por las hadas del bosque y las *salgfraulein* —con sus vestidos modestos pero encantadores, eran como la clase media de las hadas. Cerraban la procesión los Gorros Rojos, acompañados de Knocks, que se había convertido en una especie de mascota honoraria. En medio caminaba un grupito de las criaturas mágicas de la corte. Bill la Sombra y los gemelos Lutin, Juri el Metsik, la Negra Annie de la meseta y Yech, su siervo felino de gorro blanco, Billy Hombre Marrón, Djovic la doncella olvidadiza, Rompecorazones Bryce el Gan Caenack, Ambroas, Arzhur y Kireg, los Korrigans, Beatriz la Llorona, el Coyote Manitou. Toda clase de criaturas habían acudido a la procesión — desde los trolls que vivían en las lejanas colinas hasta esas cosas oscuras con aspecto de insecto que habitaban en los acuíferos subterráneos.

El estado de ánimo era sombrío, la canción que cantaban preciosa. Era una visión tan serena que sólo podía tratarse de un funeral. El diablo nunca dejaba tras de sí resto alguno del cuerpo de la víctima, ni la más mínima gota de sangre. Esta era la única oportunidad de llorar al sacrificado. Desfilaban juntos, por última vez, cantando, aunque no todos los participantes entendían de qué se trataba.

Knocks caminaba arrastrando los pies en el polvo, furioso por el fastuoso evento preparado en honor a Ewan. Mallaidh, por su parte, hacía lo imposible por mantener la compostura, luchando contra el impulso de salir corriendo, su corazón se ponía a cien al pensar que Ewan iba a convertirse, finalmente, en uno de ellos —desde hoy estarían juntos para siempre.

La procesión avanzaba lentamente por los senderos de las hadas, mientras la noche iba haciéndose cada vez más y más oscura a su alrededor. Cuando la procesión se detuvo finalmente ante el Círculo de las Cinco Piedras, el intenso brillo de las estrellas destacaba sobre el fondo del cielo negro como la tinta. El altar de piedra del centro estaba adornado con brezo y flores del altramuz azul, un labrado cuchillo ceremonial se balanceaba delicadamente sobre la punta.

Con un gruñido pedregoso Meinrad se volvió hacia la procesión. El canto se detuvo.

—¡Traedme leche recién ordeñada! —gritó Meinrad, haciendo que la propia noche temblase con su voz.

Talwyn, un hada del campo, se adelantó revoloteando. En sus manos temblorosas llevaba un pequeño tazón de piedra lleno de leche de hadas. Inclínándose, Meinrad lo tomó y lo levantó para que todos lo vieran. Talwyn se retiró haciendo una reverencia para mezclarse con sus hermanas. Meinrad prosiguió.

—Hace algunos años la noche nos trajo al joven Ewan. Le criamos como a uno de los nuestros. Y esta noche, por fin, se convertirá en uno de nosotros y ocupará su lugar, cumpliendo con su destino por todos nosotros —Meinrad hizo una seña a Ewan—. Ewan.

Ewan volvió los ojos hacia Dithers, que le miraba cabizbajo, asintiendo con la cabeza tristemente. Tratando de no sonreír —consciente de la gravedad con la que todo el mundo estaba tomando aquel momento—, Ewan dio un

paso adelante y tomó el tazón de piedra. A continuación se lo bebió dando la vuelta al tazón para asegurarse de que se había tomado hasta la última gota. Todo su cuerpo se estremeció, podía sentir cómo la magia se iba apoderando de él. Meinrad retiró la copa y, tomando a Ewan de la mano, lo condujo hacia el altar, el rey Ruadhri les seguía muy de cerca.

Meinrad levantó a Ewan por las axilas y lo depositó suavemente sobre el altar.

—Sólo queda hacer una última cosa.

—Estoy listo —dijo Ewan.

—Túmbate.

El Rey Ruadhri dio un paso adelante y cogió el cuchillo. Meinrad se apartó mientras los seres mágicos congregados se desplegaban buscando una vista mejor.

—¿Rey Ruadhri? —susurró Ewan.

—¿Sí?

—¿Tendré que elegir qué tipo de ser mágico quiero ser? Nunca me lo ha explicado nadie.

Ruadhri cerró los ojos.

—Sí. En cuanto terminemos con esto. Ahora, cierra los ojos.

—Está bien —aceptó Ewan—. Quiero ser un Sidhe.

Ruadhri levantó el cuchillo sobre su cabeza y susurró una breve oración, pidiendo perdón.

—No pensé que habría tantos —dijo Colby, con las rodillas temblorosas y un nudo formándose en la garganta mientras hablaba—. ¿Qué pasará si no dejan que Ewan se marche?

Yashar entrecerró los ojos y dijo tratando de no inmutarse:

—Entonces, lo más probable es que no vivamos lo suficiente para ver a Ewan muerto.

Los dos permanecieron en silencio, ocultos en el bosque con la ayuda de una magia que Colby apenas entendía.

—No creo que pueda luchar contra tantos, Yashar.

—No puedes.

—Podría si fuera un mago más poderoso —sugirió el muchacho.

—No es cuestión de poder. Se trata de en cuantos de ellos te puedes concentrar al mismo tiempo. Y nadie puede concentrarse en todos. Ni siquiera formulando un deseo.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Rezar para que no se lancen sobre nosotros todos a la vez.

—Yashar, ¿tienes miedo?

—Estoy aterrorizado.

—¿Tienes un plan?

—Sí. Permanecer *detrás* de ti.

Los ojos de Colby se abrieron lentamente, mientras el color desaparecía de su rostro.

—¿No me vas a proteger?

Yashar meneó la cabeza.

—No esta vez. Ahora eres tú quien tiene que *protegerme*.

Colby tragó saliva, asintió y puso su mejor cara de chico mayor.

—Vamos a hacerlo.

En su vida había estado tan asustado.

Knocks observaba enfurruñado la ceremonia, mezclado con los Gorros Rojos. Apretaba los dientes con fuerza y los nudillos de sus pequeños puños estaban blancos del esfuerzo. El Gorro Rojo Schafer se inclinó hacia él y le susurró algo al oído. Al instante la expresión del muchacho cambió, parecía como si le hubiera tocado el premio gordo de la lotería, un premio que nunca había sospechado que existía. Le daban ganas de aplaudir, pero se contuvo. Schafer se inclinó de nuevo y le volvió a decir algo, mientras Knocks trataba de disimular que era el niño más feliz del mundo. Deseaba que el cuchillo descendiera cuanto antes.

Ruadhri respiró hondo y comenzó a hablar en una lengua antigua y casi olvidada, ofreciendo el niño al diablo.

—¡No lo mates! —llegó un grito procedente del bosque.

Entre la multitud se escucharon algunos murmullos.

—¿Matarlo...? —se sorprendieron algunos niños, mientras escudriñaban la noche, girando las cabezas y estirando los cuellos, tratando de identificar la voz. Colby salió de la oscuridad del bosque con los brazos cruzados y la

expresión de determinación en la cara. Tras él caminaba Yashar, su mirada era cautelosa y preocupada.

Los niños se volvieron para mirar a los adultos. Era como si una granada hubiera estallado en medio de la multitud. Ojos como platos, rostros petrificados, mandíbulas caídas —expresiones de una sorpresa horrorizada. Sin embargo, los viejos no parecían en absoluto impresionados, mostrando tan sólo desprecio. La hora se acercaba, pronto llegaría el diablo.

Knocks, con la cara petrificada, murmuraba entre dientes:

—Mátalo. Date prisa y mátalo.

La voz de Meinrad volvió a sonar, esta vez se dirigía a Colby:

—Hijo, este no es un asunto en el que puedas entrometerte. Esta vez no te vamos a *pedir* que te vayas.

—Deje que se marche —exigió Colby.

Ewan se inclinó hacia delante, apoyándose en los codos.

—¿Qué estás haciendo? ¡Estoy a punto de convertirme en un ser mágico!

—No, no te convertirás —dijo Colby—. Te van a matar y entregar tu alma al diablo.

—Noooo —dijo Ewan, meneando la cabeza. *Eso era una tontería*. Pero vio las expresiones sombrías que le devolvían la mirada. Bajó la vista al altar sobre el que yacía. Luego miró la daga apuntándole. Y por primera vez, vio todo lo que le rodeaba tal como realmente era, aunque se negase a creerlo.

—¿No seré un ser mágico?

El Rey Ruadhri, sin querer abrir los ojos, sólo meneó la cabeza.

—No podrías ser más mágico de lo que eres ahora.

—¡Ya es suficiente! —gritó Schafer, abriéndose paso entre la multitud. Miró al resto de los seres mágicos, que sumaban varias decenas, preguntándose por qué nadie se atrevía a dar un paso adelante para destrozar a ese niño.

—Oye, genio. Llévate al diablo a tu cachorro antes de que le arranque los brazos y os mate a los dos con ellos.

Yashar se encogió de hombros y meneó la cabeza.

—No se trata de mí. Es su batalla, su elección. Tienes que hablar con *él*.

Schafer golpeó con el puño la palma de su mano.

—Deberías intentar controlarle antes de que lo haga yo.

—Inténtalo —sugirió Colby.

Schafer se echó a reír, mirando al chico desde arriba.

—Voy a disfrutar con esto —escupió con su arrugada lengua revoloteando por encima del labio hinchado, como poniendo el punto a su amenaza.

Schafer avanzó con decisión hacia Colby, haciendo crujir los nudillos y girando la cabeza para desentumecer el cuello.

Reinaba el silencio, roto tan sólo por el crujido de las botas de hierro de Schafer en la grava bajo sus pies. *Crunch. Crunch. Crunch.*

Colby, nervioso, apretó los puños y miró por encima del hombro a Yashar. Yashar le devolvió la mirada vacía.

Colby se volvió hacia Schafer, que estaba ahora a tan sólo unos pasos.

—No creo que le guste esto en absoluto —dijo con la voz quebrada.

Extendió el brazo y cerró los ojos, sintiendo el zumbido palpitante del universo que le rodeaba. Con un pensamiento, reorganizó la masa que tenía ante él, tomando una forma de energía y convirtiéndola en otra con la facilidad con que se toma una bocanada de aire.

Al Gorro Rojo no le dio tiempo ni de gritar, la energía lo envolvió, plegándose sobre sí misma y haciendo que Schafer simplemente dejase de existir. Su cáscara lo abandonó, colapsando en la nada, su esencia restante se convirtió en pétalos de rosas y narcisos. Implosionó con un audible *puff*, dejando unos pétalos flotando suavemente en el aire y un dulce olor perfumando la noche.

En cuestión de segundos la única huella de que Schafer había existido alguna vez era un ligero olor y una alfombra de flores cubriendo la tierra.

Se había ido, y las bocas abiertas de sus amigos fue el único panegírico que recibió.

Meinrad contempló los restos florales y levantó la mirada hasta clavarla en un imperturbable Yashar.

—¿Qué has hecho?

Yashar meneó la cabeza.

—Le concedí su deseo —en su voz no había ironía, sólo tristeza—. Sólo pretende impedirnos que matéis a su amigo.

Meinrad miró a Colby con comprensión, había vergüenza en su mirada. Hizo un gesto hacia el altar.

—Dejad que el muchacho se marche.

—¿Qué? —gritó uno de los Gorros Rojos—. ¿Estás loco?

Meinrad meneó la cabeza, con la mirada clavada en el suelo.

—No somos criaturas especialmente crueles, Colby. Tú tienes que entender eso.

—Él no tiene que entender nada —protestó otro Gorro Rojo.

Meinrad no estuvo de acuerdo.

—Sí, o volveremos a vivir esta noche en el futuro. Y dudo que la próxima vez termine de forma pacífica.

—¿Pacífica? ¡Y una mierda! —gritó el primer Gorro Rojo—. ¡No habrá paz!

Los Gorros Rojos se lanzaron al ataque llevados por su ira. Rugían y chillaban mientras corrían por la gruta.

Las hadas se apartaban apresuradamente de su camino. Las que no lo consiguieron fueron arrojadas al suelo por unas manos convertidas en garras.

Las picas en alto.

Colby cerró los ojos y respiró hondo.

—¡No! —retumbó la voz del Rey de Piedra. Con una sola mano, Meinrad hizo surgir de la tierra piedras más grandes que el tronco de un sauce. Perforaban el suelo y se izaban hacia el cielo.

Las cabezas de los Gorros Rojos se estrellaron contra las piedras levantadas.

Colby perdió la concentración, sus ojos reflejaban la incredulidad.

Enojado, Meinrad levantó la mano y señaló con el dedo a los Gorros Rojos.

—Retroceded. Ahora.

Los Gorros Rojos, habiendo perdido a su líder y aturdidos por el golpe, iban poniéndose en pie para perderse disimuladamente entre la multitud.

Con un chirrido las columnas de piedra volvieron a hundirse en la tierra.

Meinrad miró al Rey Ruadhri —que seguía sosteniendo firmemente la daga por encima del cuerpo de Ewan.

—Deja. Que. Se. Levante.

Sin dirigirle la mirada, Ruadhri bajó la daga e indicó a Ewan con un gesto que se bajara del altar.

Colby y Meinrad se miraban el uno al otro, intentando adivinar lo que el otro haría a continuación.

El único sonido que se escuchaba en la noche era el de los pies cambiando nerviosamente el peso de una pierna a la otra. Toda la corte estaba conteniendo la respiración.

Meinrad asintió con la cabeza. Volvió a hablar y ya no había paz ni vergüenza en su voz. Estaba muy claro quién estaba al mando.

—Colby Stevens, toma a tu amigo y abandona este lugar. Las fronteras del Reino de la Piedra Caliza están cerradas para siempre para ti. Y eso va también por ti, Yashar.

Yashar asintió, una mueca de tristeza se asomó levemente a sus labios.

—Me lo imaginaba.

—Supongo que ahora quedan pocos reinos en los que puedas mostrar tu cara.

—No muchos, pero me las arreglo.

—Tu maldición es verdaderamente tan terrible como cuentan.

Yashar asintió. No podía negarlo.

—Ewan, Colby. Vámonos.

Colby contempló a los seres mágicos del Círculo de Piedra a su alrededor, tenía miedo de que alguno cambiara de opinión. Pero nadie se atrevió a mover un dedo, nadie pretendía perseguirles. Sólo los miraban, con una mezcla de melancolía y sentimiento de pérdida. A nadie le gustaba lo que estaba pasando, a nadie le gustaba lo que vendría después. De momento sólo querían que esos chicos se marcharan de allí.

Ewan caminó despacio entre la multitud, los seres mágicos se apartaban de su camino a medida que se acercaba, todos rehusaban mirarle a los ojos, enojados y avergonzados a partes iguales. Le querían, siempre le habían querido, pero ahora todo el trabajo que habían empleado en criarlo había acabado en la basura. *Era todo tan injusto.*

Pasó por delante de Mallaidh. La niña lo miró con los ojos llenos de lágrimas, meneando la cabeza y pronunciando sólo con los labios: «*Yo no lo sabía*». Pero él no podía mirarla. Ella era uno de *ellos*. Y le querían ver muerto. Apretó los dientes, fingiendo que no le importaba.

—¡No! ¡Nooooo! —gritó Knocks—. ¡Deténganle! ¡No podemos dejar que

se marche!

—Tenemos que hacerlo —susurró uno de los Gorros Rojos—. Si no, nos tendrán que barrer del suelo como a Schafer.

—¡No! ¡Eso no es justo!

—Si la vida fuera justa, Knocks —sonó la voz de Meinrad por encima de la multitud—, no tendríamos que sacrificar a los seres mágicos, para empezar.

Ewan cruzó la gruta hasta llegar a Colby.

—Hola, Colby.

—¿Qué tal, Ewan? Te dije que volvería.

—¿Podemos irnos ya? —tartamudeó el muchacho, atragantándose con las lágrimas.

—Sí. Vámonos.

Ewan se volvió para mirar a la multitud por última vez y vio a Dithers de pie, con la mirada fija en el suelo. Lentamente, Ewan se dio la vuelta.

—No pasa nada por llorar, ya sabes —dijo Yashar. La presa reventó y Ewan comenzó a sollozar, todo su mundo había desaparecido. Colby le tomó de la mano y los dos se adentraron en la noche—. Lo siento —dijo Yashar a las hadas antes de perderse en la oscuridad del bosque.

Mientras tanto, en el Círculo, Meinrad soltaba un hondo suspiro.

—Tenemos que ir tras ellos —dijo uno de los Sidhe.

—Sí —se hicieron eco los Gorros Rojos.

—No —cortó Meinrad. Negó con la cabeza lentamente. Sonaba como el roce de dos piedras—. No criamos a los niños que ponemos bajo la daga porque disfrutamos viéndoles morir, lo hacemos para que puedan ocupar nuestro lugar. ¿Cuántos de nosotros tendrán que ser sacrificados esta noche para recuperar al sustituto? Basta con que muera cualquiera de nosotros en el intento para quitarle todo sentido a esa acción. Hemos padecido esta muerte. Hemos apostado y perdido. Ahora vamos a minimizar nuestras pérdidas y volver a la verdadera cuestión que nos ocupa. ¿Quién de nosotros se reunirá con el Diablo para que el resto pueda vivir una vida larga y próspera?

Por un momento reinó el silencio. No había voluntarios.

—¡Entregadle al muchacho! —gritó alguien entre la multitud.

—El niño ya se ha ido —dijo el Rey Ruadhri.

—No —gritó otra voz—. ¡Al otro chico! ¡Al impostor!

La multitud volvió a quedar en silencio pero, tras unos instantes, se escuchó su rugido.

Era demasiado perfecto. Knocks ya había ocupado el lugar de Ewan en una ocasión, ahora lo podría hacer de nuevo, nadie lo echaría de menos, ni un alma. Sólo los Gorros Rojos parecían mostrar alguna reserva, intercambiando miradas curiosas, preguntándose si estarían dispuestos a sacrificar a su nueva mascota. Después de todo, era mejor así, *antes de que escogieran a uno de ellos*.

Knocks permaneció impasible ante las burlas y peticiones de su ejecución. En su interior sentía la rabia más grande que nunca había experimentado, pero al mismo tiempo se estaba alimentando del intenso sufrimiento que le rodeaba. Esta gente estaba asolada por el terror y dejaba que sus emociones sacasen lo mejor de ellos. Fue entonces cuando Knocks vislumbró por primera vez su destino, cuando supo por primera vez cuáles eran sus verdaderos talentos. Miró a Meinrad.

—No.

El rugido de la multitud se convirtió en meros murmullos.

—No creo que te esté permitido opinar sobre el asunto —dijo Ruadhri—. Eres una abominación, una bofetada en la cara de este tribunal. Y ahora tienes la oportunidad de cumplir con tu deber.

—¿Cuánto tiempo habéis estado haciendo esto? —dijo Knocks.

—Más del que nos gustaría admitir —respondió Meinrad.

—¿Hay reglas?

Ruadhri y Meinrad intercambiaron miradas. Poco a poco todos los ojos se posaron en Dithers.

—Sí que las hay —dijo Meinrad.

Era lo que Knocks sospechaba. Miró a Meinrad.

—Usted mismo dijo que fui envenenado por la vanidad de mi madre. La vanidad de una Sidhe. ¿Por qué castigarme por el pecado de mis padres? Y no fui yo quien perdió a Ewan —levantando el brazo señaló a Dithers—. Él lo hizo.

—¡No! —gritó Dithers—. ¡Yo no lo he perdido!

—Sí, lo hiciste —dijo Knocks.

—¡No! ¡Todos habéis estado aquí! ¡Todos lo visteis! ¡Todos le dejamos marchar! ¡Todos hemos fallado!

—Había un acuerdo. Tú juraste proteger al niño o reemplazarlo. Yo estaba allí, en tus brazos, cuando lo hiciste. Es hora de cumplir el juramento.

Todos miraron a Meinrad. Meinrad cerró los ojos, asintiendo solemnemente.

—El chico dice la verdad.

—¡No! ¡Noooooo! —Dithers trató de huir, pero los seres mágicos le rodearon empujándole.

Por un momento Dithers pensó en trepar a los árboles, pero imaginó a toda la corte persiguiéndole por el bosque, atrapándole sólo para colocarlo en el altar de todos modos. Sabía que su vida se estaba acabando, que ese fue el trato. Y mientras una multitud de manos, se apoderaba de él, luchó tratando de sacudirlas, pero lo hacía sólo porque se lo exigían sus instintos.

En el fondo, sabía que todo iba a terminar así.

Knocks sonrió. Podía saborear el miedo, no sólo de Dithers sino de todos los demás seres mágicos a su alrededor. Vieron lo que acababa de hacer. No sólo había eludido la muerte, lo había hecho después de que ellos la hubieran exigido. Si algo se sabía sobre los impostores, era que nunca olvidaban nada. Más que ninguna otra, esta noche los perseguiría siempre. Todos lo sabían. Y a él le tocaba saborear el delicioso miedo.

Observó con placer cómo las hadas arrojaban a Dithers sobre el altar y el Rey Ruadhri se acercaba con la daga. Una vez más, todo estaba en silencio, salvo por los gruñidos que soltaba Dithers mientras trataba de liberarse.

De repente, una risa resonó en la noche, una sola, un cruce de cacareo con rebuzno, de las que sólo una criatura en el mundo podía producir. El *Coyote*.

El Coyote se había puesto en pie, encorvado, tratando de dominar las histéricas carcajadas. El viejo se enderezó, haciendo un gran esfuerzo para poder pronunciar las palabras.

—La profecía —dijo entre risas— al final siempre encuentra una forma de manifestarse —sacudió la cabeza, mirando directamente a Dithers—. *Esto* es lo que vino a decirnos la Caza Salvaje —luego se dio la vuelta y, sin dejar de reír, se dirigió con paso vacilante hacia el bosque, siguiendo a los niños y al genio. Todavía se pudo escuchar su grito:

—*Esto* es lo que la Caza Salvaje ha venido a decirnos *a todos*.

Dithers supo al instante que era cierto. Miró a la multitud y, a pesar de las docenas de rostros que lo rodeaban, no vio más que uno —la deformada y fracturada imagen del chico por el que se había desvivido tanto—, devolviéndole una mórbida sonrisa. *Disfrutando*. Miró hacia arriba y vio el destello de la hoja de la daga levantada y dejó escapar un aullido que hizo añicos la noche.

Colby y Ewan pegaron un brinco, sobresaltados por el ruido, el lejano chillido, como el de un gato ahogándose dentro de un saco de arpillera, arañando los últimos segundos de aire. Siguieron caminando, haciendo como que no lo habían escuchado.

—Han tomado su decisión —dijo Yashar gravemente.

Los chicos caminaban cogidos de la mano, su corazón estaba roto.

—Colby —preguntó Ewan—. ¿Por qué querían matarme?

—Tienen que sacrificar a un ser mágico o el Diablo se llevará a uno de ellos. Así que te convirtieron en un ser mágico para ponerte en su lugar.

—¿Así que ahora soy un ser mágico? ¿En serio? —preguntó Ewan.

Colby miró a Yashar esperando la respuesta. Yashar asintió.

—Sí. Por ahora.

—Oh —dijo Ewan con tristeza—. Pensé que iba a ser... diferente.

Capítulo 24

Los últimos minutos de la infancia

Era de noche. La única luz procedía de una farola cercana que se encendía y se apagaba con el ruidito de un aparato de achicharrar insectos. Yashar, Colby y Ewan aguardaban ante la puerta de un orfanato. Ewan, vestido como un vagabundo salido de una novela de Dickens, llevaba una nota de su madre imaginaria prendida en las ropas. La nota detallaba toda clase de crueles abusos que había padecido, incluyendo las drogas. Lo tuvieron que hacer así por si Ewan hablaba de los monstruos o las hadas o de su estancia en el bosque, los psiquiatras infantiles eran muy aficionados a las metáforas y los arquetipos.

—¿Por qué no puedo ir con vosotros? —preguntó Ewan.

Yashar miró a Colby y asintió. Colby asintió a su vez.

—Yashar dice que no serás bienvenido adonde vamos.

—¿Porque soy un ser mágico?

—Sí.

—¿Y qué hay de ti?

—Son menos quisquillosos con los magos.

—Oh —frunció el ceño Ewan—. Nunca había estado solo antes.

—Lo sé, pero vendré a verte siempre que pueda.

Ewan miraba al suelo, removiendo el polvo con los pies. Colby miró a Yashar, sin saber qué decir. De repente, Colby sonrió.

—No vas a estar solo.

Se quitó la mochila, la abrió y sacó al Señor Bearston. El aspecto del oso era aún peor que al inicio del viaje —sucio, roto y bastante ajado. Pero el único ojo que le quedaba miraba como si hubiera visto algo. Algo maravilloso. Algo aterrador. Algo en qué creer. Al menos, así es como el Señor Bearston miraba a Colby. Él ya no lo necesitaba, pero Ewan sí.

Colby miró al oso que tenía en sus brazos y le habló con franqueza.

—Tiene un trabajo muy importante que hacer, Señor Bearston. Nuestro amigo Ewan necesita que cuide de él. ¿Puede hacerlo por mí? —con la mano con la que sostenía al muñeco hizo que este moviera afirmativamente la cabeza—. Muy bien, señor. Ahora a trabajar —y entregó el oso a Ewan, que abrazó al peluche con todas sus fuerzas—. Él cuidará de ti.

—Gracias —Ewan avanzó un paso y abrazó a Colby colocando los brazos alrededor de su cuello. En una mano seguía sosteniendo al Señor Bearston.

—¿Volverás a por mí?

—Siempre lo hago.

—Adiós, Colby.

—Adiós, Ewan.

Colby se separó de su amigo, hizo una seña a Yashar y, con un rápido gesto de despedida con la mano, echó a andar. Ewan se quedó solo en la escalinata, observando con tristeza cómo su amigo desaparecía al doblar la esquina del edificio. Luego se volvió y se acercó a la puerta del orfanato, dispuesto a contar la mentira que Yashar le había preparado.

—¿Se acordará de algo? —preguntó Colby.

—Sólo de la música —dijo Yashar.

—¿Por qué de la música?

—Nadie lo sabe.

—¿Me recordará?

—Sí, si cumples tu promesa de visitarle, aunque probablemente no sabrá dónde os conocisteis.

—Vaya —dijo Colby, dejando escapar un profundo suspiro.

—Vas a mantener tu promesa, ¿verdad? —preguntó Yashar.

—¡Por supuesto que sí! —respondió el muchacho conmovido—. Ewan y yo siempre seremos los mejores amigos.

—Sé que lo harás. Eres un buen amigo.

Los dos caminaron en silencio durante un rato. De repente Colby dijo:

—¿Yashar?

—¿Sí?

—¿Volvemos a casa?

—¿Por qué tenemos que volver a casa, Colby? Aún no lo has visto todo.

—Oh —dijo—. ¿Tengo que hacerlo?

Yashar asintió con la cabeza como si no quedara duda alguna.

—Ese era tu deseo —dijo—. Y me lo hiciste prometer. Así que sí.

—¿Quieres darme la mano?

—Siempre —dijo Yashar—. Siempre.

Yashar tomó la mano de Colby en la suya y los dos se adentraron en la noche, dejando atrás a la primera de sus muchas aventuras juntos. Y aunque vivieron multitud de aventuras que los llevaron a muchos otros lugares grandes y terribles, esta aventura realmente no terminó allí para Colby Stevens, pues al igual que crecen los niños pequeños, también lo hacen sus problemas.

LIBRO SEGUNDO

Capítulo 25

Comprender la naturaleza de lo sobrenatural

Un fragmento del libro del Dr. Thaddeus Ray, Ph.D. *Todo lo que no se puede ver.*

Toda materia es energía. Para comprender plenamente a las criaturas sobrenaturales, primero se debe tener claro este simple principio científico. Cualquier fragmento del universo está compuesto de los mismos elementos básicos. Descomponga a una persona, un árbol, una gota de agua o un rayo de luz del sol y encontrará muchos elementos comunes. Las diferencias se derivan de la forma en que se ensamblan y la frecuencia con la que vibran. Un concepto simple, pero de difícil comprensión. Lo mismo ocurre con el mundo de los seres y eventos sobrenaturales.

Cuando los científicos se sientan a calcular la masa del universo, sus matemáticas siempre adolecen de enormes lagunas, huecos vacíos que podrían llenarse con números diferentes. Así surgen los elementos que tienen que existir para que sus teorías tengan sentido. Evocan conceptos como *materia oscura*, *energía oscura* y una docena de otros nombres y frases todavía sin acuñar. Si bien algunos piensan que el error podría ser achacable a la propia teoría, existe otra posibilidad: que haya una forma de masa o de energía que actualmente somos incapaces de medir —una partícula o partículas que obedecen a sus propias leyes y reaccionan entre sí de manera distinta a todas las demás partículas del universo. Partículas que no podemos detectar ni medir de ninguna manera. Llamo a una de esas partículas y a la energía que genera *sustancia de los sueños*.

La sustancia de los sueños es la esencia de la consciencia, la partícula del alma. Todo ser consciente de sí mismo contiene una cierta cantidad de la misma. Al igual que cualquier otra forma de energía o masa, obedece a sus propias reglas y se puede encontrar en diversos grados en todo el universo. Aquí, en el planeta Tierra, se acumula y fluye en cantidades concentradas a través de lo que se conoce más comúnmente como líneas ley. Al igual que cualquier otra sustancia que fluye libremente, a menudo se acumula en pequeñas charcas, afluentes e incluso balsas del tamaño de un lago, en los que puede arremolinarse indefinidamente antes de ser absorbida por otros elementos o devuelta al caudal. Esto no quiere decir que no haya sustancia de los sueños a su alrededor, mientras está leyendo este libro, sino que su concentración ni de lejos se aproxima a la que existe en los puntos de intersección de líneas ley o de los remansos.

Se cree que el feto absorbe esta energía de su madre durante el embarazo y la temprana infancia hasta que reúne la cantidad suficiente para adquirir auto-consciencia y formar su propia alma. En algún indeterminado momento anterior a su nacimiento, acumula la energía suficiente como para ser capaz de existir fuera del vientre materno, pero no la suficiente como para retener los recuerdos. La mayoría de las teorías apuntan a los primeros recuerdos de una persona como el momento en que adquieren verdadera consciencia y completan su

alma. Los que estudian este proceso se refieren a esta modalidad de energía como *la sustancia del alma*. Por lo tanto, nosotros, criaturas mortales, somos una combinación de la materia que conocemos y de la sustancia de los sueños. Al igual que existen manifestaciones de la materia que carecen de conciencia, como las rocas, los árboles y las formas inferiores, ¿no podrían existir también manifestaciones que *no son más que* la conciencia pura?

Entonces, ¿qué es un ser sobrenatural? Es un ser compuesto casi en su *totalidad* por la sustancia de los sueños. En pocas palabras, es lo que sucede cuando la sustancia de los sueños adopta una forma, al igual que los seres humanos están compuestos casi en su totalidad de agua. Cada criatura es creada por los principios rectores a los que están sometidos este tipo de energía y de materia.

Cuando la sustancia de los sueños se concentra en una zona, esa zona comienza a adquirir propiedades acordes con sus habitantes sintientes. Si son seres pacíficos y amantes de la naturaleza, lo más probable es que la sustancia de los sueños realzará la belleza natural de la zona y generará criaturas tan juguetonas, serviciales y deliciosas como la gente del lugar, enriqueciendo, en última instancia, las emociones de los habitantes y realimentando, de esa manera, la sustancia de los sueños. Sin embargo, si son miedosos, belicosos o particularmente sanguinarios, lo más probable es que se encuentren rodeados de monstruos que se aprovechan de esas emociones.

Cuanto más fuerte sea la concentración de la materia de los sueños, con mayor facilidad generará a las criaturas. En las regiones especialmente ricas, una sola pesadilla puede dar vida a una criatura, siendo sus rasgos el producto de la imaginación de una sola persona, mientras que en las zonas pobres o deterioradas pueden hacer falta las creencias de toda la población para producir un único y débil ser. De cualquier manera, las facultades, capacidades y debilidades de dicha criatura serán fruto de la creencia en esos rasgos. Por ejemplo, las historias de que uno debe ponerse la ropa del revés para alejar a ciertas criaturas mágicas no se debe tanto al rechazo que *esas* criaturas puedan sentir a esa forma de vestirse como a la aversión de la *población* específica, que se transmite después al ser mágico de que se trate. Sin embargo, a veces, esa práctica sólo protege a los que de verdad creen que esa forma de ponerse la ropa aleja a los espíritus. Las cosas se complican de manera exponencial si se tiene en cuenta que estos seres poseen su propia psique (se podría argumentar que en realidad no son otra cosa que la psique) y las propias creencias de estos seres podrían influir en su forma y características, lo que explicaría los diferentes niveles de manifestación potenciales entre las especies más inteligentes.

Al igual que la carne debe consumir carne para sobrevivir, todos los seres hechos de la materia de los sueños también deben alimentarse de la materia de los sueños. Los seres mágicos benignos, como los Brownies o los Heinzelmännchen alemanes, se cree que se alimentan de la buena voluntad y la alegría de la gente a la que ayudan, consumiendo la energía positiva y convirtiéndola en la materia de los sueños que necesitan. Algunos se alimentan de manera pasiva, mientras que otros, como los Leanan Sidhe, actúan de manera más directa a la hora de obtener la energía que necesitan para vivir. Del mismo modo, las criaturas que se alimentan del miedo y de la agonía deben procurar, de alguna manera, provocar esas emociones, si no pueden encontrar un lugar cuyos habitantes ya las estén experimentando. Las criaturas especialmente inteligentes o afortunadas se alojan a menudo en lugares en los que el sufrimiento del que se alimentan se produce en abundancia, como los hospitales, las prisiones o (con permiso de la historia) los campos de exterminio.

Las criaturas primitivas, como los vampiros o los Black Annis, deben obtener la energía directamente de la carne o la sangre. Careciendo de la capacidad de alimentarse de la energía del ambiente, a menudo tienen que beberse toda la sangre o devorar un cuerpo hasta los

huesos para obtener el alimento suficiente para poder aguantar hasta su siguiente comida, que suelen necesitar con mucha mayor frecuencia que las criaturas de los niveles superiores, lo que implica para ellos un mayor riesgo de ser descubiertos. Estas bestias a menudo son cazadas y destruidas por los mortales o, a veces, por otras criaturas sobrenaturales que buscan alejar la atención de sí mismas tanto como sea posible.

La existencia de cualquier criatura sobrenatural siempre se deberá a las creencias. Son las que les dan forma y les condicionan. Si la gente no creyera en los seres mágicos, estos no existirían. Cuando el hombre no se limite a comprender este hecho inmutable, sino que lo abraza, se encontrará con que todas las criaturas sobrenaturales no son más que las extensiones de su propia voluntad. El mayor peligro para un ser mágico no reside en ser olvidado, sino en ser descubierto por una persona que ha dado por casualidad con esta ley natural bastante lamentable. Esto convierte a los humanos en una especie muy peligrosa para enredar con ella y la historia está llena de encuentros entre esa clase de *sabiduría* o *hechicería* y los seres sobrenaturales con resultados desastrosos para ambas partes.

La magia y los milagros no son más que la manipulación mental de la materia de los sueños ambiental y la voluntad para cambiar una cosa en otra. Cuando un millar de personas se encarama sobre una colina que consideran un lugar santo (en realidad un entorno especialmente rico en materia de los sueños) y sus símbolos sagrados se transmutan de una sustancia en otra (como el plástico en oro), como ellos estaban convencidos que haría, ¿se trata de la voluntad de un ser superior? ¿O es la suma de sus voluntades la que se proyecta sobre las energías que los rodean y causa la transmutación, como cuando aplicamos el fuego a una sustancia y la hacemos convertirse en otra cosa?

Las personas que comprenden en profundidad estos principios, armados con la fe, la comprensión y provistos de suficiente materia de los sueños ambiental, son considerados magos, hechiceros, brujos, brujas u hombres santos. La magia de estas personas, tan variada en sus rituales y resultados como lo son las propias criaturas sobrenaturales, consiste en conceptos simples de compleja ejecución. Una vez que uno lo entiende, no habrá forma de manipulación que le sea realmente ajena y todas las criaturas podrán ser entendidas a un nivel básico.

Por supuesto, este conocimiento no hace que estas cosas sean menos peligrosas, igual que comprender cómo funcionan los órganos de un león no le protegerá de sus garras ni de sus mandíbulas. Más bien, se ponen a sí mismos en peligro por atreverse a entenderlos. Hay cosas que nos asustan por la noche y la mayoría de esas cosas prefieren que no sepamos nada más de ellas.

Tengan cuidado, estén atentos. Porque pocos de los que poseemos este conocimiento morimos de causas naturales y la mayoría no llegamos a viejos.

Capítulo 26

El joven Colby Stevens

No existía un destino, ni tampoco una profecía, sólo materia chocando contra materia como dos camiones de juguete en las manos de un niño. No había orden ni concierto, ni un gran plan para todo, sólo cosas nuevas y brillantes convirtiéndose rápidamente en viejas, deterioradas y ajadas. Desde pequeño, Colby Stevens estaba convencido de que Yashar lo había elegido por *alguna razón*. Que él había formulado sus deseos *por alguna razón*. Que había salvado a Ewan de las garras del infierno *por alguna razón*. Pero ya se había dado cuenta de que, en realidad, nada ocurre *por una razón*. Simplemente, las cosas se joden sin que haya ninguna razón *para ello*.

A la edad de veintidós años la mayoría de la gente piensa que ha visto mundo, están convencidos de que han vivido ya toda su vida, que han recibido algún conocimiento arcano que impartir. Pero Colby *sí* había visto el mundo a los veintidós. Y poseía conocimientos que impartir. Pero no había nadie a quien se lo pudiera contar, nadie que lo pudiera creer.

Colby Stevens era un hombre roto, un lustroso juguete maltratado hasta dejar de ser reconocible, cuya chispa se había desvanecido hacía mucho tiempo y cuyo olor a juguete nuevo se había convertido en el frío y húmedo hedor a sudor de miedo. Ya no era el niño de ojos bien abiertos que estaban dispuestos a verlo todo. Más bien estaba ansioso por meterse en el agujero que se había preparado para ocultarse, con la esperanza de no volver a ver nada nuevo. Nada le haría sentirse más dichoso que el tedio de la normalidad —alguna afición tranquila, una esposa, una calle sin ángeles posados en los alféizares o fantasmas errantes deambulando fuera y dentro de su vista.

Pero Colby Stevens no era un hombre afortunado. En absoluto. Ni siquiera un poco.

No es que no hubiera luz en el mundo, Colby había visto mucha luz, mucha bondad. Pero eso era sólo una cara de la moneda. La oscuridad del

mundo era tan negra que resultaba cegadora, el aplastante, persistente peso de todo lo que estaba mal se concentraba en las criaturas que no se atrevería a nombrar en voz alta. Fueron *ellas* las que indujeron a Colby a ocultarse, eran *ellas* las que hacían su vida tan insoportable. Y las criaturas, la memoria, *el conocimiento* no eran algo que uno podía quitarse de encima, por mucho que lo desease. Ni siquiera un genio podía limpiar algunos pecados. Esa fue la lección que aprendió de su primer deseo.

Incluso las cosas oscuras parecen brillantes y nuevas la primera vez.

Una vez más, Colby tenía pocos amigos y carecía de perspectivas de las que hablar. Un joven escuálido y pecoso, con una maraña de grasiento pelo color zanahoria sobre la desgarrada estructura que se balanceaba y cabeceaba al andar. La pubertad había sido cruel con él. Tenía los ojos profundamente hundidos, subrayados por unas oscuras ojeras y su nariz parecía demasiado caricaturesca para ser real. Si al menos sonriese a menudo, podría parecer hasta gracioso, pero, en estos días, sonreír era algo que rara vez hacía. A pesar de su aspecto cómico, su expresión grave y semblante adusto impedían que pareciera torpe y repulsivo —dejándolo simplemente en torpe y desgarrado.

Estaba nervioso. Histérico. Miraba constantemente a su alrededor, observando fijamente los espacios vacíos de la habitación. Tenía una desagradable manía de mirar por encima del hombro de su interlocutor cuando hablaba con alguien, como si divisara algo que acechaba a sus espaldas y que ellos no podían ver. Al caminar por la calle balbuceaba y murmuraba algo para sí mismo. Esa manía, que no pasaba desapercibida para los que le rodeaban, hacía que rara vez se le viera acompañado.

A la edad de veintidós años, Colby Stevens era un hombre que sabía demasiado, que había visto demasiado y que entendía demasiado. Pero nadie lo hubiera pensado al verle. Sobre todo cuando le veían trabajar de chico para todo en la tienda de Harold Puckett.

Puckett's Stacks no era el tipo de librería que uno descubre por casualidad, era el tipo de librería que uno busca deliberadamente. Era una de las pocas tiendas de la ciudad de Austin a las que había que bajar por unas escaleras, ningún rótulo anunciaba su presencia, ningún mapa mostraba su ubicación. Tenías que saber que existía y conocer a alguien que sabía cómo encontrarla,

porque, una vez allí, era bastante probable que tuvieran exactamente el tipo de libro que estabas buscando. Primeras ediciones, ediciones raras, obras maestras de auto-publicación, cuadernos garabateados por locos célebres, libros de matemáticas, libros de magia, ese era el sitio para encontrarlos. Y Colby Stevens se había convertido en un elemento primordial para las adquisiciones del Sr. Puckett.

Para Harold Puckett seguía siendo un misterio cómo se enteró Colby del puesto vacante. Simplemente apareció un día, anunciando que estaba allí para ocupar el puesto.

—He oído que necesita un poco de ayuda —había dicho con una sonrisa en la cara y el pelo bien peinado, la única ocasión en que Harold lo vio con un aspecto tan profesional.

Harold asintió con la cabeza, hacía apenas unos minutos que había murmurado para sí mismo que le vendría muy bien un poco de ayuda en la tienda. Nunca había puesto un anuncio o mencionado a nadie su necesidad o deseo de tener un aprendiz, pero allí estaba Colby, plenamente consciente de ello, listo para empezar esa misma tarde. Aquello se convirtió en la forma habitual de relacionarse entre ellos: Harold quería algo y Colby se anticipaba a su petición. Era el tipo de relación que uno nunca cuestiona abiertamente, por temor a que desaparezca, así que Puckett la aceptó y ofreció a Colby un buen salario, salario que Colby se ganaba sobradamente con su olfato para los libros poco comunes y su habilidad para vender la obra más desconocida a un cliente que nunca había sido consciente de lo mucho que la deseaba desde siempre.

Ese era el verdadero talento de Colby. Si bien uno podría pasar el día criticando la forma tan extraña de comportarse o lo incómodo que uno se sentía a su lado, sus puntos fuertes eran indiscutibles. Poseía una visión extraordinaria de la naturaleza humana que rayaba en la telepatía. Por supuesto que Colby no podía leer la mente, pero a veces actuaba como si lo hiciera, lo que desasosegaba incluso a los que lo conocían bien. Había muy pocas cosas que pudieran sorprenderle y siempre sabía cuando alguien se le acercaba por detrás, incluso cuando lo hacía sigilosamente para cogerle desprevenido. Colby Stevens era un hombre extraño, misterioso. Y Harold Puckett se daba cuenta que eso era precisamente lo que le hacía sentirse como

en casa en su librería.

—Disculpe, señor —un cliente se dirigió a Harold Puckett—. Estoy buscando algo un poco más... exótico.

—Quiere decir, ¿algo erótico? —preguntó Harold. No estaba bromeando. La mirada furtiva del hombre, el tono, apenas audible en el momento de hacer su pregunta, todo ello inducía a pensar que era el tipo de hombre que busca el porno antiguo.

—No, no, no —dijo el hombre nervioso—. Estoy buscando algo... de ocultismo.

—Ah —comprendió Harold—. ¿Está pensando en algún título o autor en particular?

—¿Tiene algo de Grady?

—¿Grady? Hummm... —se mesó la barba Harold—. Creo que he visto un par de libros suyos en alguna parte. Claro que no me acuerdo de haber vendido ninguno recientemente. Déjeme ver —Harold se inclinó sobre el mostrador, mirando por encima de los montones de libros apilados. Como si acudiera a su llamada, Colby dobló la esquina con los brazos rebosantes de tomos viejos. Estirando el cuello sacó la cabeza por encima de la pila de libros poniendo su mejor expresión de *¿me ha llamado, jefe?*

—¿Sí, Harry? —dijo Colby, anticipándose a la pregunta.

—¿Has visto algún Grady en aquellos montones?

—¿Hans Grady? Sí. En los primeros metafísicos americanos —sopesó con la mirada al cliente—. Le mostraré dónde está —Colby colocó la inmensa montaña de libros que llevaba y por señas invitó al cliente que lo siguiera, abriendo el camino a través de la tienda. Cuando el cliente estuvo lo suficientemente cerca como para poder oír un susurro, Colby bajó la voz y dijo con gran cuidado y discreción—. Ahora, tengo que preguntarle, ¿es usted un coleccionista o un practicante?

El cliente se removió con inquietud.

—Realmente no creo que esto sea asunto suyo.

—Bueno, no quiero entrometerme, pero es importante saber si es Grady lo que realmente está buscando. Quiero decir, que si yo fuera un coleccionista, Grady sería un nombre interesante para tener en mi estantería. Pero si estuviera realmente interesado en sacar alguna utilidad del libro, terminaría

usándolo para calzar mi cojo sofá.

El cliente tosió nerviosamente.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

Siempre en voz baja, Colby habló, mirando de vez en cuando furtivamente a su alrededor para asegurarse cierta intimidad.

—Las ideas de Grady son brillantes, pero no tienen nada de sustancia. Los rituales que utilizaba solo servían para impresionar y los efectos que obtenía con ellos, si se daba el caso, se debían más a su talento natural que al trabajo. Sus teorías son una estupidez y sus cálculos son unos garabatos sin sentido. Ahora bien, si yo estuviera buscando algo con sustancia...

—Hummm..., bueno, yo también practico a veces —dijo el cliente con orgullo, pero tratando de parecer modesto.

—Por supuesto que sí y sin duda no es algo de lo que deba avergonzarse, especialmente aquí. ¿Qué está intentando hacer?

—No sé. Tal vez algo... ¿tántrico?

—¿Busca simplemente aumentar el *rendimiento*, o está considerando tocar la conciencia externa o interna?

El cliente lo miró directamente a los ojos.

—Quiero ver más allá.

Colby le dirigió una mirada de complicidad y una grave inclinación de la cabeza.

—Por aquí tengo algo justo para usted —sin mirar llevó la mano hacia atrás y empezó a recorrer los libros hasta llegar al que buscaba. El volumen estaba muy desgastado, con los bordes desflecados por el tiempo y las cubiertas casi sueltas.

—Este es de Donaldson. No es muy conocido, salvo en ciertos círculos, pero es excelente, sin embargo. Ábralo, por favor.

El cliente tomó el libro con mucho cuidado, manejándolo como si le acabaran de entregar la Sábana Santa de Turín, examinando cada rasguño y cada mancha de desgaste como si contuvieran pistas sobre el origen del libro. Abrió el libro y lo hojeó, mientras Colby se inclinaba para señalarle los tenues apuntes en los márgenes.

—¿Ve esas notas? —preguntó.

—Sí.

—¿Reconoce la escritura?

—No, así de pronto, no. ¿Debería?

Colby hablaba en susurros ahora.

—Harry me mataría si se enterase de que yo se lo he contado, pero creo que es nada menos que de Crowley.

—¿*Alistair* Crowley? —preguntó el cliente en un susurro un poco más fuerte que el de Colby.

—Shhh. Sí. Más adelante hay otras notas que creo que pertenecen a Arthur Waite, pero Harry no ha sido capaz de conseguir que nadie lo autentificara. Ahora bien, este texto es anterior a la Orden Hermética del Amanecer Dorado, así que...

—¿Cree que fue esto lo que inspiró a Crowley?

—Podría ser. No le prometo nada, salvo que el libro es bueno. Sus teorías sobre la alineación de los cuerpos celestes y su uso en los viajes astrales son de lo mejor que se puede encontrar.

—Me lo llevo —dijo el cliente sin dudarlo.

—También puede que quiera ver otras obras de Donaldson. Tenemos alguno más detrás del mostrador que conseguimos en una reciente subasta de bienes. Pregunte a Harry, en el mostrador.

—Gracias —dijo el cliente entusiasmado—. Muchas gracias, señor.

—No hay de qué —dijo Colby guiñando un ojo—. Tenga cuidado con eso. Hay cosas por allí a las que no les agradan los visitantes.

El hombre le devolvió la sonrisa y se dirigió hacia la entrada.

Harold le esperaba en el mostrador con una sonrisa de orgullo en el rostro. Bajó la mirada hacia el libro.

—Donaldson, ¿eh?

—Sí. El dependiente me dijo que podría tener algún otro por aquí —el hombre miraba ansiosamente a su alrededor, con la esperanza de descubrir otro volumen.

—Donaldson es un poco caro —dijo Harold, moviéndose lentamente a un lado para permitir que el hombre viese las pilas con sus propios ojos—. Pero acaban de llegar unos pocos este fin de semana. Este tipo no se queda en las estanterías durante mucho tiempo.

—Parece que merece la pena gastarse el dinero en él.

—Eso me han dicho.

Aunque los ojos del hombre se agrandaron un poco cuando Harold le dijo el importe total, sonreía mientras extendía el cheque. Ya no estaba nervioso, sino eufórico. Entregó el cheque a Harold, tomó los libros, miró a su alrededor y sonrió.

—Volveré pronto.

—Le esperamos —dijo Harold.

La campana de la puerta sonó, dejando a Harold y Colby solos en la tienda vacía. Harold sonreía.

—Sabes perfectamente que no es la letra de Crowley.

Colby asomó la cabeza desde detrás de un estante.

—Por supuesto. Es la de McGreggor. Pero nadie sabe quién demonios es ese, aunque deberían.

—¿No eras tú el que decía que Crowley era un cretino?

—Creo... que esas fueron mis palabras, sí —dijo Colby, fingiendo en broma que estaba haciendo un esfuerzo por recordar.

—Yo no diría que el hombre fuera un cretino.

—El hombre sabía escribir —dijo Colby—. Por eso es famoso. Pero no tenía ni puñetera idea sobre el otro lado.

—Bueno, utilizando su nombre acabas de vender libros por el valor de las ventas de toda una semana.

Colby asintió con la cabeza, mientras hacía el cálculo mental.

—Sí. Eso suena bien.

—Hablando de nombres —dijo Harold, señalando con el dedo hacia arriba como un signo de exclamación—... tengo algo para ti —hurgó debajo del viejo mostrador de madera, recorriendo con los dedos los desgastados lomos, hasta que logró llegar al libro que había estado buscando. Lo sacó y le dio la vuelta para que Colby pudiera ver la portada—. Encontré este Ray en una subasta del último fin de semana y sé lo aficionado que eres a su trabajo.

El libro era muy simple, estaba publicado por alguna editorial en la que el autor comparte los gastos de impresión, en la sencilla cubierta, impresas con un tipo de letra anodino, estaban las palabras: «*Todo lo que no puedes ver por el doctor Thaddeus Ray*». Nada de lujos. No tenía ni sobrecubierta, ni ningún texto en la contraportada. Era el equivalente literario de una bolsa de papel de

estraza. Colby tomó con cuidado el libro de las manos de Harold y asintió con la cabeza como señal de agradecimiento.

—No sé si afición es la palabra correcta.

—Bueno, cada vez que un libro de Ray sale a subasta, veo que le dedicas unos momentos más que a los otros. Y ya que eres tan raro y esta mujer no tenía ni idea de con qué se entretenía su marido, pensé que podía conseguirte uno. Este es el primero, creo.

—Sí. El primero de los cuatro. Se imprimieron sólo mil doscientos cincuenta ejemplares, si no me equivoco.

—Bueno, ahora éste es el tuyo —dijo Harold.

—Ya sabes lo que podrías conseguir por esto en una subasta. Las ventas de esta tienda de un mes.

—Y yo te lo doy a ti. Un regalo no valdría mucho si fuera fácil desprenderse de él, ¿verdad?

Colby asintió, sonriendo débilmente, para Harold suponía todo un triunfo el habérsela arrancado.

—Gracias —dijo—. Esto significa mucho para mí.

—No hay de qué. Ahora, fuera de aquí. Estoy cerrando. Vete a casa —sonrió Harold.

Aunque Colby tenía un coche, en días como este utilizaba la bicicleta para ir al trabajo. Austin es una ciudad llena de árboles. En primavera, en los barrios periféricos, las ramas de los robles y nogales forman arcos sobre el agrietado asfalto de las calles, los arbustos brotan de la hierba que amenaza con tragarse las aceras. Es un oasis verde que rodea un embalse que los lugareños prefieren llamar lago. Desde el aire parece una ciudad devorada por el verdor, los edificios se asemejan a unos altos y delgados templos incas destinados a ser invadidos por la selva y olvidados para convertirse en enigmas para las futuras civilizaciones. Claro que en verano la sombra es lo único que protege a sus habitantes del duro e implacable sol y de sus tardes de cuarenta grados, cuando la verde vegetación de la primavera da paso al marchito rastrojo marrón de la sequía.

Pero ahora estaban en primavera, con sus neblinas matinales, sus tormentosas tardes y suaves anocheceres, una hermosa mancha verde entre el

deprimente amarillo-marrón del invierno y el insoportable amarillo-marrón de agosto. Era la época del año que más gustaba a Colby. La primavera acababa de empezar y las temperaturas alcanzaban hasta los veinte grados de día, pero por las noches bajaban hasta los vigorizantes e invernales siete grados. Así era el tiempo en Austin en esta época del año: bipolar y disfuncional. Era una época del año perfecta atrapada entre dos mundos muy diferentes. Y Colby Stevens se sentía un poco identificado con ella.

Colby era propietario de una casita en la parte este de la ciudad, justo en la zona que habitaba desde la gente elegantemente inconformista hasta los que eran demasiado pobres para vivir en cualquier otro sitio. La casa no tenía nada de especial, un lugar sencillo, una vivienda sin complicaciones en una calle normal y corriente. La mantenía en buen estado, incluso pagaba a un chico del barrio para que recortara el césped a fin de no atraer la atención no deseada. Era como el código de barras de una propiedad: genérico, común y anónimo. Y así es como Colby lo quería.

Colby abrió la puerta y aspiró profundamente por la nariz. No notaba nada peculiar. Dejó las llaves en un cuenco colocado en la mesita de la entrada, justo pasado el vestíbulo, y echó una atenta mirada a todos los rincones de la habitación. Cerró los ojos y se concentró profundamente. No había nada fuera de lugar ni nada que no debiera estar allí. Finalmente, podía relajarse.

Se acercó a la estantería, miró detenidamente el tercer estante por arriba y pasó los dedos por otros cuatro ejemplares de *Todo lo que no puedes ver*. Casi todo el estante estaba dedicado a los libros del Doctor Thaddeus Ray, aparte de algunos otros oscuros manuales de referencia sobre lo oculto. Colby separó los cuatro libros e insertó la nueva adquisición, la quinta, en medio de ellos. Luego suspiró profundamente, su único consuelo era que las intenciones de Harold eran buenas.

—¿Tienes algún plan? —preguntó una voz a sus espaldas. Colby olfateó el aire e inmediatamente reconoció el familiar olor a azufre y almizcle de gacela. Yashar. El joven ni se molestó en volverse.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó.

—Bebidas —dijo Yashar—. Hay un montón.

Colby asintió.

—Creo que puedo prepararte algo...

Capítulo 27

Los depredadores de la calle Segunda

Simon Sparks era una babosa con forma humana embutida cuidadosamente en un traje de tres piezas. Elegante e impecablemente peinado, era como el whisky escocés barato —suficientemente decorado como para parecer elegante a cualquier persona que no entendiera de whisky. Treintaitantos años, piso, trabajo en finanzas, un coche elegante que arranca por control remoto, una franja de piel más pálida alrededor de su dedo anular izquierdo y un anillo de oro oculto cuidadosamente en el bolsillo delantero derecho.

Simon tenía una teoría acerca de las mujeres y si usted llegara a conocerlo lo suficiente como para que confiara en usted y quisiera impresionarle al mismo tiempo, se la expondría.

—Todas están taradas —solía decir—. Todas y cada una de ellas. Oh, no es su culpa. Tampoco es la biología. No soy sexista. Es la sociedad. Somos nosotros los que las volvemos así, las rompemos poco a poco, año tras año. Con revistas y anuncios publicitarios y películas protagonizadas por muñecas de grandes pechos que apenas pueden pronunciar una línea de texto sin que estos desborden sus escotes. Las mujeres miran a su alrededor, ven los medios de comunicación plagados de mujeres hermosas e inalcanzables y luego se miran al espejo y ven un montón de defectos demasiado grande para contarlos todos —en ese momento Simon se tomaba un trago. Siempre lo hacía para dar tiempo a su interlocutor a asimilarlo.

—«Mis caderas son demasiado anchas, los tobillos demasiado gordos, mi nariz es demasiado larga, mis labios están demasiado delgados, mi pelo demasiado fibroso, mis pechos un poco torcidos, los pezones son demasiado grandes o demasiado pequeños o son demasiado marrones o demasiado rosados.» Y las peores, las que peor lo pasan, son las espectacularmente bellas. Las que paran el tráfico —aquí tomaría otro trago, asintiendo con la cabeza, sonriendo, como si estuviera a punto de desvelar uno de los mayores

secretos de la vida—. A las que los chicos buenos no se atreven a dirigir la palabra por miedo. Mujeres que se pasan la vida siendo maltratadas por los imbéciles arrogantes que sí lo hacen. Esas chicas están destrozadas y se mueren por recibir cualquier muestra de atención.

—Son chicas que hacen las cosas más guarras. Dejan que las hagas cualquier cosa. Se ponen de rodillas y suplican a gritos que les des más fuerte, que la metas más profundo, que la metas por el sitio que quieras. Con tal de que se lo des. Y no te marches por la mañana sin pedirle el teléfono. Porque eso es lo que más las hunde. Eso es lo que no entienden. Ellas piensan que si fueran más guapas, las volverías a llamar. Que si hubieran hecho las cosas bien, las volverías a llamar. Que si fueran más interesantes, las volverías a llamar. Pero no lo harás. Nunca se las vuelve a llamar. Porque, por muy guapas que sean, no vale la pena tener una bronca por su culpa con la parienta.

Ese era Simon Sparks. Y Simon Sparks estaba de nuevo de caza, una vez más oteando su presa en un bar de la Segunda, demasiado moderno para estar abierto en horario normal en días normales. Simon se abrió paso entre la gente, fijándose sólo en las más jóvenes y más esbeltas de la noche. Pocas le prestaron alguna atención, y menos aún cumplían sus exigentes estándares. Y entonces la vio. *Grace*.

Un metro y setenta y cinco centímetros de disfunción firme, esbelta y rubia. Le faltaba confianza y se mostraba demasiado pagada de sí misma, pero su vestido era lo suficientemente ajustado para desvelar lo perfecta que se la vería desnuda. Simon la miró de arriba abajo, tratando de averiguar exactamente qué era lo que más la molestaba de ella misma. *¿Serían los labios? ¿El cabello? ¿Sus muslos?* Si acertaba a la primera, podría ahorrarse media hora de conquista. Las mujeres son complicadas en eso. Quieren ser vistas como hermosas, pero sólo *te* querrán si crees que son *casi hermosas*.

—Me llamo Grace —dijo con un bonito acento sureño. *Georgia. Sin duda era de Georgia.*

—Simon.

—¿Qué coche conduces, Simon?

—Un A-6. ¿Y tú?

—¿Esta noche? Esperemos que un A-6.

¡Premio gordo! Simon sonrió con ironía y arqueó una ceja.

—¿Quieres que nos vayamos a otra parte?

—Esto no funciona así, Simon. Primero debes invitar a la chica a una copa. Y luego pides que salga contigo.

—¿Qué estás bebiendo?

—Blue Label. Solo.

Simon Levantó un dedo, sin apartar los ojos de la chica.

—¡Camarero! ¡Dos Blue Label!

—Solo, dijo Grace, deslizado una mano por el muslo de Simon.

—¡Solo!

Simon se despertó amarrado a una desvencijada silla en medio de un almacén abandonado, con las manos atadas con cinta adhesiva y un calcetín sucio metido firmemente en la boca. Aturdido, intentó juntar los recuerdos, tratando de averiguar dónde se encontraba exactamente. Se acordó de la rubia. *Grace. Se llamaba Grace.* Recordó que había salido del bar con ella, luego llegaron hasta su coche y la dejó conducir. Luego recordó confusamente cómo se deslizaba en su asiento.

—Oh, no te preocupes por eso —le dijo Grace—. Sólo son los efectos de las drogas.

Agitado, miró a su alrededor. El suelo de cemento estaba cubierto de manchas de aceite y huellas de maquinaria pesada. El aire olía a humedad y podredumbre, como la muerte vieja. Dos sombras aguardaban justo al borde del círculo iluminado.

—Mira quién está despierto —dijo la sombra más alta.

De repente Simon rompió a llorar. Y a sollozar. Meneando la cabeza, empezó a saltar junto con la silla golpeando con las patas el suelo de cemento.

—¡MvomvoMVO! ¡Mveee! ¡MVEEEHEHEHEHE!

La sombra más alta se adentró en el círculo de la luz. Era un mutante delgado, demacrado, calvo, a pesar de su juventud y que, con el escaso pelo que le quedaba, intentaba ocultar las partes de su cabeza llenas de costras y bultos. Tenía uno de los ojos caído hacia un lado y sus dientes parecían los de un animal salvaje —afilados, amarillentos y llenos de sarro.

—Lo siento, Simon —dijo Knocks sonriendo—. Me temo que no puedo oírte suplicar por tu vida como es debido. Deja que te ayude con eso —y, acercándose, arrancó la cinta que tapaba la boca de su prisionero.

Inmediatamente Simon escupió el calcetín, intentando olvidar su sabor.

—¡Por favor no me mate! —gritó.

—¿Por qué no?

—Suélteme. Por favor, deje que me vaya.

—Eso no sería divertido. No, a menos que te persigamos y te demos caza. ¡Dietrich! —llamó con un gesto a la sombra más baja que permanecía a sus espaldas. Desde la oscuridad surgió un repugnante y maltrecho enano con un sudoroso gorro de dormir rojo en la cabeza, dos tallas más grande de lo que necesitaba. Arrastraba una larga cadena para la nieve que serpenteaba tras él por el suelo.

—¡Por Dios, no!

Dietrich le golpeó con la cadena en las piernas, astillándole la rótula. Simon gritó.

—¡Por favor! Haced lo que queráis conmigo. Pero por favor, ¡no le hagáis daño a mi familia!

Knocks y Dietrich le miraban atónitos, con las bocas abiertas y las cejas fruncidas.

—¿Qué?

—¡Os daré el dinero!

—¿El dinero?

—Le dije a Jorge que conseguiría el dinero y lo haré.

Mirándolo de arriba abajo, Knocks olfateó el aire.

—No estarás mintiendo, ¿verdad?

—¡No! Por supuesto que no.

—¿Realmente tienes miedo de que matemos a la perra frígida de tu esposa?

—¡Oye! ¡Ni se te ocurra!

Dietrich volvió a golpear su magullada rodilla, fracturándola del todo esta vez.

—No te hagas el santurrón, imbécil. ¿Por qué si no estarías merodeando por los antros, salvo que, de alguna manera, te hubieras convencido a ti

mismo de que tenías derecho a ello?

—Eso no es asunto tuyo, hijo de...—se detuvo, arrepintiéndose inmediatamente.

—Dietrich, creo que tal vez deberías matar a su esposa después de todo.

—¡No! ¡No! Por favor. ¡Te conseguiré el dinero! —estaba lloriqueando otra vez—. Te daré tu dinee-e-e-ro.

Knocks sonrió y entrecerró los ojos, haciendo un gesto a Dietrich.

—Noquéale.

La cadena golpeó en la parte posterior del cráneo de Simon y el mundo desapareció entre la oscuridad.

Simon se despertó al amanecer, el sudor y la sangre manchaban la lujosa piel del asiento delantero de su coche. Le zumbaba la cabeza y su rodilla chillaba. Pero estaba vivo. *Gracias querido y dulce Cristo misericordioso, ¡estoy vivo!* A través del rocío de la mañana que cubría las ventanillas podía distinguir la fría y gris monotonía de un aparcamiento vacío. Llevó la mano atrás y palpó con los dedos el pegajoso desastre de la base del cráneo. Todo lo ocurrido la noche anterior parecía ahora una pesadilla apagándose.

Tenía que ir a un hospital. Desde allí llamaría a Mallory. Le parecía la mejor manera de ahorrarse problemas. Las esposas no suelen hacer demasiadas preguntas en una sala de urgencias, simplemente están felices de que sigas vivo.

No es que Knocks se apiadara de aquel hombre, no sabría hacerlo, pero las súplicas de Simon le habían dado una idea. Lo que Simon sintió mientras imaginaba a su familia muerta a golpes con una cadena para la nieve fue el dolor más profundo que Knocks había sentido en décadas. Fue un verdadero y desconsolado terror, producido no por el instinto de supervivencia, sino por la ansiedad. Y el amor. El miedo era palpable. Lleno de matices. *Delicioso.*

Cuando golpeas a un hombre hasta matarlo, el miedo desaparece en el momento en que dejas de pegarle. Y después de un tiempo, su víctima sólo quiere que acabes de una vez. El miedo se desvanece con la aceptación y no queda nada más que azuzar a los Gorros Rojos contra él para que lo hagan pedazos y sacien sus gorros. Knocks había pasado años alimentándose de esta

manera, atrayendo a los ligones profesionales y aficionados cachondos con la promesa de un cutre polvo en el asiento trasero, sólo para machacarlos hasta la muerte en un callejón oscuro o en un almacén abandonado con un par de sus amigos Gorros Rojos. Pero eso sólo duraba una hora a lo sumo.

Esa clase de miedo implicaba una violencia regular. Muy regular. La gente empezaba a inquietarse con tanto crimen. Por eso Knocks apuraba hasta el último momento posible, cuando apenas podía aguantar ya el hambre. Entonces atacaba y se alimentaba.

Pero lo de tener un gusano en el anzuelo, convulsionándose y retorciéndose de dolor tenía algo. Quería ver a dónde le llevaría todo aquello. Por eso dejó marcharse a Simon sólo con una advertencia, para ver qué pasaba. A partir de entonces, cada vez que Knocks sentía sus dolorosos ataques de hambre, se ocultaba entre los arbustos que rodeaban la casa de Simon y hacía una llamada a su teléfono fijo. Después de unos segundos de respiración pesada, colgaba. Simon, aterrorizado y convencido de que esa era la noche en la que vendrían a matarlo, apagaba todas las luces y hacía que la familia se apiñara en la oscuridad, perdiendo poco a poco el control sobre todo lo que amaba. Eso aterrorizaba a su mujer e hijos, incluso más de lo que le espantaba a él la idea de verlos muertos. Y Knocks consumía hasta la última gota de ese pánico y ansiedad.

Había descubierto el juego largo. Y cuando, algún tiempo después, la policía pescó el cuerpo sin cabeza de Simón en el lago Ladybird —asesinado por sus acreedores de la mafia mexicana—, Knocks ya había pasado a practicar algo aún más abominable. No hubo manera de encontrar otro Simon Sparks, aquello fue un golpe de suerte. Pero una noche, mientras merodeaba alrededor de la casa, se dio cuenta de lo atormentado que estaba Simon con la idea de que su mujer le iba a abandonar a causa de sus infidelidades. Un hombre que, al salir del trabajo, se pasaba las tardes con universitarias borrachas y strippers colgadas, lleno hasta las cejas de alcohol, estaba aterrorizado ante la idea de que su frígida y regañona esposa le diera puerta. Iba en contra de todo lo que Simon representaba. Pero allí estaba. Era el amor.

Y fue entonces cuando Knocks descubrió la verdadera fragilidad del corazón humano. Se acordó de cuando, siendo niño, la pequeña Mallaidh, la

Leanan Sidhe, le rompió el corazón al preferir a aquel repugnante Niño Tributo. Mientras la ira y la amargura le volvían a llenar por dentro, se preguntó si sería difícil hacer que alguien se enamorase de su alma gemela y luego ir destrozando poco a poco esa relación, primero rompiendo el corazón, después el espíritu, hasta incluso la voluntad de vivir.

Resultó ser mucho más fácil y más gratificante de lo que había imaginado.

Ya no buscaba simplemente la presa de una noche, se concentró en los forasteros solitarios, los invisibles para la sociedad, esas almas que pasan sin que el mundo se fije en ellas, que luchan por lograr una existencia precaria, enclaustrados en su casa un viernes por la noche con una pila de libros, una taza de té y un videojuego. Sería bastante sencillo localizarlos. Están por todas partes. Aunque ellos se sienten solos, en realidad son multitud, se encuentran en las librerías o en las salas de cine o trabajan en los rincones más perdidos, más aislados de las grandes oficinas.

El truco consistía en encontrar a alguien que tenía problemas para establecer el contacto visual. Esos eran los invisibles, los que creían que eran invisibles por alguna razón. Se sentían poco atractivos o desagradables y lo reafirmaban vistiendo ropa amplia, grandes gafas oscuras y apenas prestando atención a su pelo o al maquillaje. Knocks podía localizarlos incluso en los sitios más concurridos. Una rápida pasada a su lado y podía sentir el cosquilleo de la soledad, el cosquilleo de su anhelo de ser amados. Y era entonces cuando él atacaba.

Lizzie Anders era un desastre. En la otra vida podría haber sido hermosa. Pero no en esta. Esta era la vida en la que ella lloraba hasta quedarse dormida, viéndose a sí misma todavía como una niña de diez años, una niña que se había hecho pis encima en la clase de gimnasia, ganándose el apodo de Meona, con el que se quedó hasta la graduación. Los chicos se burlaban de ella diciendo que practicaba deportes acuáticos y las chicas, mucho más crueles, se levantaban y se cambiaban de sitio cada vez que Lizzie se sentaba cerca. Había prescindido de la universidad y empezó a trabajar como grabadora de datos nada más salir de la escuela secundaria, decidida a no levantar nunca la vista de la pantalla de su ordenador.

Por eso se quedó tan sorprendida el día en que Knocks se dirigió a ella en

el autobús. Estaba guapísimo. Radiante. El aspecto de una estrella del pop y una sonrisa de mil vatios. Dijo que se llamaba Billy. Le preguntó si podía tomar asiento a su lado y ya no dejó de hablar durante todo el viaje. Lizzie trató de acallarle con su silencio, pero cada vez que se sumergía en su libro o miraba por la ventana, él encontraba algún otro tema de conversación.

Era como si ya la conociera. Todas sus aficiones, cada uno de sus sueños. Fue mágico. El chico en el que pensaba mientras lloraba todas las noches hasta quedarse dormida, sabiendo que no podía ser real. No para ella. No para Meona Anders. Pero allí estaba él, inasequible al desaliento.

Su historia de amor duró tres magníficas semanas. En su segunda cita habían hecho el amor en el suelo del estudio de ella. En su quinta cita, habían hecho el amor tantas veces que Lizzie estaba a punto de perder el conocimiento del agotamiento. En su tercera semana estaban planeando viajes por todo el mundo que iban a realizar después de que se graduaran sus hijos.

Y entonces Billy dejó de llamarla. Primero estuvieron tres días sin verse. Luego cinco. Llevaba desaparecido tres semanas cuando se presentó una noche, apestando a alcohol, para un polvo rápido en el suelo antes de caer desmayado y escabullirse antes del amanecer.

La siguiente vez que hablaron, Knocks le contó que había conocido a otra persona. Era más bonita. Mejor en la cama. Que no orinaba constantemente por miedo a hacerse pis encima. Alguien con quien podría pasar el resto de su vida. Esa noche Knocks esperó debajo de la ventana mientras Lizzie preparaba un baño caliente y se cortaba las venas con un cuchillo de cortar carne. Se rio mientras la muchacha agonizaba en la bañera. No había reído así desde que era niño, cuando veía cómo sus madres ahogaban a los hombres en el lago Ladybird. Cada momento en que él no la llamaba era un manjar, pero esto..., esto era un festín. No había sentido nada tan placentero desde que Tiffany Thatcher se ahorcó con aquella soga. Y, mientras la vacía vida de Lizzie teñía el agua de la bañera de un profundo rojo oscuro, Knocks supo que pasaría mucho tiempo antes de que volviera a tener hambre de nuevo, el tiempo suficiente para prepararse otra comilona.

Knocks saboreó los jóvenes amores frustrados, con su tendencia a las cuchillas de afeitar y las pastillas. Los corazones adolescentes eran los que

más sufrían. Allison Jacobs era una chica inteligente y con un futuro brillante cuando se encontró con un poeta de rizos revueltos igual de inteligente. La muchacha se dejó llevar por sus sueños. Cuando terminaron, se arrojó al paso de un autobús urbano. Jaclyn Stanton era una silenciosa estudiante llena de granos del último curso de instituto. Alta, siempre vestida de pies a cabeza de negro y suspirando por algún oscuro misterio gótico. Una noche se le acercó su Romeo, también evitaba el sol y disfrutaba del silencio a su lado. La noche en que la dejó, la muchacha no esperó a la mañana y se rajó la garganta. Mateo Cash era un estudiante de ingeniería que encontró el amor después de un intercambio de miradas en una librería. Al final, se metió el cañón de una pistola en la boca sólo para escuchar el ruido que haría.

Ahora Knocks había encontrado su lugar en el universo, su razón de ser. Supo por qué sus dos primeras madres lo habían rechazado, supo qué era lo que les daba miedo. Ellas sabían lo que podía llegar a ser. Y si bien había tardado mucho tiempo en llegar, todo ese sufrimiento sirvió para hacerle mejorar en lo suyo. No consiguió llenar el vacío, ni aliviar su dolor, pero fue reconfortante saber que todo lo pasado había servido para un propósito: convertirlo en lo que ahora era.

Un tiburón.

Náyade Knocks, el impostor, siempre estaba moviéndose, siempre alimentándose, siempre al acecho, como una sombra al borde de la oscuridad. Y, durante un tiempo, parecía que no había nada que pudiera distraerlo de su obsesión por la alimentación.

El hombre surgió de la nada, emergiendo una noche de la oscuridad para caminar a su lado. Knocks procuró no establecer contacto visual, tratando de conservar el anonimato, pero el hombre sabía muy bien quién era. Knocks levantó la vista y lo reconoció al instante.

—Hola, Ewan —dijo Coyote. Su piel era tan cobriza como siempre lo había sido y su cabello seguía siendo tan negro y enredado como lo recordaba.

Knocks fulminó al Coyote con la mirada, apretando los dientes.

—Soy Knocks —escupió.

—Por supuesto que sí —se disculpó el Coyote—, es de noche y suelo

coincidir con Ewan por aquí a estas horas.

Knocks se paró bruscamente

—¿Qué?

—Pensé que ya os habíais topado el uno con el otro, teniendo en cuenta que trabaja en el centro. Están aquí los dos, Colby y él. ¿No erais amigos de niños? Me parece recordar algo así —el Coyote sonrió con picardía—. Bueno, me voy. Llego tarde.

Knocks se quedó sin habla, como si un puño de hace catorce años le golpeará en el estómago, mientras el Coyote se escabullía una vez más entre las sombras. Sintió algo parecido a lo que había sentido Lizzie. A lo que había sentido Simon. Lo que todas sus víctimas habían sentido en algún momento. *¿Ewan había estado aquí todo el tiempo?*, se preguntó. *¿Viviendo su pequeña y perfecta vida?* Por un momento, el tiburón había desaparecido. Sólo quedaba un niño de siete años, viendo cómo su madre estaba siendo aplastada por cascos infernales, viendo cómo el amor de su vida caía en brazos de otro, viendo al niño que había sido ofrecido como pago del tributo escapar a su destino, haciendo que su gente exigiese la sangre de *Knocks*. Uno no puede volver atrás para corregir los errores del pasado, pero seguro que puede revivirlos. Por un momento, un Knocks de siete años se sintió arrastrado por las dolorosas mareas del tiempo.

Pero con las mareas llegó el tiburón y, al volver el tiburón, Knocks supo lo que tenía que hacer. Su ira, su dolor, su confusión y su sufrimiento sólo se podían aliviar de una manera.

Tenía que encontrar y matar a Ewan Thatcher.

Capítulo 28

El joven Ewan Bradford

Los años transcurridos desde que había dejado el Reino de la Piedra Caliza no habían tratado especialmente bien a Ewan Thatcher. Como nunca llegó a conocer su verdadero apellido —las hadas no los utilizaban—, un viejo y bondadoso trabajador del refugio que le abrió la puerta le llamó Ewan Doe. Y sólo cuando llegó a su primera casa de acogida adoptó el apellido de Bradford.

Los Bradford eran bastante agradables, una pareja de profesionales regordetes que habían intentado durante quince años tener un hijo propio. Estériles y gafados, recurrieron a lo que llamaban *perros callejeros*, para ver qué podía ofrecerles el sistema. Pero el gen de la crianza de los niños estaba tan ausente en ellos como el de la concepción. No pasó ni un año cuando, hartos de las pesadillas de Ewan, de su extraño comportamiento y de sus excentricidades lo volvieron a arrojar al sistema y probaron suerte con otro niño. A partir de ese momento, Ewan empezó a considerar el tiempo de su estancia con los Bradford como el récord de los Bradford. Trescientos doce días. Sólo dos familias consiguieron batir ese record, ninguna por mucho tiempo. En los catorce años que llevaba en el sistema, Ewan había estado con veintidós familias.

A pesar de que el sistema de protección le había hecho recorrer todo Texas, parecía lógico que, al alcanzar la mayoría de edad, buscara el camino del único hogar verdadero que conocía. Así que, en su decimoctavo cumpleaños, hizo la maleta, abrazó a su última madre adoptiva y tomó el autobús hacia Austin, Texas, donde vivía su mejor amigo, la única persona que recordaba tal como era *antes*: Colby Stevens.

A pesar de que Colby estaba siempre presente en su vida, escribiéndole continuamente cartas que siempre sabían cómo encontrarle, seguía siendo un misterio para Ewan. Siempre estaba metido en alguna aventura en la parte

más lejana del mundo, a Ewan le llamaba la atención que sintiera la necesidad de permanecer en contacto con alguien a quien había conocido superficialmente cuando eran demasiado jóvenes para recordar siquiera su encuentro. Pero Colby era un buen amigo, siempre dispuesto a echarle una mano y proporcionando algo de estabilidad a su errática vida.

Con los veintiún años cumplidos, Ewan era un desastre. Alto, flaco y lleno de tatuajes, llevaba la ropa y el rebelde pelo teñidos de negro, ocultando su innata belleza. Aunque nunca se ponía maquillaje, era difícil decirlo sin mirar de cerca su pálida piel y sus espesas pestañas que, junto con el pelo, daban la impresión de que buscaba la elegancia de un vampiro. En realidad, había adoptado ese aspecto porque el verdadero color castaño de su cabello le hacía parecer enfermo —como si le faltara algún componente esencial en su dieta. El comentario ocasional de algún desconocido sobre su aspecto era mucho más fácil de soportar que la asfixiante preocupación. *¿Estás comiendo bien? Pareces enfermo. Usted necesita más hierro en su dieta. O bananas. El potasio es bueno para ese tipo de cosas.* No necesitaba tanta atención, resultaba humillante. Simplemente era la palidez natural de su tez. Así que se vistió de la manera apropiada y la gente lo dejó en paz.

Su apartamento de un dormitorio se ubicaba en un tercero sin ascensor en la zona más siniestra de la ciudad. Lo rodeaban una estación de servicio, un club de strip-tease, una tienda de licores y un grasiento restaurante donde Janis Joplin había comenzado su carrera de cantante. Pagaba el alquiler lavando platos y trabajando como ayudante de barman en un club de la ciudad. Aunque podría ganar más dinero en otro lugar, mantenía ese puesto ya que, en ocasiones, conseguía que el gerente dejara tocar a la banda de Ewan como teloneros cuando fallaba algún grupo, lo que significaba que se subía al escenario casi todas las semanas. El gerente, un inconformista de mala muerte, demasiado gordo y demasiado confiado que se parecía asombrosamente a una patata cocida pelada, le dejaba tocar, pero sin pagarle un duro, así que ambos ganaban algo. El gerente obtenía una actuación gratis y Ewan podía descubrir de primera mano lo desastrosa que era en realidad su banda.

No tenía ni idea de lo que significaba el nombre de su banda, pero le sonó bien cuando le vino a la cabeza: el *Reino de Piedra Caliza*. No eran

especialmente buenos, pero tampoco eran tan rematadamente malos, simplemente eran aburridos. Ewan tocaba la guitarra, acompañado por dos hermanos a los que encontró a través de un anuncio que había colocado en un poste: SE BUSCA UN VOCALISTA / GUITARRISTA PARA UN DÚO DE BAJO Y BATERÍA. CON INSTRUMENTOS Y CANCIONES PROPIAS. Ewan escribía la mayor parte de la música que tocaba, pero no le salía demasiado bien. La música sonaba muy dentro de su cabeza, fuera de su alcance, algo familiar pero inaccesible —y eso era lo que él intentaba componer. Pero siempre le salía mal. Así que juntó los acordes en la forma en que pensaba que gustaría a la gente y los acompañó de letras sobre su vida, corta y mal vivida. Nunca llegó a cuajar, pero siguió perseverando con la esperanza de que un día se escucharía un clic y nunca más tendría que lavar platos.

Era mediocre, nada especial y totalmente anodino, todo de lo que constantemente se esforzaba por librarse. Así que Ewan estaba preparado cuando su jefe le dio una palmada en la espalda con su carnosa mano y preguntó:

—¿Crees que podrías reunir a tu banda las ocho?

—Claro que sí. Aquí estarán.

Esa noche no había demasiada gente, los que cancelaron su actuación eran el plato fuerte de la función y su lugar había sido ocupado por los teloneros, dejando al *Reino de Piedra Caliza* como teloneros de los teloneros. Lejos de ser lo ideal. Pero aun así, se trataba de un concierto, así que tocaron con el corazón —es decir, tocaron todo lo bien que sabían. El público apenas se dio cuenta de su presencia y casi nadie se molestó en escucharles. Una treintena de personas se arremolinaba formando grupos, bebiendo cerveza o metiéndose lingotazos, consultando continuamente sus relojes y teléfonos, preguntándose cuánto faltaba para que la siguiente banda se subiera al escenario.

Sólo había una persona entre el público que los observaba. Al principio no se había fijado en ella, sentada entre las sombras en un lejano rincón del bar, pero desde el momento en que Ewan captó el destello de sus ojos, era lo único que podía mirar. Estaba absorta, sorbiendo su bebida con la mirada clavada no en la banda, sino en Ewan, como si sólo él estuviera en el escenario.

Delgada y con aspecto de niño abandonado, daba la impresión de que una fuerte brisa podría derribarla y arrastrarla varios metros. Debajo de la alta frente enmarcada por unos cortos mechones de pelo castaño, brillaban unos enormes ojos marrones. Cuando sonreía, sus delicados pómulos tensaban la impecable piel lechosa. Llevaba un vaporoso top, una larga falda de gasa y una discreta boina negra, de su cuello colgaba, como una maraña de todos los colores del arco iris, una bufanda de lana hecha a mano. Había algo absolutamente elegante en cada uno de los detalles, un encanto incluso en su sencilla manera de sentarse.

En el instante en que Ewan la vio, se quedó sin aliento. Su garganta se llenó de algodón seco. Su corazón empezó a latir con fuerza. Estaba mareado, enloquecido por el amor, sus ojos se abrían de par en par y sus rodillas temblaban, como si la pierna derecha pudiera ceder bajo el peso de su cuerpo en cualquier momento. Nunca había sentido el miedo escénico, pero ahora, por primera vez en su vida, estaba aterrorizado. Incluso a su edad Ewan sabía que raras veces o, tal vez nunca, encuentra uno a la chica que le deja sin aliento.

No podía echarlo a perder.

Tocaba y tocaba, adentrándose a paso torpe en las profundidades de la mediocridad. Su voz sonaba como la de un adolescente empujado hacia la edad adulta por la pubertad. La música languidecía en el aire, muerta, cansada y repetitiva. La multitud charlaba, tratando de ignorarla, pero la chica se quedaba enganchada a las melodías. Lo consiguió, aunque no había gran cosa que conseguir allí, entendía la música, sentía sus raíces, se daba cuenta de la conexión con lo que fuera que quería ser y no apartaba los ojos de él ni por un instante.

La actuación duró todavía unos insoportables veinte minutos más. Ewan trataba de mantener la calma, pero era evidente que deseaba salir corriendo derribando el equipo. El bajista miró cómo Ewan desenchufaba su guitarra del amplificador en el escenario.

—La hemos visto.

—Sí —dijo el batería.

Ewan miró a los dos, un poco azorado.

—¿Sí?

El bajista sonrió.

—Corre, idiota. Ya terminaremos nosotros.

Ewan saltó del escenario sin darle tiempo apenas al bajista de coger su guitarra. Corrió por la sala hacia la mesa de la chica, dándose cuenta de repente de que no tenía nada que decirle, su mente se había quedado repentinamente en blanco. Se desvió un poco pasando de largo, sólo para descubrir que la muchacha ya no estaba allí. Aturdido y decepcionado al mismo tiempo, se detuvo en seco mirando atónito el asiento vacío.

—¿Buscas a alguien?

Se dio la vuelta y casi choca con la chica. Sus ojos se encontraron. Ella sonrió y llevó lentamente la pajita de su refresco a los labios para tomar un delicado sorbo.

Ewan tartamudeó. Su pecho se había vuelto de piedra aplastando el corazón, todo el cuerpo temblaba con cada latido. *Tumtum. Tumtum. Tumtum.* Después de ocho latidos volvió a la vida.

—Hola —dijo extendiendo la mano—, soy Ewan.

—Lo sé —contestó la muchacha envolviendo sus palabras en una sonrisa—. Eres el vocalista del *Reino de Piedra Caliza*.

—¿Has oído hablar de nosotros? —preguntó sorprendido.

La chica miró el escenario con una pícara sonrisa, divertida por lo nervioso que estaba.

—Bueno, sí, he visto alguna actuación.

Ewan miró al escenario, su cara se estaba volviendo de color rojo púrpura.

—Oh, sí.

—Sí —asintió la muchacha. Ewan trastabilló unos momentos más antes de que la chica se lanzara a salvarlo—. Soy Nora.

—Hola Nora, soy Ewan.

Nora se echó a reír, le parecía adorable.

—Sí. Y antes de que me lo cuentes otra vez, estás en el grupo Reino de Piedra Caliza y sí, he visto tu actuación.

Ewan se sonrojó todavía más.

—Lo estoy estropeando todo, ¿verdad?

—Oh no —dijo Nora tranquilizándole—, no me has insultado ni me has llamado por el nombre de otra chica todavía, así que lo podrías estar haciendo

mucho, mucho peor. En este momento, todavía estás en ese encantador y bobo territorio de «tú-no-te-das-cuenta-de-que-te-encuentro-tan-atractivo-como-tú-me-encuentras-a-mí». Lo estás haciendo bien.

Ewan escarbó el suelo con el pie, mientras sus manos, a la espalda, se movían nerviosamente, como si estuvieran ocultando un regalo del día de los enamorados.

—¿Quieres ir a algún sitio o algo así?

—¿Ir a algún sitio? —preguntó Ewan—. ¿A dónde? —de repente una bombilla se encendió en su cabeza—. ¡Oh! ¡Claro! Por supuesto que sí.

Con un coqueto aleteo de pestañas, Nora señaló la puerta.

—Vamos.

En la calle hacía un frío vigorizante, con humedad suficiente para que se formara el rocío, pero no tanto como para calar hasta los huesos. El club se abría directamente a la calle Sexta, por la que deambulaban algunas parejas y pandillas de borrachos que recorrían los bares. Nora revoloteaba graciosamente alrededor de Ewan, en ocasiones caminando hacia atrás para mantener el contacto con sus ojos, preguntando por cada detalle de su vida. Lo hacía juguetonamente, segura, pero efervescente, como si ya estuviera enamorada.

Se reía. Coqueteaba. Le provocaba descaradamente con las miradas. Para cualquiera que les viera, era evidente que la chica se estaba arrojando a sus brazos —excepto, por supuesto, para Ewan. Casi todo lo que sabía de las chicas lo había aprendido de los artículos de revistas y de la televisión y todo ello resultaba inútil ahora. Seguía sin enterarse de nada.

Doblaron una esquina y se dirigieron hacia el sur de la ciudad, cruzando el lago por uno de los amplios puentes.

—Bueno, tengo que preguntártelo —dijo Ewan—. ¿Quién diablos eres?

—¿Perdón? —dijo Nora, ladeando la cabeza y dedicándole una mirada de «*ahora sí que la estás fastidiando*».

—¿Quién eres? ¿Cómo es posible que una chica tan increíblemente guapa acabe sola en un bar, escuchando a un montón de don nadies, antes de lanzarse a la noche con el *más* don nadie de todos?

Nora sonrió, mirando la superficie del agua.

—Tal vez me gustan los don nadies. Especialmente los *más don nadies* de

todos.

—¿En serio?

—Por supuesto. ¿Sabes lo difícil que es cazar al vocalista de una banda cuando ya es famoso? Imposible. Hay que encontrarles antes de que se hagan famosos, te apreciarán como la chica a la que gustaban cuando se dedicaban a lavar platos.

—Oye, ¿cómo sabías que trabajo de lavaplatos?

—¿Eres un lavaplatos? Oh, no puedo salir con uno —Nora se dio la vuelta para regresar al bar.

—¡Oye!

Nora se volvió hacia él, le apuntó con un dedo a modo de pistola y disparó guiñando el ojo y chasqueando la lengua.

—¿Realmente crees que esta noche es la primera vez que he ido a ese nido de ratas?

—Nunca has estado allí antes —protestó Ewan.

—Y una mierda que no —dijo la muchacha—. He pasado por allí varias veces. Nunca *te* habías fijado en mí, lo que explica por qué estaba sola esta noche.

—¿Cómo explica eso que estuvieras sola esta noche?

—Porque, si te hubieras fijado en mí antes, tal vez podríamos haber hecho esto hace semanas.

—Estoy seguro de que nunca habías estado en mi club.

—¿Tu club? ¿Por eso siempre estás ayudando al camarero?

—Sabes lo que quiero decir. Tú nunca has estado allí.

—Entonces, ¿cómo sé que te gustan las rubias? —preguntó Nora, poniendo una mano en la cadera. Lentamente pasó los dedos de la otra por su corto pelo castaño.

—No es verdad... No me gustan las rubias —dijo Ewan tímidamente.

—Sí que lo es. Escudriñas a todas las rubias que entran en el local como si estuvieras buscando a alguien.

—¡No lo hago!

—Lo haces constantemente. Y te he pillado —la muchacha meneó la cabeza—. No puedo creer que estemos en nuestra primera cita y ya me mientas.

—Esto no es una cita... —Ewan se quedó callado. Nora esperó pacientemente a escuchar lo que tenía que decir a continuación. Su reacción dependería de su siguiente... palabra—. Espera, ¿es esto una...

Nora asintió.

—Así que, somos...

La muchacha asintió de nuevo.

—Puedes decirlo.

—¿Es una cita?

—Ahí está. Sí, Romeo, esto es una cita, aunque ahora no te estás portando tan bien como hace un rato.

—Pero yo no te pedí que salieras conmigo.

—No, genio —dijo la muchacha meneando la cabeza—. Te lo he pedido yo. ¿Te acuerdas? Cuando abandonaste a tus amigos en el bar para perderte en la noche con una hermosa chica.

—Hermosa, ¿eh? —preguntó Ewan maliciosamente, tratando de alguna manera de recuperar la iniciativa.

Nora avanzó un paso hacia él, lo miró de hito en hito y, lentamente, acarició con sus dedos el pecho de Ewan. Los ojos del joven se abrieron todavía más, la boca volvió a llenarse de algodón, las piernas reanudaron su temblor y la sensación de hormigueo se propagó por cada célula de su cuerpo. Nora, poniéndose de puntillas, se acercó aún más, y le susurró algo al oído, haciéndole casi caer al suelo al sentir su cálido aliento.

—Sí —dijo Nora—, ni intentes siquiera fingir que todo esto no te vuelve loco.

Ewan tragó saliva.

—Está bien. Pero no pares.

Nora se detuvo.

—Demasiado tarde —y se dio la vuelta para seguir caminando por el puente. Ewan, después de haberse sacudido el aturdimiento, la siguió con una estúpida sonrisa de colegial enamorado.

—Entonces, ¿cuántas veces has estado en el club?

—Las suficientes —dijo Nora. Ahora parecía distante, como si hubiera perdido todo interés por él, pero sólo se trataba de una pose. Sonreía divertida y estaba claro que esperaba que Ewan la siguiera, como atado con una

cuerda.

—No sé cómo no te había visto antes.

—Bueno, a lo mejor tenía otro aspecto entonces.

—¿En serio?

—Nunca se sabe.

—Bueno, ¿por qué no me dirigiste la palabra antes?

—Porque, tonto —contestó Nora arrugando graciosamente la nariz—, estaba esperando a que *tú* te fijaras en *mí*. No es divertido si es al revés.

—¿Divertido?

—Sí. Divertido.

Ewan entrecerró los ojos juguetonamente.

—Eres un problema.

Nora le dedicó una grande y brillante sonrisa y deslizó el brazo alrededor de la cintura de Ewan atrayéndole todavía más hacia sí.

—Sí, pero soy tu problema.

—¿Está segura de eso?

—Sí, y tendrás que fiarte de mí en eso.

Radiantes, los dos caminaron en silencio durante unos minutos, tratando de no estropear el momento con las palabras.

Luego, como si nunca hubieran dejado de hablar, Nora lo miró.

—¿Alguna vez has estado enamorado?

Ewan meneó la cabeza.

—No. Nunca.

—¿En serio? —la muchacha arrugó un poco la nariz—. ¿Nunca?

—No. Nunca conocí a la chica adecuada.

—¿La chica *adecuada*?

—Muy bien, listilla. He salido con chicas antes.

—Pero sin mucho éxito.

Ewan abrió la boca para contar algo ingenioso y así salir del paso. Sin embargo, su boca abierta se quedó muda, incapaz de formar una sola sílaba. Finalmente, superando el bloqueo, dijo con total naturalidad:

—No, supongo que no.

—No te creo —dijo Nora—. Todavía hueles como un coche nuevo.

—Es mi aftershave.

—Tú no usas aftershave.

—¿Hay algo que no sepas de mí?

La muchacha sonrió coquetamente.

—Menos de lo que piensas.

Ewan se detuvo al llegar al final del puente.

—¿De verdad?

—No eres nada complicado, Ewan.

—¿Cómo lo sabes? Podría ser oscuro y misterioso. Por lo que tú sabes, yo podría ser un asesino en serie —y, señalando el frondoso parque que rodeaba el lago, añadió—. Por eso que te traje hasta aquí.

—Yo te he traído aquí, Ewan.

—Eso es lo que te he hecho pensar. Soy así de oscuro y misterioso.

Nora dio unos pasos hacia Ewan, meneando la cabeza.

—Tú no eres oscuro, Ewan. No eres misterioso. Eres mono. Y eres dulce. Y me protegerías del mismísimo diablo si se presentara ahora mismo —Nora le golpeó con el dedo el esternón—. Eso es lo que tienes en ese corazón tuyo. En tu interior sólo eres un niño pequeño que siente que existe algún lugar al que pertenece, pero está perdido y sólo quiere volver a encontrar el camino de vuelta.

Ewan miró a Nora a los ojos.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Porque yo sé lo que se siente. Yo también quiero encontrar ese lugar.

—¿Tú has estado enamorada alguna vez?

—Una vez.

—¿Y qué pasó?

—Se fue.

—¿Por qué?

—No tenía otra opción. Pero yo lo estropeé. Tendría que haber sabido que se iba a marchar, pero yo era joven y estúpida y no teníamos ni idea de en lo que estábamos metidos.

—¿Qué le ha pasado?

—Me olvidó y siguió con su vida.

—¿Y tú?

—Llegó un momento en que me di cuenta de que, si quería ser feliz,

tendría que buscar la felicidad. Y lo hice. Así fue como me encontré en Austin.

—¿Y yo?

Nora le miró a los ojos, sonrió y, rápidamente, se abalanzó sobre él, plantando un dulce beso de mariposa en el labio inferior mientras susurraba en su oído:

—Tú eres él.

Y, de un salto, se alejó corriendo entre los arbustos, hacia el interior del parque. Ewan se quedó mudo, confundido tanto por el hormigueo del beso como por la repentina desaparición. Entonces cayó en la cuenta de lo que Nora estaba haciendo. *La ligas*. Y echó a correr tras ella.

Era rápida. Cada vez que Ewan pensaba que ya la tenía, Nora se escabullía o se protegía detrás de un árbol. Una vez incluso pasó por debajo de una rama que Ewan no pudo ver y que le derribó. Cuando volvió a ponerse en pie, la vio parada a unos pasos, sonriendo alegremente, brillando sus ojos en la oscuridad.

—Vamos —se burló de él—. Sé que puedes hacerlo mejor.

Ewan arrancó como un toro bravo.

La muchacha no estuvo lo suficientemente rápida como para esquivarlo, Ewan envolvió su cintura con el brazo y los dos rodaron por la espesa hierba hasta que la muchacha quedó debajo de él, mirándole con sus grandes ojos castaños. Tenían sus manos entrelazadas.

—¿Por qué tengo la sensación de que te conozco? —preguntó Ewan.

—¿Tú crees en las vidas pasadas?

Ewan meneó la cabeza y se echó a reír.

—No.

—Yo tampoco —dijo Nora y lo besó apasionadamente. Sus labios se encontraron y encajaron como si hubieran sido hechos con ese propósito. Ewan la envolvió con sus brazos apretándola fuertemente contra sí. Tenía un brazo en la espalda de la muchacha, mientras le sostenía la cabeza con el otro. Notó que una descarga eléctrica sacudía su cuerpo. No era su primer beso, pero lo vivió como si lo fuera. Se estremecía, su mente vagaba a la deriva, inundada de felicidad. Podía sentir los labios y el ligero roce de las lenguas y un millar de pequeñas explosiones que pululaban por cada centímetro de su

cuerpo, pero en el universo no había ninguna otra cosa. Nada en absoluto. Por primera vez en su vida se sentía como si estuviera exactamente donde se suponía que tenía que estar.

Y luego, suave, amorosamente, Nora se apartó. Los dos sonreían como niños embobados, perdidos cada uno en los ojos del otro. Nora susurró en voz baja:

—Me tengo que ir.

—No, no te vayas —suplicó Ewan—. Quédate aquí.

—No, me tengo que ir. De verdad.

Ewan se sentó.

—¿He hecho algo mal?

—¡No! —protestó Nora—. No, lo hiciste todo bien.

—¿Entonces por qué te vas?

—Porque me tengo que ir.

—¿A dónde?

—¿Puedo decírtelo la próxima vez?

—¿Habrá una próxima vez?

—Sí —contestó la muchacha asintiendo con la cabeza—. Te has ganado un par de siguientes veces.

—¿Te puedo llamar?

Nora meneó la cabeza.

—Te encontraré yo.

—¿Qué?

Le acarició la mejilla delicadamente con el dorso de la mano.

—Confía en mí —dijo—. Te *encontraré*.

Luego se puso en pie, se arregló la ropa y suspiró.

—Buenas noches, Ewan.

Antes de que él pudiera protestar, la muchacha salió corriendo y desapareció en la oscuridad. Ewan se dio la vuelta para tumbarse de espaldas y se quedó mirando las estrellas.

—Nora —dijo en voz baja. Y, al pensar en ella, pudo escuchar la música saliendo de su corazón y la poesía derramándose por su lengua. Las palabras se convirtieron en frases y las notas formaron melodías. Ewan sonrió. Tenía que llegar a casa y escribirlo.

Nora corría velozmente entre los árboles. Hacía poco ruido, sus diminutos pies apenas rozaban la hierba. Cuando sintió que se había alejado lo suficiente, se detuvo agarrándose a un árbol, arqueó la espalda contra el tronco y una sonrisa soñadora afloró en sus labios. Sus ojos destellaban, su piel brillaba en la oscuridad. Llevaba años soñando con esta noche, pero no se imaginaba que en la realidad saldría tan bien. Siempre existía el temor de que no pudieran conectar, que la chispa que había existido no volviera a prender. Pero ocurrió. Y ahora estaba en llamas.

Nora movió la cabeza de lado a lado —los abundantes rizos rubios se liberaron haciendo desaparecer los cortos mechones de pelo castaño, un azul profundo inundó como una ola sus ojos ahogando el marrón, su piel se estiró, los contornos de su cara cambiaron, haciéndola mucho más delgada, más élfica, sus labios se fruncieron y se hincharon, como si los hubiera picado una abeja. Con unos pocos movimientos de cabeza Nora se desvaneció, surgiendo en su lugar Mallaidh, la Leanan Sidhe. Una mujer adulta, bien formada, etérea, desnuda, cubierta por las sombras de las ramas que la luz de la luna creaba.

Nora no había sido más que un vestido efímero —tejido de embeleso, aderezado con detalles tomados prestados a las mortales que Ewan había admirado en el bar. Mallaidh había sondeado su corazón y averiguado qué era lo que más deseaba, y Nora era la mejor aproximación a ese ideal. Después de una media docena de visitas, pudo por fin reunir el valor suficiente para tejer un disfraz para sí misma. Había utilizado para su propósito una oscura e insignificante habilidad de los duendecillos. Ahora todo dependía sólo de Mallaidh.

Tras catorce años de búsqueda había encontrado por fin a su héroe. Y no lo iba a perderlo otra vez. Pasara lo que pasase.

Capítulo 29

Malditos y Condenados

Escondida en un callejón entre los bares y las tiendas del centro de la ciudad, al lado de un contenedor de basura especialmente maloliente debido a que suele estar lleno de restos de pescado de un restaurante cercano, se encuentra una sólida puerta metálica que, a juzgar por su aspecto, no derribaría ni una docena de hombres fornidos provistos de un ariete. La puerta no lleva ninguna inscripción ni rótulo y está rayada, oxidada y deteriorada por años de maltrato. Parece la puerta de entrada de mercancías de algún local, aunque nadie ha visto nunca camión alguno aparcado delante. Si conoce su secreto —si de alguna manera le ha sido revelado—, un simple empujón la abrirá. De lo contrario, es totalmente impenetrable.

Al otro lado de la puerta hay un pequeño hall escasamente iluminado, en el que apenas cabrían tres personas, que da a una sencilla puerta de madera. Las sucias y descuidadas paredes no intentan disimular su vejez. Sobre la segunda puerta hay un rótulo escrito en cualquier idioma que su lector utilice: SÓLO LOS MALDITOS Y LOS CONDENADOS PUEDEN BEBER AQUÍ. LOS DEMÁS PUEDEN IRSE EDUCADAMENTE A LA MIERDA. Detrás de la puerta hay un bar. Y aunque carece de nombre, los habituales lo suelen denominar con las palabras del cartel. Malditos y condenados.

Es un rincón mágico olvidado por el tiempo, una sala de siete por siete metros con una barra chapucera, barriles de cerveza y cajas a modo de asientos, sucias paredes, todo ello iluminado por unas viejas bombillas zumbantes que cuelgan peligrosamente de unos ennegrecidos cables pelados. No hay adornos ni elemento alguno de decoración, salvo una reproducción mal enmarcada de *Perros jugando al póquer* sobre terciopelo negro. Un auténtico agujero, un local sombrío a dos antidepresivos del suicidio. Pero la cerveza está fría, el whisky es irlandés y el vino tiene cien años.

En un día cualquiera lo puebla una docena de parroquianos habituales,

todos matando el tiempo, esperando la salida o la puesta del sol. Lleva el bar el viejo Scraps, un astuto cluricaun de edad indeterminada. A pesar de sus sesenta centímetros de altura, Scraps es famoso por desafiar a hombres de tres veces su tamaño y vencerles en la pelea. Cubre su arrugada cabeza con un ajado sombrero marrón de tres picos y viste un chaleco de llamativo color verde adornado con grandes y relucientes botones a los que da vueltas y saca brillo inconscientemente mientras conversa. Cuando habla, lo hace entre dientes que aprietan con fuerza una pipa que sólo se quita de la boca para agitarla cuando quiere darle más énfasis a sus palabras. Tiene las mejillas sonrosadas, una nariz de color rojo brillante y nadie puede presumir de haberle visto alguna vez sobrio.

El viejo Scraps mantiene su bar surtido con las mejores bebidas que toma como parte de su paga de un bar adyacente al que echa un vistazo de vez en cuando. El vino, sin embargo, lo roba de las bodegas de los egoístas —reemplazando puntualmente las botellas que se lleva por otras de cosechas más recientes y de peor calidad, sabiendo que sus dueños rara vez, o nunca, descubrirán el cambio. Se dice que no hay bodega en cincuenta millas a la redonda de Austin que conserve su colección original. El viejo Scraps amplía ese límite a setenta. Y en las noches en que el vino empieza a escasear, sale tambaleante a la calle, atrapa a algún perro callejero que ande por allí y se lanza a una alocada carrera a través de la noche en busca de bodegas intactas. Siempre vuelve sobre el exhausto animal con el mejor vino que el dinero puede comprar.

Colby Stevens se había convertido en un asiduo del bar. Empezó como una especie de mascota y, al igual que el cuadro de *Perros jugando al póquer*, tenerlo allí constituía una refinada ironía. Pero con el tiempo, al igual que pasó con el cuadro de *Perros jugando al póquer*, los clientes habituales acabaron aceptándolo. Después de todo, Colby Stevens había dejado de ser del todo humano cuando era niño y, sin duda, era más fuerte que cualquiera —salvo Yashar— que frecuentara el lugar. Así que no sólo le permitían quedarse, si no que se había convertido oficialmente en uno de *los nuestros*. Colby sólo se sentía cómodo rodeado de esa mezcolanza de chusma sobrenatural y ellos se sentían igual de cómodos con él. Estaban tan perdidos y amargados como él y parecía un lugar tan bueno como cualquier otro para

bajar la guardia y ahogar las penas.

—Me he arrastrado por sofocantes selvas —dijo una noche con voz estrangulada y cabreada porque acababa de pegarse un trago de whisky, y lenta y farfullante a causa de los cuatro whiskys que se había tomado antes—. He caminado por áridas llanuras. He visto criaturas que el hombre ha creado y que no quisiera volver a ver nunca más. No son bestias con vida propia, sino el reflejo del hombre en un espejo que no se atreve a ocultar un secreto o un deseo, todos están hechos de la maldad de los hombres y de su bondad, que adquieren forma material y quedan sueltos como pequeñas tormentas turbulentas que perturban el delicado equilibrio vital de los hombres. No producen nada bueno, sólo dolor, angustia y agonía. Dios no se oculta porque quiere que los que vengan a Él lo hagan por fe ciega, se oculta porque, si la gente supiera la verdad, no querrían creer en Él en absoluto. Parece que Dios y los hombres entienden de manera diferente la palabra *paraíso*. Pero qué se le va a hacer. Ahora sé la verdad. Y todo lo que quiero es que me dejen solo.

—¿Alguna vez has *visto* realmente a Dios? —preguntó el viejo Scraps desde el otro lado de la barra, con la barbilla en equilibrio sobre los brazos cruzados.

—Cállate y sírve me otra copa —cortó Colby.

—Es lo que había pensado —Scraps sonrió y cogió la botella de whisky—. No me importa el mundo que has visto, muchacho. Sigues teniendo veintidós años. A los veintidós años sólo sabes dos cosas: follar y todo eso. Así que, ¿por qué no te callas y te bebes esto?

Se sirvió dos tragos para él y otro para Colby, terminando el primero antes de que Colby pudiera alcanzar el suyo.

—Me encantan nuestras charlas —sonrió Colby.

—Mejor, porque nadie quiere escuchar tu mierda, material o de la otra.

—Yo no estoy de acuerdo —dijo Yashar desde el otro extremo de la barra, era evidente que estaba tan borracho como Colby. En vez de sus vestimentas de seda, ricamente adornadas, llevaba unos sencillos vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero, como la que llevan los moteros—. He estado escuchando esa mierda durante años y todavía no me he cansado de ella.

Colby se inclinó y los dos chocaron los puños en señal de solidaridad.

El escaso público del Malditos y Condenados era el de siempre. En un

rincón, con la cara oculta por el sombrero, Bill la Sombra fumaba un cigarrillo, dejando en sombras una parte del local. Dos viejos duendecillos, Seamus y Walter, paladeaban sus pequeñas cervezas en una diminuta mesita situada en la parte trasera donde nadie podría tropezar con ellos.

Por último, Bertrand, un ángel caído y un borrachín aficionado a las broncas, estaba sentado en una mesa murmurando algo para sí mismo, su largo, grasiento y descuidado pelo rubio y su piel de alabastro parecían haber visto tiempos mejores. Llevaba una abollada armadura blanca con una gran cruz gótica roja pintada en el peto y un escudo del mismo color y con el mismo dibujo, además de un casco que nadie le había visto puesto nunca. Bertrand solía conversar consigo mismo, hablaba con amigos que se habían ido hacía mucho tiempo, farfullando algo en un tono que era más apropiado para los últimos estertores en el lecho de la muerte que para el balbuceo de un borracho. Pero, de vez en cuando, se lanzaba a hablar en voz alta, discutiendo consigo mismo y lanzando atrevidas declaraciones.

—No es que el sufrimiento del infierno sea de verdad eterno, ni nada de eso —dijo con la torpe y cansina voz de borracho—. Es que es percibido de esa manera.

Algunas cabezas se volvieron lentamente hacia él, sin sorpresa pero con curiosidad.

—¿Qué? —preguntó el viejo Scraps—. ¿De qué demonios estás hablando?

Todo el mundo en el bar se volvió hacia Bertrand, esperando escuchar la respuesta.

—El infierno —dijo—, no es que vayas a estar allí toda la eternidad.

—¿Desde cuándo?

—¿Alguna vez has estado en el infierno? —preguntó Bertrand.

El viejo Scraps meneó la cabeza.

—Por supuesto que no.

—Bueno, no es lo que piensas. Hay partes del infierno que son un verdadero paraíso. Los pecados de la carne de belleza indescriptible, sensaciones puras, sin filtrar que abruman los cinco sentidos. Es un paraíso para los que la iluminación del Cielo no tiene ningún interés. Son trozos de la eternidad atrapados en el ámbar inmaterial. Pero las luces no se mantienen

por sí mismas, ya sabes que se alimentan de las pesadillas y de los tormentos de los condenados. Esas perfectas burbujas de felicidad de ensueño no son más que los recuerdos fundidos de los condenados, mientras ruegan y suplican por recuperar esos momentos preciosos. Fueron despojados de ellos al entrar y sólo les queda la angustia de su pecado y el dolor de su muerte, son como lo hámsteres en una rueda, girando y girando hasta que ya no pueden más, sólo para mantener a los pocos de la élite imperturbables en sus impecables pequeñas utopías.

Jugueteando, Bertrand hizo rodar el vaso vacío por la mesa hacia atrás y adelante, asegurándose de que el viejo Scraps supiera que estaba vacío. Scraps saltó sobre la barra y, agarrando la botella, se dirigió a la mesa de Bertrand.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo Colby.

—¿Qué? ¿Pensaste que estaba reclutando almas para una guerra del fin de los tiempos? No existe un fin de los tiempos. No hubo un principio. Sólo *es*. Todo esto es solo energía. Nada es para siempre. Un día incluso el infierno se habrá ido —seco y agotado, flotando a través del espacio y del tiempo como un casco sin vida antes de ser consumido por lo que vendrá después. Es solo otra estrella en el universo que un día se extinguirá por sí misma. Así es como funcionan las cosas aquí. Nada es permanente, pero nada se acaba nunca.

—Entonces, ¿quién verá ese Paraíso? —preguntó el viejo Scraps, rellenando el vaso del ángel.

—El que traiga la mayor cantidad de almas tendrá un jardín propio, supongo.

Confundido, Colby meneó la cabeza.

—Espera, ¿así que los hombres más malvados del mundo pueden entrar?

—¿Qué quieres decir con malvados? ¿Qué es el mal? ¿Quieres decir el pecado? No, los pecadores más grandes no pueden entrar. Pero los grandes persuasores sí, los hombres que conducen a otros hacia un olvido voluntario. Ellos construyen las hogueras que calientan el horno.

—¿Como quién? —preguntó Colby.

—Hitler.

El viejo Scraps sacó su humeante pipa de la boca y empezó a agitarla

violentamente.

—Espera, espera, espera. ¿Estás diciendo que alguien como Adolf Hitler está en ese paraíso infernal tuyo?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. ¿Por qué no puede Adolf ser el protagonista de la fiesta del Diablo? Millones y millones de personas cometieron atrocidades y pecados de todo tipo en su nombre, siguiendo sus deseos u oponiéndose a su influencia. Todos lo hicieron por su propia y libre voluntad. No te engañes, todo esto va del libre albedrío, hasta la última migaja del mismo. Nunca obligó a esas personas, sino que les dio la oportunidad de ser las personas que siempre soñaron, pero a un precio. Y ese precio llenó las arcas del infierno durante dos generaciones. Boches, ruskis, yankis, britones, japos, macarroni, gabachos, polacos, protestantes, católicos, judíos. Todos hicieron cosas innombrables en nombre de la justicia. ¡Más combustible para la hoguera! Pero ¿alguna vez has escuchado siquiera un rumor sobre Hitler pegando un tiro o abriendo la válvula de gas de una cámara llena de gente? No. No lo hacía. Porque siempre convencía a alguien que lo hiciera.

—Nadie nace condenado, te tienes que condenar tú mismo. Los fuegos del infierno se alimentan de la materia de los sueños y se avivan con los intentos del hombre de atraparla. Pocos hombres se prestaron a condenar a sus semejantes, por eso ocupan un lugar especial tallado en el azufre de los infiernos. Al diablo le gustan los hombres que se han hecho a sí mismos — Bertrand echó hacia atrás la cabeza para verter lo que quedaba del whisky, se lo tragó con esfuerzo y, con una mueca de asco, miró a su alrededor—. Que se vaya a la mierda este lugar —dijo—. A otra cosa.

El ángel se puso en pie y se dirigió tambaleándose hacia la puerta, tuvo el cuidado suficiente de no tropezar con las alas, pero aún así derribó un par de copas por el camino. Abrió la puerta de un empujón y se las arregló para dedicar a todos una cortés inclinación de cabeza, antes de desplomarse en el callejón, levantarse y echar a andar.

—Tristes criaturas —dijo el viejo Scraps.

—¿Ángeles o borrachos? —preguntó Colby.

—Bah. Los borrachos son los elegidos por Dios. Los ángeles sólo son sus mensajeros. ¿Te imaginas? ¿Ser uno con todo, haber nacido con un propósito,

sabiendo todo lo que necesitas saber para hacer del mundo un lugar mejor, sólo para acabar fastidiándolo todo, ser expulsado y obligado a experimentar la creación a solas y en términos tan limitados? No es de extrañar que todos sean unos borrachos. Este lugar es una mierda.

—Sí, sí —se escucharon los murmullos de los parroquianos, que brindaban con sus copas en alto por la miseria.

—¿Por qué no bebe con los de su propia especie? —preguntó Colby.

—¿Bertrand? Lo hace. Pero tienen la decencia de echarlo antes de que llegue a ese estado de embriaguez.

—¿Y tú no? —preguntó Yashar.

El viejo Scraps se rio.

—No ha nacido un cluricaun todavía que pueda siquiera deletrear la palabra *decencia*, y mucho menos apreciarla —la puerta se abrió de nuevo—. ¿Entonces te pongo otro whisky, Berty? —gritó Scraps hacia la entrada.

—No —contestó el Coyote—. Pero tomaré una cerveza.

Los ruidos de la sala se apagaron y se hizo el silencio. El Coyote se había quedado en la entrada, respondiendo con una sonrisa a las miradas de sorpresa y desdén que le dirigían.

—No. Tú. *Fuera* —dijo el viejo Scraps, luchando con las palabras mientras señalaba airado la puerta y procurando evitar el contacto visual.

—No vas a decirme que no sirves a los de *mi especie*, ¿verdad? —preguntó el Coyote.

—Si por los de *tu especie* te refieres a espíritus embusteros y tramposos, entonces no, sin duda alguna, no lo hago.

—Pero estoy muy sediento —dijo el Coyote—. ¿Ni una copa?

—Primera regla de los camareros: nunca dejes hablar a un embaucador —el viejo Scraps señaló con el dedo la puerta—. ¡Fuera!

—Pero ya he hablado. Si me echas ahora, podrías estar haciendo exactamente lo que quería que hicieras.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

El Coyote se apoyó en la puerta y miró el letrero. Luego hizo el ademán de entrar.

—¿Qué pasa si te aseguro que soy lo suficientemente maldito?

—De eso estoy seguro. Aún así no te serviría una copa. ¡Fuera! ¡Fuera,

fuera y fuera!

Durante un instante el silencio se apoderó del bar, un enfrentamiento, una bajada de miradas. Coyote no se atrevía a avanzar un paso más sin permiso, porque sólo un tonto se enfrenta a un borracho. Sin embargo, el viejo Scraps era igual de prudente, si el Coyote no estaba allí por él, no había necesidad alguna de ganarse su odio.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Colby.

Todos los ojos se fijaron en él.

—No sé de qué... —sonrió el Coyote.

Colby le interrumpió con frialdad, empleando un tono amargo y calculado.

—Imagínate por un momento que yo sé exactamente lo listo que eres. ¿Por qué lo hiciste?

El Coyote, cogido en una mentira, mostraba ahora una tímida sonrisa.

—Todas las cosas deben aprender una lección —dijo—. Incluso las antiguas. *Especialmente* las antiguas. Y yo soy la lección más dura de la vida.

—Sé lo que eres —dijo Colby—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque nadie aprende. Aquí estamos, catorce años más viejos y los niños siguen siendo esclavos de sus deseos. Uno pensaría que cambiarían con la edad, pero sólo empeoran.

—Creo que ya hemos escuchado lo suficiente —dijo Yashar.

—Sí —sonrió el Coyote—. Más que suficiente.

—Vete —dijo el viejo Scraps.

—Buenas noches —dijo el Coyote antes de desaparecer.

Sólo se escuchaba el ruido de las lámparas del techo, su zumbido era algo menos abrasivo que las palabras del Coyote. Yashar se apoyó en la barra y dijo meneando la cabeza.

—Nunca, en todos mis años, he conocido una criatura que pudiera cargarse el buen rollo más rápido que el Coyote.

—Brindaré por eso —asintió el viejo Scraps.

—Camarero —dijo Colby—. ¿Por qué no sirve a mí y a mi amigo imaginario un doble a cada uno? Tengo la sensación de que va a ser una noche muy larga.

—Puedes decirlo de n-n-n-n-n-nuevo —arrastró las palabras Yashar.

Colby miró a Yashar durante un segundo.

—¿Esta chaqueta es nueva?

—Sí —respondió Yashar—. ¿Te gusta?

—¿Qué pasó con la túnica, el fajín y todos esos chismes de oro?

—Sólo utilizo ese traje con los niños —contestó el genio sonriendo, feliz con su propia ocurrencia—. Honestamente, ¿le pedirías un deseo a un tipo con esta chaqueta?

—Sin duda, no te tendería la mano.

—*Touché* —una vez más, los dos entrechocaron sus puños sin mirarse a los ojos—. Todo es cuestión de apariencias, amigo mío. A veces hace falta un poco de confianza para encaminar a alguien en la dirección correcta —se detuvo por un instante—. Te has dado cuenta de lo que el Coyote estaba haciendo, ¿no?

—Sí —asintió Colby con hosquedad—. Lo sé.

—Pero vas a ir a ver a Ewan de todos modos, ¿no es así?

—Sí, lo haré.

—¿No habría alguna manera de hacerte cambiar de opinión?

—Siempre puedes concederme otro deseo.

—Olvídalo. Te has pasado, amigo. Has tenido más deseos de los que te correspondían.

—Ya, pero no he conseguido nada de lo que deseaba en realidad.

—Oh, cállate —dijo Yashar—. Te di todo lo que me pediste. No me culpes a mí por tener mal gusto con los deseos. Podría haberte dado un perrito y una amiga y habrías sido el niño de ocho años más feliz del centro de Austin.

—¿Y perderme todo esto? —dijo Colby, señalando el destartado bar.

—Podría devolverlo todo a como estaba antes, ya sabes. Deshacer todo. Haría eso por ti.

—Lo sé. Pero no puedes volver atrás el tiempo.

—No. Nadie puede.

—También podrías sacarme los ojos y sellar mis oídos con cera. Yo sabría lo que hay tras el velo, pero no lo podría ver ni protegerme de ello. Me pasaría el día meciéndome hacia adelante y hacia atrás, obsesionado sobre lo que podría estar a mis espaldas, mirando por encima de mi hombro.

—Podría hacer que lo olvidaras, pero... —asintió Yashar.

—...entonces tendría que empezar de cero, ya lo sé. Un chico nuevo.

—Sí.

—Eso tampoco funcionaría. Estaría muerto en una semana. Yo mismo me hice la cama, ahora tendré que pasar el resto de mi vida metido en ella.

El viejo Scraps pasó un trapo grasiento por la barra ante ellos, dejando a su paso más mugre de la que había.

—¿Hasta cuándo van a mantener la misma conversación estos dos gilipollas?

—Hasta que ya no la tengamos más, supongo —dijo Colby. Sacudiendo la cabeza, echó en la boca el whisky doble y se lo tomó de un solo trago. Luego miró a Yashar—. Termina tu trago, tenemos una trampa en que caer.

Capítulo 30

El susurro del velo o algo parecido

Los lugareños lo llamaban Crackville —un apodo no demasiado inspirado, pero preciso para un complejo de apartamentos de aspecto chabolero, de dos por dos manzanas de extensión, perteneciente a algún casero avaricioso, en el que competían entre sí al menos tres garitos de venta de crack. El barrio tenía todo lo necesario para convertirse en un floreciente gueto: gente aguardando a que alguien les contratase a cambio de un jornal, licorerías y tiendas abiertas veinticuatro horas, calles mal iluminadas y una docena de lugares en los que esconderse si la policía se molestaba en hacer algo más que recorrer lentamente las calles. Lo único que impedía que esta mugre se extendiese por el resto de la ciudad estaba situado justo en el centro —unas modestas casitas individuales, vigiladas por unas madres armadas hasta los dientes gracias a las permisivas leyes sobre la tenencia de armas. Si bien no bastaban para impedir el constante fluir de los yonkis los viernes y los sábados por la noche, al menos impedían que la población flotante encendiese sus improvisadas pipas demasiado cerca de los lugares de juego de los niños. Por eso los drogadictos tenían que ocultarse tras los contenedores rebosantes de basura, esparcidos generosamente por toda la zona.

La casa de Ewan estaba en el tercer piso del complejo de apartamentos más céntrico, en el corazón mismo de Crackville. Desde la puerta de su casa podía ver las entradas de dos garitos de venta de droga, incluso tres a veces, ya que eran propensos a cambiar de sitio, como movidos por un trilero, a causa de algún enfrentamiento violento o de una improbable redada antidroga. Uno tenía que tener cuidado al caminar por el aparcamiento, no sólo para evitar a los degenerados suplicando una limosna para poder colocarse, sino también para evitar pisar las agujas o las pipas de cristal rotas.

Los apartamentos eran estilo caravana, alrededor de una piscina que hacía mucho tiempo que se había convertido en un fangoso estanque con el agua

cubierta por las algas y una gruesa capa marrón de hojas acumuladas desde el otoño anterior. Aquello despedía un fétido olor a putrefacción que los residentes no notaban hasta que alguien lo mencionaba en voz alta. A causa del enjambre de mosquitos que lo sobrevolaba, a Colby le gustaba considerarlo como el lugar del que provienen las enfermedades. Había algo casi sobrenatural en lo nauseabundo que resultaba Crackville, como si un aquelarre de criaturas infernales se deslizara a través de sus oscuras grietas infestándolo todo. Pero Colby sabía que no era así. Sólo los seres humanos podían generar tanta miseria e inmundicia.

Yashar se apostó junto a la puerta, oculto por el velo, a salvo de ojos mortales, atento ante cualquier cosa que pudiera cogerles con la guardia baja. Había algo preocupante en la visita del Coyote. Una inquietud se acurrucaba en el fondo de su mente. *¿Estaba pasando por alto algo? Acercándose a Ewan, ¿estaban, de alguna manera, haciendo exactamente lo que no debían?* Aunque normalmente solían ser más cautelosos con esas cosas, la botella de whisky que Colby y él se habían pulido ayudaba a acallar cualquier temor que pudieran tener.

Colby llamó a la puerta. Estaba medio borracho, pero lo suficientemente sobrio como para mantener una conversación. Esperó un momento antes de levantar el puño para golpear de nuevo. CLONK-CLONK. El sonido del cerrojo al otro lado le detuvo. Ewan se asomó por la puerta medio abierta y miró a ambos lados.

—¿Colby? —preguntó—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí tan tarde?

Colby no disponía de una respuesta inmediata.

—¿Es Johnny Walker lo que huelo?

Colby meneó la cabeza.

—No, es mucho más antiguo y mucho más difícil de pronunciar, sobre todo después de haberse bebido media botella.

—Entra de una vez.

Ewan abrió la puerta lo suficiente como para que Colby pudiera colarse dentro, frunció el ceño y volvió a correr los cerrojos tras él.

—Lo siento —dijo Colby—. Me he tomado unas copas.

—Ya lo veo.

—¿Te importa si me derrumbo aquí esta noche? No debería estar en la

calle en estas condiciones.

Estaba mintiendo. No tendría ningún problema en llegar a su casa. Pero le pareció una excusa tan buena como cualquier otra.

—Por supuesto —dijo Ewan con una sonrisa irónica—. Lo has hecho por mí.

Colby se quedó pensando unos segundos.

—La verdad es que sí.

—Deja que te traiga una almohada y una manta de la otra habitación.

Ewan entró en su dormitorio y hurgó en el armario. Colby aprovechó el momento para escudriñar los alrededores. Inhaló el aire por la nariz, pero no captó más olor que el de la ropa usada y los platos sin lavar. No había sombras extrañas, ni ningún agujero fuera de lugar. Si alguna criatura sobrenatural estaba espiando a Ewan, lo hacía fuera de su apartamento.

El apartamento de Ewan era la imagen misma de la madriguera de un artista muerto de hambre. Aunque no era un pintor muy bueno, tenía talento como ilustrador. Las paredes estaban forradas con láminas de grueso papel de dibujo, cubiertas por una serie de inquietantes bosquejos. Colby ya los había visto antes. Cada uno representaba a un ser mágico, obviamente eran escenas de una vida ya olvidada. En la mayoría aparecía una niña. A veces estaba a la orilla de un estanque, en otras ocasiones corría por los campos cubiertos de hierba alta. Con el tiempo, Colby había reconstruido algunas de las inspiraciones a partir de sus propios recuerdos. Conocía a la chica, pero prefería no recordarla.

En el suelo había una colección de maltratadas guitarras de segunda mano, esparcidas alrededor de un deformado cenicero de estaño y montones de hojas de papel pautado, garabateadas apresuradamente por ambas caras con letras y notas musicales. Una solitaria lámpara iluminaba con su pobre luz la habitación, haciéndola parecer más sucia de lo que realmente estaba. Contra una de las paredes languidecía un mugriento sofá, recogido, sin duda, en alguna acera. Junto al sofá se mantenía en pie en un equilibrio precario una vieja estantería. Encima de la estantería —sentado sobre una pila tambaleante de libros y papeles— estaba el viejo compañero de Colby, el Señor Bearston.

Colby pasó los dedos por encima de uno de los brazos extendidos del oso. Por un momento, se sintió ignorante e inocente como si tuviera de nuevo

ocho años. Miró el único ojo del Señor Bearston cubierto por cataratas de mugre y sonrió. Era tal como lo recordaba. Tenía la piel impregnada por años de sudor nocturno, desgastada por tantos años de juegos. La redonda mancha en el lugar que había ocupado el otro ojo daba algunas pistas sobre el color original del oso.

—¿Ha estado echándole un ojo, señor? —preguntó Colby con nostalgia—. Estoy seguro de que sí. Era un trabajo muy importante, ya sabe —levantó la mano para coger la cabeza del oso y hacerla asentir—. Bueno. Siga con su trabajo, señor.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Ewan a sus espaldas.

Colby se dio la vuelta.

—Al Señor Bearston.

—¿Quién?

—El oso —dijo Colby—. El Señor Bearston.

—Oh, eso. Su nombre es Dithers. Lo he tenido desde antes de que nos conociéramos. Me ayudó a hacer mi vida más llevadera cuando era niño, ¿sabes?

—¿*Dithers*?

—No tengo ni idea. Ya sabes lo tontos que pueden ser los nombres que inventan los niños.

Colby asintió.

Ewan le dio una sucia almohada y una manta andrajosa. Colby miró con precaución al sofá, pero se sentó de todos modos.

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó.

—Componer. Trabajo en unas canciones.

—¿Unas?

—Sí, esta noche estoy un poco aturdido. No sé lo que es, quiero decir, sí, sé lo que es, pero tengo toda la música rebotando en mi cabeza, más fuerte de lo que nunca había estado antes.

—¿Más fuerte?

—Sí. Más fuerte. Más clara. Siempre oigo música en mi cabeza, pero había sido siempre confusa, ya sabes, inalcanzable. Como si esperara que yo llenara los espacios en blanco. Pero ahora ya no tiene esas lagunas. Puedo oír la música. Sólo estoy tratando de anotarla bien. Todavía no me sale del todo.

—¿De dónde viene?

—Bueno...

—Bueno, ¿qué? —preguntó Colby con un deje de preocupación en la voz.

—Está esa chica.

—¿Esa *chica*?

Ewan sonrió con la sonrisa más grande y más brillante que Colby le había visto nunca. Su expresión era estúpida, casi ridícula, como algo salido de un cómic o un dibujo animado.

—Nora —dijo, lanzando un suspiro silencioso después de decir el nombre.

—¿Nora?

—Nora. Estaba en la actuación de esta noche.

—¿Tú actuaste esta noche? ¿Por qué no me llamaste?

—Se decidió en el último minuto.

—Pero esta chica de tus sueños lo sabía de alguna manera.

—No estoy del todo seguro de que ella estuviera allí para *vernos* actuar.

Los ojos de Colby se iluminaron.

—¿De qué va? —preguntó—. Háblame de ella.

—Su nombre es Nora.

—Eso ya lo había pillado. ¿Nora qué?

Ewan abrió la boca para responder, pero su memoria estaba en blanco. En su lugar: silencio.

—Está bien, omitamos el apellido. ¿Qué hace? ¿Estudia?

Tampoco hubo respuesta.

Colby estaba empezando a desesperarse con Ewan.

—¿Puedes al menos describirla?

—¡Oh! ¡Sí! Es pequeña. Muy pequeña. Con grandes ojos marrones y corto cabello castaño.

—Bueno, algo es algo.

—Es muy... diferente, ¿sabes? Tiene esta forma de ser que no es como la de las otras chicas, no convencional, sin esforzarse demasiado, no sé si sabes lo que quiero decir.

—Lo sé.

—Ella me ha hecho escribir esa música, tío.

—Ya veo.

—No, *buena* música.

Colby se echó a reír.

—¿Estás seguro de que esta chica es del todo humana? —estaba bromeando sólo a medias, aunque Ewan no se daba cuenta—. No tiene apellido, ni trabajo del que hablar...

—Es hermosa y su tacto es como... los fuegos artificiales.

—Por Dios tío. Esto parece grave.

—Lo sé —dijo Ewan, un poco sorprendido con el descubrimiento—, ya sabes lo que dice la gente de conocer a *la única* y darse cuenta en ese mismo instante de que es *la única*.

—Sí, a todo el mundo le pasa. Lo sienten cada vez que se encuentran con alguien a quien están deseando y luego, cuando la cosa se enfría, olvidan que alguna vez lo sintieron de esa manera y así pueden volver a sentirlo la próxima vez.

—Ya, ya. Pues eso es lo que siento.

—Bueno, no te quedes ahí mirando como un idiota. Tócame algo.

—Está bien, pero está sin pulir.

—Eso espero, acabas de conocerla esta noche —Colby levantó una ceja—. ¿Verdad?

Ewan asintió con la cabeza, se sentó en el suelo y cogió una vieja guitarra. Estaba muy usada, probablemente la peor conservada de todas —cubierta de pegatinas y arañazos de años de abusos, pero tenía un sonido profundo y robusto. Había algo varonil y duro en ella, como si se tratara del Charles Bronson de las guitarras, cada acorde parecía llenar el aire de testosterona. Si uno la escuchaba con atención, la guitarra tenía una historia que contar. Pero Ewan quería contar su historia antes.

Colby escuchó a su amigo atacar los primeros acordes. Eran encantadores, una abertura delicadamente trazada que atrapaba al oyente, invitándole a escuchar una historia de amor antes de la promesa de contarle una, sólo para convertirse —cuando menos se esperaba— en una violenta canción de rock duro, dotada de un gancho irresistible. Al instante, Colby estaba siguiendo el ritmo con la cabeza, sintiéndose profundamente familiarizado con la melodía a pesar de no haberla oído nunca.

¿O sí lo había hecho?

Era extrañamente pegadiza. Sonaba como algo que había tarareado un centenar de veces. No era de los Rolling Stones ni de los Beatles, pero poseía su inmortalidad. Su entusiasmo. Algo no estaba bien, la mayoría de las notas estaban allí, pero no las suficientes como para despertar el recuerdo que estaba buscando. *¿Qué? ¿Era? ¿Aquello?*

Espera, ¿era...? No podía ser...

El recuerdo estaba allí y, aprovechando una pausa en la canción, Colby preguntó:

—¿Cómo la has llamado?

—«Luna de Duendecillos».

Mierda.

Colby ya sabía lo que era. Aunque incompleta, y sin que pudiera considerarse un verdadero plagio, se parecía lo suficiente al original como para llamar la atención de cualquier ser mágico que la escuchara. «El murmullo del velo» —una melodía que se decía que tenía mil años de antigüedad y que hacía que cualquier hada doncella se echara a bailar al oírla. Cerró los ojos y miró tras el velo, tratando de atrapar la magia de la interpretación, pero no había nada, ni una pizca de ella. Era una canción alegre, de seguir el ritmo con el pie, pero no tenía nada de mágico.

Se mirara por donde se mirase, no era «El murmullo del velo». Pero se le parecía bastante. Ewan estaba empezando a recordar.

—¿La inspiró esa chica? —preguntó Colby.

Ewan sonrió.

—Sí. Y casi media docena de otras. Pero las demás no están tan avanzadas.

Colby asintió.

—La canción es genial. La pules un poco más —sólo un poco— y creo que tendrás tu primer éxito.

—¿En serio? —preguntó Ewan emocionado. Los infrecuentes elogios de Colby significaban mucho para él porque sabía que lo decía en serio. Si a Colby le gustaba, significaba que podría ser bueno de verdad.

—Sí, en serio.

Ewan sonrió como un boxeador que gana un combate de quince duros asaltos.

—No sé qué decir.

—¿Por qué no me lo agradeces contándome más cosas de esa misteriosa chica?

—Sabe a fresas recién cogidas.

—¿En serio? —se asombró Colby.

—Pero huele a flores, ya sabes, como los bonetes azules en primavera. Su pelo es como recorrer con los dedos la seda. Y su piel es como la de una muñeca de porcelana.

—¿Porcelana?

—Eso es, porcelana.

—Así que es como una muñequita.

Ewan frunció el ceño.

—No, ella es perfecta.

Colby alzó las manos en un gesto de disculpa.

—¡Estoy borracho!

—Sí. Eso te salva. Tienes suerte de que esta chica me tiene de tan buen humor.

—Lo siento, hermano.

—Está bien.

Colby tragó saliva.

—Mira, tengo que decirte algo.

—¿Qué? —preguntó Ewan, con la palma de la mano apoyada sobre las cuerdas de la guitarra.

Colby estuvo a punto de decir algo estúpido, algo que no podría echar atrás. Tenía sus sospechas, pero nada concreto, además también tenía un montón de whisky en su cuerpo, nublando su juicio.

—No dejes que te rompa el corazón —dijo sombríamente—. Siempre habrá alguien que lo haga.

—Por Dios, hombre —le interrumpió Ewan—. Siempre con tus cosas de hermano mayor. Sólo me llevas *un año*.

—Lo sé —dijo Colby, asintiendo con la cabeza.

—Un año.

—Sí.

—Un. Año —dijo Ewan levantando un dedo.

—Lo he entendido —dijo Colby, empezando a desesperarse.

—¿Sabes lo que tenemos que hacer ahora?

—¿Qué?

—Tenemos que conseguirte una chica.

Colby se echó a reír.

—¿Nora tiene una amiga?

Ewan lo contemplaba con la mirada perdida, absorto en sus pensamientos.

—Como ya te habrás imaginado... No tengo ni idea.

Ewan se despertó sobresaltado por un golpe en la puerta que le hizo sentarse. Había vuelto a soñar con los hombrecillos, lo que siempre le causaba inquietud a la mañana siguiente. Necesitó un momento para darse cuenta de dónde estaba. A juzgar por la luz que entraba por la ventana ya era de día y se encontraba en su dormitorio. Todo lo demás tenía que haber sido un sueño.

Se arrastró desde la cama hasta la sala de estar, con los ojos todavía con legañas y los pelos enmarañados. Miró el sofá, esperando ver a un Colby despatarrado sin haberse recuperado todavía de la mona de la noche anterior. En su lugar encontró una manta pulcramente doblada con una almohada colocada cuidadosamente encima. Sobre la almohada había una nota.

Gracias por el sofá. Te lo devuelvo. C.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Está bien, está bien. Ya voy.

Apenas entreabrió la puerta cuando algo se lanzó sobre él por la abertura, unas piernas envolvieron firmemente su cintura, unos brazos se echaron alrededor de su cuello.

—¡Ewan! —exclamó la aparición.

Confundido, Ewan retrocedió tambaleándose, mientras intentaba acomodar el peso aferrado a su centro de gravedad. Cuando por fin pudo enfocar la vista, se encontró mirando a un par de grandes ojos de color marrón parduzco.

Nora sonrió y le besó en la boca.

—Te dije que te encontraría.

Ewan agarró con las dos manos su diminuta cintura y la depositó suavemente en el suelo.

—¿Cómo lo conseguiste...? —comenzó.

—Sssshhhhh —dijo la muchacha poniendo su delicado dedo sobre los labios de Ewan—. Tengo que contarte un secreto.

—¿Qué?

Nora miró a ambos lados, como si alguien les pudiera estar escuchando. Luego se inclinó para acercarse, cerró de una suave patada la puerta a sus espaldas y susurró con voz de colegiala.

—Soy mágica.

—Eres mágica, ¿eh? —contestó Ewan también en un susurro.

La muchacha asintió con la cabeza.

—¿Y qué tipo de magia puedes hacer?

—¿Además de encontrar al chico que me gusta?

—Sí, aparte de eso.

—Puedo hacer que ese chico me lleve a su dormitorio y me haga el amor sin preguntar nada más.

Nora arqueó una ceja y dejó que las hormonas se encargaran del resto. Ewan tardó sólo un instante en estrecharla con fuerza entre sus brazos y besarla, la llevó al dormitorio sin que sus labios se separasen.

La cama consistía en un colchón deforme, apilado sobre un somier que estaba colocado en la esquina más alejada de la habitación para aprovechar al máximo el espacio disponible. Ewan se sentó en la cama, con la espalda apoyada en la pared, tomó un viejo cuaderno de dibujo al que sólo le quedaban unas pocas páginas para jubilarse y lo colocó en su regazo. El lápiz empezó a moverse con furia dibujando, una vez más, a la muchacha.

Junto a él, Nora se dio la vuelta en la cama, estirándose con adorables movimientos felinos que hicieron que las sábanas se deslizaran dejando al descubierto su cuerpo. Se colocó de lado, apoyó la cabeza en la mano y observó en silencio cómo dibujaba Ewan sin apartar los ojos del papel.

—¿La estás dibujando otra vez?

—Sí —contestó Ewan, sin levantar la vista—. Supongo que sí. No estaba pensando en ello. Simplemente dejé que mis manos lo hicieran solas.

—¿De dónde vienen? Me refiero a las imágenes.

—De los sueños, en su mayoría. Tengo estos tenues destellos, casi como

recuerdos. Y luego se van. Los dibujo para retenerlos, para tratar de capturar los sentimientos de esos sueños, esos destellos.

—¿Quién es ella?

—No sé, alguien de mis sueños.

—¿Alguien especial? —preguntó Nora.

Ewan reflexionó por un momento, dudando antes de contestar.

—No me acuerdo de ella. Pero siento que es especial. Se me abre un vacío en el corazón cada vez que la dibujo, ya sabes, una especie de sentimiento enfermizo. Como si fuera alguien a quien he perdido.

—¿Como si fuera la chica de tus sueños?

Ewan entrecerró los ojos y frunció el ceño imitando el enfado.

—Aparenta tener nueve años.

—El amor no conoce límites —contestó Nora con total seriedad—. Ni el tiempo ni el espacio pueden mantener separadas las energías de dos personas.

—No te crees eso realmente, ¿verdad? —preguntó Ewan, riéndose ante la idea.

—Sin duda —dijo Nora gravemente—. El amor es la fuerza más primitiva del universo. Nos inspira, nos hace vencer los obstáculos que de otra manera hubieran sido insuperables. El arte fue creado para exaltarlo, los niños nacen gracias a él y se dedican vidas enteras a buscarlo en lugares más inverosímiles —Nora sonrió, la alegría que sentía en su interior al pensar en todo aquello desbordaba sus labios y sus grandes y radiantes ojos—. ¿Que si creo que una emoción como el amor puede superar algo tan irrelevante como el tiempo? Claro que sí.

—Pero el tiempo es algo real. Lo podemos medir. No se puede medir el amor.

—Eso lo hace aún más poderoso.

Ewan se echó a reír.

—Tú estás completamente convencida de esa idea tuya sobre el amor, ¿no es así?

—El amor es toda mi vida.

—¿Cómo puede ser el amor toda tu vida? —preguntó Ewan—. ¿Con cuántos hombres has estado?

La pregunta salió de sus labios antes de que pudiera retenerla y se

arrepintió al instante. No quería oír la respuesta. Esta chica era la perfección personificada y se daba cuenta de que estaba a punto de echarlo todo a perder con esa sudorosa y despiadada verdad.

—¿Con cuántos hombres? —repitió la muchacha.

Ewan dudó. Pero ya era demasiado tarde.

—Sí —dijo, entrecerrando los ojos con fuerza, como si intentara protegerse de esa verdad.

—¿He estado?

—Sí.

—Tú —contestó Nora.

—Sí, incluyéndome a mí.

—Sólo tú.

—No, ¿cuantos hombres en total?

—Sólo uno. *Tú*.

—Espera, ¿qué? No —protestó—. En serio.

Nora se sentó cruzando las piernas al estilo indio, colocó los codos sobre las rodillas y apoyó la cabeza sobre las manos. Miró directamente a los ojos de Ewan y dijo lenta y claramente:

—En serio.

—No me pareció que eso fuera la primera vez.

—¿Sabes cuánto tiempo he esperado hasta encontrar *al hombre* con el que *hacerlo*? No fue una experiencia, Ewan. Fue *más profundo*.

—¿Y tu poder para hacer que los chicos que te gustan te hagan el amor?

—Sólo funciona contigo.

—Vaya —dijo, asombrado—. ¿Así que eres virgen?

—Ya no.

Ewan parecía entusiasmado y asustado al mismo tiempo.

—¿Por qué yo?

—Cuando una encuentra un alma tan pura y sincera como la tuya — cuando encuentras a alguien cuyos brazos se ajustan perfectamente a ti y que hace que el resto del mundo parezca insignificante cuando lo hacen— hay que agarrarla con las dos manos y no soltarla nunca. Si dices que me quieres, Ewan, seré tuya hasta el final de tus días. Y cuando estos días se acaben, cruzaré el tiempo y el espacio para encontrarte de nuevo. Una y otra vez. Y

vamos a estar juntos para siempre, sin importarnos ni el tiempo ni el espacio.

Nora se subió a él y se sentó a horcadas, haciendo a un lado su cuaderno de dibujo. Luego apretó su cara contra la de Ewan —frente contra frente, cara a cara, los ojos fijos, sin pestañear.

—¿Me quieres? —preguntó.

Ewan asintió levemente con la cabeza, sin querer apartar la mirada.

—Sí.

—¿Para siempre?

—Sí.

—Entonces soy tuya. *Para siempre.*

Capítulo 31

Las Leanan Sidhe

Un fragmento del libro del Dr. Thaddeus Ray, Ph.D., *Crónica de los Habitantes de los Sueños*

A diferencia de los súcubos (o incubos), con los que a menudo son confundidas, las Leanan Sidhe son criaturas monógamas. También, a diferencia de sus vampíricos primos espirituales, las Leanan Sidhe son siempre del género femenino. Aunque se ignora si sus inicios están en los relatos de viajes de los súcubos o, más probablemente, en las variaciones de los cuentos sobre los apareamientos con las Sidhe, es importante recordar que esta especie particularmente repugnante de seres mágicos irlandeses ha sobrevivido en el tiempo y encontró un terreno fértil en nuestra era, protegiéndose con una imagen contracultural para ocultar sus actividades.

Increíblemente territoriales, una vez que han elegido a su compañero, no permitirán que ninguna otra mujer se acerque a él. Depredadoras pacientes y capaces de cambiar de forma con facilidad, acechan a sus presas y aprenden todo lo que hay que saber sobre ellas, para así planear la estrategia de seducción perfecta. Aunque no las asusta ser vistas con el hombre al que han elegido, procuran no llamar demasiado la atención sobre sí mismas. Pueden ser tranquilas y recatadas en público, convirtiéndose en lo que su compañero desee en la intimidad.

Las Leanan Sidhe se alimentan de dos cosas: de la energía sexual de un hombre y de su talento creativo. Si el hombre acepta sus insinuaciones y se acuesta con ella, la Leanan Sidhe será suya para siempre, jamás amarán a nadie más, ni siquiera mirarán a ningún otro hombre. El hombre —escogido no sólo por su virilidad, sino también basándose en unos criterios estéticos relacionados con algún tipo de actividad artística— sentirá la inspiración divina. Renacerá creativamente.

La Leanan Sidhe actúa como una especie de musa, despertando los instintos creativos de su presa, concentrando décadas de talento en una obra genial, y especialmente devastadora. No intentará interferir en su trabajo, ni imponerle sus propios gustos. Si el hombre decide pasarse noches enteras componiendo una ópera, ella no se quejará, ni hará intento alguno de llamar su atención. Sólo cuando haya completado su trabajo le seducirá una vez más y se alimentará de una mezcla de euforia, tanto física como espiritual. Los momentos más fructíferos de un hombre se dan cuando está enamorado de una Leanan Sidhe.

De ahí el dilema a la hora de clasificar correctamente a esta criatura. No pretende causar ningún perjuicio a su víctima y no movería un dedo para hacerle daño de manera alguna. De hecho, está convencida de que lo ama, aunque su amor es destructivo. No sólo absorbe la materia de los sueños de su víctima, sino que el vínculo amoroso entre los dos es tan fuerte que su desaparición inflige un enorme sufrimiento emocional al hombre. Crea mientras suspira por ella, pero pronto descubre que las palabras no fluyen tan fácilmente cuando no

está a su lado. Privado de su musa, la víctima se entrega al vicio, a menudo al alcohol o a las drogas, aunque también se conocen casos de automutilación. Estos vicios frecuentemente sirven de coartada perfecta para la Leanan Sidhe, ya que su alimentación conduce finalmente a la inevitable muerte de su hombre.

Se ha discutido mucho si se trata de un asesinato deliberado. Es muy posible que la Leanan Sidhe no tenga ni idea de que es su alimentación la que provoca finalmente la muerte de su amante. Algunos argumentan que el sentimiento de amor y de hambre son idénticos para las Leanan Sidhe, indistinguibles, por lo que es imposible que ella sepa siquiera lo que está sintiendo. El acto de hacer el amor las deja renovadas, revitalizadas y llenas de vida. Cuando sus compañeros mueren, a menudo en pleno acto sexual, las Leanan Sidhe acaban con el corazón roto y sumidas en la tristeza, prometiéndose que su próximo hombre será mejor, más fuerte, mejor amante, capaz de satisfacerlas sin sufrir una muerte prematura.

¿Son luminosas u oscuras? Nadie lo sabe con certeza. Es posible que actúen sabiendo perfectamente lo que hacen, completamente conscientes de sí mismas, mostrando de cara al exterior su conmoción y consternación por la pérdida de su amante. Pero también podrían ser vampiros inconscientes, que operan como las musas, creyendo que no causan ningún daño. Esta última tesis la apoyan algunos relatos de primera mano. Sin embargo, teniendo en cuenta su formación, el refinamiento, el gusto y la delicada y precisa metodología, uno tiene que preguntarse: ¿hasta qué punto están actuando?

Por el contrario, si alguna siente el amor y no reconoce el hambre, entonces, tal vez, se trate realmente de una musa. Después de todo, los hombres a los que ama dejan tras de sí algunas de las mejores obras de arte de la humanidad: cuadros, poemas, esculturas, obras de teatro. Tal vez estos hombres ya tenían la chispa necesaria para crear estas obras maestras, pero necesitaban un catalizador para hacerlas surgir finalmente. Y, como cuando varias mechas se queman en la misma lámpara de aceite, los hombres simplemente consumen todo lo que tienen en una grande y brillante explosión creativa.

Puede ser difícil localizar y seguir a una Leanan Sidhe. Las primeras menciones se pueden encontrar entre las descripciones de las amantes de varios jóvenes poetas irlandeses. Estos poetas son conocidos por tres cosas: su brillantez, su afición a la bebida y a la hermosa compañía que se cuenta que tenían. Algunos sostienen que el mito se originó como una superstición que rodeó la muerte prematura de muchos de estos hombres. Otros afirman que estos no son más que los primeros cuentos en los que se recogieron las idas y venidas de las Leanan Sidhe.

Hoy en día es difícil detectar su presencia. Con la atención de los medios y la fama que, a menudo, llega muy pronto a los artistas con talento, es imposible distinguir al hada de sus fans. Esto ha dado lugar a errores de identificación y pistas falsas en una serie de casos famosos. Durante los años sesenta eran capaces de deslizarse con facilidad dentro y fuera de la escena, llevándose a muchas talentosas estrellas de la contracultura con ellas. Ahora tienen que ser más astutas para conseguir a unas cuantas víctimas de perfil alto antes de que puedan escapar de nuevo. Los actores, músicos y novelistas suelen chutarse una sobredosis de heroína o cometer un inexplicable suicidio, mientras que las mujeres con las que se les veían raramente vuelven a aparecer. Una vez que se han ido, no hay nada que hacer, las fotografías y los vídeos son inútiles para seguir a las que pueden cambiar de apariencia.

Mientras las Leanan Sidhe son extremadamente peligrosas para sus amantes, son totalmente inofensivas para todos los demás. No se conoce ninguna manera de protegerse de una Leanan Sidhe o de rechazar sus lazos o de destruirlas.

Capítulo 32

La tarde de los amantes

—Toca otra vez esa canción, Ewan.

—¿Cuál?

—La de tu primer amor.

—Todas son sobre mi primer amor.

—Sabes a cuál me refiero.

—Pero tú eres mi primer amor.

—¿Y?

—¿Así que, en realidad, me estás pidiendo que toque una canción que escribí sobre *ti*?

—Ewan.

—Quiero oír como suena.

—Ew-an.

—*Toca esa canción sobre mí.*

—Sigue así. Puedo irme a casa en cualquier momento.

—¿Y?

—Y me voy a llevar todas tus partes favoritas conmigo.

—Tienes un montón de mis partes favoritas.

—Y se habrán ido.

—De hecho, yo diría que tienes todas mis partes favoritas.

—Toca la maldita canción, Ewan.

—¿Cuál?

Nora se acercó más, la punta de su nariz rozaba la de Ewan, respiraba suavemente. Lo besó ligeramente en los labios y susurró:

—La de tu primer amor.

—Ah, esa —Ewan sonrió y rasgó las cuerdas de la guitarra—. La de la chica más hermosa en el mundo.

A medio vestir, Nora y Ewan se acariciaban en el suelo del apartamento,

pasándose un cigarrillo encendido. Afuera llovía, el pesado aire estaba empapado de la fría humedad de finales de invierno. Era el típico día gris, triste y acogedor que los amantes encuentran romántico. Ewan tocó la guitarra, la música fluía sin esfuerzo y se quedaba flotando en el aire. Era perfecta.

La canción terminó. Ewan ladeó la cabeza. Nora frunció la nariz.

—Sé lo que viene ahora —dijo.

—¿Qué?

—Estás a punto de empezar a hacerme preguntas otra vez.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—¿Estás segura de eso?

—Completamente.

Ewan meneó la cabeza.

—¿Cómo demonios lo haces?

—¿Ves? Preguntas —Nora aplastó el cigarrillo en el cenicero, encendiendo inmediatamente otro.

—Siempre parece saber lo que estoy pensando, incluso antes de que yo lo sepa. ¿Cómo lo *haces*?

—No lo sé. Sólo sé lo que quieres. Puedo sentirlo. Creo que es porque estamos hechos el uno para el otro.

—Sabes que la mayoría de los hombres se asustaría si les hablasen de esa manera.

—Muchos lo harían, supongo.

—No, en serio. Todo es tan permanente contigo. Todo es eterno o inmortal, para siempre o hecho el uno para el otro.

Nora sonrió meneando la cabeza.

—No, sólo nosotros.

—Ves, debería estar aterrorizado ante una conversación como ésta.

—Pero no es así. Te encanta. En un universo donde te sientes fuera de lugar, yo soy lo único que parece encajar.

—Debería preocuparme por sentirme tan cómodo con todo esto.

—Pero no te preocupa —dijo Nora sonriendo— porque estamos hechos el uno para el otro.

—Entonces, ¿por qué no me dices nada?

—Te he dicho todo lo que vale la pena saber.

—No me has dicho nada.

Nora se encogió de hombros.

—Ésa es la razón, supongo.

—No puedo ser lo único interesante de tu vida.

Nora se dio la vuelta y miró a Ewan fijamente a los ojos.

—Pero lo eres. Tú eres lo único.

—¿Quién es tu *mejor* amigo?

—Tú.

—No, tu *mejor amigo*.

—Ewan...

—Lo digo en serio. Antes de que me conocieras, ¿quién era la persona con la que más hablabas?

—Nunca he sido realmente una persona de muchos amigos. Quiero decir, pasaba los ratos con la gente de mi edad, pero no trabé amistad con nadie.

—¿Por qué no?

—Tenemos... las personas con las que vivo, quiero decir... diferentes... valores.

—¿Qué *significa* eso?

—Eso significa que creemos en cosas diferentes. Yo vivo fuera, en los bosques. En las profundidades de Hill Country. Ya sabes cómo suele ser la gente allí. En circunstancias adecuadas, algunos de ellos pueden ser muy agradables. En las equivocadas te quemarían para salvar su pellejo. Yo no puedo vivir así.

—¿Dónde vives ahora?

—Todavía vivo allí. Con mi tío.

Ewan acarició el pelo de Nora, lo que hizo que ella le abrazara con más fuerza.

—¿No con tus padres?

—No —dijo la muchacha—. Nunca los conocí. Mi padre murió antes de que yo naciera. Mi madre me dejó con mi tío poco después. No recuerdo nada de ella.

—¿No te acuerdas de tus padres? ¿Nada?

—Por favor, Ewan. No te burles de mí. Por eso no...

—¿Quién se está burlando? ¿De verdad no recuerdas a tus padres?

—No.

Ewan meneó la cabeza.

—Yo tampoco.

Una breve lágrima se asomó a los ojos de Nora. La muchacha sonrió.

—Ves, te dije que estábamos hechos el uno para el otro.

Y los dos se besaron.

—¿Así que todavía vives allí con tu tío?

Nora asintió con la cabeza. El staccato de la lluvia atacó con fuerza la ventana. La tormenta se estaba animando.

—Si esto se pone peor, tendrás que pasar la noche aquí.

—Se me ocurren cosas peores —dijo la muchacha—. Sueño con cosas mejores cuando duermo aquí.

—¿Con qué sueñas?

—Contigo.

—¿Y con qué sueñas cuando no estás soñando conmigo?

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—La clase de pregunta que se hace para saber con qué sueñas. Qué tienes por dentro, ¿sabes?

—Bueno, ¿y tú con qué sueñas?

—Es absurdo.

—¿*Absurdo*?

—Ya sabes, la mayoría de la gente sueña con cosas como cachorros azules o que llegan al colegio en ropa interior o van a lugares extraños con personas que sólo conocen de su trabajo.

—Supongo.

—Bueno, pues yo no sueño con nada de eso. Sueño con un bosque. Con que estoy escapando de unos hombrecillos diminutos o que le doy la mano a una niña o con monstruos hechos de rocas. Sueño con las mismas cosas una y otra vez. Nunca cambian. No es que me gustaría que esos hombrecillos me persiguieran por la ciudad o en el supermercado. Siempre es en el bosque. Siempre sueño con el bosque. Y nada más.

—¿Qué crees que están tratando de decir tus sueños?

—No lo sé.

—Tal vez te dicen que tienes que irte.

—¿Irme? No. Los he tenido desde que tengo uso de razón.

—Bueno, entonces tal vez te lo esté diciendo yo.

—¿Que debo irme?

—Tal vez *deberíamos* irnos —dijo Nora.

—Hay muchas cosas que no me estás contando, ¿verdad?

La muchacha asintió con la cabeza.

—¿Y no confías en mí lo suficiente como para decírmelas?

—No es eso.

—¿Qué es entonces?

—Son cosas que es mejor no saber.

—¿Acerca de ti?

—Acerca de donde yo vengo.

—¿Por qué no puedo saberlo?

—Porque, si hay cosas que prefiero olvidar, ¿por qué iba yo a querer que las recordara alguien más?

—A veces, es más fácil llevar la carga entre dos.

—Eso lo has leído en una tarjeta de felicitación, ¿no?

Ewan sonrió, rindiéndose.

—Podría haber sido una tira cómica.

—Eres adorable.

—Eres increíble.

—Huyamos juntos.

—¿Qué?

Nora se sentó, tomó las manos de Ewan entre las suyas y dijo, mirándolo a los ojos fijamente, sin pestañear.

—Huyamos juntos. Llevaremos a tu banda a Los Ángeles o a donde sea. Salgamos de aquí y nunca volvamos la vista atrás.

—¿De qué tienes miedo?

—De perder todo esto.

—No, ¿por qué quieres huir?

—Porque nunca vas a ser el hombre que quiere ser si sigues de friegaplatos en un bar. Y yo nunca seré la chica que quieres que sea si sigo

viviendo aquí.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Muy en serio.

—Oh, Dios mío. Yo no... No sé qué decir.

—Dime que me quieres.

—Nora, te quiero.

—Dime que me necesitas.

—Nora, te necesito.

—Dime que vas a ser una estrella del rock.

—Voy a ser una estrella del rock.

—Huyamos juntos.

—Está bien. Después de nuestra próxima actuación, si hacemos saltar por los aires el local, hablaremos con los chicos.

Nora empezó a pegar brincos aplaudiendo.

—¿Vamos a hacerlo?

—Si la actuación sale bien.

—Entonces es mejor que así sea. Haré todo lo que pueda.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Más que nada en el mundo.

Capítulo 33

El desayuno del filósofo

El cielo estaba enfurecido, su ira translucía la incontenible hostilidad que sentía hacia la tierra. Destellos de luz eructaban en el interior de las nubes y caían de los cielos, seguidos por los cavernosos aplausos del trueno acompañados por las miles de palmaditas de la lluvia. Era una tormenta de odio y rencor y estaba llena de maldad. El propio cielo cayó sobre la tierra convertido en trozos de hielo del tamaño de una pelota de tenis. La ciudad se abolló, se rompió bajo sus impactos, telarañas de grietas se dibujaron en las ventanas antes de que se rompieran en pedazos, el suelo estaba cubierto por pedruscos de hielo y vidrios rotos.

Colby Stevens vio la tormenta tal como era, la cimbreada nube tormentosa mezclada con sombras del Infierno sobre su cabeza, el aire apestando a azufre. No había nada natural en ello. Era la hora de las brujas y la amenaza que se respiraba en el aire había ahuyentado a los pocos asiduos que todavía quedaban en los bares, dejando vacías las calles del centro. Eran las condiciones perfectas para lo que estaba a punto de suceder. A pesar de no haberla visto nunca, estaba familiarizado con sus signos. La Caza Salvaje había comenzado.

Colby se había refugiado en un portal, apenas a resguardo del granizo. Llevaba una mochila al hombro y sostenía en la mano una botella de whisky, el regalo que le hizo el viejo Scraps mientras le metía prisa para que se largara para poder hacer algo totalmente insólito: cerrar el bar por la noche. Nadie quería estar ahora en las calles, ni siquiera el viejo cluricaun.

Cuando la tormenta amainó, Colby caminó por las calles cubiertas de hielo hasta llegar a uno de los edificios más altos de la ciudad y agarrar la mojada y resbaladiza escalera de incendios. El húmedo metal teñía de óxido naranja las palmas de las manos. Pasar la tormenta en un tejado no era una idea muy buena, pero el característico ruido sordo de los cascos en la

distancia le indicaba que se trataba de la mejor opción. Así que empezó a subir la escalera peldaño a peldaño, tratando de no pensar en lo que sucedería si un rayo cayera sobre el expuesto esqueleto de metal oxidado.

Al llegar a la cima, vio que no estaba solo. Encaramado temerariamente sobre la cornisa exterior, estaba el ángel Bertrand. Del cuello para abajo vestía su blanca y maltrecha armadura, era más un peligroso imán para los rayos que una buena compañía. Bertrand, con su largo pelo empapado agitándose en el viento, estiró el cuello olisqueando por encima del hombro.

—¿Es una botella de whisky lo que huele en tu mochila? —gritó superando el ruido de la lluvia.

Colby asintió.

—¿Puedes olerla?

—Tengo la nariz de un sabueso y la sed de su amo —Bertrand volvió a olfatear el aire—. No te preocupes, todo irá bien aquí. No huele a rayo.

Colby cruzó la azotea, mientras sacaba la botella de la bolsa. Desenroscó el tapón y tomó un trago largo y profundo, luego se la pasó a Bertrand. El ángel tomó un sorbito, hizo gárgaras con el alcohol y se lo tragó con dificultad.

—Mierda —dijo—. Pensé que un hechicero sería capaz de crear un Bourbon mejor.

Colby meneó la cabeza.

—No en esta ciudad. No hay suficiente materia de los sueños en el ambiente para convertirla en un trago de matarratas y mucho menos en una botella entera.

Colby se sentó al lado del ángel.

Bertrand tomó otro trago y agitó ligeramente sus grandes alas blancas para sacudir las gotas de las plumas. Extendió un ala por encima de Colby, sumiéndole en la densa sombra y protegiéndole de los embates de la lluvia.

—He oído cosas sobre ti, ya sabes. Historias.

—Me sorprendería si no lo hubieras hecho —dijo Colby, cogiendo la botella.

—¿Algunas de ellas son verdad?

Colby asintió.

—Estoy seguro de que hay algo de cierto en una pequeña parte de ellas.

—¿Cuáles se aproximan más a la verdad?

—Bueno, ¿cuál es tu favorita? Simplemente imagínate que esa es la verdadera.

Bertrand asintió.

—¿Y qué puedo hacer por ti?

—¿Qué te hace pensar que puedes hacer algo por mí?

—Hay muchos tejados en esta ciudad —dijo—. Sólo suelo utilizar este.

—Busco sobre todo respuestas.

—¿Tú quieres preguntarme algo a *mí*? —Bertrand estaba genuinamente sorprendido.

—Sí.

Bertrand sonrió.

—¿*Tengo* que contestar?

—No. No es esa clase de noche.

Bertrand y Colby nunca habían hablado a solas antes y el ángel parecía cada vez más impresionado.

—Muy bien, voy a hacer un trato —dijo—. Si me contestas sinceramente a una pregunta, te diré todo lo que quieras saber.

—Dispara —dijo Colby.

—¿Por qué los otros ángeles no quieren hablar contigo?

Colby miró la calle abajo, contemplando las gotas de lluvia alejarse en su carrera hacia el suelo.

—¿Sabías que cuando se vacía toda la materia de los sueños del cuerpo de un ángel, todo lo que queda son unas cuantas plumas y el olor a bebé recién nacido?

—No lo sabía.

—Uno de tus amigos pensó que podía hacerme una visita mientras dormía. Me desperté cuando se acercaba sigilosamente en la oscuridad. Ni siquiera hoy sé lo que estaba tratando de decirme.

—Creo que algunas de las historias sobre ti *sí* son ciertas.

—Como he dicho, hay algo de verdad en la mayoría de ellas. Todo lo demás es la perspectiva y escapatismo —Colby tomó un trago de la botella y se la pasó a Bertrand—. Para haber descendido del Cielo, los de tu clase no son demasiado propensos a perdonar.

—Los sin perdón tienen poco perdón para los demás.

—Parece justo.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Qué hay que hacer para ser un buen hombre?

Bertrand se echó a reír.

—¿Quieres preguntar sobre la bondad a alguien que ha sido expulsado de los cielos?

—Caíste en la tierra, no en el infierno. Alguna razón habrá para ello.

Sorprendido, Bertrand miró a Colby de arriba abajo.

—Eres mucho más sabio de lo que la gente cree, ¿lo sabías?

—Me lo tomaré como un cumplido dudoso. Ahora devuélveme mi botella.

Bertrand bebió un trago rápido antes de entregar la botella a Colby, quien a su vez tomó otro más largo.

—Mira, te diré lo que sé, que es lo mejor que puedo recordar. ¿Te vale así?

Colby asintió, limpiándose el whisky de los labios con la manga.

—Me parece bien.

—Supongo que no estás aquí por un consejo de pacotilla. ¿Amaos los unos a los otros y trata a los demás como te gustaría que te trataran y todo eso?

—No —contestó Colby.

—Bueno, entonces, hay dos tipos de santidad en este mundo: la bondad y la generosidad.

—¿No son lo mismo?

—Por supuesto que no, no son lo mismo. Ni siquiera se acercan a ser lo mismo. Un hombre bueno hace lo que le dicen, se comporta según las normas y procura no meterse en líos. Fin de la historia. Si mete la pata, pide perdón y trata de hacerlo mejor la próxima vez. Al final, como lo ha intentado hacer lo mejor posible y se siente mal por todas las veces que ha dejado caer la pelota, lo llamamos bueno.

—Un hombre verdaderamente generoso, por el contrario, es un hombre malvado. Lo más generoso que puede hacer un hombre es el mal. Un hombre generoso es aquel que hace a sabiendas lo que está mal porque sabe que, en última instancia, el resultado será un bien mayor. Un hombre que

voluntariamente permite que su alma se condene para que las almas de los demás se salven. Es el acto más generoso. Un verdadero guerrero espiritual se queda sin el perdón final, no obtiene la redención, pero su sacrificio permite que otros lleven una vida casta y pura. Esa es su verdadera recompensa. Por supuesto que nunca verás nada de esto escrito en letra pequeña en los folletos —Bertrand se inclinó hacia Colby como si quisiera compartir un secreto—. ¿Crees que los cruzados fueron perdonados porque el Papa hizo un gesto con la mano y los absolvió antes de que violaran, mataran y saquearan mientras se abrían camino a través de Tierra Santa? No. En el cielo no hay sitio para los que se toman la justicia por su propia mano. Ni para los condenados.

—¿Quieres la verdad pura y dura? Un mártir —un verdadero mártir— no es alguien que muere por lo que cree. Es alguien que renuncia a la eternidad por ello. Alguien que sabe que le van a quemar por lo que ha hecho y lo hace de todos modos, sin reparar en las consecuencias.

—Por alguien —dijo Colby, asintiendo con la cabeza.

—Por alguien —confirmó Bertrand—. La generosidad sólo es verdaderamente desinteresada cuando no existe la recompensa, únicamente el resultado. Ni siquiera en el más allá.

—¿Y eso es la bondad?

—Eso es la santidad.

Colby lo miró con una expresión sobria, calculadora.

—Así que, ¿por qué habéis caído?

Bertrand se quedó mirando la lluvia.

—Sabes, ése es el problema de los mortales —no comprenden el alma. Siempre asumen que hemos caído, que todos fuimos expulsados del cielo — se volvió y su mirada se encontró con la de Colby, había tristeza en sus ojos—. Algunos de nosotros saltamos.

—¿Recuerdas por qué?

Bertrand se echó a reír. Apartó la mirada por un instante pero volvió a mirar a Colby, todavía riendo. De nuevo miró hacia otro lado, tratando, a duras penas, de mantener una expresión seria.

—Se nota que no pasas mucho tiempo entre los ángeles. Olvidamos muchas cosas, quiero decir, un *montón* de cosas, pero nunca olvidamos *eso*.

El porqué está marcado en nuestras almas y duele cada momento que estamos lejos. Sí. Sí, me acuerdo de eso.

El lejano y sordo rumor de la Caza Salvaje era más fuerte ahora, el clamor de los cascos lejanos se estaba convirtiendo en un rugido que les obligaba a levantar la voz. No tardarían en llegar.

—¿Eso que huelo es whisky? —dijo una voz desde la otra punta del tejado. Bertrand y Colby miraron por encima del hombro a Bill la Sombra, la lluvia caía en cascada desde el ala de su sombrero.

—Hola, Bill —dijeron los dos al mismo tiempo.

Bill trepó hacia ellos y se sentó junto a Bertrand.

—¿Tienes otra ala? —Bertrand lanzó una mirada de reojo a Bill y sacudió la lluvia de su otra ala, extendiéndola por encima de él.

—Gracias —dijo Bill, encendiendo un cigarrillo y tomando una gran bocanada de humo—. ¿Qué hay de la botella?

Colby se la pasó. La botella que acababa de abrir estaba ya medio vacía.

Bill tomó un trago.

—Chicos, ¿les he contado alguna vez que en una ocasión vi la Caza Salvaje de cerca y con mis propios ojos?

—Nunca he escuchado esa historia —dijo Bertrand.

Colby meneó la cabeza en silencio y alargó la mano señalando a Bill. Este tomó otro trago de la botella e intentó devolvérsela, pero Colby la rechazó con la mano y señaló el cigarrillo. Bill, asintiendo con la cabeza, tomó una calada y le pasó el cigarrillo.

La bocanada de Colby fue profunda.

—Ocurrió hace diez o quince años —dijo Bill— en Hill Country. Ya sabes, en las profundidades del Reino de Piedra Caliza. Yo por aquel entonces vivía allí —levantó la vista hacia Colby—. Eso fue justo antes de que tú y Yashar aparecierais.

—¿Estabas allí entonces? —preguntó Colby, exhalando una nube de humo mientras hablaba.

—Oh, sí. Incluso estuve allí la noche en que lo volviste... —Bill terminó la frase con un silbido, como para sustituir la palabra *loco*.

—Espera —dijo Bertrand—, ¿tú estabas allí? ¿Cuándo despedazó a una docena de seres mágicos?

—Eso no fue lo que pasó —dijo Colby, negando con la cabeza.

—Sí, yo estaba allí —dijo Bill y tomó otro trago de la botella—. Colby tiene razón. La leyenda no se ajusta mucho a lo que pasó.

—Gracias —dijo Colby.

—Fue peor —siguió Bill.

Colby elevó los ojos.

—Oh, vamos.

—Tenías que haberlo visto, Bertrand —continuó Bill—. Allí estábamos, por lo menos, un centenar de nosotros —todos de pie rodeando atónitos a un embravecido niño de ocho años. Fue surrealista. Primero aquel Gorro Rojo que simplemente se desvaneció en una pequeña explosión de pétalos de flores mientras nadie se movía. Unos pocos Gorros Rojos se pusieron chulitos, pero Meinrad —es el mandamás de por ahí— les mandó callar porque sabía a lo que se enfrentaba. Ese chico iba en serio. Todo el mundo, y quiero decir, todo el mundo, se había cagado encima. Era como si alguien hubiera irrumpido en una multitud revólver en mano —sabíamos que sólo podría cargarse a unos pocos de nosotros antes de que lo destrozáramos, pero nadie quería ser uno de los seis que recibirían la bala, ¿sabes?

—Entonces, ¿a cuántos pulverizó? —preguntó Bertrand con verdadero interés.

—Sólo a uno.

—¿En serio? Porque cada vez que escucho esa historia, el número se hace más grande.

—Te lo dije —protestó Colby—. No ocurrió así.

—Pero ocurrió —dijo Bill—. Esa fue la noche en que decidí marcharme. Sólo regreso a por el Tributo.

Colby miró a Bill.

—Espera, ¿todavía mantienen el Tributo?

—Por supuesto que mantienen el tributo —respondió Bill—. ¿Por qué no?

—Porque yo les dije que no lo hicieran —la mirada de Colby se había helado.

—No, no lo hiciste. Sólo volviste para salvar a tu pequeño amigo.

Colby estaba realmente desconcertado, perdido en sus pensamientos. Había asumido que lo habían dejado.

Bertrand golpeó a Bill en el pecho con la palma de la mano, y Bill le entregó la botella.

—Entonces, ¿qué tiene que ver esto con la Caza? —preguntó.

Bill asintió.

—La Cacería fue la noche anterior a la aparición de Colby. Surgió de la nada —miró a su alrededor—. No como ahora. Estábamos tranquilamente disfrutando de la noche, cuando el rugido cayó sobre nosotros como una repentina avalancha. Partieron por la mitad a unos cuantos amigos justo delante de mí. Me escondí entre las sombras y vi cómo acababan con casi todo el mundo que yo conocía. Después de eso el Reino de la Piedra Caliza se fue a la mierda. Y no he parado de beber desde entonces.

El rugido se hizo casi ensordecedor cuando la Caza Salvaje dobló la esquina de la calle que tenían debajo. Aunque todavía estaba a varias manzanas de distancia, los edificios reverberaban con el galope de los jinetes, haciendo vibrar las ventanas, y sacudiendo arenilla de entre los ladrillos. De pronto surgieron las sombras de las gigantescas cabras negras, moviendo sus retorcidos cuernos en la oscuridad. Sus cascos golpeaban el suelo provocando explosiones que la lluvia se encargaba de apagar inmediatamente. Los jinetes azotaban a sus corceles, recorriendo vertiginosamente la ciudad y dejando a su paso las volutas de humo que desprendían sus harapos incandescentes.

Bertrand se llevó pensativo la mano a la barbilla, mientras dirigía una mirada de preocupación a Bill. Este asintió lentamente con la cabeza, antes de que los dos volvieran sus miradas hacia el caos reinante debajo de ellos. Algo iba mal, muy mal.

La caza infernal galopaba sin provocar incidentes, sin siquiera dedicar una mirada al tejado que tenía encima. La partida la componían una docena de jinetes. Desde donde se hallaba apostado el trío era imposible distinguir de quién se trataba. Tras haber sacado de sus monturas todo de lo que estas eran capaces, desaparecieron doblando una esquina a tres manzanas de distancia, quedando los truenos atenuados y las humeantes huellas como la única evidencia de su paso.

—Bueno, eso no está bien —dijo Bertrand.

—¿Qué es lo que no está bien? —preguntó Colby.

—La caza —dijo Bill, meneando la cabeza—. No están *cazando* a nadie.

—¿Cómo lo sabes?

—No hay perros —contestó por él Bertrand—. Siempre traen a los perros. Y galopaban demasiado rápido, no puedes ver nada en la oscuridad a esa velocidad, sobre todo si no estás mirando.

Bill y Bertrand dedicaron una larga y dura mirada a Colby, con el rostro inexpresivo Bertrand le volvió a ofrecer la botella.

—¿No creerás... —comenzó Colby.

Bertrand asintió.

—La Caza Salvaje sólo se aparece donde debe o quiere estar. En ningún otro lugar.

Bertrand puso una mano firme en el hombro de Colby, parecía que su cáustico aliento podía prenderse si entraba en contacto con una llama. Colby se apartó para proteger su nariz.

—Si las cosas se ponen tan feas como creo que se pondrán —dijo Bertrand— y tú acabas en el lado correcto, yo y algunos de mis amigos te echaremos una mano. Tú pones el whisky y yo una pandilla de ángeles cabreados.

Colby le miró asombro.

—¿Por qué demonios ibas a ayudarme a *mí*?

—Como ya he dicho, si tú estás en el lado *correcto*, allí estaremos nosotros también. Es un poco asunto nuestro también.

Colby y Bertrand miraron a Bill, quien dio una última calada al cigarrillo antes de aplastarlo en la piedra mojada.

—Casi todos los que me importaban algo llevan mucho tiempo muertos. Si hay jaleo, estoy obligado a participar. Pueden contar conmigo.

—Gracias —dijo Colby.

Bill se echó a reír.

—No nos des las gracias todavía, chico. Tendremos que atravesar el infierno entero para llegar a eso. Recuerda mis palabras.

El ruido de los cascos volvía a escucharse más cercano. Era como si un tren descarrilara en la ciudad, chirriando y destrozando las calles a su paso. Ningún ruido se parecía a aquel. Y seguía haciéndose cada vez más fuerte.

La partida de la Caza Salvaje dobló una esquina, desembocando de nuevo en la calle, después de haber completado el rodeo. El corazón de Colby se

perdió un par de latidos. Le costaba respirar, le resultaba difícil incluso parpadear, a pesar del constante agujijoneo de la lluvia. *Venían a por él.*

La partida se detuvo, los doce jinetes se acercaban a trote lento al edificio en el que se resguardaban los tres borrachos. El primer jinete detuvo a su cabra y levantó la mirada. Se produjo un silencio doloroso roto únicamente por el golpeteo constante de la lluvia. Tan sólo se escuchó un breve estruendo de un trueno lejano.

—Creo que quieren hablar contigo —dijo Bertrand dirigiéndose a Colby.

Colby meneó la cabeza.

—Si hubieran querido matarte —dijo Bill— habrían subido por el lado opuesto del edificio.

—Así que me guardaréis la espalda, ¿verdad?

Los dos se rieron.

—No —dijo Bertrand—. Esto no es malo. Todavía no.

—Ni siquiera se acerca a malo —le siguió Bill—. Te lo están pidiendo educadamente.

Colby suspiró profundamente, puso la mano delante de su cara juntando el meñique y el dedo anular con el pulgar, mientras apuntaba con el índice y el dedo medio hacia arriba. De un salto abandonó el tejado y empezó a descender. Le llevó unos segundos llegar al suelo y, cuando lo hizo, aterrizó justo delante del jinete que dirigía la partida —la palma vuelta hacia abajo había suavizado su aterrizaje.

Colby se irguió, enfrentándose desafiante a los cazadores. Intentaba, lo mejor que podía, parecer imperturbable, pero temblaba como un gatito asustado ante las sombras oscilantes que se cernían sobre él. Las cabras balaban enfurecidas, queriendo pisotearle, pero los jinetes las sujetaban. Por un momento, Colby y el jefe de la partida intercambiaron miradas fulminantes.

El jinete —un descompuesto y purulento cadáver de mujer, sin apenas pelo en la cabeza, con los ojos a punto de salirse de sus órbitas y unos afilados dientes que todavía se sujetaban en las encías impregnadas de pus— pasó su flácida pierna por encima de la silla de montar y bajó de un salto de su cabra. Agarrando su montura por el cuerno para no caerse, avanzó hacia Colby deteniéndose tan cerca que le podría tocar con la mano.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Colby a la mujer.

La criatura chilló, dejando que el viento aullase las vocales por ella.

—Tu ayuda —levantó un brazo, colocando su esquelética y podrida mano sobre la frente de Colby. Colby se quedó paralizado, abrumado por las visiones.

Vio ante él el lago Ladybird, lo estaba sobrevolando como un pájaro antes de sumergirse entre las olas, hasta el fondo, a casi veinte metros por debajo de la superficie. El agua estaba sucia de lodo pero, al hundirse todavía más, pudo distinguir una montaña de sedimentos con una entrada. Atravesó la puerta y se encontró en un atrio cubierto de algas y con un oscuro agujero en el suelo por el que se metió, hundiéndose todavía más. Allí, en las profundidades del montículo, había una serie de cuevas oscuras que llevaban, a través de lo que parecían ser zonas habitables, hacia una habitación con suelo de arena en el que yacían sobre sus costados unas grandes vasijas de barro. Su mirada se dirigió a una de ellas, tenía un nombre grabado en ella:

JARED THATCHER.

La mujer apartó la mano de la frente de Colby, dejando restos de carne podrida pegados a su rostro.

—Liberarlo —aulló—. ¡Libera a mi amor!

—¿Quieres que vaya allí? —preguntó Colby, mientras sus ojos decían *que me lleve el diablo si lo hago*.

—¡Su alma! ¡Déjala salir! ¡Déjala salir y no te llevaremos con nosotros!

Colby la miró nervioso.

—¿Tengo otra opción?

La mujer asintió, sonriendo maliciosamente y acariciando el cuello de su enorme cabra. Colby comprendió inmediatamente a qué se refería.

—Está bien —dijo—. Pero sólo lo haré si te vas. Ahora mismo.

La mujer asintió con la cabeza y toda la partida de caza estalló en llamas. Arreció un viento feroz que sopló como un fuelle sobre cada uno de los jinetes incinerándoles a ellos y a sus corceles y arrastrando después sus cenizas hacia la tormenta. Se habían ido en dos suspiros, dejando a Colby solo bajo la lluvia que empezaba a amainar. Todo lo que quedaba era un trueno suave, demasiado lejano para preocupar a nadie.

Colby levantó la vista hacia el tejado del edificio que tenía detrás, Bill y Bertrand lo observaban desde arriba. Luego, dejó escapar un suspiro de frustración y miró con el ceño fruncido la escalera de incendios. Después, derrotado, se dirigió hacia ella una vez más. Podía ser un condenado, pero

sería además maldito si permitía que aquellos dos terminasen la botella sin él.

Capítulo 34

Una última parada antes de anochecer

Austin está considerada como una de las ciudades en las que más alcohol se consume del país, a veces incluso logra arrebatarse el primer puesto a ciudades de la talla de Nueva Orleans, Las Vegas o Nueva York. El epicentro de ese consumo desaforado se encuentra en una sola calle, repleta de punta a punta de bares, discotecas, salones de tatuajes y algún sex-shop. Es la calle Sexta, donde acuden los estudiantes universitarios cuando quieren emborracharse y donde hacen sus escapadas los hombres de treinta y cinco años cuando quieren sentirse como estudiantes.

Donde hay bebida, hay miseria. Donde hay miseria, están las cosas oscuras. Y la calle Sexta está repleta de cosas oscuras.

Durante el día es un solitario tramo de carretera, con unos pocos bares y restaurantes abiertos que sirven sándwiches a la gente que trabaja en el centro. Pero cuando el sol se pone y se encienden las luces de neón, las sombras salen arrastrándose de sus agujeros y los ángeles se encaraman a los tejados de los edificios. Mientras el resto de la ciudad echa el cierre y baja las persianas, la calle Sexta inspira y expira vida en cada bombilla.

Colby siempre procuraba evitar la Sexta. Las cosas que acudían a alimentarse allí no le tenían mucho cariño. Pocos lo desafiaban abiertamente, sabiendo muy bien de lo que era capaz. Pero tenía que soportar las miradas de odio, los insultos o un salivazo de vez en cuando en su zapato. Ewan trabajaba en la calle Sexta. Y Ewan era prácticamente la única razón por la que Colby soportaba las burlas de los que lo atormentaban. Y por eso estaba aquí ahora.

Después de los destrozos producidos por la tormenta de la noche anterior, la mayoría de los locales estaban ocupados instalando nuevos escaparates. Y los que no lo hacían, empleaban tableros y cinta adhesiva. El bar de Ewan había escogido la segunda opción, explicando su elección con un irónico

cartel: PREFERIMOS GASTAR DINERO EN CERVEZA.

Ewan vaciaba un gran barril de plástico lleno de hielo en el recipiente que había bajo la barra. Faltaba todavía media hora para la apertura. El bar brillaba, iluminado por potentes focos industriales, utilizados únicamente a la hora de limpiar el local y espantar a los parroquianos borrachos. En un rincón, invisibles para Ewan, estaban sentados dos demonios de apariencia casi humana y un Boggart —más sombra que hombre— bebiéndose los últimos restos de la angustia de la noche anterior. Le prestaban a Ewan casi tanta atención como él les prestaba a ellos. Pero Colby era otra historia.

—Oh, ¿qué está haciendo esta mierda en nuestro bar? —preguntó uno de los demonios a los demás.

Colby les miró mientras cerraba la puerta.

—Yo pensaba que tendría la decencia de quedarse en su barcito de maricones con sus amiguitos maricones —dijo el otro.

El Boggart soltó una risita, pero no se atrevió a hablar. Era el único de los tres que, en una ocasión, había visto a Colby enojado. Colby les lanzó una mirada fulminante y el Boggart desvió los ojos, prefiriendo contemplar la mesa en lugar del contacto visual. Los demonios sonreían maliciosamente.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó Ewan.

Colby sonrió.

—Hay una cosa que debo hacer un poco más tarde en esta parte de la ciudad. Así que pensé en dejarme caer por aquí.

—¿Una cosa?

—Sí, es sólo un trabajo. Nada importante.

—¿No vale la pena hablar de ello, o es que no puedes?

—Son cosas del trabajo.

Ewan abrió los brazos en un gesto de desesperación.

—¿Por qué todos los que me rodean tienen que ser tan condenadamente misteriosos?

—¿Qué quieres decir con eso?

Uno de los demonios se burló de él repitiendo la frase con voz estrangulada.

—¿Qué quieres decir con eso?

Colby lo miró con disimulo por encima del hombro.

—Tú y Nora y todos vuestros secretos —dijo Ewan—. ¿Es que nadie habla ya de sus cosas?

—¿Nora tiene secretos?

—Por supuesto que sí. No puedo tener a nadie en mi vida que no los tenga. Incluso mis compañeros de la banda tienen sus secretitos.

—Bueno, son hermanos. ¿Cuál es el problema de Nora?

—¿Su *problema*?

—¿Qué es lo que no te quiere contar?

—Todo. De dónde es. A qué se dedica. Es un misterio total.

—¿Qué sabes de ella?

—Sé que vive con su tío en Hill Country y que había estado enamorada de un chico, pero él se marchó y se olvidó de ella.

—Todo esto suena bastante normal... —de repente Colby abrió los ojos como platos—. ¿En qué parte de Hill Country?

—No me lo ha dicho. Sólo sé que vive con su tío.

—Hummm... —la voz de Colby se apagó, alguna idea estaba dando vueltas en su cabeza.

—No es una paleta ni nada parecido.

—¿Hummm...? Espera, ¿qué?

—Que no es una paleta.

—¿De qué estás hablando?

—Sé lo que estás pensando.

—No tienes la menor idea de lo que estoy pensando.

—Tengo que ir a buscar más hielo. Quédate aquí —Ewan cogió el gran barril de plástico y se lo llevó a la cocina.

Colby miró por encima del hombro a los demonios que le devolvieron unas sádicas sonrisas.

—¿Qué vas a hacer sin tu genio, chico de los deseos?

—No va a hacer nada.

Colby sacudió la cabeza y levantó la mano con la palma hacia arriba. Con una rápida flexión de los dedos absorbió hasta la última partícula de la materia de los sueños que quedaba en el local, cada pedacito de oscuridad y melancolía que todavía quedaban, exhalándolos luego como un anillo de humo. El anillo flotó en el aire y se desvaneció.

Los tres lo fulminaron con las miradas.

—Oh, ahora te comportas como un gilipollas —dijo uno. El Boggart le agarró de la muñeca y meneó la cabeza.

Colby apretó el puño.

—¿Creéis que me costará mucho hacer lo mismo con vosotros? Busquen otro bar.

—¿Qué? —preguntó Ewan desde la cocina.

Los tres, enfadados y nerviosos, se pusieron en pie y se dirigieron hacia la salida.

—Preguntaba si sería difícil encontrar a una chica como Nora en algún otro bar.

Ewan volvía, doblado en dos por el peso del barril rebosante de hielo.

—¿Por qué iba a querer encontrar otra chica?

—No es para ti. Es para mí, imbécil. ¿Cuáles son las probabilidades de encontrarme con una chica como ella?

—¿Por qué quieres encontrar a una chica como Nora? No parece que disfrutes hablando con ella.

—Eso no es justo.

—No, no lo es. Pero es cierto. Nunca te he visto hablar con una chica. Nunca.

—Hablo con... bueno, no hablo con las chicas. Pero imaginemos por un momento que lo hiciera. ¿Qué iba a decirles? Quiero decir, ¿qué le dijiste a Nora para ligártela?

—En realidad me entró ella.

—¿De verdaaad?

—Espera, ¿no te crees que una chica como ella se enamore de un tipo como yo?

—Eso no tiene nada que ver con lo que estaba diciendo.

—¿Por qué es tan importante el que fuese ella la que me entró y no al revés?

—Porque sí.

—¿Por qué?

Colby buscaba desesperadamente una respuesta que no contuviera la palabra *hada*.

—Porque me preocupa, ¿vale?

—¿Qué te preocupa?

—Las chicas como ella pueden ser un problema. Son como un choque de trenes emocional que van de hombre en hombre, dejándoles con el corazón roto y sin un centavo.

—Retira lo que acabas de decir.

—Ewan, por Dios. No estoy diciendo que ella lo sea, lo que digo es que no la conozco y me preocupa.

—Tú no tienes por qué preocuparte. Ese no es asunto tuyo.

—Pero me preocupo. Y lo haré siempre. A veces me siento como si fueras mi única conexión con... eh... con el mundo real. Siempre estoy en la librería, en mi propio pequeño mundo y tú eres lo que me mantiene conectado a la tierra, lo que hace que me sienta humano. Eres mi enlace y, si te pierdo, presiento que acabaré perdido para siempre. Así es que sí. Me preocupa.

—¿Por eso siempre me escribías cartas cuando éramos niños? ¿Cuando estabas viviendo todas esas aventuras?

—Exactamente por eso. Todo el mundo necesita un amigo que le haga sentirse normal. Que le haga darse cuenta de que no todo el mundo va a por él. Ese eres tú. Sin ti me volvería loco. No creo que pudiera apañármelas en este lugar.

—Maldita sea, Colby.

—¿Qué?

—Ni siquiera puedo cabrearme contigo como es debido.

—Así se reconoce a un buen amigo.

Ewan asintió y descargó el hielo en el pozo.

—Así es. Ahora lárgate de aquí. Mi jefe está a punto de llegar.

Capítulo 35

Las tres damas del lago Ladybird y las almas que almacenan debajo

La palabra *lago* no es la más apropiada, se trata en realidad de una amable exageración. No es más que un pantano, un embalse del río Colorado, que divide la ciudad exactamente en dos y que, durante un tiempo, había caído en desuso. Pero con el tiempo, mediante la recuperación ciudadana, se convirtió en el lugar preferido de los excursionistas, ciclistas y trotadores. Las veredas, flanqueadas por árboles, recorren las dos orillas del lago, tanto dentro como fuera de la ciudad.

Colby no se había comprometido a ningún plazo o fecha, pero le apesadumbraba tener pendiente aquella tarea. Así que, allí estaba, de noche y desnudo en la orilla del lago, medio kilómetro al oeste de la autopista, lugar desde el que todavía se podía oír el ruido del tráfico.

Por supuesto que conocía la reputación de las hermanas náyades, pero no las había visto nunca. En la prensa local con frecuencia aparecían historias de ahogados que no podían ser más que la obra de una náyade, además se contaba una leyenda urbana sobre una mujer que había ahogado a su marido y a su bebé, antes de ahorcarse y que los espíritus locales también atribuían a las náyades. Con un poco de suerte sabrían tanto de Colby como él de ellas o, mejor todavía, nunca habrían oído hablar de él.

El agua helada —unos pocos grados más fría que el aire de la noche— le hacía cosquillas mientras entraba en el lago. Colby se sumergió por completo para hacer desaparecer esa pequeña incomodidad, exhaló profundamente, expulsando hasta la última gota de aire de sus pulmones. Luego buceó, hundiéndose cada vez más en las profundidades del lago.

Una vez sumergido, Colby utilizó los encantamientos. Primero la piel se cubrió de una gruesa mucosidad verde, lo que le permitió desplazarse a través del agua como si fuera aire. Después, sus ojos se protegieron con una

membrana de color blanco lechoso que le permitía ver en las oscuras profundidades. Su cuerpo se rodeó de un grueso caparazón de tortuga de colores verde, marrón y amarillo, dejando al descubierto sólo la cabeza y unas cortas aletas. Por último, disminuyó su tamaño hasta hacerse poco más grande que un perro. Colby sacó la cabeza fuera del agua y tomó una gran bocanada de aire que le podría durar hasta una hora. «*Ahora estoy listo*», pensó.

Buceó hacia el fondo del lago donde se encontraba la guarida de las náyades, agitaba sus aletas rápida pero silenciosamente, procurando no levantar con sus movimientos el lodo del fondo. Atravesó el atrio y entró en una cueva decorada como una sala de estar. Había tres sofás anegados colocados como si esperasen a ser ocupados por una visita. En uno de ellos, atado con cadenas para que no saliera flotando y escapara de su lenta putrefacción, reposaba el cadáver hinchado de la víctima más reciente de las náyades.

Colby procuró no mirarlo mientras atravesaba a nado el comedor.

Al pasar por la puerta —que no era más que un gran agujero que unía entre sí las dos cuevas— vio a una de las hermanas cenando un guiso de restos recolectados en el fondo del lago. La náyade lo miró.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó con dulzura.

Colby se estaba poniendo nervioso. Si contestaba, descubriría su engaño, si no lo hacía, podría pasar cualquier cosa.

La náyade sonrió.

—Qué mona eres. Procura no entretenerme por aquí. Mis hermanas duermen, pero si se despiertan, harán una sopa contigo —e hizo un gesto de despedida con la mano—. Márchate ya.

Colby avanzó esperando no encontrarse con las demás hermanas. Llegó a otra cueva, larga y estrecha como un pasillo. Allí desembocaban otras cuatro estancias, obviamente eran los dormitorios. El pasillo se abría a la cueva más grande de la guarida submarina. Era enorme, de unos sesenta metros de ancho y con el suelo cubierto por una gruesa capa de limo y arena.

La sala estaba llena de ánforas, habría unas 150 en total, enterradas unos quince centímetros boca abajo en la arena y con los nombres de sus prisioneros grabados en todas. Las náyades habían estado recluyendo aquí a

sus víctimas durante décadas. Colby buscó el nombre en la oscuridad, ansioso por dar con el ánfora deseada y desaparecer cuanto antes. Pero eran tantas que no se atrevía a abrirlas todas, no tenía ni idea de lo que podría pasar si lo hacía.

Tuvo que leer nombre tras nombre, grabados de cualquier manera en la arcilla con una navajita, hasta que finalmente lo encontró: JARED THATCHER.

Empujó el ánfora con su cabeza de tortuga, pero no consiguió que se moviera, era demasiado pequeño y débil para darle la vuelta. La única manera de poder sacarla era volviendo a su estado normal, lo que le dejaría con el aire suficiente para bucear durante sólo un minuto. A pesar del escaso margen de error que eso le dejaba, no tenía otra opción. Colby cerró los ojos y pronunció un conjuro, empleando los últimos restos de la materia de los sueños que todavía quedaba en el entorno, para recuperar su estado original.

El agua estaba helada a esa profundidad, no se había dado cuenta de ello hasta que perdió la protección que el cuerpo de tortuga le proporcionaba. El agua entró en los oídos presionando los tímpanos. Agarró el ánfora, clavó los pies en la arena y tiró con fuerza. El recipiente se movió ligeramente. Tiró de nuevo y liberó unos centímetros. Juntó todas sus fuerzas y, empleando las últimas gotas de energía que le quedaban, tiró del ánfora hasta liberarla finalmente de sus ataduras. Una luz azul fantasmal surgió desde abajo, adoptando la forma de un hombre joven, tendría sólo unos pocos años más que Colby.

El hombre le miró con horror y extendió una mano tratando de alcanzarle, pero la corriente ya se estaba llevando su espíritu.

—¿Por qué? —jadeó—. ¿Por qué lo has hecho?

Colby sintió que le invadía una extraña sensación —un sentimiento frío y oscuro, ominoso, mientras un vacío distante se apoderaba del espíritu que tenía enfrente.

—¿Por qué? —le volvió a preguntar Jared, con los ojos llenos de miedo. De repente el mismo infierno surgió del vacío y arrastró el espíritu hacia la nada.

¿Qué he hecho?

Los pulmones de Colby dolían, reclamando el aire, empezaba a sentir

pánico. Tenía que llegar a la superficie, necesitaba llegar a la superficie *ahora*. Colby nadó furiosamente, sin preocuparse del ruido que pudiera hacer. *Aire*. Por muy rápido que bracease, no conseguía moverse con rapidez suficiente para vencer la corriente. *Necesitaba aire*. Sin pensarlo, siguió las paredes, utilizándolas para propulsarse, moviéndose al azar a través de las cuevas.

Entró en el comedor y buscó a la náyade que le había hablado. No se la veía por ninguna parte.

¡Deprisa! ¡Deprisa! ¡Deprisa!

Llegó a las puertas del atrio con los pulmones a punto de estallar. Fue entonces cuando las oyó.

—¡Aquí hay alguien! —dijo una voz.

—Es sólo una tortuga —contestó otra.

—No. ¡Es un hombre!

Colby nadó desesperadamente hacia la superficie, tratando de abrirse el camino hacia el aire libre. Atravesó el agua como un cohete, saliendo a la superficie con un sonoro chapoteo. Sus pulmones soltaron el aire viciado y jadeó desesperadamente para reemplazarlo. A su espalda escuchó dos suaves chapoteos.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó una de las hermanas.

Una mano terminada en garra le cogió del tobillo y lo arrastró de nuevo bajo el agua. Se hundió mientras luchaba por volver a la superficie que se alejaba lentamente. La náyade trepó por su cuerpo hasta quedar abrazándole cara a cara. Sonreía, ansiosa por ahogar al intruso.

—Ahora, ¿quién te crees... —se detuvo a la mitad de la frase, su rostro mostraba preocupación. La expresión cambió rápidamente—. Oh mi... ¡Lo siento mucho! —exclamó, horrorizada al reconocer al que tenía enfrente. Se dio impulso con la aleta y subió rápidamente a la superficie, lanzándolo lo más lejos que pudo. Luego se alejó nadando, aterrorizada, como si Colby tuviera la peste.

—¿Qué estás haciendo? —gritó una de sus hermanas.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! ¡Por favor, no nos hagas daño! —suplicaba la náyade.

—¿Qué ocurre? —preguntó otra hermana.

—Es el chico. El niño hechicero.

—¿Colby? —preguntaron las hermanas a la vez. No coincidieron con él en su primera visita al país de las hadas, pero lo habían visto después. Todo el mundo sabía quién era Colby, aunque él no los conociera. Y le tenían pavor. Sin demora, las dos hermanas abandonaron a la tercera a su suerte, desapareciendo bajo las olas, dejándola mirando pasmada al intruso. Colby no tenía idea de lo qué debía hacer.

—¿Vas a matarme? —preguntó la náyade.

Colby meneó la cabeza.

—¿Vas a matarme tú?

—No —contestó ella.

—Entonces déjame nadar hasta la orilla y nunca tendrás que volver a verme.

La náyade asintió y Colby se echó a nadar de regreso a la orilla del lago.

Llegó a tierra firme sin aliento y se volvió para mirar la superficie del lago. Las náyades se habían ido, desapareciendo bajo las olas. Había cumplido con lo que se le pidió, pero no estaba del todo seguro de *qué* se trataba. Probablemente era mejor no pensar en ello. Tras ese favor, la Caza Salvaje no perseguiría el alma de Colby y, quienquiera que fuese Jared Thatcher, ahora estaría en el lugar al que probablemente pertenecía.

Capítulo 36

Sólo esta noche

Después de una semana de súplicas, ruegos y adulación, Ewan consiguió que el soso de su jefe dejara que su grupo tocara en el bar una vez más. Tendría su oportunidad. Una banda local había estado exigiendo más dinero al dueño del local, mientras que los del Reino de la Piedra Caliza estaban dispuestos a actuar gratis. El propietario accedió finalmente. Desde ese momento, todo el tiempo que Ewan no pasaba acaramelado al lado de Nora, lo empleaba en ensayar las nuevas canciones en el garaje del bajista.

Algo había cambiado en él. Su piel recuperó el color —el enfermizo blanco pálido fue sustituido por un rosa saludable. Sonreía más. Sus ojos hervían con fuego, como si le hubieran revelado algo increíble y no podía esperar a contárselo a todo el mundo. Ahora pisaba como si sus pies llevaran un resorte, todos sus movimientos desbordaban energía. Transpiraba confianza, casi se podía oler su carisma en el aire.

Ewan Bradford era una maldita estrella de rock. Y ya era hora de que el resto del mundo por fin tuviera la oportunidad de saberlo.

Mientras conectaba el amplificador, el lugar le pareció cutre y minúsculo, casi indigno de lo que estaba a punto de suceder. Ewan sonrió y apartó esa sensación, recordándose que la magia estaba en el público, no en la ratonera infecta de un club. Había hasta algo poético en tocar esta música primero aquí —un *vete a la mierda* final. Algo había hecho clic, su música sonaba perfecta por fin. Tenía agallas, estructura, por primera vez en su vida Ewan se sentía como si tuviera algo que decir. La hermana del batería estaba fuera del escenario con una cámara de vídeo, grabando la actuación, un amigo del bajista, técnico de sonido, la grabaría en cinta.

Todo lo que Ewan necesitaba ahora era ver a Nora, conseguir una última mirada juguetona de ella antes del rasgueo de cuerdas que marcaría el final de su vida anterior y el comienzo de una nueva. Miró a su alrededor, esperando

que estuviera sentada en el mismo lugar en el que la había visto por primera vez, pero no estaba allí. La gente seguía entrando, no venían a escuchar al Reino de Piedra Caliza, sino a la banda que tocaría después, un grupo local. La multitud no era tal, pero sí lo suficientemente densa como para hacer difícil la búsqueda de Nora. Ewan escudriñaba frenéticamente la habitación, tratando de encontrar a la muchacha.

Y entonces la vio. Estaba de pie, al fondo de la sala, con un pie apoyado en la pared y llevaba exactamente la misma ropa que la noche en que se conocieron. Nora sonrió y le guiñó un ojo, dándose cuenta de que por fin la había encontrado. Luego le lanzó un beso, asintiendo con la cabeza. Ewan estaba listo.

¡BREEEEOOOOOUUUUU! El primer acorde resonó como si un rayo hubiera impactado en el amplificador, el trueno rodó por encima de la multitud. Todo el mundo miró hacia arriba. Todo el mundo. Ewan hizo una pausa antes de volver a tocar su guitarra, dejando que esa única nota a la deriva alcanzara a todos. Una incómoda anticipación flotaba en el aire, como si la multitud se hubiera despertado de repente tras sus pupitres de clase sin tener idea de por qué todo el mundo los estaba mirando.

Y entonces Ewan se lanzó sobre su guitarra como un perro hambriento se lanza sobre un trozo de carne. No había nada defectuoso o mediocre en la música. Era profunda. Era como ver la aurora boreal por primera vez. Todo lo que hacían parecía mal, pero se sentía bien. Las notas discordantes se combinaban para formar melodías y acordes sorprendentemente adictivos. La música enganchaba como si hubiese estado años en las cabezas del público pero llegase a sus oídos por primera vez. Con los ojos y las bocas abiertas de par en par, miraban sin pestañear el escenario.

La banda apenas se movía. No había juegos de luces. Ni boato. Sin embargo, su esencia era palpable. Tres chicos vertían su corazón en una canción que todo el mundo juraría que había escuchado antes en alguna parte, pero que no podía identificar. Todos los presentes describirían su experiencia de manera diferente, pero todos hablarían de ella con reverencia, como si se tratara de una experiencia religiosa.

La banda había dejado una docena de camisetas detrás de la barra, la misma docena de camisetas que habían encargado unos meses antes y que

traían sólo para parecer más auténticos. Sencillas camisetas negras con unos garabatos aparentemente escritos a mano que decían: «Reino de Piedra Caliza». Las doce se vendieron antes de que terminase la segunda canción.

Mallaidh, disfrazada de Nora, sonreía con orgullo escondida tras la multitud. Conocía bien la música. Eran canciones de hadas que recordaba de su infancia, tocadas originalmente por el maestro músico Dithers y reproducidas ahora con cruda intensidad por su pupilo y alumno, aunque él lo ignorase. Se movía de atrás adelante, cambiando el peso de un pie al otro, jugueteando nerviosa con su bufanda de colores del arco iris, aturdida como una colegiala.

—Es hermoso —dijo una mujer a su lado.

Mallaidh asintió con la sonrisa de enamorada.

—Has elegido bien.

—¿Perdón? —Mallaidh miró de soslayo a la desconocida. La mujer era esbelta, graciosa y un poco más alta que ella. Parecía tener unos treinta años y, al mismo tiempo, carecía de edad, con un estilo y tatuajes atemporales que no se veían nuevos pero tampoco desvaídos. Su cabello era corto y negro y la mirada fuerte y deslumbrante. Vestía una descolorida camiseta rockera anudada por encima del ombligo, dejando expuesto el estómago. Debajo llevaba un par de vaqueros desteñidos y andrajosos con unos desgarros tan perfectos que no podían ser casuales y demasiado irregulares para ser prefabricados.

La mujer era la definición misma del estilo rockero. Y estaba mirando al hombre de Mallaidh.

—Has elegido muy bien para ser la primera vez —dijo la mujer.

—No estoy segura de entender lo que quieres decir —contestó Mallaidh.

La mujer sonrió.

—Tu primer amor. Siempre se nota cuando una Leanan Sidhe está mirando a su primer amor. Hay una especie de magia en ello. Me gustaría poder volver atrás y experimentar de nuevo esa primera vez. Fue increíble.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Mallaidh.

—Cariño, ya sabías que me movía en este terreno. ¿Verdad? Cabría imaginar que algún día tendrías el gusto de conocer a tu madre. Adivina qué día es hoy.

La mandíbula de Mallaidh cayó y su corazón con ella. Ese pensamiento nunca había pasado por su mente. No había conocido a su madre y nunca pensó que iba a encontrarse con ella. Estaba tan ocupada buscando a Ewan que no le importaba dónde acabaría encontrándolo, simplemente le habría seguido hasta allí. Y resultó que estaba en Austin. Ahora, de pie frente a ella, tenía a la mujer que la había abandonado hace décadas, con el aspecto de su hermana mayor.

—Espera —dijo la mujer—. ¿No tenías ni idea?

—¿Cassidy? —preguntó Mallaidh.

—Cassidy Crane.

—¿Ma...? —empezó Mallaidh.

—Llámame mamá y eres chica muerta —Cassidy la fulminó con la mirada, sonriendo al mismo tiempo. Su hija se parecía a ella. Podía ver a través del embeleso todos los trucos y artimañas de la Leanan Sidhe y observó que, a pesar de los rubios rizos, era la hija de su madre. La nariz, la barbilla, los ojos. Todo suyo. Las mejillas, sin embargo, tenían algo de su padre, lo que hizo que el corazón de Cassidy palpitara al recordar los días pasados entre sus brazos. Cassidy aún amaba a aquel hombre, aunque, si era sincera consigo misma, la mayoría de esos sentimientos provenía de lo que había dejado atrás.

—No lo entiendo —dijo Mallaidh—. ¿Dónde has estado?

—Aquí. He estado aquí todo el tiempo. ¿No te lo explicó Meinrad?

Mallaidh meneó la cabeza, confundida. En su estómago se levantaba una silenciosa amargura, con una sensación de rechazo oculta tras ella. Pero al mismo tiempo se sentía feliz. Nunca había conocido a su madre y allí estaba ella, en lo que iba a ser la tercera noche más importante de su vida, cuando realmente importaba.

—Se suponía que te lo iba a contar.

—¿Contarme qué?

—Lo que eres. Lo que *somos*.

—Soy una Sidhe —dijo Mallaidh.

—Una *Leanan* Sidhe —dijo Cassidy—. Somos diferentes.

—¿En qué somos diferentes?

—¿Realmente no sabes *nada* de esto?

—Sé que me dejaste con Meinrad porque pensaste que podía cuidar de mí.

—Sí —asintió Cassidy—, igual que tú elegirás a alguien para dejar a tu hijo un día. No criamos a nuestros hijos. No podemos.

—¿Qué?

—No estamos hechas para ser madres, nosotras ama-mos, no ama-mantamos.

—Eso no tiene ningún sentido —Mallaidh meneó la cabeza.

—No te preocupes. Con el tiempo lo entenderás. Los primeros son los más difíciles, pero te acostumbras a ello. Tú te acostumbrarás. Nunca se olvidan y siempre los querrás, pero ya no te hará el mismo daño. Aunque este puede destruirte —dijo señalando a Ewan—. Es magnífico. Yo no hubiera podido elegir mejor para ti aunque estuviera un año buscándolo —Cassidy puso su mano firme en el hombro de su hija—. Tienes el don. Por supuesto que puedes conquistarlos. Eres la hija de tu madre.

—Cassidy, ¿de qué estás hablando? —preguntó Mallaidh.

—Creo que ya va siendo hora de que te enteres de quién eres. Y qué va a pasar con el hombre del escenario.

—¿Ewan? —preguntó Mallaidh asustada—. ¿Qué va a pasar con él?

Cassidy miró a ambos lados.

—Mira, creo que ya he dicho todo lo que podía decir aquí —la mujer se dirigió hacia la puerta—. Sígueme. Tengo algo muy importante que decirte.

Mallaidh miró al escenario y luego a su madre.

—Vamos, que sólo nos llevará unos minutos. Tiene por lo menos tres bises con esta gente antes de que pueda abandonar el escenario.

Cassidy se dirigió hacia la puerta, mirando por encima del hombro a Mallaidh, que no tuvo más remedio que seguirla.

Fuera el sonido era diferente, de la música sólo se escuchaba la línea del bajo y el sordo ritmo de la batería que atravesaban las paredes hechas con bloques de cemento y la gruesa puerta metálica. Por lo demás la noche estaba tranquila. Habían emergido de la atmósfera terrestre en el espacio frío y sombrío que la rodea. Cassidy se alejó todavía más, doblando la esquina y metiéndose en el callejón cercano. Dedicó una última mirada a Mallaidh por encima del hombro antes de desaparecer.

Mallaidh intentó seguirla apretando el paso, pero dos pares de brazos

surgidos de la oscuridad la detuvieron.

Dos hombrecillos que apenas le llegaban a la cintura la empujaron contra la pared. Cuando miró hacia abajo y vio los húmedos sacos color carmesí que cubrían sus cabezas, supo de inmediato lo que estaba sucediendo. *Gorros Rojos*. Unas manos provistas de garras se clavaron en su piel mientras luchaba inútilmente contra una fuerza abrumadoramente superior.

—¡Tú no eres mi madre! —gritó a la mujer.

Cassidy parecía desesperada, su corazón se había roto antes que el de su hija. Una lagrimita se asomó a la comisura del ojo.

—Me hubiera gustado haberte conocido en mejores circunstancias —dijo—. Pero yo también estoy enamorada, ya lo sabes —se volvió hacia el callejón y preguntó con amargura en la voz—. Teníamos un trato. ¿Dónde está?

—Lo encontrarás inconsciente en su coche en el último piso del parking a dos manzanas al norte de aquí —dijo una voz oculta por las sombras.

Cassidy miró a su hija, pero siguió hablando con la sombra.

—No le hagan daño.

—Si quisiera hacerle daño —dijo la voz—, estaría en el lado equivocado. Tengo derecho a detener al chico como pago por las muertes de las que es responsable.

El hombre salió de la oscuridad, su cara se parecía mucho a la de Ewan, pero estaba deformada y llena de cicatrices y arrugas, como una escultura de cera dejada al sol.

—¿Knocks? —se asombró Mallaidh—. ¿Qué estás haciendo?

—Lo que tenían que haber hecho hace años, estoy recuperando el tributo del diablo.

El Reino de la Piedra Caliza se había quedado sin canciones. La multitud gritaba sosteniendo en alto sus mecheros, pero Ewan ya no tenía nada que ofrecerles. Era imposible interpretar alguna de sus canciones antiguas, pero la gente quería escuchar otra canción más. Así que la banda hizo lo único que podían hacer: tocar de nuevo la primera canción.

El público se conformó. En lugar de protestar comenzó a cantarla. Ahora ya no era tanto una canción de apertura como un himno, así que, la segunda

vez, se limitaron simplemente a tocarla con más dureza. El percusionista aporreaba su batería como si el mismísimo diablo estuviera dentro, el bajista tocaba con los dedos desollados. El sudor corría por el pecho de Ewan, con la camisa empapada pegada por completo al cuerpo mientras sus pulmones tomaban aire entre los bramidos de las notas.

Luego se acabó. La nota final de la guitarra se desvaneció en el aire y la multitud estalló en un aplauso enloquecido. Había sido un éxito. En la trastienda del club el grupo que tenía que actuar después, discutía si debían salir al escenario después de una actuación tan espectacular. El propietario meneó la cabeza, preguntándose por qué aquellos tres habían tocado tan mal en ocasiones anteriores.

Mujeres ataviadas con minúsculas camisetas, tops y pantalones tejanos ceñidos hacían cola al lado del escenario con los ojos expectantes, esperando a que Ewan bajara, pero dispuestas a conformarse con cualquier otro miembro del grupo. Ewan desconectó su guitarra y abandonó el escenario, sin que sus ojos se encontrasen con los de ninguna de sus fans. Echó una ojeada, ignorando las esperanzadas miradas de las chicas, ansioso por encontrar a Nora. El club estaba más lleno ahora y, al pasar, los hombres le daban sonoras palmadas en la espalda y asentían con la cabeza como señal hipster de la aprobación.

Una rubia larguirucha con piel de alabastro, un vestido holgado y un pequeño y discreto piercing en la nariz cortó el paso a Ewan, asintiendo suavemente, inclinando la cabeza hacia abajo y dedicándole una mirada sugerente con un ligero mohín en sus labios. Educadamente Ewan la saludó con una inclinación de la cabeza e intentó seguir avanzando, pero ella, graciosamente, volvió a cerrarle el paso.

—Hola, Ewan —dijo la chica con una voz lánguida como el jazmín en una noche de verano—. Soy Molly.

—Oye, Molly —contestó Ewan educadamente, pero sin mostrar ningún interés—. ¿Has visto a mi novia? —y levantó las cejas, esperando a que la rubia desapareciese.

—Por extraño que parezca, sí la he visto.

—¿Perdón? —se mostró escéptico Ewan.

La rubia sonrió con delicadeza, arrugando ligeramente la nariz, como si

quisiera decir que sabía más de lo que aparentaba.

—Nora es prima mía.

—Ella nunca mencionó ninguna prima.

—¿Y qué te ha contado de sí misma realmente? —preguntó. Ewan quiso hablar, pero se contuvo. La rubia continuó—, ¿te ha dicho siquiera dónde vive?

—No exactamente.

—Esa es nuestra Nora, demasiado precavida.

—¿Dónde está? —preguntó Ewan.

—Está fuera, con un par de amigos míos —con un suave ronroneo la chica colocó un mechón suelto del pelo de Ewan sobre la oreja—. Nora decía la verdad —dijo—, eres adorable —sus dedos volvieron a rozar su oreja, deteniéndose en el lóbulo por más tiempo del necesario para ser considerado como algo inocente. Luego bajó el brazo y lo tomó de la mano—. Vamos a buscarla.

Los dos salieron a la tranquilidad de la noche, el aire del exterior enfrió al instante la camiseta empapada de sudor de Ewan, endureciendo sus pezones. Se estremeció ligeramente. No veía a Nora por ninguna parte.

—¿Dónde está? —preguntó con un deje de sospecha en la voz.

—Por aquí —dijo la rubia, señalando hacia el callejón—. ¡Oye, Molly! ¿Qué diablos haces, muchacha? Tengo a tu hombre.

No hubo respuesta.

—¿Molly? —preguntó Ewan.

—Quise decir Nora —dijo la rubia con una risita tímida que ocultó con la mano. Luego cerró esa mano en un puño y atizó a Ewan un golpe cruzado de derecha, haciéndole retroceder tambaleándose hacia el oscuro callejón. Unas garras que le esperaban allí lo atraparon lanzándolo contra la pared. Su cuerpo se golpeó ruidosamente contra los ladrillos, chocando la cabeza contra la piedra. Ewan se tambaleó, e, incapaz de mantener el equilibrio, cayó al suelo como un saco de patatas.

Cuatro Gorros Rojos avanzaron lentamente por el callejón. Uno de ellos agarró a Ewan con una mano y lo levantó de la acera sucia de vómitos. Le mantuvo en posición vertical, cerró su mano provista de garras y le dio un puñetazo en el estómago, dejándole sin respiración. Ewan se sacudía falto de

aire, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo.

La rubia le contemplaba impasible. Luego movió la cabeza de lado a lado y su rostro desapareció. Su pelo se acortó de una sacudida, su pequeña barbilla se redondeó cubriéndose de hirsuta barba. El ojo se deslizó hacia un lado y la nariz se hinchó hasta romperse. En cuestión de segundos la muchacha había desaparecido y en su lugar quedaba Knocks.

Ewan miraba horrorizado a la criatura que tenía ante él. Se trataba de una cruel burla, un reflejo deforme y grotesco de él mismo, como si lo hubiesen arrojado a la calzada y le pasara por encima un autobús. Su mente se negaba a admitirlo. En su cerebro surgieron imágenes que no podía comprender. Había visto a este hombre de niño, pero no conseguía ubicarlo. Y no es que se pareciese a alguien conocido, hasta el ojo caído y los mechones de pelo que le faltaban en la cabeza le eran familiares.

Alguien le propinó un puñetazo en la cabeza por detrás, derribándole al suelo. La patada de una bota de hierro le rompió dos costillas. Una garra le rozó la espalda dejando un profundo arañazo y arrancando un pedazo del hombro. Ewan gritó, pero una mano le tapó la boca inmediatamente. Llovieron los puñetazos. Las botas no dejaron de machacar su cuerpo. Uno de los Gorros Rojos le levantó en vilo, elevándolo casi un metro, para arrojarlo después en las profundidades del callejón. Ewan se estrelló contra el suelo y se deslizó desollando la piel contra el asfalto hasta chocar con un sonido metálico contra un contenedor de basura.

Se puso en pie, confundido, tratando de aguantar el dolor y el miedo. Más fuerte que el dolor de las costillas rotas y el sordo latido en el pómulo era el terror puro y descontrolado. Nunca antes había temido tanto por su vida.

Knocks y los cuatro Gorros Rojos se pavoneaban por el callejón, saboreando su miedo, seguros de que no podía escapar. Ewan miró a sus espaldas, pero sólo había oscuridad. De repente, oculta tras un contenedor de basura, vio a Nora, un quinto Gorro Rojo la sujetaba. La daba palmaditas como un padrastro borracho, olisqueaba su pelo y chasqueaba la lengua mientras la muchacha se retorció tratando de evitar sus manoseos.

—Te traicionó, Ewan —dijo Knocks, acercándose—. No es quien dice ser.

—¿Qué está pasando? —gimió Ewan levantando el brazo y limpiándose la

nariz con el dorso de la mano. Sólo consiguió mancharse la cara todavía más de sangre y mocos.

—Vas a morir por lo que has hecho —contestó Knocks—. Eso es lo que está pasando.

—¡No he hecho nada! —gritó Ewan. Su voz sonó estridente, como la de un niño que está siendo castigado por algo que ha hecho otra persona. No era el grito de un *hombre*, más bien el llanto de un *niño* aterrorizado.

—Oh sí, sí que lo has hecho. Pero el Fundido ha ahogado tus recuerdos. Antes de que hayamos terminado contigo, yo te los devolveré a golpes. Recordarás. Lo recordarás *todo*.

Ewan cayó de rodillas. Las imágenes se mezclaban, fragmentos de la infancia de otra persona rebotaban en su cabeza como las monedas en una hucha de hojalata. Miró a Nora. La muchacha había dejado de luchar y lo miraba ahora con lágrimas en los ojos. Sus miradas se encontraron y Ewan no supo si lo que ella sentía era amor o compasión.

—¿Que está pasando? —la preguntó moviendo sólo los labios.

—Dile lo que está pasando —dijo Knocks—. Quiere saberlo.

—No —dijo Nora, sacudiendo la cabeza, con las mejillas bañadas en lágrimas.

—Díselo, Mallaidh —insistió Knocks—. Dile lo que eres. Dile por qué va a morir.

La muchacha meneó la cabeza con más determinación.

—¡No!

—¿Nora? —suplicó Ewan—. ¿De qué está hablando? ¿Qué es lo que no me estás contando?

—¿Has oído eso, *Nora*? Quiere saber lo que no le estás contando.

—¡Cállate! —gritó la muchacha.

—Sólo uno de nosotros está mintiendo, Mallaidh —dijo Knocks—. Dile lo que eres. Muéstrale cómo eres *realmente*.

—¡No!

—¡Díselo!

El Gorro Rojo que sujetaba a Mallaidh le retorció el brazo como si fuera a arrancárselo.

La muchacha gritó, su embeleso empezó a desvanecerse.

Su cabello se hizo más largo, unos luminosos rizos rubios brotaron de las raíces ennegrecidas, cayendo sobre los hombros. Los pómulos se suavizaron, la barbilla se hizo más estrecha, la piel se volvió mucho más radiante. Sus ojos brillaban ahora como una llama azul en la oscuridad. Nora se desvaneció ante los ojos de Ewan, la máscara cayó, dejando tras de sí algo demasiado hermoso para ser humano.

—¿Qué es esto? —preguntó Ewan—. ¿Qué demonios es todo esto?

—Una reunión familiar —contestó Knocks. Y propinó una patada en el mentón de Ewan con tanta fuerza que lo levantó del suelo donde estaba arrodillado y le hizo caer de espaldas—. Ves, esta es la chica de tus sueños. Lo sé porque tú y yo somos lo mismo en muchos sentidos. Fue la niña de mis sueños, una vez. Pero tú te la llevaste. Y la misma noche en que la perdí, tu madre se llevó a la mía —Knocks acercó su cara a la de Ewan, unas gotas de baba le salpicaron la barbilla—. Me debes más de lo que te imaginas, Ewan. Vengo a recuperar lo que es mío. Y esta vez tu amiguito no estará aquí para salvarte.

Knocks miró a sus cómplices de gorros rojos e hizo una señal al que sujetaba a Mallaidh.

—Dietrich, deja que se vaya.

El Gorro Rojo asintió con la cabeza y aflojó sus garras. La muchacha se zafó de él propinándole un codazo y se lanzó hacia Ewan, pero la mano extendida de Knocks la detuvo.

—Acércate a él y moriréis los dos. Aquí y ahora mismo. Márchate y vivirás.

—Pero... —comenzó Mallaidh.

—Nada de peros —dijo Knocks, evitando mirarla a los ojos—. Te vas o dejaré que mis amigos se entretengan con tu cadáver —sus palabras apestaban el aire como la carne podrida. Dietrich sonreía de oreja a oreja.

Mallaidh se estremeció y dirigió una mirada aterrorizada a Ewan. Sus ojos estaban vacíos, confusos y carentes de amor. Se dio la vuelta y echó a correr, sin mirar hacia atrás, sus sollozos la seguían en la noche, los flecos del embeleso se desvanecían dejando una breve y brillante cola de cometa mientras la muchacha se perdía en la oscuridad. En un instante, Mallaidh se había ido.

—Ahora, ¿cómo prefieres que te mate? —Knocks se acariciaba la barbilla mientras caminaba por el callejón—. Levantadlo.

El tiempo se ralentizó, la mente de Ewan vagó a ciegas entre mil recuerdos, cosas que recordaba, pero no sabía por qué. Eran los pensamientos de otra persona, los sueños de otra persona, a pesar de que flotaban en su cabeza como si fueran propios. Cuando uno de los Gorros Rojos se agachó para recoger el cuerpo roto del joven, Ewan extendió la mano y le arrebató el gorro rojo ensangrentado que llevaba en la cabeza. Inmediatamente el Gorro Rojo perdió toda su fuerza, cediendo bajo el peso de un hombre adulto y los dos cayeron al suelo.

Ewan se quedó dando vueltas al gorro entre las manos, sin saber qué hacer con él durante lo que le pareció una larga hora. Pero en realidad, se había colocado el gorro en la cabeza antes de que su cuerpo golpease la acera. No sabía por qué, simplemente lo hizo. Cada fibra de su ser se llenó de fuerza. Sus heridas ya no dolían, sus huesos rotos ya no desgarraban el interior de su cuerpo. Se sintió entero. Potente. Invencible. Pero sobre todo estaba cabreado, más de lo que nunca lo había estado. Los demás Gorros Rojos corrieron velozmente hacia él, pero ya era demasiado tarde. Ewan se había puesto el gorro de un Gorro Rojo.

Ewan se puso de pie. Levantó al Gorro Rojo que estaba en el suelo agarrándolo del cuello y golpeó su cabeza contra la pared de ladrillos. El cráneo estalló como un tomate podrido, rociando la pared y salpicando a Ewan. Cuando la sangre del Gorro Rojo entró en contacto con su gorro, Ewan se sintió aún más fuerte.

Se dio la vuelta y lanzó un puñetazo salvaje al atacante más cercano. Su puño impactó con el ruido de un trueno, haciendo añicos la mandíbula del Gorro Rojo y enviándolo con la fuerza de un camión a través del callejón, hacia la calle y la fachada de ladrillo de una tienda.

Con el tiempo transcurriendo más despacio de lo que podía imaginar, Ewan pateó de lleno el pecho de otro Gorro Rojo que corría hacia él, destrozando su caja torácica. El Gorro Rojo voló hacia atrás impactando en Dietrich, levantándolo del suelo y saliendo los dos despedidos hacia la calle.

Sólo Knocks y Otto seguían en pie. La sangre del Gorro Rojo goteaba del puño de Ewan. Cuando se lo llevó a la frente para limpiarse en el gorro se

sintió todavía más fuerte. Por su mirada Knocks se dio cuenta de que tenía pocas posibilidades de sobrevivir a aquello. Algo había salido muy mal y una vez más el niño robado a Tiffany y Jared Thatcher había conseguido ganar la partida.

Era el momento de una retirada estratégica.

—¡Corre! —gritó Knocks cuando ya estaba doblando la esquina para salvar su pellejo. El Gorro Rojo siguió su ejemplo. Dietrich se puso en pie, tendió a su compañero la carnosa mano con garras y le levantó suelo. Los dos salieron corriendo también. Y, antes de que Ewan pudiera llegar a la salida del callejón, el Gorro Rojo que se había estrellado contra la pared de enfrente ya estaba corriendo cojeando tras los demás.

La cabeza de Ewan latía, su corazón se había acelerado, fragmentos de recuerdos de hacía casi década y media inundaban su mente. Todavía no podía juntarlos, no había manera de estar seguro de que lo que recordaba fuesen efectivamente recuerdos. Todo era tan horrible. La pesadilla de los hombrecillos había sido arrancada de su mente y trasladada al mundo real para acabar con su vida.

Pero ¿cómo supe que tenía que quitarle el gorro? ¿Y qué demonios era Nora? Miró al cielo, tratando de encontrar las respuestas en las estrellas, suplicó, pero no obtuvo contestación. Sólo un nombre surgió. El nombre de un niño que consiguió convertir a un Gorro Rojo en pétalos de rosa, que alejó a los demonios con un poema sobre un rayo, que una vez le había bajado de un altar y lo llevó por el bosque, alejándole de una legión de monstruos.

Colby Stevens.

Capítulo 37

La verdad, por fin

El mensaje de texto decía simplemente: *Problemas. No sé lo que está pasando. Voy a verte.* Eso era todo lo que Colby necesitaba saber. Por fin había llegado el día que había temido durante tanto tiempo y no se sentía preparado para afrontarlo. Aunque tenía preguntas, temía las respuestas. *¿Qué había pasado? ¿Qué era lo que recordaba?*

¡Bambambambam! Los golpes sonaban rápidos y furiosos, exigentes: *¡abre la puerta ahora mismo!* Colby no dudó un instante, no tenía que mirar por la mirilla. Podía sentir la avalancha de energía latiendo al otro lado de la puerta. Ewan era un torrente de emoción salvaje y materia de los sueños en estado puro. La puerta se abrió, Ewan entró en tromba sin esperar a la invitación.

Estaba hecho un desastre. Tenía la frente cubierta por una costra de color rojo, su pelo era una mata grasienta empapada en sangre. No podía abrir uno de los ojos debido a la hinchazón, el otro tenía un oscuro cardenal. Estaba nervioso y no paraba de moverse, mientras daba vueltas con los dedos manchados de rojo a un gorro del mismo color. Tenía la camisa salpicada de sangre. Su nariz goteaba todavía lentamente sangre fresca.

Ewan miró a Colby.

—¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo qué?

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Desde cuándo recuerdas lo que nos ocurrió cuando éramos niños?

—Nunca lo olvidé —dijo Colby—. Siempre lo he sabido.

Cerró la puerta con dos vueltas de llave, luego, con los ojos cerrados, murmuró en voz baja un conjuro para protegerla.

—¿Y no me lo dijiste?

Colby, concentrado, no se molestó en levantar la mirada.

—No. No lo hice.

—Bueno, ¿y por qué diablos no?

Una pausa. Entonces...

—No era mi tarea —dijo.

—¿No era tu tarea? ¿Quién me hizo olvidar?

—Tú mismo lo hiciste. Quiero decir, simplemente sucedió. ¿Qué demonios ha pasado esta noche?

—Alguien trató de matarme.

—Está bien, vamos a ir paso a paso. ¿Quién intentó matarte esta noche?

Ewan meneó la cabeza.

—No lo sé. Mi hermano, mi primo. No sé quién era. Dijo que éramos parientes y era igual que yo. Solo que... era como un jodido reflejo grotesco en un espejo de feria. El monstruo que ocultamos en el armario, ¿sabes?

—¿Qué? —nada de esto le sonaba familiar.

—Venía con un ejército de pequeños hombres barbudos con manos terminadas en garras y botas de hierro.

—¿Y con gorras rojas, como esta? —preguntó Colby.

—Sí.

—Tiene que ser Knocks —dijo Colby.

—¿Qué?

—Knocks. Tu impostor.. Es decir, *un* niño cambiado. Yo... Me olvidé de él por completo. Es el niño con el que los seres mágicos te sustituyeron cuando naciste. Se supone que no deberían vivir tanto tiempo.

—¿Qué narices significa eso?

—Por lo general mueren en la infancia. El tuyo todavía anda por ahí.

—¿Por qué quiere matarme?

—No tengo ni idea. ¿Qué has hecho últimamente para que...? —la voz de Colby se fue apagando—. ¡Coyote! —hundió el rostro entre las manos. Suspiró profundamente, masajeando las sienes con el pulgar y el dedo medio. Sin levantar la vista de las manos, comenzó de nuevo—. ¿Han ocurrido más cosas raras que debo saber? Cualquier cosa.

—Tengo una novia —contestó Ewan.

—He dicho *raro*, no irregular.

—Es uno de ellos.

Colby levantó la vista. *Mierda.*

—Nora estaba allí. Ellos hicieron que se transformara.

La expresión de Colby cambió. La cosa se estaba poniendo fea.

—¿Qué aspecto tiene ahora?

Ewan metió la mano en el bolsillo y sacó un boceto arrugado de una niña. Estaba manchado de sangre y roto, pero todavía era reconocible.

—Así —dijo—. Pero mayor.

Colby suspiró profundamente.

—Por el amor de Dios, Ewan —Colby caminaba por la habitación como un animal enjaulado—. *Vive en Hill Country con su tío.*

Ewan estaba desconcertado.

—¿Qué? Actúas como si yo hubiera tenido que saberlo —Ewan estaba furioso, parecía un perro sujeto por una cadena ladrando salvajemente—. Y, francamente, seguramente *tendría que haberlo sabido.*

—Yo no te hice olvidarlo. Fue por tu propio bien. Se suponía que nunca vendrían a por ti. Ese era el trato. Los dejaba en paz si te soltaban. *Ese. Era. El. Trato.*

—¿Los *dejaste en paz?* De todos modos, ¿cuál era el trato? Siempre has sido raro, siempre tuviste tus secretos —Ewan se enderezó y miró a Colby con gravedad—. ¿Qué *eres?*

Colby no sabía qué responderle. Se encogió de hombros.

—No lo sé. Hechicero podría ser una buena manera de definirme, supongo. Eso era lo que deseaba y eso es lo que obtuve.

—¿Deseado? —Ewan se concentró en sus pensamientos durante un largo rato, tratando de separar los recuerdos del aluvión de sus pensamientos. Finalmente consiguió subir uno a la superficie—. Tú tenías un genio.

—Sí.

—¿Por qué no puedo recordar estas cosas? Quiero decir, debería recordarlo.

—Porque la magia es muy cabrona.

—¿Qué?

—El Fundido —dijo Colby, meneando la cabeza—. Los niños robados por los seres mágicos olvidan. A veces los recuerdos vuelven, pero el cerebro se comporta de forma curiosa. Es bastante difícil recordar algo que te pasó hace

veinte años incluso cuando has tenido veinte años para recordar y reflexionar sobre ese algo. Pero cuando no es así, se parece a ver las imágenes de una película que no recuerdas haber visto, pero que te resulta familiar de todos modos. Tú nunca lo recordarás todo. Sólo fragmentos sueltos.

—¿Y tú y yo éramos...? —Ewan señaló a Colby y luego a su pecho.

—Éramos amigos.

—Así que, ¿me robaron los seres mágicos?

—Sí, cuando eras un bebé.

—¿Por qué?

—Para convertirte en un ser mágico y sacrificarte en lugar de uno de los suyos.

—¿Y tú? ¿Cómo fuiste a parar allí?

Colby se encogió de hombros.

—Conocí a un genio. Pedí un deseo.

—¿Qué deseo?

—Ver el mundo. Todas las cosas mágicas que había en él.

—Así que, ¿sólo querías ver a los monstruos?

Colby se encogió de hombros.

—Tenía ocho años. Me pareció divertido en aquel momento —Ewan hizo una mueca—. ¿Sabes?, cuando te conocí yo era como un turista. Pedí mi segundo deseo para poder salvarte. Y me convertí en... en lo que soy ahora.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Ewan.

—Porque te prometí que lo haría.

—¿Estás diciendo que fue mi culpa?

—Fue culpa nuestra. Fue de ellos. Fue culpa de Yashar. No fue culpa de nadie. Pasó lo que pasó y ahora nos queda apegarnos con ello.

—Así que todo este tiempo tú lo sabías.

—Sí —asintió Colby.

—¿Y todas esas visitas que me hacías cuando éramos niños? ¿Todas las veces que aparecías en mi apartamento y me hacías preguntas estúpidas? ¿Lo hacías...?

—Por cuidar de ti.

—¿Por qué?

—Ya te lo dije, prometí que lo haría.

—No sé si abrazarte o molerte a palos.

—Cuando te decidas, ¿me avisarás con unos segundos de antelación?

—Sí. Te lo debo.

—Hablando de moler a palos, ¿de dónde has sacado tu nuevo gorro?

—Se lo quité a una de esas cosas.

—¿Se lo quitaste? —preguntó Colby.

—Se lo arranqué de la cabeza y luego atravesé una pared con su cuerpo.

—Pero ¿no le pasó nada? ¿No? Quiero decir, ¿se levantó?

—¡Joder que no! El contenido de su cabeza quedó esparcido por la acera.

Pero los demás consiguieron escapar.

—Oh —dijo Colby preocupado—. Oh, eso es malo.

—¿Qué esperabas? ¿Que lo dejara con vida?

—Yo... No sé lo que esperaba. Pero matar a uno de ellos sólo empeora las cosas. Y mucho.

¡Oye! ¡Ellos! ¡Iban! ¡A por mí! —dijo Ewan apuntando con el dedo el pecho de Colby a cada palabra que pronunciaba.

—Eso no importa. Volverán a por más sangre, seguro.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—¿Vamos? —preguntó Colby.

—Sí, nosotros. A menos que tengas algún impresionante hechizo que lo arregle todo. Ya sabes, usas tus palabras mágicas y haces desaparecer todo esto.

—Las cosas no funcionan así.

—Bueno, lo que tú digas. Tú entiendes de hechizos, ¿no?

—La magia no consiste en los rituales y las palabras. No pronuncias una frase en latín y luego ¡*Bum!* suceden cosas raras.

—Entonces, ¿cómo funciona?

—Realmente no querrás saberlo.

—Sí, más o menos.

Se miraron el uno al otro. Colby se encogió de hombros.

—Muy bien, el universo es energía. Todo él. Todo es energía que puede ser alterada simplemente con desear que se altere. Es como si fuéramos el sueño despierto de Dios, cada uno dotado de un pequeño pedazo de su conciencia, la belleza está en que estamos creando su sueño. Si puedes

entenderlo, si puedes envolverlo con tu mente, entonces puedes evocar todo lo que quieras desde el éter. Siempre que haya material suficiente para hacerlo.

—Eso no tiene ni pizca de sentido. Haz una demostración.

Colby meneó la cabeza.

—¿Qué? No.

—Muéstreme algo —insistió Ewan—. Muéstreme un poco de tu magia.

Colby dudó un instante. De repente, se decidió.

Tomó aire. Luego, haciendo un poco de teatro, agitó la mano en el aire sin que hiciera ninguna falta. Sus dedos bailaban mientras exhalaba el aire lenta y profundamente. Extendió el brazo con el puño cerrado hacia Ewan —como si estuviera luchando contra una corriente y colocó la mano abierta sobre su pecho.

Ewan sintió calor. Sus heridas se estaban cerrando, la hinchazón alrededor de los ojos desapareció llevándose con ella los moratones. Las costras de sangre seca se cayeron como la piel muerta. En unos pocos segundos, Ewan estaba como nuevo.

—No me dijiste que tenías las costillas rotas —dijo Colby.

—Tampoco me lo preguntaste.

—¿Llegaste hasta aquí con las costillas rotas?

—Sí. ¿Estás impresionado?

Colby asintió.

—Como si fueras un tipo duro —los dos sonrieron.

—Dolía como mil demonios. Vomité dos veces.

—Me lo puedo imaginar —Colby hizo una pausa—. Así que esa chica tuya...

—Nora —Ewan se detuvo—. Bueno, me dijo que se llamaba Nora. Pero ellos la llamaban con otro nombre. Mallaidh o algo así.

—¿Mallaidh? Me *suen*a de algo.

—¿Te suena de algo? ¿No te acuerdas?

Colby meneó la cabeza.

—Vamos, es una chica que vi una vez, cuando tenía ocho años.

—Sabes, realmente deberías... —Ewan se detuvo y continuó en un tono más relajado—. No, tienes razón. No puedes recordar los detalles de mi vida

mejor de lo que debería ser capaz de hacerlo yo.

Ewan se sentó en el confortable sofá de cuero hecho a mano que se hundió suavemente bajo su peso y miró a su alrededor —lo rodeaba una desordenada colección de abalorios, adornos y cosas difícilmente identificables, cuya finalidad sólo se podía adivinar. Acababa de darse cuenta de que no conocía demasiado bien a su amigo. Colby se acercó a la nevera, sacó un par de botellas de cerveza, las abrió con el abrebotellas fijado a la puerta y volvió al sofá, entregándole una a Ewan antes de dejarse caer a su lado.

Durante un rato bebieron en silencio. Ninguno de los dos sabía qué decir. Ewan fue el primero en hablar.

—¿Es eso una luz nocturna?

Colby miró la pared de la puerta. Una pequeña bombilla cubierta por una carcasa de plástico beige sobresalía del enchufe de la pared.

—Sí —respondió Colby sin darle importancia.

—Está bien, voy a hacer una pregunta obvia. ¿Por qué tienes una luz nocturna?

—Para ahuyentar a los monstruos.

—Me estás tomando el pelo.

—Los monstruos son reales y si millones de niños creen en el poder de la luz nocturna, puedes apostar tu culo que los monstruos también lo hacen. Nunca subestimes el poder de la fe.

Ewan asintió.

—¿Por qué tengo la sensación de que jamás seré capaz de envolver con mi mente todo esto?

—Probablemente porque yo he estado tratando de hacerlo desde que era niño y apenas entiendo nada.

Ewan miró su cerveza y agitó suavemente la botella.

—Entonces, ¿qué diablos es mi novia?

Colby tomó un sorbo y meneó la cabeza.

—No tengo ni la menor idea. Alguna clase de Sidhe, si no recuerdo mal.

Ewan se acarició el mentón cubierto de barba dura como papel de lija y reflexionó un momento. Recordó lo que eran las Sidhe. Nobles. Orgullosas. Y que habían intentado matarlo. Fue una sensación extraña, estaba reviviendo una vida que había olvidado a través de incongruentes destellos de la

memoria. Recordó cómo rompía el cuello de un hombre por compasión, pero no podía entender por qué tenía que hacerlo, recordó haber estado jugando con los monstruos y tener miedo a bailar con mujeres hermosas. Todo era extraño y carecía de vocabulario para poder describirlo correctamente.

—Entonces, ¿por qué quieren matarme?

—La única forma de saberlo es preguntárselo directamente.

—¿No podemos aventurar una respuesta?

—Las hadas son criaturas hechas de pura emoción. Cuando aman, aman de todo corazón. Cuando odian, lo hacen sin cesar. No se irán nunca de un sitio en el que están contentas. Se trata de criaturas que no hacen nada a medias. Para ellas o lo es todo o no es nada en absoluto. El término medio y los matices son cosas del mundo de los mortales. Es lo que hace que las personas seamos especiales y es lo que hace también que nos sea tan difícil entender a los seres mágicos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ewan.

—Ahora me vuelves a contar lo que pasó, esta vez muy despacito. Y no te olvides de nada.

Capítulo 38

El Sabbath de las hadas

Era viernes y, como todos los viernes desde los tiempos inmemoriales, Rhiamon la Gwyllion estaba rodeada de su rebaño de cabras peinándoles las barbas hasta dejarlas sedosas y desenredadas. A pesar de que era muy temprano todavía, ya había peinado a un montón de cabras mientras tarareaba alegremente para ella misma, absorta felizmente en su trabajo. Rhiamon parecía vieja y cansada, una venerable anciana arrodillada ante el infinito mar de lana enmarañada. Su propio pelo de color gris y blanco estaba enredado y su columna vertebral tan doblada que la hacía casi invisible rodeada de su rebaño.

Los olió antes de que pudiera verlos —los Gorros Rojos despedían un olor muy desagradable, peor incluso que el de las cabras—, y si aparecían los Gorros Rojos, eso quería decir que Knocks andaba cerca.

—Cómo os atrevéis a molestarme en mi Sabbath —dijo en voz alta dirigiéndose al rebaño pero sabiendo perfectamente de quién se trataba. Su voz sonó profunda y sonora, ahogando incluso el balido incesante de sus cabras, aunque sólo por un momento.

—Siento molestarla, venerable anciana —dijo Reinhardt, surgiendo aparentemente de la nada—. Pero el joven maestro desea hablar con usted —el Gorro Rojo había adelantado una pierna, intentando hacer una torpe reverencia como si fuera el emisario de algún lejano y vanidoso país. En ese momento perdió el equilibrio y se tambaleó, buscando a tientas con las manos algún apoyo y echando a perder todo el efecto.

Rhiamon lo miró con desdén.

—No alcanzo a entender las razones por las que insistís en correr por ahí con esa pequeña criatura absurda y no lo desgarráis y empapáis vuestras gorras en su sangre —dijo Rhiamon escupiendo en el suelo.

—Mi señora —dijo Reinhardt, que seguía intentando su ridícula

reverencia, negándose a mirarla a los ojos. Estaba a la vez ofendido y asustado, pero no se atrevía a contradecirla, Rhiamon era una bruja peligrosa y podría hacer todo tipo de travesuras con él solo con pensarlo. Lo mejor era seguir siendo cortés, incluso cuando le insultaban, circunstancia que Rhiamon estaba dispuesta a aprovechar.

—Ven —le invitó a acercarse con un gesto.

Los demás Gorros Rojos se abrieron paso entre las cabras que esperaban nerviosas su turno para ser cepilladas. Knocks se adelantó al resto de la banda. Sostenía en la mano su gorra ensangrentada y parecía apocado, casi tan asustado como Reinhardt.

—Venerable anciana.

—Sí, ¿joven impostor? —Rhiamon lo miraba sin mostrar emoción alguna. Pero al echar un vistazo a sus heridas, se dio cuenta de repente de que estos bobos habían venido a por algo más que un simple favor. A menudo, los seres mágicos de la corte se dirigían a ella pidiendo pociones o algún hechizo sencillo —siempre buscando una solución para sus aburridos problemas— o estaban enamorados de algún mortal o querían ahuyentar a algún espíritu que se había instalado en su parte del bosque. Ahora era diferente, lo podía adivinar por su aspecto, por los moratones que cubrían sus sombríos rostros.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó—. ¿En qué andáis metidos?

—Problemas, señora —dijo Knocks.

La vieja sonrió, lo que hizo que su cara se llenase de profundos surcos. Dejó el peine a un lado. Las arrugas de su frente alrededor de los nudosos y retorcidos cuernos comenzaron a alisarse. Rhiamon disfrutaba tanto de las desgracias ajenas que la sola noticia la hacía sentirse y ser más joven. Sus ojos recuperaron el brillo y, al instante, había rejuvenecido cinco años.

—Continúa —apremió.

—Es ese chico, Ewan. Sigue con vida.

—Por supuesto que sí —contestó la anciana—. Tiene amigos poderosos.

—Fue él solo —dijo Knocks con amargura.

—¿El que os hizo todo esto? —Rhiamon los miró incrédula.

—Sí, señora —los Gorros Rojos asintieron a la vez, confirmando las palabras de Knocks.

—¿Y cómo logró tal hazaña?

—Le robó el gorro a Karl y se lo puso.

La sonrisa de la anciana se hizo todavía más amplia. Su cabello comenzó a desenredarse, pasando de un deforme matojo blanco a un fino y sedoso cabello de un distinguido color gris. Las patas de gallo alrededor de los ojos dieron paso a una piel todavía no demasiado suave, pero que iba por buen camino.

—¿Así que ahora lleva el gorro?

—Sí —contestó Knocks.

Rhiamon soltó una carcajada que hizo brincar del susto a las cabras más cercanas.

—No tiene nada de gracioso —dijo Knocks, con rabia contenida en la voz.

—Cierto. Pero si supieras lo que en realidad habéis hecho, tú también te estarías riendo.

—¿Qué hemos hecho? —preguntó uno de los Gorros Rojos.

—Tal vez sea mejor que no lo sepáis —contestó la anciana con una sonrisa malvada. Ahora estaba perdiendo años por décadas—. Tal vez os llevaréis una agradable sorpresa.

Su pelo, que había virado de gris a rubio, y que cada vez estaba más lustroso, caía ahora sobre los hombros, deshaciéndose el moño que llevaba. Sus arrugas desaparecieron por completo y la piel se había vuelto suave y delicada, los radiantes ojos brillaban. Las flácidas carnes recuperaron su firmeza; los músculos, la flexibilidad. Rhiamon no aparentaba más de treinta y cinco años, una mujer muy hermosa que había estado oculta en la anciana de sesenta y cinco años o más. Pero seguía portando unos nudosos cuernos de chivo.

—No entiendo —dijo Knocks—. ¿Cómo puede beneficiarnos el no saberlo?

—Porque podríais intentar impedir lo inevitable —respondió la bruja—. Y eso no debe suceder.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Reinhardt.

La vieja, convertida ahora en una hembra de veinticinco años, provista de unas curvas que podrían parar un autobús de línea, entrecerró los ojos.

—Debes hacer exactamente lo que yo te diga, punto por punto.

Rhiamon recogió el peine del suelo y se dedicó a deshacer nudos de la

barba de la cabra más cercana.

—Hay tres cosas que debes hacer —prosiguió—. Primero debéis apartar al mago de su genio. Esta vez no le bastará con pedir un deseo para solucionar todos los problemas —Rhiamon metió la mano en una bolsa que tenía a su lado y sacó una botella de cristal decorada con incrustaciones de oro fino y unas palabras escritas en persa antiguo: «*Que descanses en reposo durante uno y mil años*»—. Sin el genio no es más que un mago. Y a un mago se le puede vencer empleando su propia magia y su arrogancia. Luego tendréis que separar al mago de su amigo. Si él solo ha hecho esto, no quiero ni imaginar de lo que serían capaces de hacer juntos. Para ello tendré que enseñarte a usar el único don que has recibido y que todavía no entiendes del todo —una técnica tan antigua como el mismo diablo. Tendremos que vincularte fuertemente con el que más odias hasta que forméis un todo. Y, por último, debemos utilizar la propia debilidad del muchacho contra él.

—¿Y cómo se hace esto, venerable anciana? —preguntó Knocks.

—Eso depende, ¿cómo conseguiste encontrarlo antes?

—A través de la chica. La Leanan Sidhe Mallaidh. Están enamorados.

La sonrisa de Rhiamon se hizo tan amplia que su rostro comenzó a encogerse. Sus curvas desaparecieron, su cuerpo se hizo más pequeño y sus grandes ojos brillaban ahora en la cara de una quinceañera rebosante de alegría.

—Entonces debes utilizar el amor que siente por la chica. Cualquier hombre siente alguna vez un amor tan grande que estaría dispuesto a arrojarse estúpidamente a la muerte por él.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

—Tú eres un impostor. Ya se te ocurrirá algo —dijo la bruja sonriendo, llena de efervescencia y con el aspecto de tener unos ocho años—. Vamos, si queremos que esto funcione, tendré que enseñarte muchas cosas. Pero primero, debemos terminar de peinar las barbas de todas las cabras. Date prisa, el sol está a punto de salir.

Capítulo 39

La herrería de los duendes

Colby tarareaba en voz baja cancioncillas totalmente desconocidas para Ewan. Recorrían las calles en dirección oeste. Colby murmuraba algo cada vez que giraba para meterse en algún callejón. Podría parecer que estaban perdidos, pero cada paso que Colby daba les acercaba a su meta. Sabía adónde se dirigían, aunque no lo aparentaba.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ewan.

Colby dejó de tararear.

—¿Qué?

—¿Qué estás haciendo? Ese zumbido. ¿Qué es?

—Es complicado.

—El camino es largo.

—Estoy tratando de recordar dónde está ese sitio.

—¿Y el zumbido?

Colby miró a su alrededor, respondía distraído, como si estuviera intentando recordar algo en lugar de prestar atención a lo que le decían, tenía su atención centrada en la búsqueda de la próxima referencia.

—El espacio y el tiempo no se expanden sino que se despliegan. Y si sabes dónde están las arrugas y los pliegues en el tejido del universo, puedes deslizarte por ellas de una hebra a otra. La gente —miró directamente a Ewan, prestando ahora más atención a sus palabras—, bueno, sobre todo los seres mágicos, han escrito canciones sobre esos lugares. Si te sabes la letra y la música, puedes encontrar cosas que, de otro modo, no se pueden ver a simple vista. Lugares como al que vamos ahora.

—¿Y adónde vamos ahora? —preguntó Ewan.

—Tenemos que hablar con un hombre sobre una espada.

—¿Qué?

—Es un decir. Se trata de un enano. Una especie de espíritu del bosque.

Es un *hombre* y no podría llamarlo otra cosa.

—Supongo que sería una grosería decir: *Voy a ver a un enano para hablar de una espada*.

—Probablemente —dijo Colby, dando a entender lo contrario.

—¿No lo es?

—Los enanos lo tienen fácil. Pueden andar por el mundo, vivir una vida normal, como cualquier otra persona, y despreciar los chistes con una mirada fulminante y un comentario sobre la falta de sensibilidad de algunos. La mayoría de las personas no hacen preguntas y se esfuerzan por no mirarles, incluso cuando se están comportando de forma algo peculiar no se fijan en que las rodillas del enano se doblan de forma extraña o que tiene demasiados pulgares. Es fácil esconder lo mágico tras un velo de cortesía. Aprovecharse de la vergüenza es un truco muy útil en este mundo moderno.

—Así que vamos a ver a un enano.

—Para hablar de una espada.

Doblaron una esquina y se encontraron en un camino de grava largo y sinuoso que, aparentemente, conducía directamente hacia ninguna parte. Los árboles y los arbustos eran más espesos aquí, al igual que el suave zumbido de las cigarras. Ya no estaban en Austin, la oscuridad llegaba arrastrándose, a medida que las luces de la ciudad se desvanecían en el resplandor anaranjado de las nubes.

Cuando habían recorrido casi un kilómetro, llegaron a una cancela metálica en una valla de alambre de espino que les recibía con un cordial: PROHIBIDO EL PASO. SE DISPARARÁ SOBRE LOS INFRACTORES. Ewan miró a su acompañante con preocupación.

—¿*Debemos...*?

—*Debemos* —aseguró Colby.

La casa principal no estaba muy lejos, justo detrás de lo que parecía una herrería, una construcción abierta, de madera y hierro ennegrecidos y chamuscados por el uso. El aire olía a metal fundido y, a medida que se acercaban, empezaron a notar las olas de calor abrasador que procedía de la fragua. El humo negro se mezclaba con la noche abriéndose paso en el aire sobre sus cabezas. Pero los fuegos ardían con viveza y todo el patio trasero de la casa estaba iluminado como si fuera de día.

En la puerta les esperaba un hombrecillo diminuto pero robusto, cubierto de pies a cabeza con un delantal de cuero y polainas de piel de cabra. Toda su piel parecía hecha del mismo cuero que el delantal —cauterizada, agrietada por la exposición constante al calor. Relajadamente fumaba un cigarrillo mientras contemplaba con recelo a los visitantes. Apagó la colilla contra la pila de madera que tenía a su lado y frunció el ceño, arrugando la frente.

—Colby —dijo el enano.

—Mimring —respondió Colby.

—No deberías haberlo traído aquí —dijo el enano con voz ronca, como de grava quebrada—. No en su situación.

—¿Qué situación es *esa*? —preguntó Colby.

—Jodida —el enano hizo un gesto invitándoles a pasar—. Vamos, entrad.

Dentro de la fragua la temperatura era casi insoportable, el rugiente horno despedía un tremendo calor. Colby sintió cómo el sudor le empezaba a chisporrotear en la frente, pero Ewan se encontraba como en su propia casa, tan solo su piel se había vuelto más brillante. Se rascó el mentón e hizo una mueca de desagrado al encontrarse con la áspera barba. Se miró las manos, convencido de haberse desollado, pero estaban intactas.

Lo más curioso de Mimring no era su tamaño, ni su gruesa y callosa piel, ni sus aficiones, lo más curioso era su lento acento tejano. De varios siglos de edad y procedencia alemana, había pasado el último siglo en Texas. Había llegado a amarlo, consiguiendo no sólo *conocer* su cultura, sino *asimilarla* hasta el extremo de convertirse en un estereotipo. Con un profundo suspiro se puso las manos en las caderas y meneó la cabeza con expresión de desagrado.

—Vaya —dijo con un suspiro—. Te has metido en un buen lío, hijo. Os habéis buscado un montón de problemas.

—Las noticias vuelan —dijo Colby.

—Sí, lo hacen cuando eres el tipo al que todo el mundo acude cuando necesita un buen arma.

Colby entrecerró los ojos. Mimring se encogió de hombros.

—¿Adónde van a ir si no? Yo soy el mejor herrero de la meseta.

—Por eso estamos aquí.

—Bueno, les dije a los otros que no quería verme involucrado.

—¿Es eso cierto? —preguntó Colby—. ¿Te vas a quitar de en medio?

Mimring escupió en el suelo de tierra y chasqueó la lengua, meditando durante un buen rato mientras miraba fijamente a Colby.

—No —dijo, arrastrando la sílaba hacia su inevitable, pero prolongada conclusión—. Los Gorros Rojos son buenos para los negocios, pero malos clientes. Cuanto menos los trate, más feliz seré.

—En otras palabras, te gustan menos de lo que te gusto yo.

—Eso y que los Gorros Rojos no me deberán un gran favor si les fabrico algo especial —hizo una pausa—. Tú sí me lo deberás.

—¿Tienes algo en mente o se trata más bien de una especie de cheque en blanco?

—Cheque en blanco —asintió Mimring.

Colby y el enano intercambiaron miradas durante un instante. Mimring quedó quieto como una estatua, sin que se le moviera una gota de sudor o suciedad. Finalmente, Colby asintió.

—Aceptaré el trato.

—Bien. Tengo la sensación de que es lo único que vas a conseguir en esta ciudad ahora.

—Es bueno tener a un mago en el bolsillo, supongo.

Mimring se encogió de hombros.

—Sí, me diste un buen susto, hijo. Y, francamente, aunque seas un problema, prefiero que me debas un favor a negarte la ayuda cuando me la pides. Y bien, ¿qué es lo que necesitas?

—Una espada —dijo Ewan.

—¿Sólo te hará falta una?

—Sí —asintió Colby.

—¿La preparo para ti o para él?

—Para él —dijo Colby.

—¿Estás seguro de que no prefieres mejor una lanza? Puedo fabricar una que corte limpiamente la cabeza de un ciervo a diez pasos.

—¿Una lanza? —preguntó Colby.

—Sí, una lanza —el enano miró a Ewan.

Colby también miró a Ewan, tratando de entender a dónde quería llegar Mimring y vio cómo Ewan jugueteaba con una herramienta de herrero que había descolgado de la pared. Lo miró de arriba abajo, fijándose en la gorra

roja sobre su cabeza. Colby volvió la mirada hacia Mimring y meneó la cabeza.

—No, no necesitaré una lanza.

—Creo que le será más cómoda en su condición.

—Su condición... ¿Qué diablos quieres decir?

Mimring miró a Ewan, que no les estaba prestando atención.

—Hijo. Hijo —se aclaró la garganta y gritó—. ¡Hijo! —Ewan levantó la vista y volvió a dejar la herramienta donde la había encontrado—. ¿Te importaría salir un momento? Necesito hablar con tu amigo.

Ewan asintió y se dirigió vacilante hacia el exterior, dejando a los dos a solas.

—¿No ves lo que está pasando? —preguntó Mimring.

—No, ¿qué está pasando?

—Y yo que había escuchado que eras inteligente, que habías viajado por el mundo y escrito todos esos libros.

Los ojos de Colby se abrieron como platos y su piel se puso de un color blanco fantasmal.

—Yo, bueno, yo no...

—Hijo, no hace falta que lo hagas. Todo el mundo sabe que has escrito todos esos libros, pero nadie ha sido capaz de hacer nada al respecto. Y, ¿a quién se le ocurre llamarse Thaddeus, de todos modos? ¿En serio?

Colby tragó saliva.

—¿Lo sabe todo el mundo?

—Todos los que importan. Muchos están bastante cabreados. El resto cree que eres un tonto y que te arrepentirás de ello en unos años. Les pasa a casi todos.

—¿A casi todos? ¿A casi todos los que han visto lo que yo?

Mimring se echó a reír.

—Mierda, no hay nadie que haya visto ni la mitad de la mierda que viste tú. Eres el único de tu especie.

—Entonces, ¿qué? ¿Tengo que dejar de escribir?

—Me importa un bledo. Pero hazme un favor y asegúrate de que no aparezca en ninguno de esos libros.

—¿Ese es el favor que me ibas a pedir?

—Por supuesto que no. Ese es el favor que me vas a hacer por decirte lo que te voy a decir.

—¿Y qué es?

—Tu chico lleva la impronta.

—¿La impronta? ¿Qué narices quiere decir eso?

—¿No lo has notado en su color? Antes solía ser pálido y enfermizo, pero ahora está fuerte y sonrosado. ¿O cómo le salen esas barbas grises?

—Yo... En realidad, no —tartamudeó Colby.

—¿O cómo caminaba por aquí como si fuera una sauna? Quiero decir, tú estás sudando un sudor tan apestoso que estás a punto de dejar de sudar. Pero él ni siquiera se da cuenta.

—¿Y que se supone que significa eso? No te conviertes en un Gorro Rojo sólo por ponerte su gorra.

—No —dijo Mimring—. A la gente normal no le pasa.

—Él es normal.

—No, es un ser mágico. Se convirtió la noche en que iba a ser sacrificado.

—Pero nunca cambió.

Mimring se detuvo y miró a Colby, dejando que asimilara sus palabras.

—Es cierto. Esa gente no se molesta en hacer pasar a los chicos por todo el proceso, sólo lo suficiente para que el diablo los acepte en su lugar. Los alimentan con leche de hadas hasta que su cuerpo adquiere el embeleso y luego los pasan a cuchillo. No les dejan la impronta. Así que tu chico ha sido como una pizarra en blanco durante una década y media, esperando a que alguien viniera y le hiciera dar los últimos pasos para ser un ser mágico y entonces va y arranca el gorro a un Gorro Rojo, revienta su cabeza como si fuera un melón y la sangre cae sobre el gorro. El gorro que lleva puesto. Todo ese embeleso reprimido finalmente encuentra una salida. Y se convierte en lo que siempre ha querido ser. Un ser mágico completo.

—Pero él no se ha transformado todavía —dijo Colby.

—Oh, sí que se ha transformado. Simplemente no del todo. Pero ya no hay vuelta atrás. La cosa está hecha. Va a ser un Gorro Rojo para el resto de su vida, por breve que esta sea —Mimring miró por encima de su hombro en la fragua que tenía detrás—. Así que te lo vuelvo a repetir, ¿estás seguro de que no estaría más cómodo con una lanza?

—¿Tienes algo pensado? —preguntó Colby.

Mimring sonrió, sus dientes amarillos brillaron a la luz del fuego. Asintió con la cabeza orgulloso.

—Da la casualidad de que tengo en mi poder la auténtica y verdadera lanza de John Brown.

—No sé qué es eso.

—John Brown. El abolicionista de la guerra civil que encargó mil lanzas a un herrero local para entregarlas a un grupo de esclavos liberados, pero los sureños dueños de los esclavos, temiendo un alzamiento de los negros, enviaron a Robert E. Lee tras él y colgaron al viejo John Brown por traición hasta que murió. Las lanzas nunca fueron utilizadas, pero llevan su sangre sobre ellas. Al menos espiritualmente.

—Y tú tienes una.

—Y yo tengo una. Me imagino que podría volver a forjar la hoja con algunas gotas de sangre exprimidas de la gorra —para que se cargue de su fuerza— y con unos cabellos de hechicero... —dijo lanzando una mirada de complicidad a Colby—. Y supongo que podría hacer algo que él sintiera como la prolongación de su brazo. Quiero decir, si piensas en dejarlo solo en algún momento y quieres que sea capaz de defenderse por sí mismo, esto podría venirle muy bien.

—¿Segará la cabeza de un ciervo a diez pasos?

—Así es —asintió Mimring. Durante unos instantes permanecieron en silencio—. ¿Sabes que vas a tener que vigilarle de cerca de ahora en adelante? ¿Verdad?

—Sí —dijo Colby, asumiendo la dura carga.

—Se volverá más agresivo. Se convertirá en alguien con quien será peligroso discutir. Y una vez que el gorro empiece a secarse..., los animales sólo saciarán su sed por poco tiempo.

—Me doy cuenta —Colby se dejó caer contra la pared, moviendo la cabeza con la mirada perdida en el suelo de tierra.

—Bueno, ya era hora de que la maldición se cumpliera. Hemos estado esperando a que ocurriera durante mucho tiempo.

Colby lo miró confundido.

—Ewan no estaba maldito.

—No, se trata de Yashar. Desde hace siglos.

—Sí, fue condenado a vagar por la tierra o algo así.

Mimring dedicó a Colby una sombría mirada que parecía decir: *me estás tomando el pelo.*

—¿No conoces ni la maldición de tu propio genio?

—No solíamos hablar de ello. Era la cruz que tenía que llevar.

—Sí. *Su cruz.* Todos los deseos que él concede están condenados a terminar mal, no importa lo bien intencionados que sean. *Su cruz,* dice.

Los ojos de Colby echaron chispas. No sabía si hacer desaparecer por completo la materia de los sueños de Mimring por insinuar tal cosa o montar en cólera e ir a buscar a Yashar. El aire empezó a vibrar cuando los sentimientos de Colby afectaron a la materia de los sueños del ambiente. Mimring levantó la mano para apaciguarlo.

—Vamos, vamos —dijo—. No vayas a hacer nada de lo que te puedas arrepentir. Diablos, y no vayas a hacer nada de lo que pueda arrepentirme yo.

—No lo entiendo. ¿Cómo pudo...? ¿Cómo pudo él...?

—¿No advertirte que pedirle un deseo te jodería con toda seguridad el resto de tu vida?

—Sí —respondió Colby.

—¿Cómo has podido no contarle a tu amigo la verdad hasta que tuviste que hacerlo?

—Lo hice por su bien.

—¿Suyo o tuyo? —preguntó Mimring.

—Suyo.

—¿Estás completamente seguro de eso? ¿Estás seguro de que no deseabas mantener tu pequeño mundo sólo para ti?

A los ojos de Colby se asomaron algunas lágrimas.

—Yo no quería que terminase como yo.

—¿Sabiendo más de la cuenta?

—Sí.

Mimring asintió.

—¿Y cómo salió?

Colby tomó aire.

—¿Cómo es que en todos estos años eres el único que me cuenta la verdad

sobre todo esto?

Mimring se quedó reflexionando unos instantes, buscando la respuesta correcta a la pregunta. Luego asintió con la cabeza.

—Tal vez porque no mucha gente lo sabe a ciencia cierta. Y tal vez porque soy el único que nunca ha querido nada de ti.

Colby asintió.

—¿Y ahora qué?

—Ahora me vas a dar unas gotas de sangre de ese gorro, unos pocos pelos de tu cabeza y forjaré un arma que le dará a tu amigo la oportunidad de vencer a esos demonios —sonrió Mimring—. Lo único que puedes hacer en un momento como este es canalizar toda esa ira en una buena azotaina. Al menos eso es lo que yo haría.

—¿En serio? ¿Harías eso?

La sonrisa de Mimring se convirtió en una risita.

—Por supuesto que no. Para eso están los chicos como vosotros.

Colby y Ewan se entretenían lanzando piedras contra unas latas colocadas sobre un tocón. De la fragua se escuchaba el martillo golpeando el metal. Durante algún tiempo permanecieron en silencio lanzando piedras a las latas para derribarlas y volver a colocarlas de nuevo. Ninguno sabía qué decir, los dos estaban bastante molestos. Pero no el uno con el otro. Ese, al parecer, era el único consuelo.

Ewan se rascó la mejilla con los nudillos.

—Necesito un afeitado —dijo—. Podría jurar que me afeité ayer.

Colby miraba fijamente las duras cerdas, ahora visiblemente grises, que hacían que Ewan pareciera unos diez años mayor que él.

—Sí, tienes mal aspecto.

—Bueno, ¿y cuál es nuestro siguiente movimiento? —Ewan dirigió una grave y fría mirada a Colby—. Quiero decir, ¿para qué exactamente necesito un arma?

—Porque tengo que ir a sitios a los que no vas a poder seguirme.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Eso significa que tengo que ir al país de las hadas y hablar con los poderes fácticos para apaciguar las cosas.

Ewan asintió con sarcasmo, fingiendo que aquello tenía sentido para él.

—¿Crees que puedes hablar con esas bestias que quieren matarme?

—No. Pero puede que convenza al resto de la corte de que no te maten.

—¿Qué? ¿Por qué quieren matarme *ellos*? ¿No me dejaron marchar?

—Sí —dijo Colby—. Pero tú mataste a un ser mágico.

—¡Tuve que hacerlo!

—Eso no importa. Lo hiciste. Cualquier acuerdo existente quedó anulado en el momento en que derramaste la sangre de un ser mágico.

Ewan se puso en pie, con los ojos inyectados en sangre y despidiendo llamas.

—Eso no es justo. Me estaba defendiendo.

—A los seres mágicos les importan poco los matices, Ewan. Para ellos eres un problema que no desaparecerá hasta que te entierren. Tengo que convencerles de que no es así.

—¿Diciéndoles que enterrarás a diez veces más de ellos?

—No exactamente.

—¿No exactamente?

—No.

Ewan frunció los labios.

—Gallina.

—¿Qué?

—A mí me suena como si te estuvieras achantando. ¿Vas a *hablar* con ellos? Presumes de todo ese gran poder de hechicero ¿y sólo vas a hablar con ellos?

—Sí. Voy a *hablar* con ellos. Se puede razonar con ellos. La razón no es lo que yo llamaría su «configuración por defecto». Pero puedo conducirlos hasta allí.

—¿Y vas a dejarme en mi casa para que puedas convencerles de que no me maten?

—En mi casa, no en la tuya. El primer lugar en el que buscarán será tu casa.

—¿Está seguro de eso? La última vez me atacaron en la calle, a las puertas del club que había anunciado mi actuación allí. No creo que nadie sepa dónde vivo.

—Salvo tu novia —observó Colby con frialdad.

—Bueno, sí —dijo Ewan, sin querer enfrentarse a la verdad.

—Que es un hada —continuó Colby.

Ewan se tranquilizó un poco, sus ojos se suavizaron. Retrocedió un paso y se sentó. Su voz subió una octava, perdiendo la valentía pero ganando en sinceridad.

—¿De verdad crees que ella está metida en esto? —preguntó.

Colby suspiró y meneó la cabeza.

—No lo sabré hasta que se lo pregunte.

—Parecía que no quería tener nada que ver con eso. Quiero decir, seguro que no tenía nada que ver —Ewan gesticulaba nerviosamente mientras hablaba. La ira que quemaba sus entrañas se había calmado, mezclándose ahora con la angustia.

—Sí, pero con los seres mágicos nunca se sabe.

—¿Así que vas a verla? —preguntó Ewan.

—Eso espero —respondió Colby.

—Quiero quedarme en mi apartamento. No me importa si ella sabe dónde estoy. No me importa si ellos lo saben.

—Vas a estar más seguro en mi casa.

—¿De veras? ¿O es que en este pueblo olvidado de Dios todavía queda alguien que no sabe dónde vives?

—Ellos... —Colby se detuvo. Todo el mundo lo sabía, todo el que le preocupaba, al menos—. *Mierda*.

—Lo mismo pienso yo.

Los martillazos cesaron y el calor empezó a disminuir a medida que iban apagándose los hornos del interior. Mimring salió del taller, con el rostro tostado y ennegrecido por el hollín. En la mano sostenía una larga lanza que era un asta de madera de casi dos metros de largo rematada por una punta con forma de machete, con un trapo grasiento repasaba la hoja para dejarla perfectamente pulida. Apoyó la lanza —que casi le duplicaba en altura— en el suelo y, señalándola con un gesto de la cabeza, dijo con orgullo:

—Esto les hará un buen servicio, chicos.

Los ojos de Ewan casi se salían de sus órbitas.

—¿Qué es lo que hace? —preguntó.

—Bueno, la hoja está tan afilada que puede segar la cabeza de un hombre sin desafilarse. Y no hay magia en el mundo que pueda curar las heridas que causa, por lo menos a los seres mágicos.

—¡Vaya! —dijo Colby—. No has perdido el tiempo. Me decían que eras bueno, pero...

—El mejor —le interrumpió Mimring—. Te decían que era el mejor.

—Así es —admitió Colby con una reverencia.

Mimring entregó la lanza a Ewan, quien la aceptó con una sonrisa. Retrocedió un paso, sopesándola un poco para comprobar el equilibrio. La sentía como algo natural entre sus manos, como si hubiera nacido con ella. Cortésmente, hizo una profunda reverencia al herrero.

—Ahora —dijo Mimring— confiemos en que sucedan dos cosas. La primera es que nunca te veas en la necesidad de usar esto.

—¿Y la segunda? —preguntó Colby.

—Que nunca me vea en la necesidad de pedirte ese favor que me debes — el herrero sonreía levemente. Colby entendió la gravedad de lo que estaba diciendo—. Ahora, largaos de mi propiedad. Nuestro negocio se ha terminado.

Colby le hizo una seña a Ewan. Oficialmente ya no eran bienvenidos allí.

Capítulo 40

El genio que se arrastró dentro de una botella

Yashar estaba sentado en su sitio habitual, mecido plácidamente por un cálido zumbido, mientras trasegaba whisky tras whisky, sin darle tiempo apenas al viejo Scraps de rellenar la copa. El Malditos y Condenados estaba lleno, algo inusual para cualquier noche que no sea la de la muerte de un ser mágico. En las raras ocasiones en que morían, el bar se llenaba muy pronto y se vaciaba muy tarde, un velatorio alcoholizado y caótico en honor al difunto antes de que su recuerdo se desvaneciera por completo a la mañana siguiente.

Pero esta vez era diferente.

Muy pocos llorarían la muerte de un Gorro Rojo. Su vileza y la falta de *cualidades*, redentoras o de cualquier otro tipo, les impedían hacer muchos amigos. Pero la muerte de este Gorro Rojo era diferente, esa muerte significaba el comienzo de un día muy largo. Todo el mundo conocía la historia de Colby Stevens, el Niño Hechicero, y de cómo había liberado a su joven amigo de ser sacrificado para pagar el tributo al Diablo. Sin embargo, hasta esa noche pocos sabían que este joven amigo aún se encontraba entre los vivos. Y no estaba en el ancho mundo viviendo su vida, estaba aquí, en su ciudad. Y había matado a un ser mágico.

Esta muerte exigía ser vengada. Y si los seres mágicos iban a por el joven, no había duda de que Colby Stevens se interpondría entre ellos y su amigo. Y una vez que esto ocurriera, las cartas estarían echadas. La única razón por la que a Colby se le permitía beber en el bar era porque preferían tenerlo como parroquiano antes que correr el riesgo de ofenderlo. Se habían acostumbrado a simpatizar con él, pero nunca habían dejado de temerle.

Esa noche el bar estaba lleno, pero no se habían reunido para llorar la muerte de un ser mágico, sino para llorar la futura pérdida de su amigo Colby Stevens. O Colby moría a manos de sus enemigos, que le superaban abrumadoramente en número, o iba a tener que hacer algo que lo enfrentaría a

toda la comunidad para siempre. Y por eso bebían todo el alcohol que el viejo Scraps podía servirles.

Y nadie bebía más que Yashar.

La puerta se abrió con un chirrido. Un incómodo silencio se hizo en el bar. Yashar no se molestó en levantar la vista. Era el momento que había estado temiendo toda la noche, el momento que había estado temiendo desde hace catorce años. Aunque todos los deseos que concedía terminaban así, aún quedaba la sorpresa de *cómo* y *cuándo* ocurriría y ahora estaba a punto de averiguarlo.

—Yashar —dijo Colby rompiendo un espeso e incómodo silencio—. ¿Podemos hablar? ¿Afuera?

Yashar asintió.

—Sí, pero ¿seguro que no quieres un trago? Scraps, pon a este hombre un lingotazo de tu mejor brebaje.

El viejo Scraps meneó la cabeza y se encogió de hombros.

—No creo que esté aquí para beber, Yashar.

—Bueno, ponle uno de todos modos. Quitará hierro a la cosa.

—Yashar, *fuera*.

Yashar se quedó mirando el whisky marrón oscuro del vaso que tenía ante él y lo agitó ligeramente, como si hubiera algo flotando dentro. Se negaba a levantar la vista.

—No te pongas en plan amo-de-la-lámpara conmigo, jovencito. No es así como funciona esto.

—Estás borracho.

—Eres muy perspicaz.

—No creo que quieras que tengamos esta conversación delante de todos los presentes.

—No —dijo Yashar—. Si se trata de una conversación que tenemos que tener, lo mejor es que la tengamos fuera. Sólo que allí no tendremos whisky.

—Toma la botella —dijo el viejo Scraps, ofreciéndole una botella mediada de un aguardiente marrón oscuro—. Ahora salid fuera, los dos.

Yashar arrebató la botella al viejo Scraps y se puso tambaleante en pie. El genio se dirigió hacia la puerta trastabillando y tropezando con objetos imaginarios, luchando contra la gravedad como un personaje de una película

de Buster Keaton. Sus amigos trataban de desviar la mirada pero, entre el tenso silencio, el ruido de sillas volcadas y cristales rotos era difícil de ignorar.

Todo el mundo en la sala dejó escapar un suspiro de alivio cuando la puerta se cerró tras ellos.

Yashar salió tambaleándose al callejón, descorchó la botella y tomó un largo trago.

Colby lo seguía de cerca.

—¿Cuándo ibas a decírmelo?

Yashar terminó de beber y se limpió la boca con la manga.

—¿Decirte qué?

—Lo de la maldición.

—Tú ya sabías que yo estaba maldito, ¿qué tipo de pregunta...? —se calló de repente. Esto era nuevo—. ¿Quién te lo dijo?

—¿Importa? —preguntó Colby.

—No. ¿Pero alguien te lo *dijo*?

—Me lo tenías que haber dicho tú —dijo Colby.

—¿Cómo? ¿Qué iba a decirte? —preguntó Yashar—. Hola, chico, pide un deseo. No importa lo que pidas, al final será una cagada.

—La verdad es que se ajusta bastante a la realidad.

—No es así —protestó Yashar.

—Es exactamente así —insistió Colby.

—Tú que has visto tanto, sin embargo, has entendido tan poco.

—Tuve un pésimo maestro.

Yashar miraba enojado el pecho de Colby.

—Retira lo dicho, desgraciado.

—No pienso hacerlo. Me has traicionado, me vendiste para tu propio beneficio.

—¿Sí? —preguntó Yashar.

—Sí —contestó Colby, dando la espalda a Yashar.

Yashar tomó otro trago de la botella.

—¿Qué es lo que sabes?

—Bastante.

—No —dijo Yashar—. Me refiero a la maldición. ¿Qué es lo que sabes?

—Que los deseos que concedes están condenados a terminar mal.

—Cierto. ¿Te han dicho que todos los deseos concedidos terminan con la muerte?

Colby se volvió, entre sorprendido y enojado.

—No.

—Eso es porque no lo hacen. No todos.

Yashar se tambaleó ligeramente y se dejó caer en la acera, manteniendo la botella en su regazo. El genio hizo un gesto a Colby palmeando la acera a su lado.

—No, ahora no.

—Vete a la mierda. Estoy borracho, tengo problemas para mantenerme en pie y esto es algo *que tienes que escuchar*.

—No estoy seguro de que quiera —dijo Colby.

—Si no necesitaras oírlo, no estarías aquí. Estarías fuera peleando con una pandilla de seres mágicos por un chico que tendría que haber muerto años atrás.

—Vaya —le interrumpió Colby—. *¿Tendría que haber muerto?*

—Todo el mundo muere, Colby. Para algunos es un final lógico de una vida bien vivida. Para otros, es su único objetivo. Ewan nació para morir. Era su destino. Le robaste ese destino cuando me pediste aquel deseo. Y has dedicado cada día de tu vida a aplazar un poquito más el desenlace de este destino. Para regalarle un miserable día más antes de que su destino le alcance —Yashar volvió a palmea la acera a su lado—. Ahora, siéntate y deja que te cuente una historia.

—No —dijo Colby—. Creo que me quedaré de pie.

—Deja que te haga una pregunta. Cuando me pediste tu primer deseo, ¿qué hice?

—Me lo concediste.

—¿Lo hice?

—Sí.

—¿No intenté disuadirte antes?

—Bueno, tú... —Colby se detuvo un momento, pensando—. Creo que hablamos de ello.

—Te dije «*No, es muy peligroso. Te lo prohíbo*». Esas fueron mis

palabras, ¿verdad?

—Sinceramente, no lo recuerdo —dijo Colby, esforzándose por recordar el momento exacto.

—Bueno, yo sí que lo recuerdo. Recuerdo que te dije que no. Recuerdo que te ofrecí otras cosas. Y recuerdo que me obligaste a concederte el deseo del cual estuviste quejándote durante años.

Colby miró a Yashar, los recuerdos inundaron su cabeza. El genio estaba diciendo la verdad.

—Ahora siéntate y deja que te cuente una historia —Colby se encogió de hombros, asintió en silencio y se sentó en el bordillo junto a Yashar—. Érase una vez un joven genio, imprudente y codicioso, con el corazón lleno de deseo. Amasó una gran fortuna, se rodeó de mujeres hermosas y vivió la vida de un rey sin asumir ninguna de sus responsabilidades. Pero fue engañado y un día se encontró sin sus riquezas, sin sus mujeres y sin su vida de rey, así que decidió hacer algo bueno por la persona que se mostró bondadosa con él cuando se quedó sin un centavo.

—Así es como funciona este mundo, ya lo sabes. Se te recompensa por tu maldad y se te castiga por tu generosidad. Ese genio dio a aquel hombre todo lo que deseó, lo que, en el conjunto general de las cosas, no era tanto realmente. Pero los hombres pueden volverse crueles cuando les quitan algo que creen que es suyo y aquel joven tuvo un nefasto final.

—Conozco esa historia —dijo Colby—. Y sé que es la tuya.

—Pero no conoces el final de la historia, de cómo el último deseo de ese joven se convirtió en una maldición que provocaría la ruina de todos aquellos a los que yo concedía un deseo. «*Deseo que todos los deseos que concedas acaben trayendo la misma felicidad que me trajeron a mí*», dijo. Lo que la historia no cuenta son las horas que había pasado suplicando por la vida de su joven esposa a la que estaban forzando los soldados. Cómo juró venganza que nunca llegaría. La forma en que los arrastraron, atados a los caballos, antes de que, finalmente, tuvieran la misericordia de matarlos.

—Bueno, ahora ya lo sé.

—¿Lo sabes? —preguntó Yashar—. ¿Sabes los años que pasé vagando en el desierto, viviendo mis últimos días, mientras se moría la última alma viviente que me conoció, obligándome a morirme de hambre? ¿Cómo he

intentado con todas mis fuerzas aguantar los últimos días sin conceder un solo deseo para salvar mi propia vida? ¿Tienes idea de lo que se siente al dejarse morir de hambre? ¿Qué pasa con tu mente y tu sentido de la moral cuando lo único en que puedes pensar es en tu supervivencia y lo que darías, lo que harías, para seguir con vida?

—Lo intenté —continuó el genio—. Estaba decidido a seguir hasta el final, pero es como retener tu respiración bajo el agua tratando de ahogarte. En algún momento tus instintos anulan tu voluntad y luchas por abrirte camino hasta la superficie, sin siquiera pensar en ello. Incluso si, desde el fondo de su corazón, te niegas a hacerlo, de repente te encuentras nadando y dando brazadas tan fuertes y rápidas como puedas para conseguir una sola bocanada de aire. Y ya está. Has fallado. Y tienes que comenzar de nuevo. Llegué a ese punto una docena de veces desde entonces, siempre seguro de que *este* iba a ser el momento en el que ocurriría, el momento en el que finalmente vería la muerte. Pero al amanecer del día catorce, siempre acababa claudicando y salía a la superficie todo lo rápido que podía. La humanidad de uno no se pierde en el momento en que comete un acto odioso para su propio beneficio o placer. Por el contrario, eso es característico de los humanos, esa *es tu* humanidad. No, uno pierde su humanidad cuando no puede pensar en otra cosa que *en hacer* algo que necesita para sobrevivir. Entonces es cuando uno vuelve del revés su alma. He concedido deseos terribles, he traído desgracias terribles a gente buena que no tenía nada que ver con mi maldición solo para salvar mi propia vida. Así que hice lo único que podía hacer.

—Has intentado minimizar los daños —dijo Colby, comprendiéndolo por fin.

Yashar se tocó con el dedo la punta de la nariz, dando unos pequeños golpecitos para indicar que Colby había acertado.

—Niños. Sólo elegía niños para concederles sus deseos.

—¿Por qué? Si sabías que acabaría mal, ¿por qué meterse con los niños?

—Porque nunca piden nada horrible. Al menos, nunca piensan que es horrible. Con los niños, siempre es inocente. Martha O'Malley quería que sus padres fueran ricos y no tuvieran que trabajar un solo día de sus vidas. Murió aplastada por una grúa que se vino abajo en una obra cercana. Sus padres ganaron millones con la indemnización. Billy Williamson sólo quería un

cachorro. Un pastor alemán. Y cuando ese cachorro salió corriendo a la calle, un coche atropelló a Billy destrozándole la columna vertebral. Era el perro más fiel y cariñoso que cualquier niño podría desear. Me dio las gracias una y otra vez por el perro, diciendo lo mucho que le ayudó en los momentos difíciles. Nunca se preguntó cómo hubiera sido su vida sin aquel perro. Jill Matthews sólo quería que sus padres volvieran a estar juntos. Quería que las cosas fueran como antes. Lo que su mamá nunca le contó era cómo la maltrataba su papá. Pero volvieron a vivir juntos, porque yo lo hice. Y las cosas volvieron a la normalidad. Pasaron tres semanas antes de que papá le abriera la cabeza a mamá y esta se fuera para siempre. Jill nunca me lo perdonó y acabó encontrando un hombre igual que su padre. Me acuerdo de todos ellos. De cada deseo que salió mal. Todo lo que he hecho para mantenerme con vida. He olvidado mucho de este mundo, muchos recuerdos se han vuelto confusos y débiles. ¿Los buenos tiempos? Son los primeros en olvidarse. Pero los deseos nunca se olvidan. Cada uno de ellos está grabado a fuego en el fondo de mi mente.

—Es el destino que te has ganado —dijo Colby.

—El infierno quieres decir.

—Eres un vampiro. Te aprovechas de los jóvenes porque no conocen nada mejor. Te pones tus vestimentas de seda y oro y montas un auténtico espectáculo. Pero eres un vampiro, absorbes los sueños de los niños y dejas cáscaras vacías, sin sueños.

Los ojos de Yashar brillaban llenos de lágrimas. Apretó los dientes tratando de contener la amargura.

—Ya he terminado —dijo—. Con todo esto. Esta vez lo haré.

—No, no lo harás —negó Colby—. No eres lo suficientemente fuerte.

Yashar se puso en pie amenazando con el dedo.

—¡Soy lo bastante fuerte! ¡Lo haré!

—Sí, ¿y cuándo piensas hacerlo? —preguntó Colby, que seguía sentado en la acera.

Yashar entrecerró los ojos y dijo con frialdad.

—Una vez que los seres mágicos acaben contigo. Dentro de catorce días, supongo.

Colby se puso en pie.

—Eres un hijo de ...

—No la pagues conmigo. Este es tu lío, no el mío. Traté de alejarte de ese chico. Traté de ocultarte la verdad. Traté de convencerte de que no intervinieras. Este es tu pecado, Colby Stevens, tu lío. Te condenaste la misma noche en que metiste la nariz en sus asuntos y ahora tu precioso castillo de naipes se está derrumbando ¿y tienes las agallas de venir a pedirme cuentas por lo que *he* hecho? Suena más bien a que no quieres enfrentarte a lo que *tú* has hecho.

—Eres tan culpable como yo. Los dos estamos condenados.

—No —dijo Yashar—. La diferencia entre tú y yo es que, aunque los dos estemos condenados, conozco perfectamente mis pecados. Tú, sin embargo, no crees haber pecado en absoluto. Pero veré qué puedo hacer para seguirte en cuanto te hayas ido.

Colby se marchó furioso, frustrado, negando con la cabeza y agitando los brazos frenéticamente. Ya no tenían nada más que decirse el uno al otro.

Yashar tomó un largo trago de whisky, dejando la botella prácticamente vacía. Miró con solemnidad lo poco que quedaba y dijo:

—Whisky, eres mi único amigo.

—Eso no es cierto —dijo una voz a sus espaldas.

—Si has vuelto para pedir disculpas —dijo Yashar—, no las acepto.

—Oh no, no estamos aquí para pedir disculpas —dijo otra voz—. Estamos aquí para concederte tu último deseo.

Yashar, paralizado por una especie de estupor, se dio la vuelta lentamente para mirar a los que hablaban. Su mente estaba confusa, sus reacciones lentas. Dos Gorros Rojos le miraban de reojo, acariciando una botella demasiado familiar. A pesar de que no tenía nombre propio, Yashar la reconoció por la inscripción y los nombres de los genios que había albergado en el pasado. Conocía el nombre de cada uno de los genios que habían muerto en esa botella. Y lo lógico, ahora, era que se uniera a ellos.

—Bueno —dijo—. ¿Por qué has tardado tanto?

—El tráfico —bromeó uno de los Gorros Rojos.

—No, imbécil —dijo Yashar—. Estaba hablando con la botella.

Capítulo 41

La promesa del mañana

Ewan estaba sentado con las piernas cruzadas en el suelo de su apartamento. A su lado descansaba la lanza y en la mano sostenía con firmeza un lápiz de cera. Estaba dibujando furiosamente sobre una hoja arrancada del cuaderno de pintor el retrato de una niña. Era Mallaidh. Hacía un bosquejo y lo tachaba inmediatamente, tratando de rebañar en la memoria, pero el recuerdo se mantenía siempre fuera de su alcance, como una picazón que no podía rascar. La página se había convertido en una mancha de grasa negra, con pequeños parches de papel blanco asomándose por debajo. Cuando terminó, arrugó la hoja y la arrojó al creciente montón a sus espaldas en el que había ya unas tres docenas de hojas, luego alargó el brazo y arrancó otra hoja de la pared.

Los ojos de Ewan se hacían cada vez más fríos, las pupilas dilatadas, a punto de alcanzar el tamaño del iris. En el labio superior asomaba un bigote, la piel había cogido color y, entre parches cubiertos por gruesas cerdas, se veían unas mejillas sonrosadas.

Notaba un sordo latido en la parte posterior de su cabeza. Se sentía febril, pero seco; inquieto, pero fatigado. Tenía la sensación de que su boca estaba llena de arena, por mucha agua que bebiera no conseguía saciar la sed o hacer desaparecer el sabor a cuero de su lengua. Algo caminaba de un lado a otro en su estómago, una bestia malhumorada arañaba la caja torácica desde el interior, enganchándose en las costillas con sus garras y dando golpes a rienda suelta. Arañaba y golpeaba cada vez con más fuerza, exigiendo a Ewan destrozar, romper cualquier cosa, despedazar el mundo, rajar una garganta, cualquier garganta, y saciar su sed con la sangre.

Alguien golpeó la puerta.

—¿Santo y seña? —con voz que sonaba a quejido pero aliviado por la distracción.

No hubo respuesta.

—¡Santo y seña! ¿Cuál es? —gritó de nuevo, poniéndose de pie.

—No lo sé —dijo una tranquila voz al otro lado. La reconoció de inmediato. Era Nora.

Se acercó a la puerta, pegando prácticamente la cara a la madera.

—No tenemos nada de qué hablar.

—Sabes que no es verdad —contestó la muchacha.

—Está bien. Yo no tengo nada que decirte.

—Mientes. Apuesto a que no puedes dejar de pensar en cosas que debes decirme cuanto antes. O llamarme. O lo que sea.

Ewan descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Al otro lado estaba Mallaidh, disfrazada de Nora. Parecía tan pequeña, frágil y delicada, sumergida por completo en la oscuridad reinante en el exterior. Lo miraba con ojos llenos de lágrimas y los labios temblorosos. El corazón de Ewan se rindió. Sabía que esto iba a ser duro, pero ni se imaginaba que sus entrañas se convertirían en gelatina sólo con verla. La bestia inquieta de su estómago aplacó su ira y se detuvo por unos momentos.

Ewan tragó saliva.

—No te atrevas a parecerte a ella —dijo—. Esa no eres tú. Esa persona no existe.

Mallaidh sacudió el disfraz como sacudiría el agua un pato al salir a la orilla. Todo lo que era Nora desapareció, reemplazado por los suaves y tiernos rasgos envueltos en el largo pelo rubio. La muchacha asintió con la cabeza.

—Lo siento. No sabía a cuál de las dos querías ver.

—A ninguna —respondió Ewan secamente. El latido en su cabeza había cesado, pero el amargor seguía allí.

Una lágrima se formó en la comisura del ojo de la muchacha y resbaló por la mejilla. Esta vez el corazón de Ewan se rompió del todo. La tomó entre sus brazos, envolviéndola por completo. La muchacha colocó la cabeza en el pecho de él y abrazó su cintura con todas sus fuerzas. Cualquier apariencia de compostura que había querido mantener desapareció, sustituida por un torrente de ahogados sollozos.

—Lo siento —exclamó—. Lo siento.

—¿Por qué me mentiste?

La muchacha le miró, temblando.

—Nunca te he mentado. Nunca.

—Sí, lo hiciste.

—Nunca te dije que no fuera un hada. Jamás te dije que no nos habíamos visto antes. Nunca te conté ninguna historia de mi pasado que no fuera cierta. Todo lo que dije era verdad, el que tú no hayas podido juntar todas las piezas del puzzle solo quiere decir que se trataba de verdades que no estabas preparado para conocer. Te dije que era la niña de tus dibujos. Te dije que atravesaría el tiempo y el espacio para encontrarte. Y atravesé el tiempo y el espacio. Y te encontré. Y te he amado siempre. Y seguiré haciéndolo siempre. Así que, ¿cuándo Ewan, cuándo te he mentado?

—Cuando me dijiste que te llamabas Nora.

—¿Qué?

—Nunca me mentiste en nada, salvo en quién eras.

—En realidad no es una mentira si tú quieres que sea verdad —dijo la muchacha—. Y nunca he querido que algo fuera más cierto en mi vida.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Nora no es justo lo que querías que yo fuera, ella es lo que yo quería ser. Mi único deseo en la vida es ser la chica de tus sueños.

—Ni siquiera me conoces.

—¿Estás de broma? —preguntó Mallaidh, liberando una mano para limpiarse las lágrimas de la mejilla—. Te conozco de toda la vida. El tiempo que no tuve noticias tuyas lo pasé intentando encontrarte, tratando de saber de ti—. Mallaidh miró a su alrededor, sólo ahora dándose cuenta de que todo estaba hecho un desastre. Fotos arrancadas de las paredes, sillas tiradas, ceniceros volcados derramando su contenido gris en la sucia alfombra.

Luego vio la pila de arrugados retratos suyos, hechos jirones, manchados, rayados y rotos en pedazos. Algunos no eran más que manchas negras, mientras que otros eran variaciones sobre niñas pequeñas provistas de garras, enseñando los dientes y babeando espuma y sangre en los tranquilos arroyos y estanques. Mallaidh tembló, los pesadillescos dibujos la hacían parecerse más a un Gorro Rojo que a una Sidhe.

—¡No! —gritó, alejándose de Ewan y negando con la cabeza—. ¡Esa no soy yo! Eso no es lo que soy, eso no es lo que somos —se acercó al montón

de papeles y tomó un bosquejo especialmente grotesco que representaba a la niña sosteniendo una cabeza decapitada, su virginal sonrisa convertida en una mueca furiosa—. No soy yo —miró a Ewan a los ojos y repitió para sí misma—. No soy yo.

La mirada de Ewan seguía helada, no le había convencido.

—Hay otra cosa que quiero saber —dijo.

—Pregunta lo que quieras —respondió Mallaidh.

—¿Sabías que iban a venir?

La muchacha meneó la cabeza.

—¡No!

—Te busqué, pero estabas con ellos.

—Me engañaron. No tenía ni idea de adónde me llevaban.

—Entonces, ¿quién es él?

—¿Quién? ¿Knocks?

—Sí, él.

—Él es tu impostor.

—No sé qué es eso.

—¿No te acuerdas?

—Todo es confuso. Y no sé si alguna vez supe quién era.

—Es náyade Knocks, le dejaron en tu lugar cuando te robaron.

—¿Y por qué quiere matarme?

—Porque piensa que mataste a su madre.

—¿Su madre? —Ewan reflexionó durante unos instantes, de las profundidades de su memoria llegó como un tsunami un terrible recuerdo—. Es aquel niño —dijo atónito—. La noche de las cabras grandes como caballos. Él es el chico.

Mallaidh asintió.

—Y tú estabas allí —dijo, señalando a la muchacha, mientras juntaba los recuerdos como gotas que acaban formando un charco.

—Tú me salvaste la vida —dijo sonriendo a través de las lágrimas y volvió a secarse las mejillas con el dorso de la mano.

—¿Yo?

—Sí. Y me enamoré de ti en aquel instante.

Confundido, Ewan miró a Mallaidh.

—¿Por qué?

—Por la forma en que me abrazabas —contestó la muchacha—. La forma en que me has abrazado desde entonces —Mallaidh cogió a Ewan de la mano—. Te quiero. Y haré cualquier cosa por ti. *Cualquier cosa*. Sólo pídemelo.

Los dos se miraron con ansiedad, notando cómo crecía entre ellos una confusa pasión.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ewan.

Mallaidh avanzó hacia él y le acarició la mejilla, colocando con el dedo el mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ahora me besarás tan apasionadamente como sepas —dijo—, y fingiremos, mientras podamos, que nada de esto ha pasado, que nada de esto importa. Que nada de esto jamás importó. Me besarás y todo se irá.

—¿Y si no es así? —preguntó Ewan.

—Entonces me besarás otra vez. Y otra. Y otra, hasta que ocurra.

Ewan miró a Mallaidh con tristeza, meneando la cabeza.

—Nunca van a dejar de perseguirme, ya lo sabes.

—No quiero creer eso.

—Pero *lo sabes*, ¿no? —otra vez los ojos de Mallaidh se humedecieron. Asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar una palabra. Las lágrimas iban dejando huellas en sus mejillas—. Entonces, ¿qué crees que deberíamos hacer?

—Huir —sollozó la muchacha.

—Es lo que hice la última vez. Lo que hice fue olvidarlo todo. Pero no quiero volver a hacerlo. Ya no quiero olvidar. Ahora no, no a ti —Ewan miró al suelo, su mirada se detuvo en la lanza—. Esta vez tengo que quedarme y luchar.

—¡No! No, no, no —protestó la muchacha—. Te matarán.

—No estoy tan seguro.

—Yo, sí. Son criaturas que viven sólo para matar, matar y causar sufrimiento. Ese no eres tú. No estás destinado a ser eso.

—Puede que sea más capaz de lo que tú te creas —contestó Ewan, ligeramente ofendido.

—No se trata de lo capaz que eres, sino de lo lejos que estás dispuesto a llegar. Estas criaturas te perseguirán hasta los confines de la tierra para

conseguir lo que quieren. Matarán a cualquiera que se interponga entre tú y ellos. Te cazarán hasta su último aliento. ¿Estás dispuesto a odiar tanto? ¿Podrás luchar durante tanto tiempo?

—Nunca se sabe —respondió Ewan.

—Yo sí lo sé. He visto lo que había en tu corazón.

—¿Así que quieres que salga huyendo? —preguntó Ewan.

—No que huyas simplemente, sino que huyamos *juntos* —dijo—. A Los Ángeles, como habíamos planeado.

—Pero vendrán tras nosotros.

—Hablaré con el Consejo. Si les digo que vamos a marcharnos para no volver jamás, nos dejarán salir. Tampoco quieren más problemas.

—¿Así que me tienen miedo?

Mallaidh meneó la cabeza.

—A Colby. Todo el mundo tiene miedo a Colby. Nadie sabe lo que va a hacer. Y nadie quiere saberlo.

—Colby... —suspiró Ewan.

—Es nuestra esperanza. Mientras le sigan teniendo miedo, nos dejarán marchar.

—¿Y qué le pasará a él?

—¿A Colby? Ewan, Colby se ha estado cuidando de sí mismo desde que tenía ocho años. Es la última persona en este mundo de la que tenemos que preocuparnos.

—¿Cuándo quieres que nos vayamos?

Los ojos de la muchacha se abrieron de par en par y, por primera vez desde su llegada, Mallaidh sonrió. Esta conversación estaba teniendo lugar realmente, no la estaba soñando.

—Esta noche.

—Entonces vete. Haz lo que tengas que hacer. Gana algún tiempo para nosotros. Si no estás de vuelta al amanecer...

—Si no estoy de vuelta al amanecer, ¿qué? —la terrible frase apagó su sonrisa, desmoronándose al instante.

Ewan tardó en responder.

—Sólo vuelve al amanecer.

Mallaidh lo abrazó con todas sus fuerzas y lo besó sosteniendo su cabeza

con las manos mientras alborotaba el pelo con los dedos.

—Te quiero, Ewan.

—Te amo —susurró Evan a su vez.

La muchacha se dio la vuelta y se marchó sin decir palabra, atravesando la puerta y desapareciendo en la noche.

Ewan apoyó la espalda en la puerta cerrada y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo. Mallaidh se había ido y con ella desapareció la calmante presencia que había mantenido a raya a la bestia. El corazón latía con fuerza, la cabeza volvía a palpitar, cada molécula de su cuerpo estaba tronando con el mismo doloroso ritmo. Todo latía al unísono. *Tumtum tumtum tumtum tumtum*. Después vinieron los susurros, suaves al principio, pero aumentando poco a poco su intensidad, el ruido blanco de la estática como fondo de sus pensamientos. Alzó la mano para agarrar un mechón de su pelo y se dio cuenta de que no llevaba el gorro. Necesitaba su gorro, se ahogaba sin él. Lo que en un principio había confundido con el sufrimiento de su corazón roto, en realidad era la sangre que se estaba secando en su gorro.

Allí estaba, colgado sobre una silla, secándose al aire de medianoche. Tambaleante, se puso en pie, sus piernas no le sostenían, apenas tuvo fuerzas para atravesar dando trompicones el cuarto. Sus dedos recorrieron la silla, enganchando el gorro con la afilada uña. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando por fin se lo puso, pero ese alivio duró poco. Algo estaba mal. Su gorro estaba casi seco, apenas quedaba un poco de humedad.

Sólo lo había salpicado con la sangre, nunca llegó a empapararlo del todo. Su gorro se estaba secando. Y eso significaba que estaba perdiendo su fuerza, la fuerza que necesitaría si Mallaidh no regresaba a tiempo. Necesitaba sangre. Pero eso significaba que tendría que matar y Ewan no quería matar a nadie, a ningún ser humano, por lo menos.

Sintió una opresión en el pecho, trató de tragar saliva pero la garganta se había llenado de algodón. Su estado empeoraba rápidamente. Si seguía así, no llegaría a la mañana. La lanza le susurró algo desde el suelo. Ewan la miró, estaba salivando como un hombre hambriento oliendo su primera hamburguesa. Carne. Desde el exterior llegaba el olor de la carne, chisporroteando y rezumando gotas de su jugo. Podía oler la sangre y los corazones latiendo a su alrededor, calientes, frescos, esperando a ser

arrancados de sus flácidas bolsas de piel.

Ahora se paseaba por su apartamento, arañando las paredes, derribando los muebles, golpeándose con los puños en la cabeza. Los susurros se habían convertido en voces rugientes que gritaban rabiosas lo que debía hacer. Sólo habían pasado unos minutos desde que Mallaidh se había ido, pero para Ewan fueron horas.

No quedaba otra elección. Cogió una manta de su dormitorio, envolvió la lanza en ella y se escabulló por la puerta hacia la dura y seca oscuridad, guiado por el olor de la ciudad. Pero no podía matar —no a un ser humano. Así que siguió sus recuerdos, los retazos de las historias, cosas escuchadas de pasada, siguió los olores desconocidos a través de las calles, por los patios traseros, atajó por los callejones, hasta encontrarse a kilómetros de su casa, de pie en la orilla del lago Ladybird, contemplando las oscuras aguas.

Se quedó allí, escuchando el chirrido de las cigarras en la orilla, olisqueando retazos de olores de carne de mujer nadando en el lago.

Se quitó la camisa y esperó. Se oyó un suave chapoteo, como si un pez saltara en el aire para atrapar una mosca. Ewan sabía que no había sido un pez. Luego dos chapoteos más. Pocos hubieran podido escucharlos, pero en su estado alterado, tenía los sentidos extraordinariamente sensibles. Podía oír a los insectos aparearse, oler la comida coreana que cocinaban en un restaurante a cinco manzanas de allí, sabía con absoluta certeza que los sonidos que le llegaban desde el lago eran producidos por las mujeres que ascendían desde las profundidades.

La primera nadó lentamente hacia él, dejando que sus hermanas la alcanzasen. Vio su firme cuerpo desnudo, nadando silenciosamente a modo perruno, con el pelo peinado hacia atrás por el agua del lago, con algunas algas enredadas en él. Le miraba con sus grandes ojos. Era hermosa, seráfica, no había nada amenazador en su aspecto. Pero Ewan sabía que se trataba de una trampa.

Nunca aceptes la invitación a nadar de una mujer hermosa, le decía siempre Dithers. Dithers. De ahí es de donde viene el nombre. Le echó de menos y, por un momento, casi olvidó su propósito. Las otras dos mujeres se acercaron también, sus cuerpos flotaban entre los reflejos danzantes de mil estrellas.

—Oye, guapo —gritó una de ellas—. ¿Vienes a darte un chapuzón?

—Sí —respondió Ewan—. Sí, a eso vengo.

—¿Quieres un poco de compañía? —preguntó otra náyade.

Ewan sonrió.

—Creo que sí.

Dejó caer la manta y agarró con fuerza el asta de la lanza. Con una velocidad que no sabía que poseía, saltó hacia adelante. Las náyades tuvieron poco tiempo para reaccionar, sólo pudieron intercambiar unas miradas de sorpresa. Ewan sonrió mientras volaba por el aire, el tiempo se detenía, sus rostros iban inundándose lentamente de confusión y horror.

Ya se imaginaba saboreándolas. Y no tardaría en hacerlo.

Capítulo 42

Una extraordinaria rendición

—Cuéntanos un cuento —siseó el Gorro Rojo a través de sus afilados y retorcidos dientes. Su aliento olía a un contenedor de basura en llamas, alimentos rancios y podridos pasados por el fuego y el hollín. Antes de que Yashar pudiera responder, el Gorro Rojo cerró sus gordos dedos rematados en garras en un puño y le astilló el hueso del pómulo de un golpe.

Si no hubiera estado atado a una silla y sujeto por dos nauseabundos Gorros Rojos, la fuerza del golpe le hubiera tirado al suelo. Yashar escupió la sangre y los dientes rotos y levantó la vista, dispuesto a comportarse con valentía.

—No creo que me quede ninguna historia digna de ser contada —dijo. Sonrió e incluso intentó reírse un poco, pero una vez más el pesado puño impactó en su barbilla, haciéndole girar todo lo que permitían sus correas. Despacio, volvió la cabeza hacia atrás y, en su mejor imitación de Bruce Willis, dijo—: Puedo estar haciendo esto toda la noche.

—Sabemos que puedes —dijo una voz desde el rincón—, así que corta ese rollo barato, borracho, y dinos lo que queremos saber.

—¿Y qué es lo que quieres saber? —preguntó Yashar.

—Todo —dijo la voz.

—¿Todo?

—Hasta el último detalle irrelevante. De dónde vienen, dónde podrían ir y todos a los que podrían acudir cuando esto se ponga tan mal como se va a poner.

—No cuentes con ello —Yashar miró de reojo las trazas de tiza en el suelo. Era perfecto, un pentagrama dibujado meticulosamente, del tamaño justo para mantenerlo dentro, con correas o sin ellas. Incluso lo habían cubierto con un spray de laca mate para que el roce accidental de una bota no lo borrara. No podía ir a ninguna parte y seguiría recibiendo golpes hasta que

los Gorros Rojos tuviesen sus nudillos tan desollados que no pudieran seguir golpeándole. Esa era la forma en que los superaría, tendría que esperar a que se agotasen. No había persona en el mundo capaz de matarle, al menos ninguno que quisiera y no se le ocurría nada que esos pequeños y estúpidos duendes pudieran hacerle más allá de la sombra pasajera del dolor.

—Dietrich, trae la sal —dijo la voz.

Excepto esto.

El Gorro Rojo sonrió, su deforme mandíbula se movía de forma enfermiza dejando pasar su apestoso aliento. Los Gorros Rojos eran criaturas repugnantes, pero éste era particularmente espantoso, sus grandes y no del todo asentados ojos le contemplaban con una inquietante mirada perezosamente lasciva por encima de una nariz rota por tres sitios. El Gorro Rojo se acercó a una mesita de madera y tomó un oxidado cazo de hojalata. Luego, apartando un mantel hecho con piel de algún animal, sacó de debajo de la mesa un cubo de madera lleno de sal marina sin refinar. Dietrich metió el tazón en el cubo y se detuvo, dando a Yashar una última oportunidad de responder.

—¿Y bien? —el Gorro Rojo meneaba la cabeza, sabiendo ya la respuesta—. No.

No tenía por qué haber vaciado todo el cazo de golpe, pero el pequeño hijo de puta lo hizo de todos modos. Para Dietrich el rencor no era sólo un sentimiento, era una carga que portaba a sus espaldas con orgullo, arrastrándola como si fuera un trofeo. Ahora, por fin, tenía su oportunidad de soltarla.

La sal marina chisporroteaba, haciendo estallar la piel de Yashar, su desnudo pecho burbujeaba como beicon en la sartén. Las ampollas se hinchaban y reventaban dejando caer el grasiento pus en su regazo. El alarido de Yashar hizo temblar las paredes, los tonos más graves del grito hicieron temblar la tierra a dos kilómetros de distancia, los agudos podían perforar los tímpanos.

Knocks, sentado en el rincón, saboreaba sonriendo la agonía del hombre que gritaba. Se levantó y salió de las sombras para deleitarse con la labor de su siervo.

—¡Espera, espera! —imploró Yashar, pero Knocks ya se había puesto a

tope de la angustia, disfrutando como un drogadicto del subidón, ahogando con sus gritos las súplicas del genio.

—¡Dale otra vez! —gritaba extasiado—. ¡Dale otra vez!

Dietrich volvió a sumergir el cazo en el cubo. La sal resbalaba por el cuerpo de Yashar, arrastrando fragmentos de piel y de carne con ella. El suelo se convirtió en un charco de sal gruesa y pegajosos montoncitos de carne. Los gritos de Yashar se hicieron insoportables para todos excepto para Knocks, los Gorros Rojos retrocedieron ante el brutal poder de la agonía de Yashar. Cuando aullaba, su grito podría arrasar un bosquecillo haciendo que las rocas se levantasen de sus sitios. Era un auténtico milagro que los muros del almacén abandonado aguantasen todavía, los Gorros Rojos miraban cautelosamente a su alrededor para asegurarse de que seguían en pie.

Yashar se retorció. Nunca había sentido un dolor tan insoportable, nunca había visto cómo se disolvía su pecho con tanta facilidad, nunca había contemplado cómo se desprendía la carne de sus costillas, dejando al descubierto la caja torácica. Veía cómo los tejidos blandos de su cuerpo se licuaban y se derramaban sobre su estómago, por las piernas, hasta el suelo. Sabía que esto no lo mataría. Pero, por primera vez en su larga vida, empezaba a pensar que tal vez, sólo tal vez, había cosas peores que la muerte. Apretó los dientes y levantó la mirada, tenía un ojo cerrado, su cara estaba hirviendo. Su frente, convertida en líquido pegajoso, caía sobre las cejas. Yashar miró a Dietrich a los ojos.

—Cuando salga de esto —juró—, y voy a salir de esto, te voy a arrancar los brazos y te los haré comer de uno en uno.

Dietrich miró a Knocks. Knocks asintió y Dietrich sonrió dejando al descubierto tantos dientes que ni él mismo sabía que tenía.

—Dale otra vez —graznó Knocks. El cazo volvió a sumergirse en el cubo—. Luego vuelve a meterlo en la botella y entiérralo en el fondo de una mina de sal. No me gustaría que alguno de sus amiguitos tuviera una idea brillante.

—¡Espera! —gritó Yashar. Exhausto, abrasado hasta quedar irreconocible, meneaba la cabeza—. Me rindo.

—¿Eso es todo lo que puedes aguantar? —Dietrich escupió.

Jadeando, Yashar asintió con la cabeza que apenas se mantenía sobre el cuello.

—Eso es todo. No puedo más.

Knocks sonreía feliz.

—¿Por qué no nos cuentas un cuento?

—Sí, te voy a contar tu cuento de mierda —Yashar volvió a escupir en el suelo, perdiendo dos dientes más—. De todas formas no creo que pase a la historia como buen chico. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué no empezar por decirnos dónde podemos encontrar a Ewan?

Yashar suspiró profundamente.

Capítulo 43

Colby y el Consejo de las Cinco Piedras

—El más noble de los consejos —comenzó Colby, su tono era humilde, su corazón apesadumbrado, la cabeza gacha, las manos cruzadas delante de él—. Vengo a ustedes en nombre de mi mejor amigo.

Estaba ante el Consejo de las Cinco Piedras, el aire de la noche proporcionaba un frescor vigorizante, el canto de los grillos llenaba el bosque. Meinrad se alzaba amenazador junto a su piedra, su fría expresión no ofrecía ningún consuelo. Coyote se recostaba indolentemente con un pie apoyado contra la piedra, estaba sonriendo, orgulloso, plenamente consciente de que todo aquel desastre había sido obra suya. El Rey Ruadhri permanecía envarado y rígido ante su piedra, mirando ceñudo a Colby, se notaba que estaba disgustado. Rhiamon la Gwyllion, sin embargo, sonreía con ironía, divertida con los estragos causados por sus esclavos Gorros Rojos.

Por último, en la quinta piedra, estaba el miembro más reciente del Consejo, Ilsa la Salgfraulein. Al quedarse sin su líder tras la muerte de Schafer, los Gorros Rojos no tenían ningún representante digno de ocupar su lugar en el Consejo. Por eso, un sector durante mucho tiempo ignorado de las hadas luminosas había propuesto a Ilsa para ocupar ese puesto. La más encantadora y afable de su especie, superando incluso al noble Rey Ruadhri, Ilsa era una mujer de pocas preocupaciones y menos enemigos. Había algo muy auténtico en ella, como si fuera incapaz de decir una mentira, era literalmente encantadora. Era la mayor de cinco hermanas y hablaba no sólo en nombre de las de su especie, sino también en el de las woodwives y de los duendes. Las hadas luminosas no eran muchas en el Reino de Piedra Caliza, así que las pocas que allí habitaban habían depositado su confianza y su voz en Ilsa. Y su sola presencia le proporcionaba a Colby un poco de consuelo.

—Sabemos de quien estás hablando, muchacho —dijo el Rey Ruadhri—. No hace tanto que este Consejo fue convocado para decidir su destino, un

destino que tú hiciste que eludiera.

—Sí, señor —dijo Colby—. Hablo de Ewan.

Ruadhri asintió.

—¿Y vuelves para suplicar por su vida una vez más?

—Sí, señor.

—Es curioso —dijo Ruadhri—, que nunca es el chico el que suplica por él mismo, sino su amigo que presume de conocer su voluntad.

—Hablo en su nombre, señor.

Meinrad desechó esas palabras con un movimiento.

—Y, sin embargo, este consejo no te reconoce esa capacidad.

Colby apretó los dientes, tratando de ocultar su frustración.

—¿Señor?

—¿Ewan tiene un gorro, no? —preguntó Ruadhri.

Colby asintió.

—Sí, señor.

—¿Y se lo ha puesto?

—Lo ha hecho.

—¿Y tú has visto con tus propios ojos que la transformación ha comenzado?

Colby tragó saliva.

—Lo he visto.

Ruadhri extendió las manos con las palmas hacia arriba, como si estuviera sosteniendo el peso de sus argumentos.

—Entonces, ¿qué te hace pensar que, precisamente ante este tribunal, un humano tiene derecho a interceder por un ser mágico?

—Porque no es un ser mágico —respondió Colby.

Meinrad meneó la cabeza.

—Acabas de decirnos que la transformación ha comenzado y este no es el primer testimonio que hemos escuchado.

—No —confirmó Rhiamon—, no lo es. Yo misma lo he oído.

—Es un ser mágico, Colby. No procede que intercedas por él aquí.

—Él no es de tu mundo —dijo Meinrad—. Nunca estuvo predestinado a vivir en tu mundo. Es del nuestro, un mundo del que tú no formas parte y, sin embargo, intentas inmiscuirte en asuntos que no son de tu incumbencia.

—Son totalmente de mi incumbencia —respondió Colby.

—Sólo porque tú haces que así sea —discrepó Meinrad—. Ni es tu Consejo, ni es tu Reino. Nos insultas con tu presencia y tenemos que pedirte que te vayas.

Colby apretó los puños, el insulto y la expulsión hicieron que su sangre comenzara a hervir lentamente. Podría fulminar a varios de los congregados, por muy poderosos que fueran, antes de que cualquiera de ellos fuese capaz de responder a su ataque. Pero el poder era una cosa y los números otra. Lo último que quería era iniciar una guerra abierta con el Reino de Piedra Caliza.

—Parece que el chico se enfada —dijo Rhiamon, disfrutando del irritado silencio de Colby.

—Eso parece —confirmó el Coyote—. Pero yo no me burlaría. Hay muchos seres mágicos que estarían encantados de ocupar un puesto vacante en este Consejo.

Ruadhri contestó al Coyote con una mueca.

—Deja que el chico lance sus propias amenazas, así podríamos responderle con la misma moneda.

—Oh, es demasiado inteligente para eso, Ruadhri —dijo el Coyote, guiñándole un ojo a Colby—. Sabe que no necesitamos que nos haga una demostración de lo que puede hacer.

—Entonces, tal vez te gustaría asumir su caso ahora —propuso Ruadhri—, ya que está a punto de ser despedido.

El Coyote sonrió como un gato satisfecho que sostiene firmemente un ratón entre sus garras.

—Creo que ya viene *ella* para eso —dijo señalando el bosque.

Siguiendo las miradas de los consejeros, Colby se volvió para descubrir un hada diminuta que se abría paso campo a través. La reconoció en cuanto entró en el círculo iluminado. *Mallaidh*.

—Hablaré en nombre de Ewan —dijo.

—¿Y por qué vas a hacerlo? —preguntó Rhiamon.

—Porque le quiero.

—Eso no es una razón para hablar en nombre de nadie —replicó Rhiamon—. Porque supongo que tu perspectiva está distorsionada.

Mallaidh meneó la cabeza, mientras una lágrima recorría su mejilla.

—Le quiero.

Ilsa miró con tristeza a Mallaidh.

—Querida, me temo que puede que no estés del todo segura de lo que estás hablando.

—Lo estoy —dijo Mallaidh—. Es cuando el corazón duele tanto que prefieres arrancártelo del pecho antes que perder al que lo hace latir.

—¿Qué quieres de nosotros, hija? —preguntó Meinrad, con un tono de voz más suave que el que había empleado con Colby.

—Un salvoconducto —dijo—. Para salir del Reino de Piedra Caliza.

—Puedes irte cuando quieras —dijo Ruadhri—. Nadie te retiene aquí.

—Salvoconducto para mí y para Ewan. Y usted ya lo sabía.

—Eso es mucho más complicado —dijo Rhiamon.

—No lo es, en realidad —dijo Colby, furioso—. Es bastante *sencillo*.

Ruadhri frunció el ceño, la tensión de su rostro delataba que apenas podía controlar su ira.

—No tienes voz aquí. No es asunto tuyo.

—Lo es y voy a decir por qué —dijo Colby acaloradamente—. Fueron tus seres mágicos los que se lo llevaron de mi mundo, tus seres mágicos los que le robaron su humanidad, tú mismo le pusiste sobre la piedra de los sacrificios y ahora tus seres mágicos pretenden masacrarle por delitos que no ha cometido. Vinisteis a nuestro mundo, robasteis a un niño nuestro y ahora pretendéis que sea aquí donde se decida su destino. Así que puedes besar mi culo y saborear mi puño cuando lo meta en tu garganta de mamón, hijo de la gran puta.

Los árboles crujieron, mecidos por el viento que se había levantado, la misma tierra se tensó bajo sus pies. La materia de los sueños era tan abundante aquí como el agua en el océano y Colby podía sentirla pulsante sobre su cabeza con la ida y la venida de sus emociones. Los ojos de los consejeros delataban su alarma, hasta Ilsa estaba empezando a mirarle con desagrado y miedo. Estaban asustados y con razón, Colby trataba de contenerse, a punto de dar rienda suelta a su furia. Sólo el Coyote parecía relajado, casi divertido con la explosión. Nadie sabría decir si realmente se divertía o fingía hacerlo o simplemente estaba distante y totalmente despreocupado.

—Creo que todo el mundo debería calmarse —dijo el Coyote—. No hay necesidad de desgarrar el tejido mismo del universo para demostrar que uno tiene razón. Comprendemos que tú, Colby, estés molesto.

—No seas condescendiente conmigo —dijo Colby.

—No lo soy. Sólo quiero asegurarme de que no envíes a algunos amigos junto con Schafer.

Colby asintió.

—¿Un salvoconducto para Ewan y para ti? —preguntó Meinrad a Mallaidh—. ¿Eso es todo lo que quieres?

La joven asintió con la cabeza.

—No sabe lo que está pidiendo —dijo Ruadhri—. Estará muerto en una semana.

—Sabe exactamente lo que está pidiendo —dijo Rhiamon—. Lo único de lo que no está segura es por qué lo está pidiendo.

—Mató a uno de los nuestros —dijo Ilsa—. ¿Quieren que se vaya sin castigo?

—Fue en defensa propia —alegó Mallaidh.

—¿Y cómo puedes estar tan segura? —preguntó Ruadhri.

—Yo estaba allí. Me utilizaron para atraerlo y matarlo.

Todos los ojos se posaron en Rhiamon, quien meneó la cabeza.

—No sé nada de esto —dijo la Gwyllion—. Vinieron a mí con la historia de un ataque brutal contra ellos. Aún no estoy segura de que la chica esté diciendo la verdad.

—Está diciendo la verdad —dijo Meinrad—. Pero alguien tiene que pagar por lo sucedido.

Ilsa señaló con la cabeza a Mallaidh.

—¿Estarías dispuesta a sufrir el castigo por él? —preguntó a la muchacha.

Mallaidh miraba a su alrededor, retorciendo nerviosa sus delicadas manos.

—¿Qué tipo de castigo?

Rhiamon sonrió.

—El único castigo que existe por matar a otro habitante del reino. La muerte.

Mallaidh parecía estar en estado de shock.

—Alguien tiene que pagar —dijo el Coyote.

Colby lo miró horrorizado.

—¿Le quieres tanto como para morir en su lugar? —continuó el Coyote.

Mallaidh parecía encontrarse al borde del colapso, con los ojos bañados en lágrimas asintió lentamente con la cabeza. Luego miró al suelo, dejando que las lágrimas cayesen en el suelo.

—Sí —contestó en un susurro—. Estoy dispuesta.

El Coyote miró a Meinrad.

Meinrad asintió.

—Voto por que les concedamos el salvoconducto. A los dos. ¿Qué dice el resto del consejo?

—Salvoconducto —le secundó Ilsa. Mallaidh levantó la vista, sus ojos recuperaron la vida.

Rhiamon meneó la cabeza.

—No, yo voto por el salvoconducto sólo para él. Uno de los dos debe morir.

Ruadhri asintió, extendiendo una mano hacia Rhiamon.

—Estoy de acuerdo con la Gwyllion. El salvoconducto debe ganarse con el sacrificio.

Una vez más, todos las miradas se dirigieron hacia el Coyote. Este asintió con la cabeza, sonriendo.

—Salvoconducto. *Para los dos.*

Mallaidh, feliz, empezó a saltar y aplaudir. Las lágrimas siguieron fluyendo abundantemente, sólo que ahora eran de alegría.

—¡Gracias! ¡Gracias, a todos ustedes!

—Yo me iría ya —dijo el Coyote—, antes de que cambiemos de opinión.

De repente se escuchó un crujido en un matorral cercano y de la oscuridad salió tambaleándose una figura. Venía respirando con dificultad, un gemido de dolor acompañaba cada paso inseguro. La noche envolvía a la figura con su sombra y sólo en el último momento la luz de las antorchas reveló de quién se trataba. Una náyade cubierta de sangre que brotaba de una herida en su estómago dio los últimos pasos antes de caer exhausta a los pies de los consejeros.

La náyade levantó la vista hacia Meinrad y extendió una mano.

—Por favor —susurró—. El niño. El Niño Tributo.

—Por favor, ¿qué? —preguntó Ruadhri, impresionado por la aparición de la criatura moribunda.

—Matadlo —dijo la náyade—. Por haber matado a mis hermanas.

—¿Qué? —exclamó Colby—. ¿De qué habla?

—Parece que tu amigo ha vuelto a matar —contestó el Coyote.

—Eso es imposible, acabo de dejarle —dijo Mallaidh, negando con la cabeza.

—Tal vez la náyade haya corrido mucho más rápido que tú —dijo Rhiamon.

La náyade asintió.

—Era él —dijo entre toses—. Se parecía a nuestro hijo, sólo que en feo. Lo reconocería en cualquier parte. Estaba empapando su gorro en mi sangre cuando me escapé.

Meinrad miró con tristeza a la náyade.

—Parece que la transformación se ha completado y ahora empapa su gorro en nuestra sangre —miró a Mallaidh—. El salvoconducto queda revocado. El chico tiene que morir.

—¡NO! —gritó Mallaidh—. ¡No! ¡No! ¡No! —miró a su alrededor con expresión salvaje, asustada y furiosa al mismo tiempo. Entonces, sin previo aviso, echó a correr tan rápido como podía.

Ruadhri fue el primero en apartarse de su piedra.

—Debemos reunir nuestras fuerzas. Meinrad, concédeme el derecho de formar un ejército.

Meinrad asintió.

—Por supuesto. Pero no convoques a más de cincuenta. Que se concentren aquí y te los llevas.

Ruadhri se despidió con una inclinación. Rhiamon sonrió maliciosamente antes de perderse en la noche. Ilsa se arrodilló al lado de la náyade moribunda, consolándola mientras su alma la abandonaba, sus últimos suspiros entremezclados con quejidos sonaban como los chirridos de las puertas en una casa decrepita. Meinrad se hundió en la tierra, disolviéndose por completo en ella, su presencia se desvaneció.

Con una sonrisa de satisfacción en los labios, el Coyote se dio la vuelta y se dirigió hacia el bosque. Colby corrió tras él, dispuesto a despedazarle

miembro a miembro.

—Sé lo que hiciste —dijo Colby.

El Coyote se detuvo, pero no se volvió.

—¿De veras? —preguntó— ¿De veras lo sabes?

—Sí.

—Pero, ¿sabes por qué? —preguntó el Coyote.

—Porque esa es tu naturaleza.

El Coyote sonrió, la cobriza piel de su cara se cubrió de arrugas.

—Veo que cambiaste tu juventud por la sabiduría.

—Es fácil detectar el mal.

La sonrisa del Coyote degeneró en una expresión de decepción, las arrugas que se formaban ahora en las comisuras de los labios reflejaban tristeza. El Coyote se volvió.

—Pero no eres lo suficientemente sabio todavía como para comprender del todo el mundo que te rodea.

—Suficientemente sabio para saber por qué estamos aquí los dos.

—¿Y por qué estás aquí, Colby?

—Para matar.

—Ah, ¿así que hemos llegado a eso? —preguntó el Coyote, con un destello en los ojos.

—Sí, así es.

Coyote meneó la cabeza.

—Tal vez me precipité a la hora de juzgar tu sabiduría, confundiéndola con tu hiperinflado orgullo.

—Dame una buena razón por la que no debería matarte.

—¿Además de que me estás pidiendo una razón?

—Sí.

—Porque, como sabrás, la gente sólo pide una razón cuando no tiene la intención de matar.

Colby entrecerró los ojos.

—No tienes ninguna.

—Por supuesto que no. Soy el Coyote. Has leído las historias, conoces mis cuentos. Ya he muerto mil veces en el pasado y tengo que morir otras mil más antes de que llegue el fin de los tiempos. Sería una muerte de la cual no

merecerá la pena ni hablar. Lo que hice no se puede deshacer matándome, ni mi muerte acabará con mi travesura. Sólo reiniciarás el ciclo de nuevo. Tal vez la próxima vez seré un Coyote más amable y gentil, que gastará bromas a los niños y se entretendrá buscando un delicioso estofado. O tal vez me volveré vengativo y entrometido, ansioso por enfrentar a los países entre sí, deleitándome con los baños de sangre. Uno nunca sabe. Ni siquiera sé quién voy a ser la próxima vez. Sólo sé lo que soy ahora y lo que pretendo hacer. Y una vez que lo entiendas, entonces, y sólo entonces, sabrás si es mejor dejarme vivir o no.

—O, tal vez —dijo Colby—, no eres más que otro espíritu astuto, que se dedica a adornar su leyenda, alimentando a los cuentacuentos con historias de sus muchas vidas pasadas y esperando convencer a chicos como yo de que el diablo que conocemos es mejor que el diablo al que no conocemos, cuando en realidad no tienes más que una vida para dar y tu única defensa es convencernos de que no la tomemos.

El Coyote sonrió, radiante de orgullo.

—Pero sería un truco estupendo, ¿no? Eso sí que sería un truco.

—Eres patético.

—¿De verdad tienes una opinión tan pobre de mí? —preguntó el Coyote—. ¿De verdad crees que hice todo esto porque me importa algo tu amiguita? ¿Que me importa un chico que engañó a la muerte sólo para quedarse con los pies colgando sobre el precipicio desde entonces, esperando cumplir con su destino? ¿Una muerte solitaria y anónima en la calle? ¿Es eso lo que piensa el gran Colby Stevens del Coyote? ¿Qué me entretengo metiendo a los abejorros en frascos de cristal para ver cómo se pelean?

—Bueno... Yo... —tartamudeó Colby.

—Es lo que piensas de mí, ¿verdad?

—Sí.

—Tienes mucho que aprender sobre la naturaleza del hombre.

—No eres un hombre.

—No —dijo el Coyote, negando con la cabeza—. Soy su reflejo deformado. He derramado miles de millones de litros de sangre y crees que me deleito en derramar unos cuantos vasos más. Has visto mi mano en los asuntos de algunos mortales y piensas que les he dado cuerda para poder ver

cómo se atizan unos a otros en la noche. Nunca te has preguntado para qué iba yo a hacer tal cosa, para qué puede servirme esa sangre derramada. El problema de los seres humanos es que, al examinar las acciones de los demás, siempre aplican su propia ética y sus puntos de vista, con la esperanza de poder entenderlo en el contexto de lo que *ellos* hubieran hecho y por qué *harían* tal cosa. Cuando no encuentran respuestas a sus preguntas, asumen siempre que es por malicia. Malicia, como ves, es lo único que la gente entiende sin necesidad de explicación. Nacéis con ella y por eso la esperáis.

—¿Conoces la diferencia entre un buen hombre y un gran hombre? Un buen hombre mira a su alrededor, a sus hermanos, ve su ignorancia, se horroriza por ello y decide educarlos. Un gran hombre, en cambio, se siente exultante al darse cuenta de que sus hermanos nunca sabrán nada, lo usa para su provecho, para formar un ejército de ignorantes y luchar por que el mundo sea un lugar mejor. La ignorancia es la única fuerza verdaderamente imparable en este mundo. Y la única diferencia entre un déspota y uno de los padres fundadores es que el padre fundador te convence de que todo lo que él hace fue idea tuya y que está actuando siguiendo todo el tiempo tu mandato. Sí, las personas son ovejas. Estupendo. Lo que tienes que hacer es dejar de tratar de educar a las ovejas y limitarte a dirigir el rebaño. Nadie quiere admitir que no es lo suficientemente inteligente como para entender lo que está pasando, así que elaboran esas complicadas ficciones destinadas a convencerles de lo contrario. Los seres mágicos no son más que un producto de los hombres y poseen tanto su arrogancia como su ignorancia. Miras lo que he hecho y crees que lo hago por atormentar a tu amigo. ¿Si te dijera ahora que la sangre que está a punto de ser derramada podría cambiar el mundo tal como lo conocemos, te dignarías a pararla? ¿Me creerías?

—No, no lo haría —contestó Colby.

—Bien —dijo el Coyote—. Si me creyeras no podrías hacer lo que necesito que hagas.

—¿Y se supone que todo esto me impedirá matarte?

—¿A quién le importará si me matas, Colby? —dijo el Coyote elevando cansinamente los ojos—. La maquinaria ya está en marcha. Mallaidh corre con todas sus fuerzas para salvar al hombre que ama, mientras tú estás aquí amenazando a un anciano. Ya no podemos detener los acontecimientos que

se están desarrollando ahora mismo, pero llegará el momento en que te verás obligado a tomar una decisión sobre qué tipo de hombre quieres ser realmente y es ahí donde radica mi apuesta.

—Cuando el destino por fin venga a por ti, ¿quién serás, Colby Stevens?
¿Quién elegirás ser?

El Coyote se dio la vuelta y se adentró en los espesos matorrales, desapareciendo entre la maraña de ramas, Colby lo contempló inmóvil, en atónito silencio.

—Lo nuestro no ha terminado —gritó Colby al oscuro bosque ante él.

—Yo tampoco lo creo —se escuchó la voz lejana del Coyote.

Desconcertado, Colby escudriñó la noche, consciente de que, probablemente, acababa de ser engañado. Pero había cosas peores que dejarse engañar por el mismísimo Timador. De repente se acordó de unos asuntos mucho más graves. *¡Ewan!*

Capítulo 44

Espacio y tiempo

Ewan estaba sentado desnudo en un rincón de su apartamento abrazando con las manos las rodillas, estaba cubierto de pies a cabeza por una mezcla de sangre, lodo y agua del lago. Tenía un subidón, estaba hasta arriba de sangre fresca que empapaba su gorro y goteaba sobre la alfombra. Un cosquilleo recorría cada centímetro de su cuerpo, su mente funcionaba a paso de tortuga, apenas conservaba algo de lucidez y de conciencia del mundo que le rodeaba. Era como flotar arrastrado por una corriente eléctrica, cada latido del corazón cosquilleaba en sus entrañas como las réplicas de espasmos amorosos.

Emergía y volvía a sumergirse en la semiinconsciencia, reviviendo el momento en que su lanza abría en canal el pecho desnudo de aquella escamosa criatura verde y su expresión de sorpresa, con la boca abierta, mirándole horrorizada mientras sus entrañas reventaban, dispersándose en el agua. Recordaba cada gota con total nitidez.

Le había gustado. Le había gustado mucho.

El golpe en la puerta lo sacó a medias de su aturdimiento. Era algo familiar. Miró a su alrededor, vio los restos de papel en el suelo, los lápices esparcidos, preguntándose durante unos instantes si lo sucedido en las últimas horas había sido real. *¿Tal vez era algo que simplemente garabateé?*, se preguntó. Se sentía como si estuviera entrando y saliendo de un sueño, retazos del tiempo plegando sobre sí mismos y, mientras empezaba a despertarse, las piezas comenzaron a tomar forma otra vez.

Otro golpe.

Ewan se puso en pie. Vio el charco en la alfombra, sintió cómo el lodo resbalaba por sus miembros y supo que no había sido un sueño. Necesitaría más tiempo de lo que se había imaginado para sacudirse de encima esa difusa sensación. Tambaleándose se dirigió a la puerta, apenas capaz de pensar coherentemente.

Al otro lado de la puerta estaba Knocks tomando una gran bocanada de aire. *No debería estar haciendo esto.* Sólo eran nervios, pero sentía que algo iba muy mal. Durante todos los años que había soñado con arrancarle la vida a Ewan, nunca pensó que sería de madrugada y en una emboscada y, sin embargo, allí estaba, con un trozo de hierro afilado en el bolsillo, disfrazado de alter ego de Mallaidh, Nora. Con el genio en la botella y Colby entretenido con el Consejo, esta podría ser su única oportunidad y valía la pena aprovechar cualquier ocasión para matar a Ewan.

Golpeó la puerta con fuerza una vez más.

No hubo respuesta.

Tiene que estar aquí, pensó para sus adentros. *A menos que el genio mintiera.*

Volvió a llamar.

Tampoco hubo respuesta esta vez. *Maldita sea, unos segundos más y tendría que volver a la bodega para torturar al genio durante otra hora.*

—¿Quién es? —farfulló una voz apagada desde el otro lado.

—Soy yo —dijo Knocks. Se escuchó el ruido de los cerrojos y la puerta se abrió, el olor a agua estancada y a cuerpo de Ewan casi derriban a Knocks. Allí estaba, cubierto de pies a cabeza por una húmeda capa de color marrón rojizo de *dios sabe qué*, desnudo como el día en que vino al mundo salvo por el gorro rojo chorreante sobre su cabeza. Había estado cazando y ahora apenas le quedaban un par de noches para completar la transformación.

La sola idea de Ewan convertido en un Gorro Rojo enfureció a Knocks. Por muchas noches de correrías acompañando a los Gorros Rojos, con un gorro empapado en sangre en la cabeza, nunca llegaría a ser uno de ellos, siempre sería un extraño. Un quiero y no puedo. Todo lo que tuvo que hacer Ewan fue ponerse el gorro una vez. Probablemente ni siquiera quería ser uno de ellos. *Mierda,* pensó Knocks. *Putá mierda.* Hubiera querido apuñalarlo allí mismo.

—¿Qué te dije? —le preguntó Ewan con brusquedad—. No quiero verla. Ella no existe.

Knocks abandonó sus pensamientos y regresó a la tierra. ¿En qué había estado pensando? Claro que Ewan no quería ver a Nora, sabía que no era real. Una imagen de Mallaidh se formó rápidamente en su cabeza, recuperando

todos los detalles específicos, desde la curva de sus caderas hasta el corte de la barbilla.

—Lo siento —dijo, cambiando de forma ante los ojos de Ewan. Cruzó los dedos detrás de la espalda, confiando en que Ewan no se diera cuenta de las sutiles diferencias.

Con un movimiento de cabeza Ewan le invitó a entrar.

La habitación estaba hecha un desastre. Knocks no esperaba nada concreto, pero siempre había imaginado que Ewan viviría en un apartamento bien amueblado al estilo de una estrella de rock. No es que lo imaginase rico, pero algo mejor que *esto*. La alfombra, cubierta por una fina capa de ceniza de cigarrillo como la nieve fresca de finales de octubre, apestaba a lo que fuera que gotease de Ewan. No había nada que envidiarle, no era más que un minúsculo agujero de mierda ubicado en el sobaco de una mierda mucho mayor.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Knocks.

—Nada que quieras saber —contestó Ewan, apartando nerviosamente la mirada, como si tuviera un gran secreto que ocultar. Parecía enfermo, como si hubiera estado drogado durante días en algún tugurio ilegal.

—¿Estás bien?

—Lo estoy ahora. ¿Qué te dijeron?

Mierda. ¿Quién? ¿Con quién estuvo hablando Mallaidh?

—No me han dicho nada —contestó Knocks, tratando de ganar un poco de tiempo, esperando cazar alguna pista a partir de la que construir una historia creíble.

—¿Qué quieres decir con que no te dijeron nada? —Ewan miró a Knocks de arriba abajo.

Knocks buscó pistas a su alrededor, descubriendo una lanza de madera maciza, con la hoja goteando sangre fresca que se acumulaba en un charquito en el suelo. Miró a Ewan, quien estaba atando cabos ahora.

Ewan saltó hacia la lanza. Pero Knocks se interpuso en su camino, sacando una cuchilla del bolsillo y hundiéndola por completo en el costado expuesto de Ewan. La hoja penetró entre dos costillas.

El aullido de Ewan fue tan poderoso que hizo resonar los huesos de Knocks.

El impostor sonrió, *por fin*.

—Has dudado —dijo con regocijo.

—No volverá a ocurrir —escupió Ewan. Se revolvió y asestó un golpe que derribó a Knocks, lanzándolo a través del cuarto. Ahora era tan fuerte como un Gorro Rojo, más fuerte, tal vez. El golpe de Ewan había hecho que Knocks se estrellara contra la pared del lado opuesto de la habitación.

Ewan sacó el puñal de su costado y lo arrojó lejos. La herida chorreaba sangre. Apretando los dientes del dolor, Ewan cogió la lanza y se abalanzó gritando sobre Knocks.

Knocks estaba meneando la cabeza, tratando de despejarse, pero tuvo que tirarse hacia un lado antes de haberlo conseguido. La lanza pasó a escasos centímetros de su cuello. Se había quedado sin su arma y sin el elemento sorpresa y ya no tenía más ases en la manga.

Tengo que salir de aquí.

Intentó alcanzar la puerta, pero Ewan le puso una zancadilla y le hizo caer al suelo, lo que le destrozó un lado de la cara y le causó un gran bulto en la frente.

Ewan estaba listo para volver a atacar.

Knocks llegó al picaporte y lo giró, abriendo la puerta.

Ewan volvió a golpear con su lanza.

Knocks estaba saliendo por la puerta con el brazo izquierdo a la espalda para mantener el equilibrio. La hoja de la lanza silbó en el aire, alcanzando la palma expuesta de Knocks y rajándola de lado a lado. Con una mueca de dolor, Knocks perdió el equilibrio y se estrelló de cabeza contra la desvencijada barandilla que rodeaba la fétida piscina.

Veloz como un disparo, Knocks se puso en pie y saltó hacia la escalera. Corrió por la acera de cemento tan rápido como le permitían sus pies, maldiciéndose en silencio por haberla cagado, rezando porque algún milagro le proporcionara tiempo para escapar. *Fue todo un error*, se reprendía a sí mismo por haber sido tan engréido. *Nunca debí haberlo intentado solo.*

La mano abrasaba como si la hubiera metido en ascuas, el dolor de la herida era punzante, como si estuviera llena de cristales rotos. Cerró la mano, pero fue aún peor. Sus dedos latían, le dolían hasta los huesos. El dolor se propagaba, prendiendo fuego al brazo hasta el codo.

Llegó a las escaleras y las bajó corriendo, ansioso por llegar a la calle.

Mallaidh corría por el aparcamiento como alma que lleva el diablo. No estaba segura del tiempo que llevaba corriendo, ni de lo rápido que lo había hecho, lo único que sabía era que, por fin, había llegado. Menos de un centenar de pasos la separaban de Ewan y nada iba a detenerla ahora.

Dobló la esquina y se lanzó por las escaleras, primero un tramo, luego otro. *Queda otro piso más*, pensó. *El espacio y el tiempo*. Una vez más había cruzado el espacio y el tiempo. Y, de repente, literalmente se vio desde fuera, corriendo junto a su propia imagen.

Ambas se detuvieron, observándose boquiabiertas y con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa. Su primer impulso fue el de atacar a la impostora que le había robado su cara, pero cuando sus músculos se prepararon para golpear un golpe, otro pensamiento pasó por su mente. *Ewan*. Reanudó la carrera, tratando de moverse aún más rápido que antes, voló por las escaleras y enfiló el sucio pasillo.

En ese momento Ewan salía del apartamento, su desnudo cuerpo estaba cubierto de sangre, en la mano llevaba su lanza. El corazón de Mallaidh se desbordó de alegría cuando vio que seguía con vida. Corrió hacia él abriendo los brazos. Los ojos de Ewan se estrecharon; sus músculos se tensaron. Mallaidh sonreía feliz.

Ewan la golpeó con su lanza atravesando el estómago.

Los ojos de la muchacha se congelaron.

—Espacio... y tiempo... —susurró luchando por respirar.

—¿Qué? —preguntó Ewan, confundido.

Miró la herida de Mallaidh. La muchacha intentaba tajarla con las manos, en un intento desesperado de sujetar sus entrañas sangrantes.

Ewan levantó la vista y vio a Knocks, todavía disfrazado de Mallaidh, apostado entre las sombras. Sonriendo, Knocks salió lentamente a la luz y alzó el brazo izquierdo para mostrar su mano ensangrentada. Ewan se quedó sin aliento.

—¡No! —gritó.

Mallaidh cayó en los brazos de Ewan y los dos se deslizaron lentamente hasta el suelo. Ewan la estrechó contra su pecho colocando un brazo

alrededor del cuerpo de la muchacha y sosteniendo su cabeza con la palma de la mano.

—No, no. No, no, no.

Mallaidh lo miraba con una débil sonrisa, pero sus ojos estaban tristes.

—Lo hice todo bien —dijo—. Hice lo correcto.

Ewan negaba con la cabeza. Se había quedado sin palabras.

—Atravesé el tiempo y el espacio por ti —continuó la muchacha—. Esperé y te encontré.

—Sí, así es —dijo Ewan. Sus ojos se llenaron de lágrimas y poco a poco empezó a sollozar.

Mallaidh miró la lanza, que todavía se elevaba verticalmente desde su estómago. Una pequeña lágrima rodó por la comisura del ojo.

—Valió la pena —dijo—. Todo valió la pena.

La luz comenzó a apagarse en sus ojos.

—No. No puedes dejarme. No dejaré que lo hagas —suplicó Ewan.

—Ahora te toca a ti —dijo Mallaidh—. Cruzar el tiempo y el espacio. Para encontrarme.

—No, no te vayas.

—Encuétrame —dijo la muchacha en un susurro. Luego miró su pequeña mano perdida entre las de Ewan y rogó con voz casi inaudible:

—No dejes de hacerlo. No dejes de hacerlo nunca.

—No lo haré.

—Lo sé —dijo Mallaidh sonriendo por última vez—. Lo sé.

Entre los brazos de Ewan quedó su cuerpo sin vida.

Knocks esperó, no podría haber salido mejor si lo hubiera planeado. Contemplaba encantado cómo la pareja se derrumbaba ante sus ojos, uno en brazos del otro, la sangre saliendo a borbotones y formando un oscuro charco debajo de ellos. No le importaba lo que estuvieran susurrando, se les acababa el tiempo. Aunque esto no matara a Ewan, le rompería el corazón. No había mejor manera de hacerlo sufrir.

Fue el momento más feliz de la vida de Knocks. Por fin supo lo que era la verdadera felicidad.

Pero Knocks era consciente de que Ewan no estaría abrazando a su novia

por siempre, así que optó por una precipitada retirada. Bajó las escaleras, hacia el desierto aparcamiento iluminado, en el que sólo se escuchaba el zumbido de los insectos dando vueltas alrededor de las luces halógenas. No había necesidad de correr, hasta dentro de unos minutos Ewan no se acordaría de él.

Knocks decidió tomar el camino más largo, así disfrutaría más de la noche. El sabor de la angustia era embriagador, disfrutaba con él rememorando el momento una y otra vez. Las estrellas se habían ocultado, la noche era oscura, una cordillera de nubes llenaba el horizonte, amenazando con descargar sobre la ciudad una furiosa tormenta tejana.

En el almacén le esperaban dos Gorros Rojos, estaban nerviosos, se movían inquietos, retorciendo entre las manos sus gorros. Daba la impresión de que los dos le querían decir algo pero no encontraban las palabras. De repente vieron la sangre que salía a borbotones de la mano de Knocks, dejando un reguero a su paso.

—Knocks —dijo Axel—, tu mano.

Agarró el brazo de Knocks y examinó la herida, observando de cerca el corte simétrico. El Gorro Rojo se volvió hacia su compañero.

—Llama a la señora.

—No es nada —dijo Knocks, intentando que su rostro no le traicionase.

—No es ningún arañazo —dijo Axel. Mojó un dedo con saliva y lo llevó a la herida, frotando el tejido muscular expuesto. La saliva crepitó de forma poco natural. Knocks se llevó la mano a la espalda. Axel meneó la cabeza—. Esto está mal.

Rhiamon emergió de las sombras a sus espaldas. Ahora era de mediana edad, aunque todavía conservaba su belleza, pero una mirada a Knocks bastó para hacerla envejecer diez años. Tomó su mano y le dio la vuelta, dejando al descubierto la herida, luego escupió en el corte y murmuró un hechizo en algún arcano dialecto mucho más antiguo que la propia historia.

De la herida brotó la espuma roja de la sangre hirviendo. Con un grito, Knocks cayó suelo retorciéndose.

—¿Por qué diablos lo hiciste? —gritaba mientras arqueaba la espalda y golpeaba con el puño ensangrentado el cemento.

—Tenía que comprobarlo —dijo Rhiamon—. Y ahora lo sé.

—¿Sabes qué? —preguntó Knocks con voz quebrada por el dolor.

—El filo que hizo la herida está maldito y ninguna magia podría cerrarla. Morirás de una muerte lenta y dolorosa, pero no con la lentitud suficiente como para volver a ver la mañana.

Rhiamon hizo unos pasos con las manos haciendo desaparecer las burbujas y convirtiendo de nuevo el dolor en un sordo latido.

Knocks se puso en pie, sosteniendo la mano herida con la otra.

—¿Qué tengo que hacer?

—Esta herida nunca se cerrará —dijo Rhiamon—. Pero podemos reemplazarla por otra que sí lo hará.

Knocks asintió en silencio comprendiendo de inmediato lo que quería decir.

Se dirigió hacia un montón de escombros cercano del que sacó un palo. En otro montón encontró un trapo grasiento y lo envolvió alrededor del extremo astillado del palo. Sacó del bolsillo un viejo Zippo lleno de arañazos y prendió fuego al trapo.

—Sujétala —pidió a Rhiamon, entregándole la improvisada antorcha. Después se arrodilló en el suelo y cogió un palo pequeño que apretó con fuerza con la mano buena. Luego llamó con un silbido a los dos Gorros Rojos —. Dietrich, cógeme de la mano y no la sueltes. ¡Axel! —señaló con la mirada su muñeca—. Hazlo ahora. No dejes que cambie de opinión. Y, por el amor de Dios, procura no darle a Dietrich.

Dietrich tomó la mano herida de Knocks, se aferraban el uno al otro como si fuesen a echar un pulso. Sus miradas se encontraron, Knocks ordenó sin apartar la mirada:

—Hazlo ahora —gritó, antes de colocar el palo entre los dientes y morderlo con todas sus fuerzas.

Axel tomó su lanza y, describiendo un arco de ciento ochenta grados, golpeó para cortar la mano de Knocks a la altura de la muñeca. El palo sofocó algo el grito de Knocks. Dietrich se cayó hacia atrás, la mano ensangrentada se negaba a soltarlo. La sangre brotaba del muñón.

De un salto Knocks llegó hasta la antorcha y metió el brazo en la llama.

Dejó escapar otro grito angustiado, que el palo volvió a ahogar. El aire húmedo se llenó de olor a carne recién asada, los Gorros Rojos empezaron a

salivar con la primera bocanada. Las lágrimas bañaban el rostro de Knocks, el dolor era casi insoportable, pero su ira le ayudó a mantener el muñón en el fuego. Rugió, luchando contra el impulso instintivo de apartarlo. Tenía que cauterizarlo bien para detener la sangre.

Rhiamon sonrió, admirando el innecesario acto de valentía. Podría haber curado el muñón con unas palabras y un escupitajo, pero *esto* era mucho más entretenido. Los años que había envejecido a causa de la preocupación por la herida se desvanecieron y se estaba haciendo más joven con cada grito de Knocks.

Knocks sacó el brazo del fuego y cayó al suelo agotado, el muñón echaba humo, se parecía a la carne carbonizada de una barbacoa macabra.

—¿Una herida como esta? —preguntó, mirando a Rhiamon.

La bruja asintió con la cabeza.

—Algo así, sí.

Knocks se echó a reír, con una risa que podría parecer la de un maníaco, encontraba algo inexplicablemente divertido en todo aquello.

—¿Sabes qué? —dijo—. Valió la pena. No me importaría repetirlo cientos de veces por volver a presenciar lo que acabo de ver.

—¿Y qué es lo que has visto?

—A la lanza que me produjo esta herida atravesando a la chica que amaba.

Rhiamon rejuveneció otros diez años.

—¿Mató a la Leanan Sidhe?

—Eso hizo.

—¿Con sus propias manos?

—Con las dos manos.

—En ese caso no tenemos tiempo que perder.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Knocks—. ¿Tenemos un plan?

—El Consejo se ha pronunciado —dijo Rhiamon con la boquita de una joven de diecisiete años—. Podemos matarlo. Están reuniendo una partida de caza ahora mismo.

Knocks se puso en pie, olvidando el dolor.

—¡Es mío!

—Puedes contar con ello —dijo la bruja—, fuiste el primero en reclamar

su cabeza.

—¿Qué demonios ha hecho cambiar de opinión a todo el mundo?

El estado de ánimo en la habitación cambió, volviéndose ahora frío y sombrío. Dietrich consiguió por fin ponerse en pie y liberarse de la mano muerta que se aferraba a la suya. Ahora se estaba limpiando la sangre en el pantalón. Se quitó el gorro y lo sostuvo respetuosamente entre las manos. Axel siguió su ejemplo. Rhiamon hizo un gesto a los Gorros Rojos.

—Decírselo.

—¿Por qué estáis tan compungidos?

—No estamos seguros de que seamos los más adecuados para contarte...
—empezó uno de los Gorros Rojos.

—Suéltalo ya —dijo Knocks.

Los dos menearon la cabeza.

—No te va a gustar —advirtió el otro Gorro Rojo.

—¿Sabéis qué? —dijo Knocks con una sonrisa—. Después de la noche que acabo de pasar y de lo que acabo de ver, nada podría estropear mi humor. Adelante, contadme que el genio se ha escapado o que el joven mago está afuera, buscando pelea. Nada puede afectar a mi estado de ánimo.

Los dos Gorros Rojos se miraron entre sí. Sin ponerse de acuerdo lo echaron a suertes. El perdedor protestó mientras escarbaba la tierra con el pie.

—¡Queréis decirlo ya! —gritó Knocks, perdiendo la paciencia.

—Se trata de sus madres —comenzó el Gorro Rojo.

Capítulo 45

Todo el infierno

Colby se dirigía solemnemente hacia Ewan, no le salían las palabras. El mundo estaba a punto de derrumbarse sobre sus cabezas y tenía que elegir entre permanecer junto a su amigo asesino o entregarlo a los seres mágicos para que lo despedazasen ante sus propios ojos.

Pero al verlo ahora, lo único que sintió fue tristeza.

Ewan no se había movido desde que Mallaidh cayó en sus brazos. Abrazaba su cuerpo sin vida meciéndolo lentamente adelante y atrás, susurrando algo en voz baja, como tratando de despertarla suavemente de un sueño profundo. Pero ella no se despertaba. Finalmente Ewan levantó la cabeza y miró a Colby, sus ojos estaban rojos e hinchados.

—Yo no quería hacerlo —gimió Ewan—. Ellos me hicieron creer..., me hicieron...

—Lo sé —dijo Colby.

—Vienen a por mí, ¿no es así? —preguntó a su amigo—. ¿Por lo que he hecho?

—Sí —asintió Colby.

—¿Cuántos?

—La mayoría.

—¿Eso es mucho?

—Sí, lo es.

—¿Cuántos crees que podríamos matar antes de que acaben con nosotros?

La expresión de Colby se endureció mientras hacía el cálculo mental.

—¿Entre tú y yo? —preguntó—. Creo que podríamos cargarnos un par de docenas. Tal vez más.

—Espero que no seas optimista.

—No lo soy —dijo Colby.

—¿Tienes algún problema con eso?

—No quiero matar a nadie que no lo merezca.

—Todos se lo merecen —dijo Ewan.

—No creo que...

—Se la llevaron, Colby —Ewan le miró a los ojos—. Nunca tuve... Nunca pude demostrarle lo mucho que la quería. Esta es mi oportunidad. Voy a matarlos. Voy a matarlos a todos. Y te estoy preguntando si vas a estar a mi lado cuando lo haga.

Colby asintió:

—Intenté hablar con ellos.

—Lo hiciste —dijo Ewan.

—Y prácticamente me dijeron que me fuera a la mierda.

—Entonces, ¿qué significa eso?

—Significa que, probablemente, tendremos que matarlos.

Ewan se detuvo un momento para contemplar a Mallaidh y acariciar su mejilla con el dorso de la mano.

—¿Sabes lo que me está pasando, no?

—Sí.

—Me estoy convirtiendo en uno de ellos, ¿no?

—Siempre lo has sido —dijo Colby—. Simplemente no lo sabíamos.

—¿Y ahora?

—Te estás convirtiendo en un Gorro Rojo.

—No puedo... No puedo vivir como una de esas cosas. No puedo seguir matando así.

—Lo sé —dijo Colby.

—Te das cuenta de que esta sea probablemente la última oportunidad que tendremos de hablar así, antes...

—Sí —asintió Colby.

Ewan miró hacia arriba.

—Si tuvieras que hacerlo otra vez, quiero decir, si pudieras volver atrás, sabiendo lo que sabes ahora, ¿lo harías de todos modos?

—¿Salvarte? ¿De todos ellos?

—Sí.

—Sin dudar.

—¿Incluso si supieras cómo va a acabar esto?

—Sí —respondió Colby—. Incluso así.

Ewan sonrió.

—Yo solía deprimirme por tener solo un buen amigo. Siempre miraba a los chicos populares que tenían decenas de amigos y pensaba que algo me pasaba. Resulta que *algo* me pasaba, pero un único buen amigo era todo lo que realmente necesitaba —volvió a mirar Mallaidh—. ¿Qué hacemos? Con ella, quiero decir.

—La enviaremos de vuelta a donde pertenece.

—¿Y cómo podemos hacer eso?

—Así.

Lentamente Colby se arrodilló junto a los dos y puso su mano sobre el cuerpo de Mallaidh. Cerró los ojos y Mallaidh estalló en una hermosa nube de pétalos de orquídeas, olores dulces de verano y un rayo de sol que iluminó los pétalos mientras caían.

Los ojos de Ewan se abrieron de par en par. No esperaba que Mallaidh se fuera tan pronto.

—Junta los pétalos y entiérralos —dijo Colby.

—¿Crees que le importará que los lleve conmigo? —preguntó Ewan—. Sólo por esta noche.

—¿Importarla? Se había pasado toda su vida buscándote. Creo que querrá estar contigo todo el tiempo que pueda.

—¿Y ahora qué?

—Ahora —dijo Colby—, vamos a la ciudad a ver en qué lío nos podemos meter.

Faltaba una hora para el amanecer cuando llegaron al centro de la ciudad. Todo permanecía en silencio, bañado por la suave luz anaranjada de las farolas. La ciudad estaba profundamente dormida, los bares cerrados desde hacía horas. En el este, una cadena de nubes ocultaba las estrellas sobre el horizonte, avanzando lentamente por el cielo hacia el centro de la ciudad. No quedaba ni un alma, hasta los ángeles habían huido a sus refugios, ocupados en trasegar todo el vino que pudieran antes del amanecer. Los dos estaban solos, caminando sin temor hacia su destino, sin una palabra que decirse.

Al doblar una esquina se encontraron con una espesa niebla que les

llegaba hasta las rodillas. A medida que subía, la niebla iba adelgazando, hasta convertirse en una tenue neblina que desaparecía por completo a la altura de sus hombros. De entre la niebla surgió una figura oscura, con el rostro oculto por un sombrero de ala ancha. La aparición fumaba un fino cigarrillo, liado a mano. Bill la Sombra.

Ewan tomó aire y abrió los ojos de par en par, los recuerdos de la infancia casi le hacen mojarse los pantalones. Durante años había tenido pesadillas con aquel hombre. Ahora que sus recuerdos habían regresado, aunque con más agujeros que un queso suizo, reconoció a la sombra. Había pensado en un comienzo más dramático de la batalla, pero era eso lo que había. Cautelosamente bajó la lanza, listo para atacar.

—Bill —dijo Colby.

—Colby —respondió Bill.

—Me alegro de verte.

—Yo también.

—Extraña noche para dar un paseo —continuó Colby, mirando a su alrededor.

—Sí, creo que lo es. He oído que podría haber una pelea. No me he metido en ninguna desde hace tiempo. Pensé que podría quedarme y ver la tuya.

—Eres más que bienvenido —dijo Colby y señaló a Ewan—. Ya conoces a Ewan.

—Muchacho —dijo Bill, tocándose el ala del sombrero.

—Bill —contestó Ewan, inclinando la cabeza, sin saber a qué atenerse.

—¿Has visto a Yashar? —preguntó Colby en voz baja, inclinándose hacia Bill.

—No. Nadie lo ha visto —contestó este, meneando la cabeza.

En la niebla se escuchó un ladrido seco acompañado por el sordo ruido de unas garras sobre el cemento. De la niebla surgió un golden retriever, su pelaje estaba enmarañado y sucio y lo montaba un pequeño cluricaun. Era el viejo Scraps. El cluricaun lucía una sonrisa pícaro y llevaba en la mano una pequeña lanza de fabricación casera. En realidad no era más que un trozo de tubería de hierro fundido con un cuchillo de carnicero fijado en uno de los extremos. El viejo Scraps inclinó cortésmente la cabeza, como ofreciendo su

ayuda.

—Se me ocurrió traer a un amigo —explicó Bill.

—Nos vendrían bien unos cuantos amigos —dijo Ewan.

—Eso dicen. Por lo que he oído, Ruadhri ha reunido a todos los Sidhe de la meseta y la mayor parte de la Corte Oscura.

—Esos son muchos, ¿no? —preguntó Ewan.

—Oh, sí —respondió Colby—, son muchos. Sobre todo para nosotros cuatro.

—No estoy seguro de eso —dijo Bill—. Depende de lo *mal* que se pongan las cosas.

La frase sonaba familiar. *Bertrand*.

—¿Estoy en el lado correcto? —sonrió Colby irónicamente.

—Si no lo estuvieras —dijo Bill—, no estaríamos aquí.

—Bueno, en ese caso —respondió Colby sonriendo todavía—, vamos a buscar a algunos ángeles cabreados.

El Salón de los Arcángeles del Gordo Charlie se encontraba a sólo unas manzanas de distancia y estaba muy lleno para esas horas de la noche. Los cuatro aguardaron fuera, ninguno era bienvenido en el local, con las miradas fijas en las ventanas. Al cabo de un rato, Bertrand se asomó a la puerta y los vio. El ángel caído saludó con una inclinación de cabeza y se dio la vuelta, manteniendo la puerta abierta. Con un poderoso silbido sacó a sus compañeros del estupor y les hizo señas para que salieran.

Once borrachos ángeles caídos salieron a trompicones del bar. Llevaban puestas sus maltrechas armaduras blancas, cubiertas de manchas de óxido y abolladas por los golpes de cientos de batallas, cada uno sostenía en una mano su terrorífica espada de doble filo y en la otra una botella de algún brebaje. Bertrand fue el último en salir, llevaba en la mano una botella casi vacía de un buen whisky irlandés.

—Mis amigos y yo hemos oído que puede que tengas una mañana algo difícil.

—Eso parece. ¿Andáis buscando pelea?

—Mierda —dijo Bertrand—, siempre estamos buscando pelea. Sobre todo contra los que pretenden pagar la factura del Diablo con sangre inocente.

Se volvió hacia su panda.

—Bebed, muchachos. Vamos a matar a unos cuantos seres mágicos.

Los ángeles bebieron directamente de las botellas, derramando parte del licor. Después, todos al mismo tiempo, alzaron sus botellas y, con bullicioso alarido, las estrellaron contra la acera produciendo gran estrépito de cristales rotos. Luego despegaron batiendo sus alas. La acera quedó cubierta por cristales y manchas de Rorschach formadas por restos del whisky y plumas que llovían suavemente sobre la calzada.

La noche recuperó su silencio.

Bill ladeó la cabeza, tratando de escuchar el viento.

—Ya están aquí.

Los ángeles se alinearon sobre los edificios a ambos lados de la calle, se encaramaban a los aleros con las espadas desenfundadas. Bill tomó una gran bocanada de aire y exhaló una espesa y pegajosa niebla que se extendió rápidamente por las calles, serpenteó abriéndose camino por los callejones, turbia como el mar antes de la tormenta. Sopló y sopló hasta que ya no podía más, había producido suficiente oscuridad húmeda como para ocultar varias manzanas de la ciudad.

El viejo Scraps, que trotaba montado en su perro al lado de Colby, se detuvo de repente y le miró. Colby le devolvió la mirada.

—Me gustas, muchacho —dijo Scraps—. Tienes las agallas más grandes que cualquiera de esta ciudad, eso seguro. Estoy orgulloso de haberte servido en el bar.

—Y yo, de haber sido tu cliente —se echó a reír Colby—. ¿Necesitas tomar un trago antes de hacer esto?

—¿Me tomas el pelo? —sonrió el viejo Scraps—. He estado bebiendo durante horas. ¡Arre! —clavó los talones en los costados de su perro y desapareció en la niebla.

Knocks jugueteaba pensativo con el trapo ensangrentado con el que se había vendado fuertemente el muñón, su mente se había adelantado unos diez minutos y ya se encontraba en pleno fragor de la batalla. Se decidió atacar desde el lago, para lo cual tuvieron que caminar por la orilla del río, adelantándose a la tormenta por tan sólo unos minutos. Dos docenas de Sidhe, un puñado de Gorros Rojos y unas cuantas criaturas mágicas más

avanzaban en silencio ocultos por el crepúsculo matinal. Con unos minutos de retraso, un segundo contingente, casi dos veces más grande, se abrió paso a través de la ciudad para flanquear a cualquiera que se uniera a Colby y Ewan.

Knocks confiaba en que el segundo contingente no tuviera que intervenir.

Llegaban desde la orilla, avanzando en cortas carreras de edificio en edificio. El aire, denso y brumoso, se iba haciendo cada vez más espeso a medida que se adentraban en la ciudad. *Algo fallaba*. Ruadhri tomó una gran bocanada de aire por la nariz, luego mojó un dedo con saliva y lo levantó por encima de su cabeza.

Miró a Knocks y negó lentamente con la cabeza.

—No debería haber niebla con este tiempo —susurró—, no antes de la tormenta.

—¿Brujería? —preguntó Knocks.

—Una emboscada —asintió Ruadhri haciendo una seña a sus Sidhe, que iban vestidos con ropas oscuras y holgadas y portaban arcos y aljabas llenas de flechas encantadas—. Desplegaros —ordenó en voz baja— y mantener los ojos bien abiertos.

Los Sidhe se dividieron. Varios cruzaron al otro lado de la calle. Dos se colocaron a la cabeza del grupo, caminando despacio y sin hacer ruido, justo por el centro de la calle, siguiendo la amarilla línea discontinua. La niebla se había vuelto tan densa que el aire zumbaba con las líneas de alta tensión sobre sus cabezas. No se oía ningún otro sonido.

De repente se escuchó un suave silbido, como si algo se moviera a través del aire a gran velocidad, luego un fuerte golpe. Una sombra descendió del cielo entre la niebla y se estrelló contra uno de los Sidhe que abrían la marcha, levantándolo y desapareciendo con él entre la niebla.

Los Sidhe lanzaron una andanada de flechas hacia el cielo.

Esperaron en silencio, escuchando sus flechas chocar contra los edificios o rebotar en la calzada.

Otro silbido. Otro golpe. El segundo Sidhe que caminaba en cabeza también había desaparecido.

—¡Disparar y retroceder! —ordenó Ruadhri. Los Sidhe soltaron las cuerdas de sus arcos y se replegaron hacia el lago bajo la protección de sus

Dos Gorros Rojos blandiendo sus picas surgieron de la niebla frente a Ewan.

Ewan levantó su lanza y desvió los dos golpes, el repentino ataque le obligó a ceder terreno, retrocediendo hacia un callejón, mientras se preparaba para repeler otra carga.

Colby levantó un brazo para protegerse, pero el chillido se oyó con la máxima intensidad. Se volvió a tiempo para ver a Knocks lanzándose desde la niebla de cabeza y golpeándole en el pecho.

Colby cayó al suelo, la fuerza del golpe le hizo deslizarse dos o tres metros sobre el pavimento, rasgando su camisa y arañándose la espalda. Trató de gritar, pero el golpe lo había dejado sin aliento. Knocks no perdió el tiempo y golpeó a Colby en la cara con su único puño. Sus golpes eran como martillazos, cada puñetazo hacía que la cabeza de Colby se golpease contra el suelo.

Colby se dio la vuelta, apartando a Knocks de una patada y lanzó un puñetazo que apenas rozó la barbilla de Knocks. Knocks se puso en pie rápidamente, mientras que Colby solo consiguió apoyarse sobre una rodilla, tratando de recuperar el equilibrio y el sentido. Estaba grogui, se tambaleaba sobre las flojas piernas, sin saber lo que estaba pasando. Una vez más, Knocks se abalanzó sobre él, impactando su puño en la mandíbula.

Colby giró y se cayó al suelo aturdido por golpe.

Knocks estaba ahora de pie, con los puños cerrados, listo para pegarle de nuevo.

De la niebla llegó el sonido de unos pasos apresurados. El viejo Scraps llegaba al galope, montado a horcajadas sobre su golden retriever y blandiendo su improvisada arma. Lanzó un ininteligible grito de guerra cuando su lanza golpeó a Knocks en la parte posterior de sus piernas, haciéndole caer de bruces al suelo. Después, con la misma rapidez con que había surgido, el viejo Scraps volvió a desaparecer cabalgando manzana arriba.

Colby se puso en pie y extendió la mano hacia Knocks. Cerró los ojos y trató de sentir la materia de los sueños formando remolinos dentro del impostor, tenía la esperanza de poder evaporarla, pero no encontró nada. Por mucho que lo intentara, no podía sentir nada.

Knocks se puso en pie, teniendo cuidado de no agravar sus nuevas heridas. Sonreía, orgulloso de sí mismo.

—No puedes deshacerme —dijo—. No me mantengo unido por la materia de los sueños o por la voluntad de los hombres. Es su odio el que me aglutina, conjurado por su pérdida, alimentado por su dolor. Y sé a ciencia cierta que son cosas en las que tú crees.

El ruido de la lluvia llenó las calles. Gruesas gotas golpeaban la tierra convirtiéndose el ruido en un rugido, ahogando los sonidos distantes de la batalla. La niebla se dispersaba, arrastrada por las gotas. En un instante todo el mundo quedó empapado y las calles se volvieron resbaladizas. Aunque la niebla casi había desaparecido, ahora era la lluvia la que nublaba la vista.

Dos Sidhe surgieron de entre los últimos jirones de la niebla y se colocaron a cada lado de Knocks.

Levantaron los arcos y apuntaron a Colby con sus flechas letales.

Knocks sonrió.

—Matadlo.

Los dos seres mágicos explotaron convertidos en una lluvia de pétalos, un fuerte POFF, producido por el aire al ocupar el vacío que habían dejado tras de sí, sustituyó a cualquier grito final que pudieran haber lanzado. Colby pulsaba con la materia de los sueños que había succionado.

—Puede que tú estés hecho solo de odio, Knocks —dijo Colby—, pero ellos no.

Colocó los brazos a los costados y soltó una lluvia de fragmentos de eldritch —la materia de los sueños condensada en forma de esquirlas afiladas de vidrio de color rosa brillante. Los dirigió hacia el otro lado de la calle, apuntando a Knocks.

Knocks saltó para apartarse de su trayectoria, aun así, dos esquirlas hicieron profundos cortes en la piel de su estómago y otra media docena laceró sus brazos y piernas.

Colby soltó una carga de energía cinética pura que alcanzó a Knocks en el pecho y lo arrojó a una manzana de distancia.

Dietrich y Axel rodeaban a Ewan por los flancos. Apuntaban con sus lanzas al corazón queriendo ser los primeros en lanzarlas. Ewan se giraba para

mantener a los dos Gorros Rojos a la vista.

—Ten cuidado con su lanza —dijo Dietrich—. Sus heridas no se curan.

—Lo sé —contestó Axel.

Ewan apuntaba su lanza al uno o al otro, manteniéndolos a raya, pero los Gorros Rojos le tenían rodeado. Escrutó a los dos de arriba abajo, en busca de algún punto débil. Estaban cubiertos de pies a cabeza con unos grasientos harapos, su postura dejaba sus cuadrados torsos relativamente descubiertos. Solo que Dietrich tenía un detalle diferente en su atuendo, una antigua botella de cristal tallado que colgaba de una correa de cuero atada a su cinturón.

Ewan pudo imaginarse de qué se trataba.

Hizo girar su lanza rápidamente, describiendo un círculo. Los Gorros Rojos retrocedieron con cautela, manteniendo la distancia con Ewan, sin ceder nada de su terreno. De repente, Ewan atacó apuntando a la cintura de Dietrich. Este arqueó la espalda, esquivando el golpe sin darse cuenta de que la punta no iba dirigida a su cuerpo, sino más bien al cinturón. La lanza cortó la correa de cuero.

Con un tintineo la botella rebotó en el pavimento, rodando ruidosamente por la calle.

Por un momento los tres se quedaron boquiabiertos, los ojos como platos, cada uno mirando a todos lados, como los actores de un episodio de los Tres Chiflados, esperando a que los otros reaccionaran.

Ewan fue el primero en lanzarse tras la botella.

Dietrich se tiró tras él.

La botella se detuvo golpeando el bordillo con un ruido metálico.

El Gorro Rojo trató de alcanzarla. La lanza de Ewan pasó a tan solo unos centímetros de los dedos de Dietrich e impactó en el cuello de la botella, rompiéndola.

Dietrich y Axel lo contemplaron en atónito silencio.

Ewan corrió lanza en mano hacia los Gorros Rojos. A su espalda, Yashar salía con el humo del cuello roto de la botella y tomaba forma empezando por la cabeza. Medía dos metros y medio de altura, su lisa piel dorada dejaba adivinar unos músculos que parecía que aplastarían un pequeño utilitario. Tenía los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Ewan —retumbó la voz de Yashar.

—¿Sí? —preguntó Ewan por encima del hombro, evitando apartar los ojos de Dietrich.

—Yo me encargo.

—Son todo tuyos —dijo Ewan y se perdió a todo correr en la niebla.

Yashar abrió los brazos y señaló con el dedo a Axel.

Este retrocedía, negando nerviosamente con la cabeza.

—¡No! —gritó—. No fui yo. ¡Fue él! —chilló Axel señalando a Dietrich—. ¡No fui yo!

—Lo sé —dijo Yashar—. Tú te rajas enseguida —y, empleando sólo su mente, volvió a Axel del revés como si fuera un calcetín, las entrañas del Gorro Rojo salpicaron la acera con el sonido de una bofetada húmeda. Yashar giró la cabeza hacia Dietrich.

Este miró la pila de huesos, músculos y piel que hacía un instante había sido su amigo y levantó la vista hacia el genio. Con una sonrisa sarcástica, escupió con rabia en el suelo y maldijo.

—No me hagas esperar —gritó—. Hazlo de una vez.

Yashar se lanzó sobre el Gorro Rojo, lo agarró por la camisa con una mano mientras le golpeaba despiadadamente con la otra. Su enorme puño parecía un martillo neumático machacando el cuerpo de Dietrich, sin aminorar la cadencia de los golpes en ningún momento. Recogió a Dietrich del suelo y lo lanzó contra un muro cercano, el cuerpo del Gorro Rojo rebotó y cayó al suelo inerte como un muñeco de trapo.

Pero Yashar no había terminado todavía. Volvió a coger a su víctima y la lanzó al otro lado de la calle, estrellándolo contra otra pared.

Dietrich quedó tendido en el suelo. Los pocos huesos que no estaban completamente destrozados, estaban rotos. Trató de levantarse apoyándose en las manos, pero el astillado hueso del antebrazo perforó su piel. Soltó un grito de dolor.

Yashar cruzó lentamente la calle, volvió a coger a Dietrich y lo lanzó una última vez contra una pared hecha de bloques de hormigón. La fuerza del impacto desplazó algunos bloques hacia dentro haciendo derrumbarse los demás. Dietrich se retorció en el suelo, atrapado bajo media docena de bloques. Con una sola mano, Yashar empujó un bloque de cemento que se cernía sobre el Gorro Rojo.

—Te mereces algo mucho peor —dijo Yashar—, pero ahora no tengo tiempo.

El bloque de cemento cayó, reventando la cabeza de Dietrich como un melón.

Yashar lanzó un hondo suspiro. Ahora su cuerpo había perdido el brillo dorado, recuperando su color oliváceo original, unas terribles cicatrices desfiguraban su piel, tan suave antes. Su estatura disminuyó y unos espesos mechones de pelo negro poblaron su cabeza. En cuestión de segundos se convirtió en una caricatura de sí mismo, maltrecho y cubierto de cicatrices, pero entero.

Colby estaba a su espalda, contemplando la matanza. Yashar podía sentir que estaba allí, pero no se volvió.

—¿Todavía me odias?

Colby meneó la cabeza.

—Vale la pena odiar intensamente si tu objetivo es utilizar ese odio para matar a alguien. De lo contrario, ¿para qué guardarlo?

—¿Y? —preguntó Yashar.

—No tengo intención de matarte.

—Yo te traicioné. Les dije dónde podían encontrar a Ewan.

Colby asintió.

—No puedes aguantar la respiración bajo el agua para siempre.

—No, no puedes —Yashar se levantó y se dio la vuelta.

Colby le escrutó con la mirada, estaba entero, pero poco más.

—Vamos a buscar a Ewan.

Varios gorros rojos se apiñaban detrás de un imponente troll de piedra, mientras avanzaban cautelosamente por la calle sumida en una niebla cada vez más espesa. Llevaban preparadas sus lanzas y, a juzgar por sus rostros, estaban aterrorizados. El troll era enorme, estaba hecho de granito, sus ojos eran de ónice, los dientes de afilado cuarzo, a modo de bastón utilizaba un árbol arrancado de cuajo. El chirrido del roce de sus pies de piedra contra la calzada rebotaba en los edificios a su alrededor. La niebla se hizo aún más densa. Y comenzó a susurrar cosas horribles.

Los Gorros Rojos se apiñaron aún más mientras aferraban sus lanzas con

más fuerza todavía.

La temperatura del aire descendió. El mundo se volvió más oscuro.

—Hacedlo ya —gruñó uno de los Gorros Rojos.

La sombra se materializó en la oscuridad. Y agarró la lanza del Gorro Rojo, haciéndole desaparecer en la noche.

El Gorro Rojo gritaba como si le estuviesen desollando vivo.

El troll intentó golpear la oscura niebla con su árbol pero no alcanzó a nadie. Su bramido, estridente y amargo, hizo temblar las ventanas y disparó las alarmas de los automóviles a varias manzanas a la redonda.

Los gritos cesaron. El eco del bramido retornaba desde la lejanía, el único sonido cercano era el golpeteo de la lluvia. Los nudillos de las manos que sujetaban las lanzas restantes se tornaron blanquecinos.

Un arrugado gorro rojo y un montón de piel arrancada cayeron con un chapoteo en la acera ante de ellos.

La sombra se materializó de nuevo, arrastrando hacia la oscuridad, entre alaridos, a otro de los Gorros Rojos.

El último Gorro Rojo agitó su lanza, tratando de atravesar la nada que le rodeaba por todas partes. El troll lo miraba desde arriba con la mandíbula de piedra colgando, y los ojos de ónice llenos de horror.

El Gorro Rojo se puso aún más nervioso, tratando de descifrar la expresión del troll. Pero en ese momento él también fue arrancado por la bruma.

El troll empezó a golpear el suelo a su alrededor, haciendo que el tronco del árbol se astillara con un fuerte crujido. Confundido y angustiado, empezó a llorar. Estaba solo y asustado en medio de un pantano oscuro, agarrando firmemente con las dos manos su mazo.

De repente, el árbol cobró vida, retorciéndose, crujiendo, arañando al troll. Parecía que luchaba contra una serpiente cogida por la cola, unos colmillos se hundieron en su carne de piedra, arrancando trozos, rociándolo todo con gravilla.

El troll arrojó el árbol lejos de sí, partiéndolo por la mitad contra la esquina de un edificio cercano.

Bill la Sombra salió de la niebla y miró en silencio al troll.

El troll retrocedió un paso y se alzó abriendo los brazos, listo para estrujar

a Bill entre sus manos.

Lenta y educadamente Bill se quitó el sombrero, su rostro salió de las sombras. El troll se detuvo, aterrorizado por lo que veía, no podía apartar la mirada de los ojos de Bill.

Aspirando con fuerza, Bill succionó el alma del troll, que salió de su boca para meterse en la de Bill. El alma intentó resistirse, aferrándose con las manos fantasmales. Pero la corriente de aire que lo arrastraba era demasiado para él. Cuando Bill terminó de tragarse el alma, el cuerpo se convirtió en un cascarón de piedra vacío, sin vida, que, al instante, se rompió en mil pedazos.

Bill contempló la carnicería a su alrededor —un revoltijo de sangre, piel y piedras—, sonrió con ironía y volvió a ponerse lentamente el sombrero antes de desaparecer de nuevo en la bruma.

El viejo Scraps recorría a galope salvaje las calles a lomos de Gossamer. Aunque el golden retriever estaba muy asustado por el caos que los rodeaba, obedecía sin vacilar. Gossamer era un buen perro casero. Pero un día —según le contó a Scraps— se escapó a través de un agujero en la valla, persiguiendo un olor totalmente nuevo para él. Se perdió sin poder recordar el camino de vuelta a casa, deambuló por las calles muerto de hambre durante días, hasta que el viejo Scraps lo encontró. El viejo Scraps le ofreció un trato: si Gossamer dejaba que Scraps lo montase, le mostraría el camino a casa.

Así que los dos trabajaban en tándem, subiendo y bajando las aceras y cortando los tendones a todo Sidhe que encontraban. Gossamer era rápido, pero estaba cansado y todavía quedaban horas antes de que al viejo Scraps se le pasara su borrachera. Ambos confiaban en que todo terminaría pronto.

Y, desde cierto punto de vista, así fue.

Los Sidhe se estaban replegando, se habían agrupado y cubrían su retirada lanzando salvas de flechas hacia el cielo. Los ángeles habían bajado a la tierra, pero no eran tan rápidos ni ágiles como los Sidhe, que atacaban desde lejos, procurando acertar en los puntos más débiles de sus armaduras. A pesar de su determinación, los ángeles se estaban agotando, unos pocos cayeron abatidos por una multitud de flechas encantadas, algunos más lo hicieron por culpa del exceso de whisky.

Bertrand seguía en pie, con la espada y la armadura teñidos de rojo por la

sangre de seres mágicos. Un Gorro Rojo le atacó con su lanza desde detrás de las filas de los Sidhe. Se movía a una velocidad increíble. El ángel se hizo a un lado, alcanzando con la espada el pecho de la criatura y separando limpiamente la parte superior del cuerpo de la inferior. Una de las mitades del Gorro Rojo cayó al suelo un segundo después que la otra.

Antes de que lo pudiera celebrar, una flecha alcanzó a Bertrand en el ojo. El ángel cayó al suelo, tratando desesperadamente de sacarla. Los Sidhe se apresuraron a atravesarlo con sus espadas.

El viejo Scraps clavó los talones en los costados de Gossamer que galopó, todo lo rápido que podía, hacia los escasos Sidhe que todavía quedaban. La intención era distraerles para dar tiempo a Bertrand a ponerse en pie.

—Una pasada más, Goss —dijo el viejo Scraps— y luego nos vamos a casa a dormirla.

Varias flechas impactaron directamente en el pecho de Scraps, dejando intacto a su perro. La nariz y las sonrosadas mejillas del viejo se tiñeron de blanco. Gossamer se refugió tras una esquina y se detuvo. Soltando maldiciones, el viejo y astuto cluricaun contemplaba las tres flechas clavadas en su pecho. No podía sentir las flechas, pero sabía que aquello era malo. Todo se volvió confuso en su cabeza y el mundo empezó a ladearse. Lentamente se deslizó del lomo de Gossamer y cayó al suelo. Su vista se nubló.

Si sobrevivo a esto, pensó, me despertaré con la peor resaca del mundo. Y se murió.

El perro olfateó a su amigo y lo acarició con la nariz, tratando de despertarlo. Luego ladró. Y volvió a ladrar, tras acariciarlo de nuevo. El viejo Scraps no se despertaba. *¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!* Sin respuesta.

Gossamer lamió la cara del cluricaun, pero seguía dormido. El perro se tumbó en el suelo mojado junto al cuerpo de su amo y dejó escapar un profundo suspiro. *Ahora nunca encontraría el camino de regreso a su casa.*

Knocks se puso en pie mientras se masajeaba el pecho, le costaba respirar. El golpe de Colby no sólo lo dejó sin aliento, también tenía dañados los pulmones y una costilla rota. Quedaba muy poco tiempo. La segunda ola de seres mágicos caería en breve sobre la ciudad, despachando a los pocos ángeles que todavía quedaban. Tenía que encontrar a Ewan antes de que esto

sucediera, antes de que alguien le robase ese placer.

Y entonces lo vio.

Ewan caminaba con decisión, lentamente se acercaba al impostor con la lanza sujeta firmemente en la mano.

Knocks sonrió. *Estaba sucediendo. Realmente estaba sucediendo.*

Ewan se detuvo a apenas diez pasos de Knocks, apartando valientemente la lanza. Las miradas de los dos se cruzaron. Ninguno parpadeó.

Ewan se preparó para hablar, pero Knocks le detuvo agitando un dedo y meneando la cabeza.

—Lo sé —dijo Knocks—. Lo sé. No vamos a estropear esto con esa mierda. El tiempo de hablar ha pasado.

Los dos se miraron de hito en hito, tensando los músculos y apretando los dientes. La ira iba llenando sus entrañas. Ewan fue el primero en moverse, Knocks atacó una milésima de segundo después.

Ewan golpeó con su lanza. Knocks se agachó, esquivando la hoja por milímetros.

Knocks lanzó un gancho de abajo arriba alcanzando a Ewan directamente en la barbilla. Aturdido, Ewan retrocedió. Movi6 la lanza r6pidamente de lado a lado, tratando de ganar un poco de tiempo mientras se despejaba su cabeza.

Knocks esquiv6 otro ataque y trat6 de golpear a Ewan, fallando por unos cent6metros.

Un rodillazo alcanz6 a Knocks en el est6mago, oblig6ndole a doblarse, lo que permiti6 a Ewan atizarle un pu6etazo en el cogote.

Knocks se levant6, agarrando la lanza y golpeando varias veces a Ewan con su sangriento mu66n. A pesar del tremendo dolor que le produc6a cada golpe, Knocks sigui6 golpe6ndole una y otra vez. El trapo que serv6a de vendaje empez6 a hincharse, empapado de sangre.

Ewan trataba de protegerse la cara, sujetando la lanza con las dos manos para impedir que se la quitara. Se retorci6 tratando de evitar los golpes, pero Knocks segu6a machac6ndole.

Knocks solt6 la lanza y levant6 la mano, arrancando el gorro de la cabeza de Ewan.

Ewan volvi6 a atacar con la lanza, pero estaba demasiado cerca y s6lo

pudo golpear con el asta. Junto con el gorro había perdido parte de su fuerza. Intentó recuperarlo con la mano, pero falló.

Knocks arrojó el gorro al suelo, a su espalda, y agarró la lanza, arrancándola de las manos de Ewan y golpeándole con la parte roma en el estómago. Cuando Ewan se dobló volvió a golpear con el asta hacia arriba, estrellándola en la cara de su enemigo.

Ewan se enderezó con el golpe. Retrocedió tambaleándose un paso, aturdido por el impacto.

La lanza volvió a golpear, esta vez para perforar el estómago de Ewan, haciéndole un profundo corte y desgarrando sus entrañas.

Ewan abrió la boca mientras intentaba tapar la herida con las manos. Cayó de rodillas primero y luego hacia atrás, golpeándose la cabeza contra la acera. Los pies quedaron doblados debajo de su cuerpo.

Knocks señaló con su sangriento muñón envuelto en trapos el estómago de Ewan.

—Ahora intenta cortarte esto para salvar la vida —dijo Knocks bajando de nuevo la lanza como si estuviera pinchando un balón de fútbol, luego puso los brazos en jarras—. Lo hice —dijo, riendo—. Joder, lo hice. Estás muerto —dio unos pasos de baile—. Yo te maté. ¿Qué vas a hacer ahora, Ewan? ¿Eh?

Atragantándose con la sangre, Ewan se levantó y trató de alcanzar con la mano a Knocks. Estaba acabado, pero no quería reconocerlo. Rodó hacia un lado, tratando de sujetar con una mano sus intestinos mientras se ayudaba a incorporarse con la otra. Su brazo cedió y cayó de bruces sobre el pavimento, derramando sus vísceras.

Knocks se acercó sonriendo.

—Mírame a la cara —exigió—. Mira a la muerte a la cara y acéptala. Quiero ver cómo la aceptas.

Ewan consiguió ponerse de rodillas e intentó alejarse arrastrándose. Con una patada Knocks volvió a derribarle.

Ewan yacía sobre la espalda como una tortuga vuelta sobre su caparazón, mirando sin pestañear la lluvia, mientras la vida abandonaba su cuerpo. Los sonidos le llegaban embotados, sabía que Knocks le estaba hablando, pero no podía oír nada más que las gotas de lluvia impactando cerca de sus oídos.

Estaba acabado.

Yashar se limpió la sangre de los puños. La lluvia era fuerte y constante ahora, el rugido de la tormenta ahogaba todos los sonidos salvo unos distantes tañidos. Los cuerpos de los ángeles y los Sidhe cubrían las aceras. La sangre teñía de rosa el agua de la lluvia. Sólo quedaban dos ángeles en pie, ocupados en impedir que la media docena de Sidhe que todavía podían pelear invadiera su terreno.

En la calle, en medio de los dos grupos, Knocks y Ewan luchaban con una lanza.

Colby no pudo contener el grito cuando la lanza abrió en canal el vientre de Ewan.

Quiso correr, pero sus piernas no le obedecieron.

Ewan se derrumbó. Colby había fracasado.

—¡Hijo de puta! —gritó Colby, con la voz ahogada por la lluvia. Vio cómo bailaba Knocks burlándose de Ewan. Su estómago se contrajo y su garganta se secó. Cerró los puños hasta clavarse las uñas en la carne, apretó los dientes hasta agrietar el esmalte.

Colby sintió cómo el velo entre los mundos se volvía más delgado, una oscura y fría presencia clamaba en el otro lado, pidiendo ser liberada. Una voz dentro de su cabeza exigía que la dejase salir. La puerta no estaba cerrada con llave, no tenía más que girar el picaporte. *Déjanos entrar. Deja que lo hagamos*, susurraba. El velo se iba haciendo cada vez más delgado. Había suficiente materia de los sueños fluyendo a través de Colby para romperlo. Entonces reconoció la voz.

Era la mujer que dirigía la partida de caza.

No, pensó. Así no.

Colby soltó un torrente de energía creado con toda la materia de los sueños que pudo reunir y llenó la calle de descargas eléctricas.

Knocks barría con la lanza ante él, desviando los rayos antes de que le pudiesen alcanzar y haciéndolos explotar como fuegos artificiales y caer reducidos a una lluvia de chispas sobre el pavimento. El impostor sonreía maliciosamente, mientras pequeños fragmentos de energía seguían chisporroteando en los charcos a sus pies. Parecía que Colby no podía hacer

nada para dañarlo.

—Inténtalo otra vez, Colby. Estoy seguro de que al final conseguirás alcanzarme.

Colby extendió la mano hacia Knocks, tirando de la lanza con una fuerza invisible. El arma pasó a su lado, incrustándose en una pared de ladrillo a sus espaldas. Knocks miró asombrado la lanza pero no dejó de sonreír.

—Tal vez debería haber mantenido la boca cerrada.

—No te preocupes, yo te la cerraré.

Déjanos entrar. Deja que lo hagamos, susurró la voz de nuevo.

Knocks rio.

—Ven aquí y pégame como un jodido hombre.

Colby corrió hacia Knocks agitando los puños.

Sin esfuerzo, Knocks se apartó de su camino, derribando a Colby de una sola patada.

—Vamos —dijo mientras Colby se apresuraba a ponerse en pie y Knocks le derribaba de nuevo de una patada en el estómago—. Eres un flojo.

Déjanos entrar.

Knocks saltó sobre la espalda de Colby, pegándole rápidamente con su única mano buena.

Colby se revolvió, derribando a Knocks. Los dos se apartaron rodando para ponerse en pie rápidamente.

La cabeza de Colby palpitaba. Le dolían las rodillas. Sus manos sangraban por culpa de las raspaduras.

De nuevo se lanzaron el uno contra el otro, intercambiando golpes. Al principio los golpes se producían por ráfagas, pero pronto la pelea se convirtió en un intercambio de golpes, golpe a golpe, uno tras otro.

Colby lanzó un directo que alcanzó a Knocks en la mandíbula.

Knocks contestó rompiéndole la nariz.

Colby golpeó a Knocks. Knocks golpeó a Colby. Colby golpeó a Knocks. Knocks golpeó a Colby.

La lucha se había convertido en un concurso de resistencia, cada uno tratando simplemente de sobrevivir al otro. A ninguno de los dos le quedaban fuerzas para seguir con aquello durante mucho tiempo más. Colby golpeó a Knocks. Knocks golpeó a Colby.

Colby golpeó, se tambaleó agotado y cayó de rodillas.

De repente, a espaldas de Knocks, Colby vio a Ewan que se arrastraba ensangrentado por la calle. La frustración y la rabia entraron en ebullición de nuevo.

Knocks retrocedió, sacudiendo la cabeza con una sonrisita extraña.

—No tienes nada. No puedes vencerme, Colby. ¿Qué vas a hacer?

Déjanos. Entrar.

—Algo.

En aquel momento decidió dejarla entrar.

Colby cerró los ojos, rehizo el tejido de la realidad, arrancó una parte del velo y construyó con ella un puente entre la tierra y el infierno. Las nubes retumbaron con desaprobación, eructando rayos color índigo, iluminando el mundo con una luz púrpura durante tres sólidos segundos. La tierra tembló y, cuando se desvaneció el estruendo de los truenos, el temblor continuó. La tierra gimió cansada y escupió el infierno.

La rugiente partida de Caza Salvaje la componían una docena de jinetes.

Doce enormes cabras negras, con sus espesas crines, sus largos y retorcidos cuernos afilados como cuchillas, galopaban furiosamente hacia el montón de cuerpos moribundos, una jauría de perros infernales les pisaba los talones aullando. Ahora los truenos se elevaban desde la tierra hacia los cielos. La cabra que abría la marcha la montaba Tiffany Thatcher, más hueso que carne ahora, los ojos en sus cuencas vacías habían sido sustituidos por las brasas de un odio infernal. Algunos restos de piel apergaminada se aferraban desesperadamente a sus mejillas y la caja torácica, unos trozos de músculo desecado se negaban a desprenderse de los huesos.

A su lado, montado en otra cabra, iba Jared Thatcher, con una triste y solitaria expresión en el rostro. Junto a ellos cabalgaban Gorros Rojos y náyades y lo que quedaba de un Bendith Y Mamau. Las doce criaturas del infierno con ojos llenos de odio se llevaban con ellos a los seis maltrechos Sidhe y un par de ángeles.

Yashar corrió hacia Colby. A pesar de que aún no podía verlos, sabía lo que era.

—¿Qué has hecho?

—Acabar con esto —dijo Colby.

—Van a matarnos a todos, ya lo sabes.

—No. Tenemos un trato. Yo sé a quién quieren ahora. Allí está —dijo señalando a Knocks.

Los dos ángeles que todavía podían moverse ayudaban a Bertrand a ponerse en pie. Bertrand se volvió y miró a Colby con su único ojo. Una flecha rota todavía asomaba por el otro. Meneó la cabeza con tristeza. En aquel momento los ángeles levantaron el vuelo, llevándose a Bertrand con ellos como una bandera ondeando al viento. Ahora en la calle sólo quedaban algunos Sidhe y Knocks, pendientes del alboroto que avanzaba hacia ellos.

Los Sidhe se dispersaron y la partida de caza se dividió para darles alcance. No consiguieron alejarse mucho antes de que los partieran por la mitad a hachazos. Unas manos provistas de garras los cogieron de los pelos y los arrastraron por las calles. Ruadhri se apresuró a buscar algún refugio, mientras corría disparaba las flechas a ciegas por encima del hombro. Al doblar una esquina, se dio de bruces con dos bestias que se dirigían directamente hacia él. Se volvió sólo para ver a otras dos que se le acercaban por detrás.

Unas manos con garras se aferraron a sus miembros desgarrándole por completo. Uno de los cazadores se quedó con su cabeza, otro con el torso.

Knocks miró a Ewan y suspiró relajadamente.

—¿No prefieres matarme con tus propias manos?

—No —dijo Colby—. Tú mismo te has condenado. *Están* aquí por ti.

Knocks miraba a Colby sonriendo. Podía oír los cascos que se acercaban. La tierra tembló, el cielo lloró. Todo era tan perfecto para Knocks.

—Nací un día de lluvia, ya lo sabes. En una mañana muy parecida a esta.

—Disfruta muriendo con ella, hijo de puta —dijo Colby, retrocediendo y dejando espacio a la partida de caza.

Knocks asintió, mirando hacia el cielo.

—El legado de una tormenta no está en la cantidad de precipitaciones que descarga o en el ruido del trueno, está en la devastación que deja tras de sí. He tenido una buena vida —Knocks abrió los brazos de par en par, dedicando una amplia sonrisa a Colby—. Me pregunto si mi mano me estará esperando en el infierno.

Volvió la cabeza, contemplando la partida de caza que se acercaba,

pensando en la última lección que le enseñó su madre.

La pezuña delantera de la cabra de Tiffany Thatcher abrió un agujero en su cabeza, esparciendo sus sesos por la acera, el resto de las pezuñas pisotearon su torso, partiéndolo por la mitad. La partida de Caza Salvaje pasó rugiendo por delante de Colby sin siquiera mirarle, arrastrando cada uno un pedazo de Knocks. Tras su paso no quedó ni un trocito en este mundo que recordase a Knocks, ni tan solo una gota de su sangre manchaba el pavimento.

Los jinetes continuaron su carrera, pero la jauría de perros se detuvo, los animales levantaron las cabezas para olfatear el aire y dejaron escapar un aullido que helaba el alma, luego se dieron la vuelta y corrieron en pos de sus amos. Y, con la misma rapidez con la que había entrado en este mundo, la partida de caza se fue, cerrando la puerta tras de sí y dejando sólo el rumor apagado de truenos para señalar su partida.

Colby se arrodilló junto a Ewan, el charco rojo diluido por la lluvia seguía creciendo debajo de su cuerpo. Apenas le quedaba vida. Ewan miraba el cielo, ya no podía enfocar la vista.

—Ewan —dijo Colby, poniéndole una mano en el hombro.

—No me puedes ver —dijo Ewan con una débil sonrisa.

—Sí que puedo —contestó Colby.

—No, no puedes. Soy invisible.

—Tú no eres invisible... —empezó a decir Colby cuando un recuerdo le asaltó. Las lágrimas corrieron por su rostro. A sus pies, Ewan acababa de morir.

Colby podía sentir los rápidos zarcillos del infierno cerrándose alrededor de Ewan. Fríos. Negros. Llenos de ira.

—No será para ti —prometió Colby y puso las dos manos sobre el cuerpo de Ewan, absorbiendo hasta la última gota de materia de los sueños y enviándola fuera, hacia la ciudad. Ningún pétalo de flor cayó al suelo, ningún olor permaneció en el aire, sólo quedó un gorro, tiñendo el agua de lluvia a su alrededor—. Ahora ve a buscarla.

Colby alzó la vista, las calles se estaban llenando de seres mágicos que se acercaban con cautela.

Se volvió hacia Yashar.

—Has estado muy callado.

—Hay poco más que decir.

—Después de mil deseos malditos, supongo que uno se acostumbra a estas cosas, ¿eh?

—No —dijo Yashar—. Uno nunca se acostumbra a eso.

—Tampoco deberías hacerlo tú —dijo Bertrand, aleteando por encima de ellos. Miraba desde arriba a Colby con amarga tristeza—. Has desatado el infierno. No deberías haber hecho eso.

—Estábamos perdiendo —dijo Colby—. Tenía que hacer algo.

—No —dijo Bertrand—. No estábamos perdiendo. *Hemos perdido*. Ahora el infierno tiene todo lo que quería. ¿Qué tienes tú?

—Espera, sólo estaba haciendo lo que tú dijiste que era lo correcto.

—¿Te estabas condenando a ti mismo?

—Sí, por todas las razones correctas.

—Puede ser —dijo Bertrand—. Pero eso no nos convierte en amigos, compadre. Los malditos de verdad tienen pocos amigos, sobre todo entre los ángeles. Puedo entender por qué lo hiciste, pero tú y yo hemos terminado — Bertrand levantó una mano y examinó con cuidado la varilla que salía de su ojo. Luego sacudió la cabeza, decepcionado—. Has estado en el lado correcto durante mucho tiempo.

Batiendo con dificultad las alas, voló borracho a la deriva bajo la lluvia.

Poco a poco les fueron rodeando los seres mágicos.

Colby miró hacia arriba.

—¿Qué? —preguntó en voz alta—. ¿Qué queréis?

Ahora se agrupaba alrededor de él la mitad del Reino de Piedra Caliza, Sidhe y Salgfraulein, duendecillos y trolls. Por encima estaba lo que quedaba del Consejo de las Cinco Piedras, encabezado por Meinrad.

Colby apretó los puños.

—No habrá necesidad de eso —dijo Meinrad con voz profunda.

—No, si se dan la vuelta y se marchan.

—Esta pelea ha terminado —continuó Meinrad—. El chico está muerto y su delito queda expiado. No hay por qué seguir derramando más sangre.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —preguntó Colby.

Meinrad se acercó a Colby y se cernió sobre él.

—A partir de ahora el Reino de Piedra Caliza queda vetado para ti. Todos tus derechos de viajar seguro son revocados. Tienes hasta el mediodía para recoger tus cosas y marcharte de Austin —apuntó con su dedo de piedra cubierto de musgo el pecho de Colby—. Hoy no tenía por qué haber más de una muerte. No debías haber interferido.

Colby asintió con la cabeza, tenía el corazón roto.

—Lo siento —se dio la vuelta y se echó a andar lentamente hacia su casa.

Pero, de repente, se detuvo.

Y se volvió.

—No —dijo, con sus fríos ojos desbordando cólera—. El tiempo de respetar la voluntad de las hadas acabó con la muerte de mi amigo.

Colby levantó el brazo y Meinrad se evaporó en el sitio donde se encontraba.

La energía liberada fue tremenda, el ruido resultante se escuchó a kilómetros de distancia, rompiendo ventanas, rociándolo todo de gravilla y hojas en un radio de diez metros —incrustando las piedras en las paredes circundantes pero rebotando en Colby sin causarle ni un rasguño, ni una mota de polvo se posó sobre él a pesar de estar tan cerca de la explosión.

Colby se caminó lentamente hacia los habitantes del Reino de Piedra Caliza.

Una vez más, levantó el brazo, esta vez señalando con el dedo extendido a los seres mágicos y haciéndolos estallar uno a uno en explosiones de pétalos de flores y olores. El pánico se apoderó de la multitud que corrió dispersándose como un diente de león al viento.

Sólo Rhiamon permaneció quieta, no parecía tener miedo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Estoy recuperando lo que era mío —dijo Colby.

—¿Y por qué crees que este lugar es tuyo?

Colby se detuvo por un momento, oportunidad que aprovecharon los seres mágicos para ponerse a cubierto.

—Lo acabáis de hacer vosotros, tú y los de tu calaña. Ya no juego más con vosotros, ya no me doblego ante vosotros. Si he de ser condenado, al menos que sea por una causa. Austin queda fuera de los límites. No puede haber seres mágicos andando por aquí. Podéis quedaros con la meseta, pero

Austin pertenece a los hombres. Y se acabó el tributo tal como vosotros lo entendéis. Por cada niño secuestrado, tomaré a dos de los vuestros. Iré por la noche y arrancaré a los bebés de sus cunas y esparciré su esencia al viento. De hoy en adelante pagaréis al Diablo con vuestra propia sangre, o voy a hacer que el precio se duplique. Ahora iros y buscaros un nuevo rey.

El pánico cesó, los seres mágicos permanecieron de pie, en silencio, asimilando la declaración.

Colby miró a su alrededor.

—¿Cuántos más de vosotros tendrán que morir antes de que lo entendáis? Marcharos. De. *Mi*. Ciudad.

Los seres mágicos se intercambiaron miradas de asombro y preocupación y emprendieron la lenta y silenciosa retirada de Austin. Coyote sonrió a Colby y le guiñó un ojo antes de unirse a los demás.

Rhiamon se había vuelto vieja, más vieja de lo que nadie la había visto jamás. Asintió con la cabeza.

—Como quieras —dijo sin emoción. Luego se volvió y se unió al resto de la corte.

Y la ciudad se quedó vacía, su magia se marchaba caminando lentamente con la cabeza gacha.

Capítulo 46

Donde, en última instancia, pertenecemos todos

Yashar estaba detrás de la destartalada barra, secando los vasos con un trapo limpio. Malditos y Condenados volvía a estar abierto, aunque vacío, porque la mayoría de los seres mágicos abandonaron la ciudad después del violento ataque de Colby. Las historias crecen, al igual que las leyendas, y cuando Yashar escuchaba lo que se contaba sobre los acontecimientos que había visto con sus propios ojos, parecía que se trataba de dos mañanas diferentes.

La puerta se abrió, Yashar contuvo el aliento con la esperanza de que fuese Colby, para bien o para mal. Sin embargo, era peor. Mucho peor.

El Coyote.

El anciano asomó su sonriente cabeza y preguntó medio en broma.

—¿Una tregua?

Yashar suspiró pesadamente.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—He oído que este lugar ha cambiado de personal y quería probar las especialidades.

—Alguien tenía que mantener el lugar. Por Scraps.

—Probablemente —dijo el Coyote entrecerrando los ojos—. Aunque me imagino que la selección de vinos ya no será tan buena.

Yashar meneó la cabeza.

—El viejo tenía un don. ¿Qué te sirvo?

Coyote entró y cerró la puerta tras de sí.

—Unos pocos minutos de tu tiempo.

—Eso, al parecer, nos sobra.

—Y, eh... —el Coyote miró a los lados y susurró—, ¿ha quedado algo del bourbon tan bueno que tenía Scraps?

Yashar sonrió y sacó una vieja botella de debajo de la barra.

—Todavía queda.

—Sírvelo tú también.

Yashar sacó dos vasos y sirvió tres dedos de whisky en cada uno.

—Así que, ¿por qué lo hiciste? De verdad, quiero decir.

—¿Hacer qué?

Yashar frunció el ceño.

—¿Quieres toda la verdad?

—Sin adornos —pidió Yashar.

—A nadie le gusta la verdad.

—Quiero la verdad.

Coyote asintió con gravedad y probó su whisky.

—La mayoría de la gente no puede entender lo que tienen delante, aunque sea evidente. Odian la verdad. La verdad les hace enfadarse. La verdad es la angustia, la pobreza y los finales tristes. Creen que los números tienen poder, no importa lo tontos que sean esos números. Creen en el amor verdadero. Creen que la vida, en el fondo, vale la pena. Creen en la magia de la infancia. La verdad es que estamos solos, incluso cuando estamos rodeados de gente. La verdad es que el *único y verdadero amor* de alguien termina ejerciendo de puta por treinta euros en un burdel de Ámsterdam. La verdad es que la gente muere de vieja, sin recompensa y sin amor. La verdad es que los niños mueren atropellados por los coches y no regresan a casa. Así que tienes que mentir. Les gustan las mentiras. Les ayudan a hacer frente a la verdad. Y si sabes mentir bien, puedes conseguir que hagan lo que tienen que hacer para encontrar su verdad.

—Así que tú mientes.

—Cuando no merece la pena decir la verdad. Tú le dijiste la verdad a Colby cuando te preguntó por su deseo, pero tuve que ser yo quien se lo explicara. *Tú* le mostraste el mundo, pero *yo* le mostré cómo funciona realmente ese mundo.

—¿Y qué sacas de todo esto?

—A Colby Stevens. Todo empezó para acabar con el Niño Tributo, pero lo que conseguí fue Colby Stevens. Con la sangre de unos pocos hice de él al hombre que protegerá a muchos. Tú estás demasiado cerca de él. No puedes ver su destino, ¿verdad? ¿Lo que podrá llegar a ser, si se le induce y apremia adecuadamente? Tú ayudaste a crear a un gran hombre. Pero primero tenía

que hacer esto.

Yashar volvió a sacar la botella de bourbon, sirviéndose otros tres dedos de la misma.

—¿Ver morir a su amigo? ¿Convertirse en un asesino?

—Un asesino, ¡que tontería! —el Coyote meneó la cabeza mientras le daba otro tiento al vaso—. Soy la dura lección de la vida, Yashar. La fuente de la humildad del hombre. Colby tenía que aprender algunas cosas, los seres mágicos tenían que aprender otras, aquellos dos chicos también tenían que aprender algunas cosas. A todo el mundo le esperaba su lección y la aprendieron con sangre. A veces pasan esas cosas. La gente aprende del fracaso y de la tragedia, no del éxito.

—Bueno, si tú eres la fuente de la humildad del hombre, ¿en qué me convierte eso a mí?

El Coyote le guiñó un ojo a través de su vaso.

—Eres su camino al infierno, empedrado de buenas intenciones.

Desmoralizado, Yashar terminó rápidamente su trago e, inmediatamente, se sirvió el tercero.

—Tú sabes mejor que nadie que nada dura. Nada bueno. Nada malo. Todo vive. Todo muere. A veces, las ciudades enteras se hunden en el mar. No es una tragedia, simplemente algo que tenía que pasar. La gente mira a su alrededor, ve el mundo y dice *así es como se supone que tiene que ser este mundo*. Y luchan para que siga siendo así. Creen que esto era lo que se pretendía, ya sea por diseño o por accidente cósmico y que todo existe en un equilibrio frágil que debe ser preservado. Pero el equilibrio es una mierda. Lo único constante en este mundo es la velocidad a la que cambian las cosas. Cae la lluvia, sube el nivel de las aguas, las costas se erosionan. Lo que un día fue una magnífica villa junto al mar en la antigua Grecia, descansa ahora a diez metros de profundidad. Las islas emergen del mar y los continentes se agrietan y se separan para siempre. Lo que antes era un bosque frondoso lleno de vida, ahora descansa bajo una capa de hielo de trescientos metros en la Antártida, lo que un día fue una bella iglesia, reposa ahora en el fondo de un lago represado en Kansas. La tarea de la naturaleza es marchar y mantener las cosas en marcha, la nuestra es mirar alrededor, apreciarlo y preguntarse *¿qué será lo próximo?*

—No todo muere —observó Yashar.

—Todo. Un día, incluso tú.

—¿Y tú?

El Coyote asintió con la cabeza, una nostálgica y triste mirada se asomó a sus ojos.

—Incluso yo. Los coyotes no sobrevivirán por mucho tiempo en este mundo. Dentro de un siglo el hombre habrá exterminado a todos los animales que suponen alguna amenaza para él. Un día mi pueblo se habrá ido y ya no haré falta. Entonces veré si hay alguna recompensa por la carga que he tenido que soportar. Tal vez volveré a ver a mis amigos Mamut, Dodo y Diente de Sable. Los echo de menos.

—Los mortales viven una vida tan corta que nos consideran eternos y nosotros nos lo acabamos creyendo. Te miro y veo a alguien abrumado por la idea de vivir eternamente y pensar, *Oh, sólo es un bebé. No tiene ni idea de lo que es la eternidad.* Seguramente no. Pero sé lo largos que se hacen mil quinientos años.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque tu historia no ha terminado. Tienes mucho aún por hacer y no se parece en nada a estar encerrado en un bar sirviendo bebidas a las sombras. Colby tiene un largo camino por delante y necesita un guía.

—Pensé que habías dicho que era el camino al infierno.

El Coyote asintió.

—No he dicho que le gustará ese camino —los dos bebieron en silencio su bourbon, entendiéndose sin necesidad de palabras—. Ya sabes que los funerales por los chicos son mañana.

—Lo sé —asintió Yashar.

—Y sabes que Colby te va a necesitar allí.

—Ahora no quiere ni verme.

—No, no quiere. Pero te necesita.

Capítulo 47

De fantasmas y cosas del pasado

Un fragmento del libro de Dr. Thaddeus Ray, Ph.D., *Todo lo que no se puede ver*

Los fantasmas no existen. Cada lugar tiene su memoria. Al igual que una roca conserva la cicatriz de un arañazo, también puede hacerlo un campo de energía. Cuando las energías y las emociones son lo suficientemente potentes como para afectar a un campo, pueden deformar o distorsionar los campos de fuerza circundantes durante años, incluso décadas. Sin embargo, si esas cicatrices son alimentadas por la materia de los sueños, especialmente la materia de los sueños que provocó esa cicatriz, el resultado es una sombra.

Esta sombra no es más que la energía reflejada por el espacio deformado. Es un holograma. Puede interactuar con otros campos de energía a su alrededor, pero no pensar o sentir. No se puede razonar con las sombras, ni son capaces de expresarse de alguna manera salvo con las emociones que las crearon. Si han nacido de la maldad, serán crueles. Si han nacido del amor, serán alegres. Aunque pueden compartir la información almacenada en la cicatriz, no pueden adquirir nada nuevo o tener recuerdos de nada salvo de los hechos que las produjeron.

Las casas encantadas a menudo son el resultado del espacio deformado por las emociones a través del tiempo. A veces ocurre por culpa de un acontecimiento repentino y generalizado, como un suceso traumático o, incluso, una gran alegría, pero lo normal es que ocurra de forma paulatina, como el agua que erosiona la roca hasta formar el cauce de un río. La energía que queda atrás a menudo se manifiesta colándose a través de las grietas y fisuras en el campo. Las cicatrices que se encuentran en las zonas donde la materia de los sueños es especialmente abundante a menudo son más activas debido a la energía adicional que fluye a través de ellas, manteniendo la actividad de una sombra durante mucho más tiempo de lo que sería normal.

Pero los fantasmas, entendidos como almas errantes que no encuentran descanso, no existen. El Diablo atrapa hasta la última migaja que cae del plato del cielo.

Capítulo 48

Dos en la pradera

La melancolía sonora del canto de las hadas se propaga por el bosque a kilómetros de distancia. Y aunque Colby y Yashar se encontraban muy lejos de los cantores, la música de los instrumentos y la magia de la voz les alcanzaban. Estaban en el Reino de Piedra Caliza, al borde del campo donde Colby, Ewan y Mallaidh jugaron una vez, justo después de haber escapado de los Gorros Rojos. Todo el reino se había congregado para decir adiós a las docenas de seres mágicos que habían perdido la vida. Pero Colby, Yashar y el golden retriever llamado Gossamer habían acudido para despedir a sólo dos.

Un par de monumentos de piedra gris con las imágenes talladas de sus amigos remataban dos pequeños montículos de tierra, debajo de los que yacían los escasos restos de Mallaidh y Ewan, un puñado de pétalos de flores bajo uno y una gorra roja seca bajo el otro.

—¿Así es como voy a terminar yo? —preguntó Colby, rompiendo un largo y tenso silencio.

—Sólo si sigues haciendo enemigos —respondió Yashar.

—No, quiero decir...

—Ya sé lo que quieres decir —le interrumpió Yashar—, y no lo sé. No estoy seguro de que la muerte sea lo peor que te podría pasar. Las personas te rehúyen, los seres mágicos te tienen pavor, ni siquiera los ángeles caídos pueden soportarte. Lo peor que te puede pasar ahora es padecer la maldición de una vida muy larga, llena de hechos monstruosos que siempre acaben mal por muy buenas que sean tus intenciones.

—Lo que define la vida de un hombre no es lo que ha hecho, es el mundo que deja tras de sí.

—¿Qué?

—Lo ha dicho Bertrand. Un día, no importa cuándo, tú y yo nos convertiremos en polvo y la materia de los sueños y el resumen de nuestras

vidas no serán las cosas que hicimos para sobrevivir, sino las cosas que hicimos para cambiar el mundo.

—Te has pasado mil años atado a los sueños de los niños, viendo cómo sus sueños se hacían mayores y se enfrentaban a la realidad. En tu cobarde manera de jugar sobre seguro, nunca le ofreciste a nadie un deseo que realmente podría cambiar el mundo y siempre acababas viendo cómo ese mundo sin cambios aplastaba a los soñadores. Si bien es cierto que los niños rara vez quieren algo confuso, siempre quieren algo concreto para ellos mismos. No me extraña que odies el mundo en que vives, te has pasado toda tu existencia satisfaciendo sus deseos más infantiles —Colby miró a Yashar de hito en hito—. Tal vez ha llegado el momento de desear algo un poco más grande.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Yashar.

—Si vamos a ser monstruos, seamos monstruos con un objetivo. Vamos a hacer algo. *Algo real.*

Yashar se encogió de hombros.

—¿Cómo lo que hiciste con el tributo?

—Exactamente. Si estas cosas me tienen miedo, vamos a aprovecharlo.

Los dos miraron la pradera, la alta hierba mecida por el viento. Dos figuras infantiles emergieron de la oscuridad.

Yashar miró a Colby.

—Sé que no son reales —dijo Colby.

—Vuelve, Colby —gritó una de las figuritas, agitando el brazo en el aire—. ¡Ven a jugar con nosotros!

—Sí, Colby —dijo la otra—. ¡Ven a jugar!

—Eso no cambia nada, ¿no? —preguntó Yashar—. ¿Todavía quieres ir?

—Yo ya no soy aquel niño.

—Pero estás feliz por verlos.

—No son ellos, en realidad.

Yashar lo miró incrédulo.

—¿Qué estás diciendo? Son ellos.

—No, es un reflejo.

—Un reflejo de *su* energía. Energía que tú enviaste allí afuera. Sólo querían encontrarse el uno al otro y lo consiguieron. Tú lo hiciste. Ocurre que

este es justamente el lugar al que se dirigió su energía. No olvides eso.

Colby asintió, mientras contemplaba absorto la pradera.

—Nadie elige dónde y cuándo va a encontrar la perfección, pero quiero creer que todo el mundo la encuentra al menos una vez en su vida. Supongo que este era su lugar.

—¿Y dónde está el tuyo? —preguntó Yashar.

—Lo sabré cuando lo encuentre.

—Eso suena extrañamente optimista.

—Tengo que creer en algo. Y esto es tan bueno como cualquier otra cosa, supongo —Colby metió la mano en la vetusta mochila y sacó al viejo y maltratado oso de peluche que olía a sudor antiguo. Sonriendo colocó cuidadosamente al Señor Bearston sobre la tumba de Ewan. Luego agitó el brazo saludando a las dos figuras de la pradera.

—¡Adiós, Colby! —gritaron al unísono.

Una figura se inclinó para besar a la otra en la mejilla y salió corriendo entre la alta hierba. La otra figura sonrió a Colby antes de seguir a su compañera y desaparecer en la pradera.

Colby miró a Yashar y asintió con la cabeza.

—Sabes que tu trabajo no ha terminado todavía, ¿verdad?

—¿Cuál?

—Mi deseo —dijo Colby—. Aún no lo he visto todo.

—No, en realidad no.

Colby silbó.

—Vamos, Gossamer. Vámonos a casa.

Epílogo

Había una vez tres jóvenes seres mágicos, un Hombre Verde, un Lutin y una Sidhe. Un día estaban jugando en el bosque. El joven Hombre Verde se adelantó y llegó a los árboles de la linde del bosque. El Lutin y la Sidhe corrieron rápidamente tras él, gritando para que se detuviera.

—¡No salgas del bosque! —gritó el Lutin.

—¿Por qué no? —preguntó el Hombre Verde, mientras se disponía a poner un pie fuera.

—Porque allí empieza Austin —dijo la Sidhe.

—¿Qué es Austin? —preguntó el Hombre Verde.

—Austin es donde vive el Colbyman —dijo la Sidhe.

—Sí —confirmó el Lutin.

—¿Qué es un Colbyman? —preguntó el Hombre Verde.

El Lutin y la Sidhe se miraron y se rieron.

—¿Tú no sabes quién es Colbyman?

El Hombre Verde meneó la cabeza.

—No.

—Él es el que roba a los niños de las hadas —dijo el Lutin.

La Sidhe asintió.

—Se cuela en el campamento por la noche y roba a los niños de los seres mágicos de sus cunas, de dos en dos. Siempre de dos en dos. Y cualquier ser mágico que sale del Reino de Piedra Caliza y entra en Austin se convierte en flores.

—¿Flores? —preguntó el Hombre Verde—. Que tontería.

—No, es verdad —dijo el Lutin— Te señala con el dedo y te convierte en flores. Y ya no puedes volver atrás. Mi madre lo vio con sus propios ojos.

El Hombre Verde no se creyó ni una palabra.

—No existe ningún monstruo llamado Colbyman y no hay ningún lugar que se llame Austin.

—Sí que existe —dijeron la Sidhe y el Lutin a la vez.

—Vamos —dijo la Sidhe—. Volvamos al campamento.

—¿Tienes miedo? —preguntó el Hombre Verde.

—No —mintió la Sidhe.

—Creo que tienes miedo —dijo el Hombre Verde.

—¡Para nada! —gritó la Sidhe.

El Hombre Verde apoyó las manos en las caderas y sonrió.

—Entonces te reto a que cruces la linde del bosque.

—Vámonos a casa —dijo el Lutin.

—No —dijo el Hombre Verde—, te reto a que entres en Austin.

—Bueno, entonces te reto dos veces a que entres en Austin —dijo la Sidhe.

El Hombre Verde dejó de sonreír.

—Tienes que aceptar un doble reto —dijo la Sidhe—. O de lo contrario...

El Hombre Verde tragó saliva.

—Está bien —dijo—, iré. No creo que exista.

El Hombre Verde se dio la vuelta y dio dos pasos hacia la linde del bosque, deteniéndose en el borde. Levantó el pie y, justo cuando estaba a punto de ponerlo en el suelo, alguien le agarró del brazo.

El Hombre Verde pegó un salto y gritó asustado.

Pero cuando miró atrás, vio que era el Coyote quien le sujetaba del brazo.

—No te burles de mí, Coyote —exigió el Hombre Verde—. Estoy a punto de entrar en Austin.

—Yo no lo haría, si fuera tú —dijo el Coyote.

—¿Tú también crees en él? —preguntó el Hombre Verde.

—¿Creo en él? Lo he visto —asintió el Coyote.

—¡Te lo dije! —exclamó el Lutin.

—Y ahora váyanse corriendo los tres. No deberíais jugar tan cerca de Austin.

—Sí, Coyote —dijeron los tres niños a la vez y salieron corriendo de vuelta al campamento, ninguno dispuesto a admitir lo asustado que estaba.

El Coyote se dio la vuelta y miró la ciudad. Luego volvió a mirar a los niños asustados. Y se rio y rio y rio, disfrutando de la mejor broma que el gran embustero había gastado nunca.

Título original: *Dreams and Shadows*

Edición en formato digital: 2014

© 2013 by C. Robert Cargill

© de la traducción: Dimitri Fernández Bobrovski, 2014

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-206-9177-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es